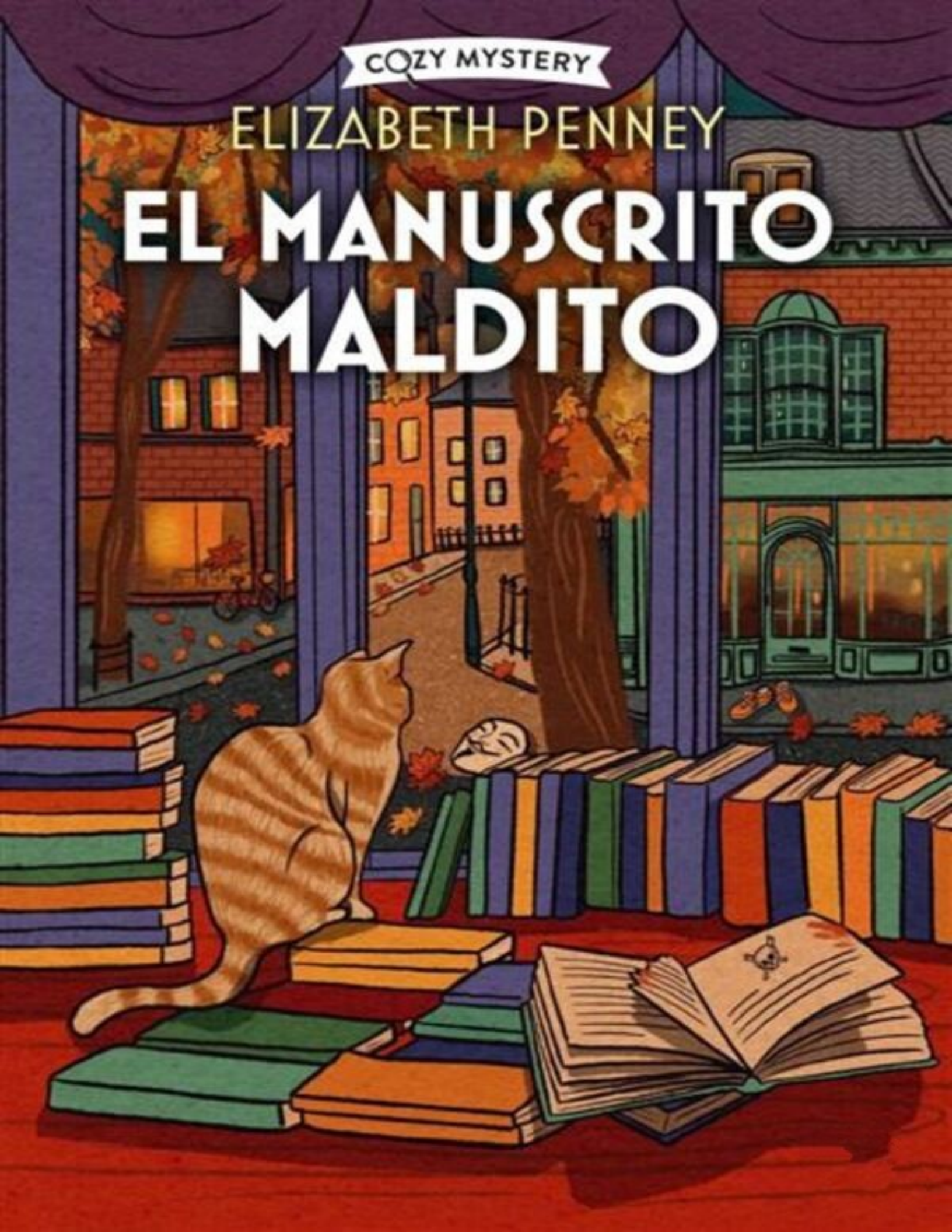

COZY MYSTERY
ELIZABETH PENNEY
EL MANUSCRITO MALDITO

Molly Kimball, la copropietaria de una de las librerías más exclusivas de Cambridge, acepta catalogar la biblioteca de la mansión familiar de su novio Kieran. Una de sus joyas es El manuscrito maldito, una novela gótica de Selwyn Scott, un supuesto ancestro de Kieran. Además, Oliver, primo de Kieran y fundador del Instituto de Literatura Gótica, le encarga a Molly averiguar quién fue Selwyn Scott en realidad. Pero durante la celebración de la noche de la hogueras un alumno aparece muerto y el ejemplar de El manuscrito maldito desaparece. ¿Y si el libro está realmente maldito y mata a quien lo posee? La búsqueda del culpable se confunde con la de la autoría de la obra desaparecida, como si Molly estuviera en una novela gótica.

Elizabeth Penney

EL MANUSCRITO MALDITO

Una librería en Cambridge

3

Título original: *The Fatal Folio*
Elizabeth Penney, 2023
Traducción: Laura Martín, 2026
Diseño de cubierta: Maëlys Chay

Revisión: 1.0

20/07/2026

Para los libreros intrépidos de todo el mundo

CAPÍTULO UNO

Noviembre había llegado a Cambridge y con él un aire frío y cortante, bufandas y abrigos de lana guardados hasta entonces en los armarios y algo nuevo para mí como expatriada estadounidense, el día de Guy Fawkes. Unos seis meses antes, mi madre y yo nos habíamos mudado de Vermont a Cambridge y nos habíamos asociado con mi tía abuela Violet para llevar Thomas Marlowe: Manuscritos e Infolios, una de las librerías de esta ciudad histórica con sus más de treinta facultades.

—Explícame lo del día de Guy Fawkes —le pedí a Kieran Scott, mi pareja, mientras levantaba la tapa del portátil—. Quiero estar preparada para la fiesta de esta noche.

Nos encontrábamos en la biblioteca de Hazelhurst House, una mansión con un antiguo foso, hogar de la infancia de Rieran, situada en un pueblecito de los alrededores de Cambridge. *Lady* Asha, la madre de mi pareja, me había ofrecido un segundo trabajo: la catalogación de una colección de libros que tenían cerca de quinientos años, llena de primeras ediciones y de temática muy variada. Dado que nos encontrábamos en ese periodo de calma que precede al impulso de las ventas en Navidad, a la librería no le vendría nada mal ese ingreso adicional. Además, como antigua bibliotecaria, me encantaban el desafío y la caza del tesoro que implicaba esa actividad paralela.

Kieran, que estaba apoyado en la mesa, junto a mi silla, cruzó los

brazos, y vi que se le iluminaban los ojos castaños. Moreno, de melena rizada y con la complexión delgada y fuerte de un entusiasta del ciclismo, era tan guapo que rayaba en lo ridículo.

—¿Qué prefieres? ¿La versión larga o la corta? —preguntó.

Eché un vistazo a las librerías, que ocupaban las paredes del suelo al techo, con una desazón que me recomendaba ponerme a trabajar de inmediato. Ese día me había propuesto recorrer la biblioteca de arriba abajo y decidir cómo iba a afrontar el proyecto.

—La corta, de momento. —Pulsé unas cuantas teclas e inicié sesión en un programa de catalogación. Nombre del proyecto: «La biblioteca de Hazelhurst Manor, fundada en…»—. ¿Cuándo empezaron a comprar libros tus antepasados?

Kieran se frotó la barbilla mientras pensaba.

—No estoy seguro del todo, pero tenemos un libro de horas iluminado que se debió de adquirir sobre el 1500. —Sonrió complacido—. Aunque no es nuestro volumen más preciado.

—¿Y cuál es? —pregunté, picando el anzuelo. Sabía que estábamos desviándonos del tema principal, pero este otro me fascinaba tanto que quería saber más. Guy Fawkes podía esperar un minuto. Introduje «fundada en 1500» en la descripción del proyecto y decidí que valdría de momento, al menos hasta que diéramos con una fecha más precisa.

—¿Alguna vez has oído hablar de *El manuscrito maldito*? —preguntó Kieran—. En su día fue tan famoso como *El castillo de Otranto*.

Repasé mi catálogo bibliográfico mental. *El castillo de Otranto* se consideraba la obra que impulsó la novela gótica a mediados del siglo XVIII, tras la que vinieron *El monje, Los misterios de Udolfo, Frankenstein* y, por supuesto, *El manuscrito maldito*, una historia acerca de un libro que acababa con la vida de su dueño.

—Selwyn Scott —dije, atando cabos—. ¿Era antepasado tuyo?

Kieran asintió.

—Sí, fuera quien fuera.

—¿Selwyn es un seudónimo?

No me sorprendía. En un primer momento, Horace Walpole, autor de *El castillo de Otranto*, también había publicado usando un nombre distinto del suyo real, el de «William Marshal, caballero». Walpole, miembro del Parlamento, historiador y arquitecto, había hecho pasar la historia por un manuscrito que había «encontrado», una estratagema literaria interesante. Igual que él, los Scott habían sido miembros del Parlamento, una tradición que ha continuado a lo largo de varios siglos hasta lord Graham Scott, el padre de Kieran. Su hermano mayor, Alan, que vivía y trabajaba en Hong Kong, era el siguiente en la línea sucesoria tanto del título como del cargo. Antes de conocer a Kieran, ignoraba que el sistema de privilegios aristocráticos continuara vigente más allá de Carlos, Guillermo y Enrique.

—Nadie ha sabido nunca quién fue el verdadero autor —dijo Kieran—, pese a lo mucho que se ha especulado al respecto. —Se acercó un poco más y susurró con voz seductora—: ¿Quieres ver el manuscrito original?

Me eché a reír.

—Tú sí que sabes cómo conquistarme.

Empujé la silla hacia atrás, emocionada ante la idea de echar un vistazo al documento histórico, que resultaba aún más interesante por su vínculo personal con el dueño.

Me condujo por la amplia estancia, una habitación cubierta por exquisitas alfombras persas y amueblada con largas mesas de roble y sillas y sofás tapizados con brocados dorados. Las paredes estaban revestidas de papel de seda de un rojo desvaído y de paneles de madera labrada, bañadas por la luz que proporcionaban unas magníficas arañas y las ventanas de barrotillos romboidales. Aun así, como friki de los libros, las escaleras deslizantes que se utilizaban para alcanzar los libros que se encontraban en los estantes más altos eran mi detalle preferido.

En lugar de llevarme hasta una de las librerías, apartó hacia un lado uno de los tapices que colgaban junto a la chimenea para dejar a la vista una puerta oculta.

—Aquí es donde guardamos los archivos y los documentos de la familia —dijo al tiempo que se sacaba del bolsillo un llavero. Introdujo una de las llaves de latón en la cerradura y la giró—. Te aviso que está todo un poco manga por hombro.

El corazón me dio un vuelco al pensar que se me permitía entrar en ese sanctasanctórum. Como ya me había ocurrido en la librería de tía Violet, nada superaba la emoción de hurgar en la historia y los misterios familiares. Aún me costaba asimilar que nuestra tienda hubiera abierto en 1605 y que tan pronto podía toparme con un contrato de venta antediluviano como con un resguardo de envío de la semana anterior.

Kieran giró el picaporte y le dio un leve empujón a la puerta para abrirla, tras la que apareció una habitación bastante más amplia que el cuartucho que yo esperaba. Los estantes de madera que recorrían las paredes sin ventana contenían un batiburrillo de libros de cuentas desvaídos, archivadores de documentos, clasificadores de fuelle y, en una de las secciones, varias cajas de conservación que atrajeron mi atención como si se trataran de un imán.

—Lo llevaremos a la biblioteca —dijo Kieran, cogiendo una de ellas—. Allí hay más luz.

Miré las demás con curiosidad.

—¿Qué hay en esas otras?

—El libro de horas del que te he hablado, por ejemplo. —Le dio unos golpecitos a la más grande de todas—. Esto es una biblia de familia que contiene fechas de nacimiento, matrimonio y defunción desde principios del siglo XVII.

Enseguida despertó mi interés.

—¿Incluida la generación de Selwyn?

De ser así, quizá podríamos encontrar a posibles autores e indagar en su pasado. Sería muy emocionante resolver ese misterio literario.

Kieran abrió mucho los ojos cuando comprendió a qué me refería.

—Pues sí, ahora que lo dices.

Apiló la caja del manuscrito sobre la de la biblia y cogió las dos. Dejé que saliera él primero de la habitación para echar una última y anhelante mirada a los documentos de la familia antes de seguirlo. Para mí, esa colección de papeles polvorientos era una ventana que se abría a la historia, un tema que me fascinaba desde siempre. Y aún más en Inglaterra, donde estábamos inmersos en ella.

Me reuní con Kieran junto a la mesa y esperé de pie, a su lado, mientras él abría la caja más pequeña.

—¿El autor o la autora no firmó con su nombre real? —Medio bromeé. Ojalá fuera tan sencillo.

—Por desgracia, no. —Dejó la tapa a un lado y me indicó que me acercara—. Ahí lo tienes.

Contenía una pila de hojas manuscritas. La letra, inclinada y curvada, estaba trazada con soltura y el papel de hilo tenía un tono cremoso.

—*El manuscrito maldito* —leí en la primera página—. De Selwyn Scott. Parece la copia del impresor.

—Eso es lo que creemos. Las páginas están inmaculadas, no hay tachones ni borrones.

En la actualidad, todo era mucho más fácil, al menos en el mundo editorial. Gracias a los ordenadores, no costaba nada efectuar cambios y obtener un ejemplar que no contuviera errores sin necesidad de dedicarle innumerables horas a procurar hacer buena letra. Ni siquiera con las máquinas de escribir había sido tan sencillo.

—Ah, estás aquí, viejo amigo.

Levantamos la vista del manuscrito cuando un hombre rubio de aproximadamente nuestra edad entró en la biblioteca con paso decidido. Entre las facciones marcadas, el flequillo y aquella chaqueta de *tweed* combinada con unos vaqueros, me recordó a muchos de los académicos que había visto por Cambridge.

—Tía Asha dijo que te encontraría aquí.

Kieran le indicó que se acercara.

—Oliver. Ven a conocer a mi novia. Molly, este es mi primo Oliver.

No le hagas ni caso, es un cantamañanas.

El recién llegado sonrió complacido mientras me tendía la mano y estrechaba la mía.

—Un placer, Molly. —Me escudriñó, aunque no de esa manera que da repelús. Los ojos azules se le iluminaron al instante al reconocerme—. Trabajas en Thomas Marlowe, ¿no? Me paso por allí de vez en cuando. Esa librería está muy bien.

Pues ahora que lo mencionaba, estaba bastante segura de que yo también lo había visto a él. Tenía ese atractivo que atrae miradas.

—¿Vives en Cambridge?

—En el St. Aelred. —Una de las universidades más antiguas, pequeñas y encantadoras de la ciudad—. Soy catedrático de Literatura Inglesa.

—El doctor Scott, supongo —dijo Kieran. Por cómo se rieron los dos, supuse que se trataba de una broma entre ellos—. ¿Qué tal va todo por la universidad?

Oliver suspiró y puso los ojos en blanco por respuesta y a continuación aprovechó el asunto del manuscrito para cambiar de tema.

—*El manuscrito maldito*. La gran obra cumbre de la familia Scott. Al menos hasta la fecha. ¿Te he contado que estoy escribiendo una novela?

Prácticamente se dejó caer en la mesa y empezó a tamborilear con los dedos en esta.

—No —contestó Kieran mientras tomábamos asiento—. ¿De qué trata?

Oliver señaló la caja con la cabeza.

—Es una novela gótica, por descontado. Inspirada en la de Selwyn, pero contemporánea. Una novela gótica moderna. —Se volvió hacia mí—. Desde que Kieran y yo descubrimos *El manuscrito maldito* en esta biblioteca, el género me tiene fascinado. Mi tesis doctoral versaba sobre objetos de mala reputación, con *El manuscrito maldito* como eje. Hace unos cinco años, una colega y yo fundamos el Instituto de Literatura Gótica, y por eso precisamente

me he dejado caer por aquí. El simposio empieza mañana y daré una charla aquí mismo, en Hazelhurst. Hoy estoy con los preparativos de última hora con tu madre.

—Me encantaría asistir —se me escapó— si es posible.

Quizá se necesitaba invitación.

—Por supuesto, Molly. —Oliver sacó el móvil—. Dame tu número y te envío el programa. Muchos de los actos están abiertos al público, como el de mañana, así que puedes compartirlo con quien quieras.

—Conozco a alguien que seguro que se apunta —dije después de pasarle mi teléfono—. George Flowers. —Me refería al amigo de mi tía, que solía encargarse de las pequeñas reparaciones de la librería —. Es un apasionado de las hermanas Brontë.

Oliver asintió mientras escribía en el móvil.

—Forman parte del canon, sin lugar a dudas.

Un leve carraspeo llamó nuestra atención. La madre de Kieran apareció en la puerta de la biblioteca.

—Lamento interrumpir, pero la comida está lista —anunció.

Continuaba sintiéndome un tanto intimidada en presencia de *lady* Asha, una mujer bellísima, de elegancia y modales impecables. Ese día llevaba la larga y brillante melena recogida en un moño flojo y unas gafas de lectura en equilibrio sobre la nariz, un par de detalles que la hacían ligeramente más cercana.

—¿Te apuntas, Molly? —preguntó Kieran mientras se levantaba.

—Bueno… —Volví la vista hacia las estanterías que reclamaban mi atención. No había hecho nada, salvo que echar una ojeada a la posesión literaria más preciada de los Scott contara. Un libro menos, ya solo quedaban mil.

—Claro, con toda confianza —me animó *lady* Asha—. Contaba con ello.

En ese caso… Me levanté.

—Gracias. Me encantaría comer con vosotros.

Oliver se adelantó, le pasó un brazo sobre los hombros a su tía y le dijo algo al oído. A juzgar por las risas, supuse que le habría

contado algo gracioso.

—Me gusta tu primo —le comenté a Kieran mientras nos dirigíamos al comedor—. Parece muy simpático.

Sonrió.

—Lo es. Cuando nos juntábamos de pequeños, solíamos hacer de las nuestras. Corríamos por todas partes y jugábamos a que éramos caballeros o vikingos invasores.

Imaginé sus versiones en miniatura, desmadrados por la casa. Qué mejor lugar que ese para espolear la imaginación de un niño. Aunque no podía quejarme, criarse en Vermont también había sido maravilloso. Los bosques, campos, lagos y graneros eran nuestro patio de juegos.

—Estamos en el comedor pequeño —nos avisó *lady* Asha, volviendo la cabeza antes de que Oliver y ella doblaran una esquina.

Kieran me tomó del brazo e hizo que me detuviera para darme un beso en cuanto los perdimos de vista.

—¿Haces algo luego? —preguntó con sus labios casi pegados a los míos.

Le envolví el cuello con los brazos, disfrutando muchísimo de ese aspecto de mi trabajo de catalogación.

—¿Qué tenías pensado?

Nos sonreímos y luego deslizó su brazo alrededor de mi cintura y echamos a andar de nuevo.

—Me has preguntado por lo de Guy Fawkes —dijo—. Todo empezó en 1605.

—El año en que se fundó Thomas Marlowe —apunté al percatarme de la coincidencia.

Kieran asintió.

—El plan se tramó después de que el rey Jacobo I contrariara a los católicos cuando se negó a restaurar su fe tras la muerte de Isabel I. Un grupo de disidentes se reunieron en el Duck and Drake de Londres y confabularon para hacer saltar por los aires el Parlamento el día de su inauguración, el cinco de noviembre. Guy Fawkes era uno de ellos.

Mientras nos dirigíamos al comedor, me contó que Guy había usado el nombre falso de Guido para alquilar un sótano situado debajo del Parlamento y que estaba allí, esperando, preparado con fósforos y treinta y seis barriles de pólvora, cuando lo detuvieron, frustrando así la conspiración de la pólvora.

—En 1606 se decidió conmemorar el día con una celebración —concluyó—, que pronto se convirtió en la fiesta que conocemos ahora, con hogueras, fuegos artificiales y la quema de monigotes.

—Más o menos como nuestro Cuatro de Julio —dije—, pero sin lo de los monigotes. Puede estar bien.

Iríamos al festejo principal, que tendría lugar en el Midsummer Common de Cambridge.

—Ya lo creo —afirmó.

Habíamos llegado al comedor pequeño, en el que había una mesa para ocho o diez personas, a diferencia de la del comedor principal, que daba cabida hasta a cuarenta. Un fuego crepitaba en el hogar y unos gruesos cortinajes de terciopelo contribuían a darle un aire incluso más acogedor.

Además de *lady* Asha y Oliver, lord Graham también estaba sentado a la mesa, y todos esperaban educadamente a que llegáramos.

—Buenas tardes, Molly —me saludó el padre de Kieran. Una leve sonrisa asomó en su gesto serio.

Creo que le caía bien, aunque no podía asegurarlo.

—Buenas tardes, lord Graham. Es un placer estar aquí.

El hombre había estado enfermo y llevaba un tiempo alejado de la esfera pública, así que me alegré mucho de verlo. Me senté, agradeciéndole a Kieran con una sonrisa que me hubiera sujetado la silla. No era algo que él acostumbrara a hacer, pero allí no desentonaba.

Una vez que estuvimos todos sentados, *lady* Asha cogió un cucharón.

—¿Sopa de lentejas rojas?

Oliver empezó a pasarnos un plato con pan indio. También había

sándwiches variados apilados en una bandeja.

—Por favor —dije, inhalando el delicioso aroma de la mezcla de especias que desprendía la sopa.

Poco después estábamos todos comiendo. La conversación se centró en temas banales que, por suerte, pasaron de largo mis avances, o su ausencia, en cuanto a la catalogación de la colección. Cuando acabáramos, les pediría a Kieran y Oliver que me dejaran ponerme con mi tarea para poder cumplir con los plazos y no retrasarme.

—Molly va a investigar quién era en realidad Selwyn Scott —comentó Kieran—. Si alguien puede resolver el misterio, esa eres tú, cariño —añadió, dándome unas palmaditas en la rodilla.

Todos se volvieron para mirarme con curiosidad e interés. Dejé la cuchara.

—Ah, ¿sí? O sea, se me ha ocurrido que quizá…

—¡Me parece una idea genial! —exclamó Oliver, apuntándome con un dedo—. Podríamos desvelar la verdadera identidad de Selwyn cuando salga mi libro, eso nos daría muchísima prensa y publicidad, puede que incluso publicaran un artículo en la sección cultural de *The Sunday Times…*

—Y te invitarán a programas de entrevistas —señaló *lady* Asha—. A todo el mundo le gustan los misterios.

—Se te compensaría, por supuesto —aseguró Oliver, con lo que eliminó de un plumazo otra de las preocupaciones que me reconcomían—. Y aparecerás en los agradecimientos.

—También deberían entrevistarla a ella —opinó *lady* Asha—. Así podría explicar cómo lo hizo para averiguar la verdadera identidad de Selwyn.

Por su mirada ilusionada comprendí que estaba convencida de que, efectivamente, yo sería capaz de resolver un enigma que otros no habían logrado aclarar durante siglos.

¡Eso sí que era que te echaran a los leones! Por un lado, el proyecto me encantaba y el dinero siempre venía bien, pero, por otro, la presión era inmensa. En circunstancias normales, sabía

defenderme y no tenía problemas para plantarme y pedirle que echara el freno a quien se extralimitaba, siempre con tacto, por supuesto, pero se trataba de la familia de Kieran.

Además, debo reconocer que me atraía la idea de hacer alguna aparición mediática en la que no fuera la «belleza de Vermont» con la que salía Kieran.

—Bueno… —dije tratando de ganar tiempo—. A ver qué os parece esto: primero, hago una investigación preliminar y, luego, ya hablamos de lo demás. —No solo lo necesitaba para determinar las posibilidades de éxito, sino también para calcular cuánto tiempo tendría que dedicarle y saber lo que debería cobrar. No quería quedarme corta ni pasarme—. Es un proyecto fascinante y me gustaría estar segura de que puedo hacerlo.

—No te preocupes, Molly —dijo *lady* Asha—. Por lo que Kieran me ha contado, estoy convencida de que será pan comido. —Me miró con una expresión tan embelesada y parecida a la de su hijo que por un momento no supe qué responder—. Hablando de comida, hay *miniéclairs* de postre y he preparado café.

A pesar de las protestas que se oyeron alrededor de la mesa, todos nos dimos el gusto. Después, *lady* Asha nos echó, insistiendo en recoger ella sola, y Kieran y yo regresamos a la biblioteca caminando como patos.

Estaba a punto de preguntarle si le parecía bien que me pusiera a trabajar cuando abrió la caja que contenía la biblia.

—Vamos a echarle un vistazo —propuso, y colocó el enorme y voluminoso libro sobre la mesa.

La tapa, bastante desgastada, era de cuero repujado con letras doradas. La levantó con sumo cuidado y fue pasando las páginas con delicadeza.

—Xilografías —dijo, refiriéndose a las ilustraciones.

—Es una verdadera reliquia familiar —comenté, pensando en las generaciones de Scott que habían cuidado y preservado esa biblia.

Llegó al registro de la parte posterior y estudiamos las anotaciones, desvaídas y de color marrón rojizo.

—Ah, aquí está. Samuel Scott nació en 1812, así que tendría treinta años cuando se publicó *El manuscrito maldito*, en 1842.

—¿Y qué me dices de…? —Entrecerré los ojos—. ¿Frances? ¿Su hermana? —Había nacido en 1820—. Las hermanas Brontë usaban seudónimos masculinos. A lo mejor ella hizo lo mismo.

—Cierto —reconoció Kieran. Quiso leer otra anotación—. No sé muy bien qué pone aquí. Lástima que la página esté tan descolorida.

Sentí una punzada de tristeza. Me había percatado de la cantidad de entradas con fechas de nacimiento y defunción muy próximas. Las de los niños que no habían sobrevivido.

Kieran se quedó pensativo.

—¿Sabes qué? Tenemos retratos de Samuel y Frances. Y de sus padres. —Consultó la página de nuevo—. Agatha y Alistair. Están en el pasillo de arriba, por si quieres verlos.

—Espera —le pedí antes de que cerrara el libro. Saqué el móvil y le hice una foto a la página a pesar del mal estado en el que se encontraba, con la idea de crear una carpeta para el proyecto de Selwyn—. ¿Podemos ir ahora? —pregunté mientras dejaba el teléfono en la mesa. A esas alturas, ¿qué importaba otro retraso?

—Claro. Y luego me voy y te dejo trabajar. —Kieran le echó un vistazo al reloj que había en la repisa de la chimenea—. De todas maneras, debería volver a la ciudad. —Tenía una tienda de bicicletas, Spinning Your Wheels, en Magpie Lane, junto a la librería. Así nos habíamos conocido. Por entonces, yo no sabía que era de ilustre cuna, como suele decirse. Solo era el chico agradable y guapo que trabajaba en la tienda de al lado.

Salimos de la biblioteca y atravesamos el gran vestíbulo, que era gigantesco. Según me había comentado Kieran, era la antigua torre del homenaje. Las altísimas paredes de piedra revestidas de tapices se alzaban sobre nuestras cabezas; a nuestros pies, baldosas negras y blancas componían un precioso suelo de damero y más de una armadura se repartía por la habitación, montando guardia.

La escalera era amplia, de nogal, con pasamanos y balaustres ornamentados y rellano. Cada vez que subía o bajaba por ella, me

imaginaba con un vestido de cola. Era de esas escaleras.

Una hilera de retratos que parecía no tener fin cubría las paredes de la galería superior.

—¿Dónde está el tuyo? —pregunté medio en broma.

Puso los ojos en blanco.

—En el salón de mi madre. Es un retrato familiar de cuando yo tenía unos cinco años más o menos y mi hermano diez. Ya te lo enseñaré.

Prácticamente no había día que no me topara con una nueva prueba del abismo social y económico que existía entre nosotros, aunque por suerte no era algo que nos afectara como pareja. Teníamos una relación sana, relajada y sin dramatismos. Ayudaba que Kieran restara importancia a sus orígenes de manera intencionada; de hecho, renegaba de ellos en muchos sentidos. Por eso tenía una tienda de bicis en lugar de trabajar en finanzas internacionales, como su hermano.

Avanzamos poco a poco, él iba deteniéndose a leer las placas de latón que acompañaban a los retratos. Damas de peinados altos y raya en medio. Hombres de uniforme, sombrero con plumas y la mano colocada en la empuñadura de su espada.

—Ah, aquí están. —Kieran se paró delante de una pareja joven. La mujer estaba sentada y el marido aparecía de pie, a su lado. En la placa se leía: «Lord y *lady* Alistair Scott, en 1790».

Ella lucía un vestido de seda dorada que dejaba los hombros al descubierto, con un escote rematado con encaje y mangas tres cuartos. Tenía la cara ovalada, era morena y llevaba el pelo recogido y adornado con una flor. Como detalle peculiar, en una mano sostenía un racimo de uvas del que parecía que estaba a punto de arrancar unas cuantas con la otra.

Alistair vestía una chaqueta y unos pantalones de terciopelo marrón a juego con un chaleco de raso color marfil. Un pañuelo le rodeaba el cuello y las mangas también estaban rematadas con encaje. Lucía una peluca blanca. Eran atractivos, de expresión afable.

Los dos retratos siguientes correspondían a Frances y Samuel, con dieciocho y veinte años respectivamente, a juzgar por las fechas de las pinturas. Frances se parecía a su madre y sostenía un libro con ambas manos, como si la hubieran interrumpido mientras leía. ¿Sería el libro una pista de su identidad secreta como escritora? Samuel tenía una expresión pícara y los ojos le brillaban de una manera que reconocí incluso a través de casi trescientos años. No sujetaba ningún libro, pero parecía de los que disfrutaban tomando el pelo a la gente.

—Veo cierto parecido familiar —murmuré. Saqué el móvil y le hice fotos a los tres retratos.

De pronto oímos una voz masculina en el pasillo que precedió a la llegada de Oliver, que hablaba por teléfono. El primo de Kieran se detuvo a cierta distancia de nosotros, aunque no pareció vernos.

—Sí, señor —dijo—. Entiendo. Entonces el mes que viene.

Después de colgar, alzó la barbilla y lanzó un grito cargado de frustración. Luego, estampó el pie un par de veces contra el suelo.

—Thad Devine, voy a matarte —masculló.

CAPÍTULO DOS

Miré a Kieran sin saber qué pensar sobre lo que acabábamos de ver, pero él se limitó a sonreírme antes de dirigirse a su primo.

—Gran actuación, ¿hay bises? —le preguntó, alzando la voz. Oliver dio un respingo y se quedó literalmente patitieso, aunque se recompuso de inmediato y se acercó a nosotros con paso decidido.

—Lamento que lo hayáis visto. Acabo de recibir una noticia un poco irritante.

—Eso me ha parecido —dijo Kieran. Enarcó una ceja—. ¿Cosas de la universidad?

Su primo lanzó un resoplido burlón.

—Tú lo has dicho. Estoy esperando a que me asciendan de profesor asociado a titular desde el curso pasado, pero, cada vez que creo que van a tirar adelante con la candidatura, hay un nuevo retraso. Y ahora, encima, tengo competencia. Sophie Verona, con quien dirijo el Instituto de Literatura Gótica, se ha presentado para la plaza.

—Debe de ser complicado —intervine— eso de competir con una amiga.

Se pasó la mano por el pelo.

—Pues sí, pero eso no es lo peor. Tengo un alumno que está buscándome problemas. —Oliver hizo una mueca—. Thad afirma que no recibe el trato que merece, aunque siempre dejo muy claro

que no hay privilegios entre mis alumnos.

«Thad Devine, voy a matarte». Até cabos.

—Si pone una queja, ¿eso podría afectar a tu ascenso?

Puso cara sombría.

—¿Que si podría? Sin duda alguna. El doctor Cutler está obsesionado con el orden y la disciplina. Siempre repite su aforismo preferido: «El profesorado es el St. Aelred». Si fuera por él, viviríamos como los monjes que fundaron la universidad.

—El St. Aelred es bastante tradicional —comentó Kieran—. ¿No decías que hay donaciones que dependen de la reputación de la universidad?

—Ajá. Hay benefactores que controlan hasta lo último que hacemos. En la actualidad, con las redes sociales, los escándalos aparecen de la nada, como ya sabéis. Y, si hay peligro de algo parecido, bueno, el doctor Cutler no me ascenderá, eso seguro.

Parecía bastante resentido.

—Qué mala suerte, amigo —dijo Kieran—. Sé lo comprometido que estabas con tu trabajo.

Oliver sonrió para agradecerle sus palabras, como si se hubiera sacudido de encima el mal humor.

—De ahí la necesidad de un plan B. Después de publicar mi libro, me retiraré de la enseñanza y me dedicaré a escribir novelas. —Les echó un vistazo a los retratos—. Al fin y al cabo, es una tradición familiar.

Conocía a varios autores y sabía muy bien que lanzarse al mundo editorial no era un camino de rosas. Sin embargo, Oliver tenía varias cosas a su favor; básicamente, que era un Scott. Seguro que ese pelo rubio, su buena apariencia y su relación con la aristocracia quedarían muy bien en la cubierta de un libro, pensé con cierto cinismo. Señaló los retratos.

—¿Ya has empezado, Molly?

—Es parte del trabajo preliminar —dije—. Hablamos de aquí a un par de días, ¿vale?

—Perfecto. —Se volvió hacia Kieran—. ¿Esta noche irás a lo de

las hogueras? —Cuando su primo asintió, añadió—: ¿Te apetece ir a comer algo antes? Podríamos quedar sobre las seis y media.

Kieran me miró, así que contesté yo.

—Nos encantaría. Si no tienes ninguna preferencia por el lugar, ¿qué te parece el Magpie Pub? Es uno de nuestros locales preferidos.

El *pub* se encontraba en la misma calle que la librería y la tienda de bicicletas, justo en la acera de enfrente, por lo que nos venía de perlas. Desde allí podíamos ir andando al parque.

—Pues el Magpie Pub. —Oliver me hizo un gesto con la cabeza—. Molly, como tengo tu número, te enviaré unas cuantas ideas sobre el proyecto de investigación y ya me dirás algo cuando te vaya bien.

Si la tarifa que me ofrecía no estaba mal, tenía muy claro lo que iba a contestarle. Quería ser quien descubriera la verdadera identidad de Selwyn Scott. No por la fama; de hecho, ni siquiera por el dinero, sino porque me encantaba utilizar mis dotes detectivescas, y mi intuición, para resolver misterios.

El sol de finales de otoño empezaba a ponerse cuando dejé Hazelhurst House aquella tarde, con sus torres y almenas recortándose contra el cielo. Tras mucha práctica, por fin me sentía cómoda conduciendo por la izquierda, tras el volante del Cortina antediluviano de tía Violet. Pese a los años que tenía, iba como la seda, así que, mientras recorría alegremente las tranquilas carreteras comarcales en dirección a la A14, repasé lo que había hecho esa tarde.

Para mi alivio, había descubierto que la biblioteca estaba organizada por temas, de manera vaga quizá, pero al menos seguía cierto orden. De poco servía disponer de una lista de los libros si no sabías dónde encontrarlos. La biblioteca contaba con un amplio catálogo de ficción y poesía, además de esoterismo, arte, arquitectura, ciencias agrícolas y veterinarias, biología, historia, derecho y ciencias físicas. Y eso solo para empezar. Tras un rápido

estudio de sus hábitos de lectura, podía deducirse que los Scott eran curiosos, amantes de las artes y estaban interesados en la gestión de la propiedad.

El pecho se me inundó de felicidad cuando, conforme me acercaba al desvío, empezó a asomar el mágico horizonte que dibujaban las agujas de las universidades. Vivíamos en el corazón de la parte más antigua de la ciudad, donde era muy fácil imaginar que uno se adentraba en el pasado. La circulación de automóviles estaba muy restringida en la zona, por lo que reduje la velocidad poco a poco por las calles adoquinadas, atenta a los transeúntes y los ciclistas.

Por fin llegué a Magpie Lane, una callecita corta, estrecha y poco transitada, y avancé a trompicones por el empedrado en dirección a nuestro garaje, situado al final de esta. De camino, pasé por delante del Magpie Pub y el Holly & Ivy Inn, los dos en la esquina, la Spinning Your Wheels y, finalmente, la Tea & Crumpets, la cafetería de mi amiga. Como siempre, metí la primera marcha para contemplar la librería, alojada en un icónico edificio de entramado de madera y yeso de estilo Tudor. Se veía algo de luz en la ventana salediza y curva que hacía las veces de escaparate, desde donde los gatos, Clarence y Puck, contemplaron mi avance la mar de tranquilos. Conocían el coche.

Minutos después, cuando entré en la tienda, Puck, un gatito negro que había rescatado de la calle, vino corriendo a saludarme. Clarence no se dignó a moverse. Mostrar entusiasmo era algo que no iba con él; siempre que no habláramos de su cuenco de comida.

En lugar de tratar de saltar a mis brazos, Puck maulló de nuevo, como si algo le preocupara.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, agachándome y dejando que las bolsas resbalaran hasta el suelo—. ¿Pasa algo?

Respondió con un bufido y arqueando el lomo. Seguí su mirada hasta un rincón oscuro de la librería, donde una cara blanca y sonriente parecía cernerse en el aire. Las cejas enarcadas, el bigote curvado y la perilla la hacían incluso más fantasmagórica.

Di un respingo y ahogué un grito.

—¿Qué dem…?

Tía Violet acabó de salir de detrás de la estantería y se quitó la máscara.

—¿Te he asustado, Molly? —Por la manera en que le brillaban los ojillos azules tras los cristales de las gafas, adiviné que esa había sido precisamente su intención. Mi menuda y vivaracha tía abuela, con su pelo canoso recogido en un moño bien alto, en el que a menudo se perdían un par de lápices, se permitía gastar bromas de vez en cuando.

—Sí, la verdad —reconocí, recuperando mis cosas—. Creo que a Puck tampoco le ha gustado.

En ese momento me di cuenta de que había visto esa cara antes. Era una máscara de Guy Fawkes.

—Lo siento, no he podido resistirme. —Estudió la careta—. Cuando iba a la universidad, también nos poníamos cosas parecidas. La libertad que ofrece el anonimato…, aunque algunos lo llevaban demasiado lejos.

—Siempre hay alguien que no sabe dónde están los límites, ¿verdad? —Dejé las bolsas detrás del mostrador y saqué el portátil —. ¿Y mamá?

Mi madre, Nina Marlowe, poeta con varias obras publicadas, también trabajaba en la librería. Antes de que tía Violet pudiera contestar, oímos que el suelo de madera de la cocina, situada en la parte trasera de la tienda, crujía con unos pasos. Me volví, creyendo que vería a mi madre, pero en lugar de ella apareció George Flowers, nuestro amigo y manitas. Tenía más o menos la edad de tía Violet; un hombre corpulento, medio calvo y de facciones bondadosas. Era como un tío para mí.

—La fuga ya está arreglada —anunció—. Había que cambiar las arandelas del grifo.

—Gracias, George —dijo tía Violet—. No sé qué haríamos sin ti.

—Bah, bobadas —protestó él con una sonrisa, pese a que la satisfacción evidente que le producía el elogio desmentía sus

palabras. A George, dueño de un edificio de apartamentos situado a pocas calles de allí, prácticamente no había reparación que se le resistiera y, por fortuna para nosotras, siempre estaba disponible cuando lo llamábamos.

—George, tengo que enseñarte algo —dije mientras me apoyaba en el mostrador con el teléfono en la mano.

Me había bajado el programa del simposio sobre literatura gótica y lo abrí en la pantalla. También vi que Oliver aún no me había enviado nada sobre el proyecto de investigación, aunque tampoco esperaba noticias suyas tan pronto.

Se acercó sin prisa y se detuvo a mi lado.

—¿Qué es?

Le tendí el teléfono.

—Sé que te gustan mucho las Brontë, así que he pensado que a lo mejor te apetecía asistir a este simposio. La mayoría de los actos están abiertos al público.

Estudió la lista mientras musitaba para sí mismo.

—Un ciclo de charlas, pase de películas de terror gótico, visita por el Cambridge gótico… Un baile de disfraces… —Me devolvió el móvil—. ¿Podrías pasármelo, Molly? Hay un par de cosas que me gustaría mirarme con más tranquilidad.

—Pues claro. —Envié el programa al número de George—. Ya me dirás lo que te interesa. Igual podríamos ir juntos.

Tía Violet estaba ordenando unos libros cerca de nosotros.

—¿Qué tal en Hazelhurst House, Molly?

—Creo que he empezado bien —contesté, reacia a contarle que ya me había retrasado, o al menos esa era mi sensación—. Ah, ¿y sabes qué? Kieran me ha enseñado el original de *El manuscrito maldito*. Su primo dará una charla sobre el libro mañana en el simposio.

George, que estaba ojeando los estantes de ficción, se detuvo para enseñarnos un libro.

—¿Te refieres al original de este? —Pasó las páginas de una edición de finales del siglo XVIII, un buen ejemplar, aunque no tenía

un valor excepcional—. Es todo un clásico.

—El mismo. —Me senté tras el mostrador y abrí el portátil con intención de consultar el correo—. Qué emocionante pensar que lo escribió uno de sus antepasados, aunque usó un seudónimo. Kieran y yo queremos averiguar quién era Selwyn Scott en realidad e investigaremos a los integrantes de la familia de entonces.

En fin, ¿a quién pretendía engañar? Como si fuera a esperar a la oferta de Oliver. El proyecto me producía demasiada curiosidad para no seguir adelante con él. Además, era algo en lo que Kieran y yo podíamos trabajar juntos.

George se acercó al mostrador con el libro aún en la mano.

—Yo apostaría a que fue una mujer.

—¿De verdad? —Traté de recordar el nombre—. ¿En lugar de Samuel? Era el único Scott varón vivo cuando se publicó el libro.

George le dio unas palmaditas a la cubierta.

—Un hombre nunca usaría un seudónimo. Su orgullo no se lo permitiría.

—Bueno, a veces lo hacían —repuse, animándome con el tema—. Horace Walpole, por ejemplo. Cuando publicó *El castillo de Otranto*, lo hizo con el nombre de William Marshall.

—Es verdad —reconoció George antes de lanzarse a defender su tesis—. Pretendía hacer pasar la historia por una traducción de un manuscrito del siglo XVI escrito por un monje. —Levantó el libro—. Confesó la verdad cuando se publicó la segunda edición, donde ya aparecía con su verdadero nombre. William Beckford hizo lo mismo con *Vathek*; también aseguró que se trataba de una traducción de un manuscrito antiguo. En cambio, la trama de *El manuscrito maldito* es contemporánea a su tiempo y nunca se dijo que tuviera una procedencia misteriosa.

Cierto. El personaje principal era un librero inglés que viajaba a una remota y montañosa región italiana. La historia estaba narrada en primera persona por dicho protagonista, que la relataba después de haber sobrevivido a un bello libro sobre el que corría el rumor de que acababa con la vida de su dueño. Los objetos portadores de

desgracias son un tema recurrente en la novela gótica o de terror, como, por ejemplo, la piedra lunar de Wilkie Collins.

—Bien visto, George. Lo tendré en cuenta durante mi investigación. Con un poco de suerte, de una manera u otra encontraremos alguna prueba concluyente.

¿La documentación de la familia de Kieran contendría alguna pista? ¿O quizá en otras bibliotecas?

—Casi mejor; si no, todo se queda en teorías y conjeturas, ¿no? —dijo con una sonrisa maliciosa—. Como si no hubiera gente que ha hecho carrera con estas cosas. En cuanto te das la vuelta, aparece una nueva teoría sobre la familia Brontë.

—Parece que son una fuente inagotable de fascinación.

Pese a que la popularidad de Selwyn Scott no podía compararse ni de lejos a la de Charlotte, Emily y Anne, el hallazgo de información nueva quizá avivara el interés. Incluso puede que alguien quisiera hacer una serie de televisión o una película basada en *El manuscrito maldito*. O en la vida de Selwyn Scott. Hazelhurst House sería el escenario perfecto para un drama de época. Me dejé llevar por la imaginación y me pregunté si los Scott permitirían que se rodara allí.

La puerta principal se abrió y mi madre entró como una exhalación, perseguida por un viento helado.

—¡Brrr! Ahí fuera hace un frío que pela. —Dejó la bolsa de tela de la compra en el suelo y se quitó el gorro de lana, que dejó a la vista su melenita morena. Se alisó el pelo con las manos y arrugó la nariz—. La gente ya está tirando petardos. El susto que me ha dado uno cuando salía de Sainsbury's.

—Esta noche la policía va a estar ocupada —aseguró George—. En principio no pueden tirarlos ni en la calle ni en ningún otro lugar público.

Quizá tenía que replantearme lo que esperaba de esa noche y cambiar lo de estar delante de una hoguera contemplando los fuegos artificiales por algo menos bucólico.

—Estas fiestas a veces se van un poco de las manos —comentó

tía Violet—. ¿Recuerdas cuando éramos jóvenes, George? La gente bebiendo y divirtiéndose, corriendo por las calles.

El hombre adoptó una expresión pretendidamente inocente.

—No pienso decir nada sin la presencia de mi abogado. —Le dio unas palmaditas al ejemplar de *El manuscrito maldito* que había dejado en el mostrador—. ¿Me lo cobras, Molly? Así ya me voy y podéis cerrar tranquilas.

Después de que George se fuera con la promesa de decirme algo con respecto al simposio, tía Violet y yo hicimos caja y echamos la llave a la puerta de la librería. Mi madre estaba en la cocina preparando la cena. Las tres nos turnábamos con la compra y las comidas, un acuerdo que nos resultaba muy satisfactorio.

—¿Qué planes tienes para esta noche, Molly? —preguntó tía Violet—. Supongo que no te quedarás en casa, ¿verdad?

—¿Y perderme la fiesta de Guy Fawkes? Ni hablar. —Metí la recaudación en la bolsa del banco y la cerré—. Kieran y yo hemos quedado con unos amigos en el Magpie para cenar y luego iremos a celebrarlo al parque.

—Te aconsejaría que fueras con cuidado, pero eso me convertiría en una vieja entrometida —dijo tía Violet. Una sombra de preocupación oscureció sus ojos azules—. Solo diré que…, si las cosas se ponen feas, no te quedes a mirar. Corre.

Recordé el consejo de tía Violet mientras Kieran y yo tratábamos de abrirnos paso entre la gente que abarrotaba las calles cuando nos dirigíamos al Midsummer Common. Esa noche había salido todo el mundo: familias, grupos de adolescentes con ganas de fiesta y también adultos, más furtivos. Llevaban máscaras de Guy Fawkes, vestían de negro y se escabullían velozmente entre la multitud, en silencio.

Me toqué el abrigo para comprobar que aún conservaba el monedero y el móvil después de que alguien pasara rozándome más cerca de lo necesario. Un festejo en el que la gente iba disfrazada

era una ocasión perfecta para los carteristas, sobre todo cuando todas las máscaras eran idénticas.

Al final de un callejón, algo retumbó y hubo un destello de luz. Un humo de olor acre vino hacia nosotros.

—Alguien ha metido un petardo en una papelera —dijo Kieran, sacudiendo la cabeza.

Me arrimé un poco más a él mientras paseaba la vista entre la multitud por si acaso. Al final, Oliver no se había pasado por el Magpie; le había enviado un mensaje a su primo para decirle que se reuniría con nosotros más tarde, en el St. Aelred, cuando fuéramos al parque. Para mi sorpresa, Kieran se tomó bien el cambio de planes, aunque había sido Oliver quien había propuesto lo de la cena.

—Él es así, olvidadizo —lo disculpó.

Yo lo habría llamado «poco formal», pero no dije nada. No era mi primo. Aunque me pregunté cómo sería trabajar con él en el proyecto de investigación, si es que me contrataba.

Por suerte, habíamos coincidido con nuestros amigos Daisy Watson y Tim Ellis en el *pub*. Daisy era la dueña de Tea & Crumpets y Tim trabajaba en la tienda de bicis. Caminaban por delante de nosotros, Tim con el brazo sobre los hombros de Daisy.

—Por aquí —los avisó Kieran.

Habíamos llegado a la intersección con St. Aelred's Way. Aunque había oído hablar de la universidad, aún no había recorrido esa zona. Cambridge contaba con un sinfín de universidades, parques y lugares históricos fascinantes, por no hablar de tiendas y eventos.

—¿Dónde hemos quedado con él? —pregunté, esperando que no tuviéramos que entrar a buscarlo justo esa noche, aunque no me importaría visitar el conjunto en otra ocasión. Fundado en el siglo XIV, el St. Aelred contaba con edificios y jardines de la época medieval.

—En la Master's Lodge Gate —contestó Kieran—. Por eso vamos por aquí. La puerta principal está por detrás. —Señaló hacia el sur—. Los alumnos y las visitas tienen que usar esa entrada, esta solo la

utiliza el profesorado. —Una campana de tañido grave sonó tras el muro—. Y esa es la campana del monje, que tiene su propio campanario.

En otro momento, habría buscado en el móvil un mapa de la universidad y le habría dedicado más atención. Las universidades de Cambridge eran mundos en sí mismos, con aulas, alojamientos, comedores, bibliotecas y mucho más tras los muros. Su aire de clausura tenía algo que me atraía, la idea de poder aislarse del mundo para concentrarse en los estudios, a menudo con profesores distinguidos.

St. Aelred's Way era una calle estrecha y adoquinada, flanqueada por altos muros de piedra. El murmullo de la ciudad se desvaneció antes incluso de que hubiéramos caminado una manzana. Lo único que iluminaba nuestros pasos eran los redondeles ocasionales de luz amarillenta de las farolas. Al otro lado de las paredes, las ramas desnudas de los árboles se estremecían, balanceándose en el viento helado.

—Este callejón da un poco de miedo —comentó Daisy, subiéndose el cuello del abrigo con un escalofrío. Igual que yo, llevaba un chaquetón marinero y vaqueros. Los rizos rubios le caían en cascada por debajo de un gorro de lana—. ¿Queda mucho?

—Está aquí mismo —aseguró Kieran—. Lo prometo.

Apretó el paso, como si estuviera igual de ansioso que los demás por regresar a la civilización.

—En realidad, esta calle es un atajo —apuntó Tim. Había dejado el gorro en casa y estaba muy guapo con el pelo rubio así, medio de punta—. Desemboca cerca del parque.

En ese momento, oímos unos pasos apresurados procedentes de esa dirección que parecían confirmar sus palabras. Quizá aquella persona también quería acortar por allí, o puede que se tratara de un alumno del St. Aelred dirigiéndose a toda prisa a la puerta principal. De pronto, una figura alta y desgarbada surgió de la oscuridad, a toda prisa. Para mi desasosiego, vi que iba de negro y que llevaba una de esas malditas máscaras. No era alguien a quien

quisiera encontrarme en un callejón oscuro, precisamente.

—Oh, oh —murmuró Kieran—. Igual va a haber problemas.

Se puso delante de mí, como para protegerme, y Tim hizo lo mismo con Daisy.

Sin embargo, la persona continuó su camino, sin mirar siquiera en nuestra dirección. Cuando pasó corriendo por debajo de una farola, la luz se reflejó en los sutiles motivos plateados de los puños y el cuello de una chaqueta negra de neopreno. Kieran tenía una parecida y, por lo visto, tenía mucho éxito entre corredores y ciclistas.

El desconocido pronto desapareció de la vista. Tras el extraño encuentro, apretamos el paso y no tardamos en llegar a la Master's Lodge Gate, una sencilla puerta de madera encajada en un arco de piedra.

—¿Qué es eso que hay en el suelo? —preguntó Daisy.

En medio de la calle, un poco más allá del cerco de luz que proyectaba el farol de encima de la puerta, había un bulto. ¿Basura? ¿Una prenda abandonada?

Cuando nos acercamos, vi que se trataba de una persona con una máscara de Guy Fawkes.

—¿Alguien ha bebido más de la cuenta? —dijo Tim.

—Posiblemente. —Kieran echó un vistazo a uno y otro lado de la calle—. No es el mejor sitio para echarse a dormir. ¿Me echas una mano, Tim? Hay que sacarlo de ahí, o ayudarlo a ponerse en pie para que se vaya a casa.

—Si es un alumno del St. Aelred, podríamos llamar al bedel de la puerta principal —propuso Daisy—. Y que lo meta y lo lleve a su habitación.

Hablando del St. Aelred, ¿dónde estaba Oliver? A no ser que la persona allí tirada fuera él, más borracho que una cuba. Esperaba que no.

Tim se acercó y se colocaron uno a cada lado.

—Eh, amigo —lo llamó Kieran, agachándose y sacudiéndole un hombro con suavidad—. Despierta.

—¿Y si le quitas la máscara y ves quién es? —propuse.

Se la levantó y vimos que se trataba de un joven de pelo oscuro y rizado, con rasgos aguileños, aunque atractivos. Tenía los ojos cerrados.

Uf, no era Oliver.

—Eh, Kieran. —Tim levantó una mano—. Está herido.

Daisy inspiró con brusquedad.

—¿Eso es…? ¿Eso es sangre? —Se inclinó para examinarlo más de cerca—. Sí, sí que lo es. Tiene todo el pecho empapado, ¿lo veis?

Pasó la linterna del móvil por encima del torso, donde unas manchas oscurecían aún más la tela negra.

—¿Alguien lleva pañuelos? —Tim parecía agobiado—. Tengo sangre en la mano.

A lo lejos, oímos un gran estruendo al que siguió una lluvia roja y dorada en lo alto del cielo. Habían empezado los fuegos artificiales.

—Hay que llamar a la policía. —Saqué el teléfono del bolsillo y un paquete de pañuelos salió con él. Lo recogí del suelo y se lo lancé a Tim.

Kieran estaba de rodillas, comprobando el pulso del joven.

—Aún vive. —Le tocó el hombro—. ¿Me oyes?

Movía los dedos con torpeza por la pantalla, aunque por dentro estaba extrañamente tranquila, como si las emociones y los pensamientos hubieran quedado suspendidos de manera temporal ante la emergencia.

—Sé quién es —anunció Kieran—. Thad Devine. Sus padres…

«Thad Devine». El nombre me sonaba.

—Policía —entonó la voz de una mujer en mi oído—, ¿cuál es la emergencia?

Mientras le explicaba lo que ocurría de manera atropellada y le daba mi nombre, la localización y todos los datos necesarios, me di cuenta de dónde había oído antes ese nombre. Era el alumno de Oliver.

—Thad, Thad —lo llamaba Kieran—. ¿Quién ha sido?

El chico no contestó.

—Alguien acudirá enseguida —aseguró la operadora—. El centro es un caos esta noche, así que podrían tardar unos minutos.

—Envíe la ambulancia de inmediato —pedí—. Todavía está vivo.

«De momento». Después de perder tanta sangre, temía que muriera antes de que llegara la ayuda.

—Enviaremos una ahora mismo —prometió la mujer—. ¿Quiere que me mantenga al teléfono?

La mujer parecía agobiada y, dado que era la noche de las hogueras, imaginé que estarían entrando más llamadas. Por encima de nuestras cabezas, los fuegos artificiales estallaban en el cielo.

—No, aunque volveré a llamar si no llega alguien pronto.

—¡He encontrado el arma! —gritó Daisy, enfocando un objeto alargado de metal con el teléfono—. Es una especie de cuchillo. Antiguo.

Oí unos pasos apresurados sobre los adoquines y me giré en redondo, esperando que se tratara de un policía a pie al que habían enviado a ayudar. Sin embargo, era Oliver.

—¿Qué está pasando? —preguntó, acercándose a grandes zancadas.

Ahí estaba, llegando finalmente al lugar de encuentro que él había propuesto. El mismo en el que el joven al que había oído amenazar entre dientes estaba tendido e inconsciente, al borde de la muerte. Decir que no me gustaba la coincidencia sería quedarse corto.

CAPÍTULO TRES

Nadie contestó a Oliver y este continuó avanzando en dirección a Kieran, que seguía agachado en el suelo. Cuando vio al chico, se detuvo con un grito ahogado.

—Pero ¿qué narices…? ¿Está bien? —Se inclinó—. ¿Quién es? Apenas había luz y la cara de Thad quedaba entre las sombras. Aun así, me vi prestando mucha atención a sus palabras y su tono de voz. ¿De verdad no lo sabía? ¿Trataba de fingir una actitud relajada? También era cierto que encontrar a alguien tendido en el suelo cerca de una universidad quizá no fuera algo tan raro, sobre todo los fines de semana o durante las celebraciones en las que se sabía que se cometían excesos. Una categoría en la que supuse que se encontraba la noche de Guy Fawkes.

—Thad Devine —contestó Kieran con sequedad—. Está gravemente herido y hemos llamado a la policía.

—¿Herido? —Oliver se acercó para mirarlo mejor—. Se ha golpeado la cabeza, ¿no? —Fue a arrodillarse al otro lado de Thad—. Es uno de mis alumnos de posgrado. —Le tocó el brazo—. Has empezado pronto la fiesta, ¿eh?

—Cuidado —lo avisó Kieran, haciéndole un gesto para que se detuviera—. Lo han apuñalado. Hay un montón de sangre.

—¿Sangre? —Oliver se apartó con brusquedad y aterrizó sobre su trasero. Retrocedió como un cangrejo, con expresión horrorizada. Si fingía, era un magnífico actor.

—Creemos que hemos encontrado el arma —dijo Daisy con intención de ayudar antes de que pudiera aconsejarle que no compartiera ninguna información.

—¿De verdad? ¿Dónde? —Oliver logró ponerse en pie—. ¿Sabéis que no debes sacarte el cuchillo si te apuñalan? Dicen que es peor.

Tal vez por eso lo había hecho el agresor. Quería que Thad muriera. Aunque, en ese caso, ¿por qué no se había llevado el arma? Pensé en la persona que corría. ¿Sería el asesino? Daisy enfocó el objeto con el móvil para guiar a Oliver, que se quedó mirando el cuchillo con una mano sobre la boca y la barbilla.

—¿Te suena? —pregunté, dejándome llevar por la intuición, aunque tal vez solo estuviera paralizado por el horror al ver el arma. Yo apenas le había echado un vistazo.

Negó con la cabeza.

—Puede. No estoy seguro…

—Si sabes algo, tienes que contárselo a la policía —dijo Kieran con firmeza. Aplicó presión con los dedos sobre el cuello del joven—. Espero que se den prisa, lo perdemos. —Se agachó un poco más—. Aguanta, Thad.

Unas luces azules y blancas destellaron en el callejón, anunciando la llegada de ayuda. El coche patrulla iba delante y aparcó de manera que la ambulancia pudiera pasar. Dos agentes se aproximaron después de bajar del vehículo, los dos hombres y con uniformes negros y chalecos fluorescentes. Nos mostraron sus identificaciones y se presentaron, se trataba de los agentes Derby y Lane. Los médicos ya estaban atendiendo a Thad, preparándolo para trasladarlo al hospital.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Derby.

Nos miramos y empezamos a hablar todos a la vez. El hombre levantó una mano.

—De uno en uno, por favor.

Todo el mundo se volvió hacia mí, quizá pensando que tenía más experiencia con la policía. Cosa que, por desgracia, era cierta.

—Íbamos al parque —empecé—. Nos hemos detenido en esta

puerta donde habíamos quedado con Oliver…, con el doctor Scott —aclaré—. Es profesor del St. Aelred. Y hemos encontrado a Thad en el suelo, herido.

—¿Thad? —repitió Derby con voz afilada—. ¿Lo conocen?

—Yo sí —intervino Kieran—. Sus padres y los míos son amigos. Y es alumno de Oliver.

Su primo asintió muy serio.

—De posgrado. Muy bueno. Brillante, en realidad.

Uno de los médicos levantó la cabeza.

—Hay que llevárselo cuanto antes.

Lane se acercó y conversaron en voz baja sobre el pronóstico de la víctima.

—Muy bien. —Derby sacó una tableta—. Como seguramente saben, esta noche estamos un poco ocupados, así que voy a anotar los nombres, la dirección y a tomarles una pequeña declaración que completaremos más adelante, puede que mañana.

Cuando me llegó el turno, ya habían subido a Thad a la ambulancia y estaba de camino al hospital, mientras Lane se encargaba del arma. Le di mis datos a Derby y confirmé lo que habían dicho los demás.

—Aunque hay algo más.

El agente enarcó las cejas.

—Antes de encontrar a Thad, vi…, vimos a alguien en el callejón que corría en nuestra dirección.

Pareció interesado hasta que mencioné que llevaba una máscara de Guy Fawkes.

—¿Algún detalle sobre la ropa? —preguntó sin demasiadas esperanzas. Las prendas negras no tenían mucho más.

Mi mirada recayó en Oliver, que vestía una chaqueta negra con un ribete plateado.

—Se parecía a esa —dije—. ¿Ve el logo y los motivos plateados? Me fijé cuando pasó por el lado.

No había terminado de hablar cuando supe que tendría que haberme mordido la lengua. Estaba feo dirigir la atención de la

policía hacia un amigo. O, en este caso, hacia un pariente cercano de mi novio. Y más aún hacia una persona que estaba enfadada con el joven herido, aunque le había dicho a la policía que, en el momento de la agresión, se encontraba tomando una cerveza en el Headless Monk, un *pub* de por allí cerca.

«¿O ha mentido?». La sospecha me asaltó de inmediato, muy a mi pesar. Uno de los aspectos más desagradables de las investigaciones de asesinato, o, en este caso, de intento de homicidio, era que se consideraba sospechoso a todo el entorno de la víctima. Aunque yo no tenía ninguna intención de involucrarme en ese asunto. Esta vez no.

Cuando Oliver vio que Derby estudiaba la chaqueta con más detenimiento, tiró del dobladillo y luego miró la manga con expresión desconcertada.

—Últimamente las lleva todo el mundo —dijo a la defensiva—. Debe de haber docenas por ahí, o centenares.

—Son muy populares —corroboró Kieran. ¿Me miraba con el ceño fruncido?—. Las vendemos mucho en la tienda de bicis. Son perfectas para cualquier deporte o como chaqueta informal.

—De hecho, creo que me la compré en tu tienda —dijo Oliver—. ¿No comentaste que casi te las quitaban de las manos?

Derby lo anotó todo.

—Gracias, señorita. Como sabe, lo de esta noche es como buscar una aguja en un pajar. Todo el mundo va vestido de negro y lleva máscara.

Que era el motivo por el que el agresor se había puesto esas prendas. Estaba más convencida que nunca de que la persona que habíamos visto había apuñalado a Thad y luego había huido.

—Volveremos a ponernos en contacto con ustedes —prometió Derby cuando Lane y él se disponían a marcharse. La radio del coche había estado emitiendo sin parar entre crujidos, todo en código, pero parecía urgente. Derby se subió al asiento del conductor y se detuvo un momento—. Yo me mantendría alejado del parque. Un cohete ha salido volando descontrolado y se ha

incendiado una tienda.

—Seguro que ahora mismo eso es un caos —dijo Kieran—, con toda esa gente dejándose llevar por el pánico.

Se despidió de los policías con un gesto educado cuando arrancaron.

El silencio se instaló en el callejón después de que el ruido del motor se desvaneciera. Nos miramos unos a otros. ¿Y ahora qué? Aunque todo estuviera tranquilo en el parque, tampoco me apetecía ir, no después de haber encontrado a Thad herido de gravedad. No me parecía bien.

Oliver rio de manera compungida.

—Yo no sé vosotros, pero a mí no me vendría mal una copa. —Se dirigió a la puerta—. ¿Y si entramos?

—Creo que nosotros nos vamos a casa —dijo Daisy—. Mañana madrugo.

Se levantaba al amanecer casi todos los días para preparar los deliciosos dulces que vendía en la cafetería.

—¿Seguro? —pregunté. Cuando asintió, la estreché brevemente contra mí. Olía a Jo Malone English Pear & Freesia—. Hablamos mañana.

—Nos vemos —dijo ella mientras yo me despedía de Tim con un abrazo que él me devolvió con fuerza. Todos estábamos experimentando la fuerte emoción que te invade después de compartir un suceso traumático.

—Tened cuidado —nos recomendó Tim, estrechándole la mano a Kieran para luego atraerlo hacia sí y acabar con unas palmadas varoniles en la espalda.

—Lo mismo digo —contestó este—. Esta noche habrá que ir con ojo.

Aunque nadie lo mencionó, todos teníamos muy presente que un asesino andaba suelto en alguna parte.

«O se encuentra aquí mismo, con nosotros», pensé mientras Oliver abría la puerta con su tarjeta.

Cuando entramos, el campus estaba sumido en un silencio sepulcral y envuelto en una fina y fría neblina. Con Oliver a la cabeza, rodeamos el césped y continuamos por un camino de piedras que conducía al claustro de techos abovedados.

A diferencia del cariño que habían demostrado Daisy y Tim, era evidente que Kieran se mostraba distante conmigo. Me dolía, porque por lo general estábamos muy unidos y prácticamente éramos capaces de saber qué pensaba el otro en todo momento. Puestos a adivinar, diría que le había molestado que le hubiera hablado de la chaqueta de Oliver a la policía, aunque, para ser justos, él también había oído a su primo despotricar de Thad el día anterior. Tal vez le preocupaba que pudiera ser culpable y, por tanto, su frialdad no tenía nada que ver conmigo, aunque lo dudaba.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Kieran a Oliver.

—A mi despacho. Aunque primero pasaremos por el dormitorio de Thad.

Se me aceleró el pulso. ¿Por qué deseaba visitar la habitación de Thad? De hecho, ¿acaso podía entrar? ¿Tenía la llave o el código?

—¿Qué vamos a hacer allí? —Quiso saber Kieran, alarmado, como si compartiera mi preocupación.

—Quiero ver si sus amigos andan por aquí —contestó Oliver—. Sus compañeros de dormitorio. Alguien tiene que decirles que Thad está en el hospital. —Bajó la voz—. Y a lo mejor están enterados de algo.

Kieran se detuvo.

—Espera. ¿Crees que podría haberlo apuñalado uno de ellos?

Su primo se encogió de hombros.

—Quizá. Thad tiene un don para hacer enemigos allí donde va. Es de esas personas que disfrutan agitando el avispero y sentándose a mirar cómo se agobian los demás.

Sentí la tentación de pedirle que me contara algo más sobre sus problemas con los demás alumnos, pero me contuve. No quería que

la brecha entre Kieran y yo se convirtiera en un abismo.

Los estudiantes vivían en el patio siguiente, un amplio césped rodeado por edificios de tres plantas con ventanas de cuarterones y enredaderas. Oliver se dirigió al más cercano y repasó las ventanas para distinguir una luz en alguna de ellas.

—Parece que hay alguien en casa.

Tan pronto como terminó de decir aquello, una sombra pasó por delante de una que no tenía echadas las persianas ni las cortinas.

Oliver sacó el móvil y envió un mensaje.

—Wesley es otro de los alumnos a los que les hago de tutor. —Tras un momento, añadió—: Ahora baja para dejarnos entrar.

La puerta exterior se abrió al cabo de poco y tras ella apareció un joven de melena rizada y cobriza.

—Doctor Scott, ¿qué ocurre?

Era muy delgado, desgarbado, y vestía una camiseta raída de los Sex Pistols y unos vaqueros gastados. Pese al frío que hacía, iba descalzo.

—¿Podemos entrar? —preguntó Oliver—. Wesley Wright, estos son mi primo, Kieran Scott, y su novia, Molly Marlowe. —En realidad me apellidaba Kimball, pero no me molesté en corregirlo—. Se trata de Thad.

Wesley se estremeció como si se hubiera electrocutado.

—¿Thad? ¿Qué ha hecho ahora? —Miró hacia arriba, supuestamente hacia la habitación de Thad—. No lo he visto desde esta tarde.

Una reacción interesante. ¿Lo conocerían por su mala conducta?

—No ha hecho nada —contestó Oliver—. Lo han agredido, cerca de la Master's Lodge Gate.

Wesley alzó las manos y sus grandes ojos azules estuvieron a punto de salírsele de las órbitas.

—¿Está bien? Ya le dije que hoy era mejor que no saliera. Esta noche la gente solo va por ahí buscando problemas.

Oliver tomó aire y miró a Kieran, como si le pidiera ayuda. Por lo que el chico había dicho hasta el momento, siempre que hubiera

sido sincero, me recordé, no sabía nada del apuñalamiento.

De pronto, oímos unas voces procedentes del otro extremo del patio y, a medida que se acercaban, se hizo evidente que pertenecían a un hombre y a una mujer en plena discusión.

—No puedo creer lo que has hecho —dijo ella—. Es mejor que nos tomemos un descanso. Desde ahora mismo.

—Amy, por favor —le rogó él—, no me ha quedado elección. Él no dejaba de acosarte. Alguien tenía que hacer algo.

—Calla —le espetó—. ¿Quieres que lo sepa todo el mundo? Es humillante. —Debió de percatarse de nuestra presencia porque se detuvo en seco y prosiguió en un susurro, que oímos a la perfección —. Genial. Nos ha oído alguien.

Supuse que se desviarían; en cambio, siguieron adelante, hacia la puerta en la que nos encontrábamos. Cuando aparecieron en la lejanía, vi que se trataba de una chica menuda y delgada, de melena oscura y ondulada, y de un joven alto y fornido, de piel morena y facciones marcadas.

—Amy, Josh, ¿qué tal? —los saludó Oliver cuando estuvieron más cerca.

La pareja intercambió una mirada.

—Doctor S., ¿qué hace aquí? —preguntó Josh—. Casi no lo contamos en el parque —añadió con una risa falsa—. Es broma. ¿Se ha enterado de lo de la tienda que ha ardido? Menudo espectáculo. —Agarró a Amy de la mano y esta no se opuso—. Nos hemos separado en la estampida. Por cierto, qué miedo.

—No ha sido uno de los fuegos artificiales de la organización — aseguró Amy—. A alguien se le ha escapado un cohete que ha impactado contra la tela sintética y ¡puf!

—Es increíble que aún los vendan —dijo Josh, sacudiendo la cabeza—. Eso sí que es un peligro. Podría haber muerto alguien.

—Esperad un momento —les pidió Oliver cuando se disponían a pasar junto a Wesley para entrar—. Estaba diciéndole a Wesley que han agredido a Thad esta noche, frente a la Master's Lodge Gate. Está en el hospital.

Si la policía pretendía utilizar el elemento sorpresa cuando interrogara a los alumnos, ya podían despedirse, aunque lo cierto era que daba lo mismo; si no se enteraban del apuñalamiento por Oliver, tarde o temprano acabarían haciéndolo por los rumores.

Amy ahogó un grito y luego, curiosamente, miró a Josh de reojo.

—¿Cómo que lo han agredido? ¿Le han pegado?

—Tío, qué mal. —Josh parecía preocupado—. ¿Está bien? ¿A qué hospital lo han llevado?

Oliver, por suerte, intentó ser discreto y no entrar en detalles.

—No estoy muy seguro de la gravedad, y supongo que al Addenbrooke, pero lo preguntaremos de todas formas.

—Seguramente ha sido un robo —intervino Wesley—. A no sé quién lo atracaron hace un par de noches en King Street.

—Seguro que querían su teléfono —dijo Josh—, están muy demandados. —Sacó el suyo y empezó a tocar la pantalla—. A ver si el muy canalla contesta. —Lo sostuvo en horizontal, para que todos pudiéramos oírlo—. He puesto el altavoz.

El buzón de voz saltó de inmediato. «Eh, soy Thad. Envíame un mensaje, ¿vale? Odio el buzón de voz».

Wesley se encogió de hombros.

—Es obvio que está apagado. Igual la policía puede rastrearlo. Si se lo han robado, me refiero.

—No miré en los bolsillos, así que no puedo asegurarlo —dijo Kieran.

Amy y Josh volvieron la vista hacia él y luego hacia mí.

—Hola —nos saludó Amy en un tono que llevaba implícito un claro «¿Y vosotros quiénes sois?».

—Kieran Scott —se presentó él—. Soy primo del doctor Scott. Y Molly Kimball.

—Josh Blake —murmuró el joven—. Amy O'Donnell —añadió, señalándola—. Vivimos aquí.

Oliver se apartó de la entrada.

—Claro, ya dejamos que os vayáis. Solo quería pasarme para informaros sobre lo de Thad.

Tras un coro de agradecimientos y buenas noches, continuamos nuestro camino. Poco después, los tres jóvenes habían desaparecido en el interior del edificio y varias luces empezaron a encenderse en los pisos superiores.

—¿Sabes de quién hablaban Amy y Josh? —pregunté—. ¿Alguien ha estado acosándola?

—Sí. —Oliver exhaló un profundo suspiro—. Thad. Amy y él salieron durante un tiempo el año pasado. Ella rompió con él y empezó a verse con Josh. Thad no fue capaz de pasar página.

—Uf. —Yo también había sido víctima de una atención no deseada, por lo que lo comprendía muy bien—. Qué mala suerte que los dos vivan en el mismo edificio.

Que Amy no pudiera librarse de él seguramente solo empeoraba las cosas.

—Son los alojamientos más codiciados que tenemos —añadió Oliver—. Estoy convencido de que ninguno de los dos quiso renunciar a su dormitorio.

—¿Y la universidad no hizo nada al respecto? —preguntó Kieran —. Amy no tendría que aguantar algo así.

Su primo asintió.

—Estoy de acuerdo. Intenté que ella lo denunciara, pero se negó y dijo que era capaz de manejar la situación. —Tras una pausa, añadió—: Thad no tolera bien que le lleven la contraria, por decirlo de alguna manera. No sería la primera vez que se ensaña con alguien que lo contradice.

¿Thad habría empujado a alguien hasta el límite? La agresión podría pasar por un robo con violencia cualquiera, salvo por una cosa: el arma. No se trataba de un cuchillo normal y corriente.

Como si me leyera la mente, Oliver cambió de rumbo de manera abrupta.

—Vamos por aquí, ese puñal tiene algo a lo que no dejo de darle vueltas.

Me sentí tentada de darle la razón, pero me mantuve callada. Aunque quisiera, todavía no sabía si podía confiar en él. Ojalá no lo

hubiera oído amenazar a Thad. De acuerdo, había sido un desahogo y no se lo había dicho directamente al chico, pero aun así… Oliver estaba en la lista de personas disgustadas con Thad. Además de Amy, y quizá Josh, si continuaba yendo tras su novia. O martirizándola.

Cuando entramos en otro patio, pensé en la conversación que habíamos oído de lejos. «Alguien tenía que hacer algo». ¿Ese «algo» era apuñalar a Thad para silenciarlo de una vez por todas? Uf. Se me revolvió el estómago.

—Este es el patio principal —nos informó Oliver—. Biblioteca, comedor, aulas, despachos, capilla; todo se encuentra aquí.

Me bastó una ojeada para comprender que se trataba de la parte más antigua. Los edificios estaban coronados por adornos en forma de almenas, como un castillo, y se veían un par de torres achaparradas y una multitud de chimeneas elegantes. Debía de ser un lujo vivir y estudiar en un entorno tan bello y venerable como el St. Aelred, donde casi podían oírse las pisadas de los monjes paseando por los claustros.

Oliver usó una tarjeta electrónica en una de las entradas arqueadas, un objeto de una modernidad que contrastaba fuertemente con las puertas dobles, antiguas, de una madera ennegrecida y tachonadas de clavos.

—Vamos allá.

Abrió una de las hojas y la sujetó para que pasáramos.

Nutramos en un pasillo amplio, con el suelo de losas, envuelto en un aroma a cera y piedra fría. Oliver abrió otra puerta más, igual de grande que las anteriores, y pasamos al comedor, una sala de techo de bóveda de cañón atravesado de vigas, paredes revestidas de madera y ventanas de arco de medio punto encajadas en la parte superior de los muros. Unas mesas alargadas flanqueadas de bancos ofrecían sitio para sentarse. Oliver atravesó la habitación hasta una vitrina, una de las muchas que había cerca de la chimenea.

—Tenía razón. —Su voz retumbó en la silenciosa estancia—. Venid a ver esto.

Kieran y yo nos acercamos a toda prisa hasta el armario, que contenía una variedad de armas, medallas, misales diminutos y otros objetos.

—¿Qué hay que ver? —Quiso saber Kieran, haciéndole la misma pregunta que yo tenía en mente.

—Eso. —Su primo señaló un espacio vacío en el segundo estante, junto a una vaina de plata repujada—. Falta el puñal del juego. Escandinavo, hoja de hierro, con una guarda cruzada de plata y adornos de pedrería.

—¿Como la que Daisy ha encontrado en la calle? —pregunté al tiempo que cierta desazón me ofrecía la respuesta. El puñal que faltaba parecía confirmar que el apuñalamiento de Thad estaba relacionado con la universidad y que o bien lo había cometido un alumno, o bien un miembro del profesorado o del personal.

—Exacto. —Oliver se puso recto—. Será mejor que dé parte de esto. A la policía y al rector.

Kieran continuó estudiando la vitrina.

—¿El armario estaba cerrado con llave? —preguntó, aunque se contestó él mismo a continuación—. La cerradura está rota. ¿Ves?

Su primo la examinó con atención y, acto seguido, le hizo una foto con el móvil, tanto a la cerradura como al armario vacío.

—No sé vosotros, pero ahora sí que necesito esa copa. Vamos. Llamaré desde mi despacho.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza mientras seguíamos a Oliver a otra parte de la universidad y subíamos por una escalera hasta su despacho, situado en una sala que compartía con el resto de su departamento. ¿Quién había agredido a Thad? ¿La sorpresa de Oliver había sido sincera cuando vio el puñal en la calle? ¿Sabía desde el principio de dónde procedía?

—¿Todo bien? —me susurró Kieran mientras avanzábamos por el pasillo del piso superior.

—Sí, estoy bien.

Me alivió que me preguntara. A lo mejor no estaba molesto conmigo por haber hecho que la policía se fijara en la chaqueta de

su primo.

—Por fin en casa —dijo Oliver con una sonrisa forzada cuando encendió la luz. Aunque el despacho no era muy grande, parecía acogedor, con ventanas altas de barrotillos, paredes revestidas de madera, una pequeña chimenea y librerías empotradas. Oliver se sentó ante el mastodóntico escritorio y abrió un cajón—. Si dejo la enseñanza, echaré de menos esta habitación.

—Lo entiendo —comenté. Me ocurría lo mismo con la tienda, con la que compartía el mismo aire evocador.

Oliver dejó una botella de *whisky* irlandés sobre el vade junto con varios vasitos desechables. Abrió la botella y la sostuvo sobre el primer vaso.

—¿A quién le apetece un trago?

El *whisky* no me entusiasmaba, pero dije que sí de todas formas, igual que Kieran. Después de pasarnos nuestras bebidas, alzó la suya para hacer un brindis.

—«¿Qué es beber? Una mera pausa entre una idea y otra». Lord Byron. —La acercó a los labios y la apuró de un trago, Luego dejó el vaso en la mesa y cogió la botella—. ¿Otro?

La tendió hacia mí con mirada inquisitiva. Aún estaba saboteando mi primer sorbo de gusto suave y turboso y negué con la cabeza. Quizá mi problema con el *whisky* residiera en la calidad, no en el licor en sí.

—Yo tampoco, gracias —dijo Kieran. Arrugó su vaso vacío y lo tiró a la papelera.

Después de apurar el segundo trago, Oliver suspiró hondo y levantó el auricular del teléfono que había en la mesa.

—Primero, el rector. No me apetece nada, os lo aseguro.

Kieran se volvió hacia mí.

—¿Y si salimos para que pueda hablar tranquilo?

Aunque quería ver cómo informaba a la policía acerca del puñal, asentí antes de beber el resto del *whisky*. La conversación con el rector no era asunto nuestro y seguro que sería delicada. Cuando se supiera lo de la agresión, enseguida se armaría un buen alboroto en

la universidad.

Paseamos arriba y abajo por el pasillo, fingiendo que nos interesaban los retratos y los paisajes deslustrados que cubrían las paredes a intervalos. Pese a la pregunta anterior de Kieran, no me dirigió la palabra ni me tocó, cosa poco habitual entre nosotros. Por lo general, nos sentíamos atraídos como imanes siempre que nos quedábamos a solas. La distancia que se había instalado entre nosotros me dolió, pero no era el momento ni el lugar para hablarlo, cosa que sin duda haría, en cuanto tuviera ocasión. Si Kieran tenía algún problema conmigo, quería abordarlo de frente, sacarlo a la luz y ponerlo en claro. Tres clichés seguidos, pero venían al pelo. No se me da bien adivinar qué piensa o siente la gente.

Oímos unos pasos apresurados en la escalera. Kieran y yo nos volvimos y vimos a una mujer joven que se acercaba con presteza por el pasillo. Era alta y delgada, vestía vaqueros y zapatillas de deporte y llevaba el pelo recogido en una larga coleta de color castaño.

—Hola —nos saludó—. ¿Oliver anda por aquí?

Tenía un ligero acento… ¿italiano?

—Está en el despacho —contestó Kieran—. Aunque yo esperaría. Está hablando con el rector.

—¿Sobre Thad? —Así que ya lo sabía—. No me extraña que no responda.

¿A quién se refería? ¿A Thad o a Oliver?

—Disculpad.

La mujer siguió adelante, obligándonos a apartarnos de su *camino*, y llamó tres veces a la puerta de Oliver, con contundencia.

—Es la policía —le anunció cuando este asomó la cabeza, contrariado—. Preguntan por ti en la oficina del bedel.

CAPÍTULO CUATRO

Oliver arrugó el ceño.

—¿Y por qué? Si aún no los he llamado. —A continuación, abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca—. Thad. ¿Ha…?

La mujer se encogió de hombros.

—No lo sé. Estaba en la oficina del bedel cuando ha aparecido un tal inspector no sé qué. Oí a la perfección que preguntaba por ti. ¿No has recibido mi mensaje?

—¿Qué mensaje? —Negó con la cabeza—. Estaba hablando por teléfono. —Luego, como si acabase de caer en la cuenta, volvió la vista al aparato—. Mierda. Tengo esperando al rector. Vuelvo enseguida.

Los tres que nos habíamos quedado en el pasillo nos miramos unos a otros.

—Soy Kieran. Primo de Oliver.

—Y yo Molly —me apresuré a decir. No quería esperar a que siguiera hablando. No me apetecía ver plasmadas nuestras desavenencias en el tono de voz de Kieran ni en la forma en que me presentara.

—Sophie Verona —dijo ella, llevándose una mano al pecho—. Soy profesora del departamento junto con Oliver. También dirigimos el Instituto de Literatura Gótica. —Hizo una mueca—. Y el simposio, que se supone que empieza mañana con la charla de Oliver sobre *El*

manuscrito maldito, en Hazelhurst House.

—¿Se cancelará? —pregunté, consciente de que era hablar por hablar, pero prefería decir algo a quedarnos callados y mirándonos sin saber qué hacer.

Lo más probable era que Thad hubiera muerto. Si no, ¿qué hacía allí un inspector? Ellos solo llevaban los delitos graves, como los homicidios. El corazón me dio un vuelco. ¿Habrían asignado el caso al inspector Sean Ryan? No solo habíamos coincidido en otros anteriores, también salía con mi madre. De momento, únicamente de manera ocasional, pero a mi madre le duraba el sonrojo y la sonrisa durante días después de cada cita.

—La verdad, espero que no. —Sophie suspiró—. Puede que suene egoísta, pero es nuestro buque insignia. El comité tarda un año entero en planearlo y organizarlo. Y nuestros patrocinadores tienen ciertas expectativas…

—No sabes cómo te entiendo. —Una de las primeras cosas que había hecho en la librería era organizar una serie de encuentros con escritores y firmas de libros, así como charlas literarias—. Aunque este tipo de actos implican una tonelada de trabajo, son necesarios para mantener la visibilidad.

Sophie me dedicó una sonrisa con los labios apretados.

—Exacto. Nunca habíamos tenido un programa como el de este año. Lo triste es que Thad era uno de nuestros voluntarios más importantes. No podríamos haberlo hecho sin él.

Probablemente era la primera cosa amable que oía decir de Thad.

—¿Y si se le homenajea en la conferencia? Si se celebra. Sería un detalle.

Sophie asintió.

—Tienes razón, Molly, la verdad es que sí. Me lo apunto.

Oliver apareció de nuevo en la puerta.

—El rector vendrá enseguida. Hay que convocar reuniones de urgencia, al menos de nuestro departamento.

El teléfono sonó dentro del despacho y Oliver regresó de

inmediato para contestar. Un segundo después, salió de nuevo.

—He quedado en el comedor con el inspector.

—¿Por qué allí? —preguntó Sophie.

En lugar de contestar, Oliver echó a andar por el pasillo. Lo seguí, deseosa de ponerme al tanto de todo y de hablar con la policía. Al fin y al cabo, tarde o temprano se pondrían en contacto conmigo para tomarme declaración, de modo que quizá pudiera ahorrarles trabajo. Tras un momento de vacilación, Kieran también se apuntó y Sophie hizo otro tanto.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber Sophie mientras bajábamos la escalera. Nadie se molestó en contestar.

Había dos agentes y un conserje delante de la entrada del comedor.

—Ah, ahí está el doctor Scott —anunció el bedel, un hombre mayor—. Si eso es todo, inspector, volveré a mi puesto.

—Claro, vaya —contestó el inspector Sean Ryan—. Gracias por su ayuda. —Paseó la mirada entre nosotros con gesto astuto—. Señorita Kimball. —Una sonrisita irónica asomó en sus labios—. Qué bien encontrarla aquí.

Siempre se dirigía a mí como «señorita» cuando estaba de servicio y como Molly el resto del tiempo. Por descontado, todos, salvo Kieran, se volvieron sorprendidos hacia mí. Incluso el bedel se detuvo un momento con expresión desconcertada. Saludé a Ryan con la mano, un gesto en el que incluí también a su ayudante habitual, la adorable subinspectora Gita Adhikari.

—Me alegra ver que les han asignado el caso.

Ryan enarcó las cejas un instante y luego asintió.

Tras presentarse brevemente y mostrar su identificación, el inspector Ryan señaló la puerta del comedor.

—Usted dirá —dijo dirigiéndose a Oliver antes de volverse hacia nosotros mientras este la abría—. Señorita Kimball, señor Scott, por favor, esperen aquí. Luego querría hablar con ustedes. Doctora Verona, ¿qué relación tiene con el asunto?

Sophie se mordió el labio.

—Thad trabajaba para mí. Hacía tareas administrativas en el Instituto de Literatura Gótica. Si cree que puedo arrojar luz sobre el asunto o ayudar de alguna manera…

—Se lo agradezco. Dele sus datos a la subinspectora y hablaremos. En estos momentos… —Señaló de nuevo el comedor.

Ryan y Oliver entraron en la sala mientras Adhikari anotaba la información de contacto de Sophie. Fui a sentarme en un banco y Kieran me siguió.

—Menuda noche —dijo, recostándose y cruzando los brazos. Me dedicó una sonrisa torcida—. Y ni siquiera has visto una hoguera.

—No, pero todo lo demás está que arde.

Estaba segura de que la muerte de Thad tendría repercusiones tanto para Oliver como para la familia, los amigos del chico y el St. Aelred. Aunque nadie había confirmado que hubiera muerto. Saqué el móvil y abrí la página de noticias locales.

El titular resultó un mazazo que me dejó sin respiración: UNIVERSITARIO MUERE EN UNA AGRESIÓN CON ARMA BLANCA.

El artículo encabezaba la página. Tras él venían otros en los que se especulaba sobre la naturaleza del delito, se protestaba por los actos violentos que solían darse en la noche de las hogueras y se debatía sobre las estadísticas de delincuencia de la ciudad. «La identidad del estudiante no se hará pública hasta que sus familiares hayan sido notificados».

Kieran se volvió de inmediato.

—¿Qué pasa?

El nudo de la garganta me impedía hablar, de modo que le mostré la pantalla. «Pobres padres de Thad». Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas y me moqueaba la nariz, así que busqué un pañuelo en el bolsillo, aunque fue en vano. Claro, se los había dado a Tim para que se limpiara las manos, que tenía manchadas con la sangre de Thad.

—Ven aquí. —Me envolvió en sus brazos y me acercó a él. La distancia entre ambos había desaparecido. Tenía la nariz apoyada en mi pelo y su voz me llegó en un susurro—. Mis padres… tienen una

relación estrecha con su familia. Va a ser muy duro para todos.

—¿Lo conocías bien? —pregunté con el corazón encogido por el dolor.

Negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Nunca hemos ido por ahí juntos. Era bastante más pequeño que yo.

Lógico. Kieran tenía veintinueve años, uno más que yo. Thad debía de rondar los… ¿veintitrés o veinticuatro? Una diferencia lo bastante amplia cuando uno era un adolescente y el otro aún un niño como para haber coincidido en los mismos círculos sociales.

Sophie se marchó y la subinspectora Adhikari entró en el comedor. Un reloj dio las once en algún lugar. Estar junto a Kieran había aliviado la tensión que me atenazaba el cuerpo. Bostecé y me acurruqué contra él un poco más.

—¿Te importa si echo una cabezada?

En su pecho retumbó una carcajada.

—Molly… —empezó a decir.

Levanté una mano y le toqué la cara en busca de los labios.

—Chist. Ahora no. Que estoy durmiendo.

En lo que a mí respectaba, cualquier discusión podía esperar. La policía aún tenía que tomarnos declaración, de modo que a saber a qué hora nos iríamos a la cama. Al día siguiente, quería adelantar trabajo en la biblioteca de Hazelhurst House —por suerte, la hora de inicio era flexible— y asistir a la charla de Oliver. Si se celebraba.

El inspector Ryan me tomó declaración en el comedor vacío, para lo que seguro que había pedido autorización. Estábamos sentados el uno frente al otro. Pese a los apliques y las arañas, la habitación estaba prácticamente envuelta en la penumbra, por lo que Ryan entrecerraba los ojos tratando de ver la tableta con tan poca luz.

—Señorita Kimball, usted fue quien llamó a emergencias. ¿Podría contarme lo que ocurrió antes de la llamada? Empiece contándome el motivo por el que se encontraba en St. Aelred’s Way.

Repasé lo que habíamos hecho esa noche, comenzando por la cena en el Magpie y el cambio de planes de Oliver para encontrarnos en la Master's Lodge Gate. Cuando mencioné que Daisy y Tim estaban con nosotros, gruñó y lo anotó, probablemente para hablar con ellos más tarde.

—¿Vio u oyó algo mientras caminaban por la calle? —preguntó Ryan.

—Sí. Unos pasos. Estábamos a medio camino de la puerta cuando una persona apareció corriendo en nuestra dirección. Alta, vestida de negro.

Se inclinó hacia delante.

—¿Cómo era?

—No lo sé. Llevaba una de esas máscaras de Guy Fawkes. Igual que Thad.

No había caído en aquello hasta ese momento. Tanto la persona que corría como el estudiante llevaban máscaras. ¿Estaban juntos? ¿O se trataba de una mera coincidencia?

Ryan se echó hacia atrás, frustrado.

—Una máscara. Ya. ¿Algún detalle que pueda ayudarnos a identificarlo? ¿Pelo? ¿Manos? ¿Qué me dice de la ropa?

La chaqueta. Muy parecida a la de Oliver. Me removí en el asiento. Sabía que describírsela a Ryan le acarrearía problemas al primo de Kieran… y quizá a nosotros también. Sin embargo, si no la mencionaba y la información aparecía en el informe preliminar de la policía, Ryan querría saber por qué.

La opresión que sentía en el pecho aumentaba conforme pasaba el tiempo; notaba cómo me zumbaban los oídos en el denso silencio de aquella centenaria sala de gruesos muros de piedra. Finalmente, suspiré, consciente de que en realidad no tenía alternativa. En cualquier caso, tampoco hacía falta que dijera que la chaqueta era idéntica a la de Oliver. Sobre todo porque no estaba segura al ciento por ciento.

—La chaqueta tenía un ribete y un logo plateados reflectantes —contesté, señalándome sobre mí misma para explicarle a qué me

refería—. La marca es bastante conocida, sobre todo entre los ciclistas y los corredores, según tengo entendido.

Asintió mientras tomaba nota.

—¿Qué ocurrió luego?

Volví a sentir la opresión del pecho mientras le contaba que habíamos encontrado a Thad en el suelo, que Kieran lo había reconocido y había tratado de ayudarlo y que Daisy había localizado el arma cerca.

—Como sabe, llamé para pedir ayuda.

—¿Dónde estaba el doctor Scott durante todo ese tiempo? —preguntó.

—Llegó justo antes que la policía y hemos estado con él desde entonces. —Agradecida por el botellín de agua que alguien me había llevado, bebí un trago. Aún quedaba mucho que relatar—. Después de que la ambulancia y la policía se fueran, nos pasamos por el dormitorio de Thad para informar sobre la agresión a los otros alumnos que viven allí.

—¿Sabe cómo se llaman?

Después de proporcionarle el nombre de los tres jóvenes, hice una pausa, preguntándome si debía confiarle la conversación un tanto incriminatoria que habían mantenido Josh y Amy.

—¿Qué ocurre, Molly? —preguntó con brusquedad, aunque suavizó su expresión de inmediato—. Disculpe, señorita Kimball.

Agité la mano para restarle importancia y le conté lo que había oído.

—No sé si será relevante, pero he pensado que, de todas formas, debería saberlo.

Él asintió con un breve gesto de cabeza.

—¿Qué sucedió a continuación?

—Vinimos aquí, a esta sala, y Oliver descubrió que faltaba un puñal. Creo que lo identificó cuando lo vio en la calle. Luego, subimos a su despacho. —Omití la parte del *whisky*—. Estaba hablando por teléfono con el rector cuando apareció Sophie Verona y le informó de que ustedes querían verlo.

¿Por qué Ryan se había interesado específicamente por Oliver? No me atreví a preguntar. El primo de Kieran aún no había llamado a la policía para informales acerca de la sustracción del puñal. ¿Alguien lo había implicado en la agresión?

Otro pequeño detalle que el inspector ignoraba, porque yo no se lo había mencionado, era que, estando en Hazelhurst House, habíamos oído cómo Oliver amenazaba a Thad. Mi conciencia me decía que debía decírselo, igual que había hecho con la conversación de Josh y Amy, pero ¿quién no ha exagerado alguna vez estando enfadado? Además, hablaba consigo mismo, no se había dirigido directamente a Thad.

Al final, mantuve la boca cerrada. Me dije que solo era algo oído al tuntún y que cualquier acusación de homicidio debía incluir pruebas físicas. Si Oliver era inocente, no habría ninguna.

Para cuando Ryan me dejó ir, estaba exhausta, agotada y con ganas de llegar a casa como fuera y meterme en la cama. Kieran y su primo se levantaron cuando salí al pasillo y reí sin demasiado entusiasmo.

—Bueno, no ha estado mal. Ha dicho que pases, Kieran.

—¿Me esperas? —me preguntó.

—Qué remedio. No pienso volver sola.

El tráfico estaba muy restringido en el centro, así que tampoco podía llamar a un Uber para que me llevara a Magpie Lane.

—Intentaré darme prisa —dijo, siempre tan considerado—. Tienes pinta de estar hecha polvo.

—Sí, un poco. —Con la botella de agua aún en la mano, me acerqué arrastrando los pies y me dejé caer en el banco—. Hasta ahora.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó Oliver cuando se cerró la puerta. Ya no llevaba la chaqueta del ribete plateado. Debía de estar en su despacho.

—Bien, supongo. Siempre me preocupa haberme dejado algún detalle importante.

Cuando no lo omitía adrede.

—Están registrando la habitación de Thad. Y el equipo forense se encuentra en el callejón.

—Parece que siguen el protocolo habitual —comenté, preguntándome si encontrarían algo allí fuera. No era probable después de que lo hubiésemos pisoteado todo. Con suerte, ya habrían dado con el móvil de Thad o acabarían haciéndolo. Así sabrían con quién había hablado o quedado esa noche.

Me moría por preguntarle a Oliver sobre sus otros alumnos, Wesley, Josh y Amy, pero no me atreví. Al menos prefería no hacerlo allí, delante de la sala de interrogatorio. Salvo que se tratara de una agresión del todo fortuita, cosa que dudaba, puede que alguno de ellos supiera algo. O que fuera el culpable. Sobre todo teniendo en cuenta que el arma homicida procedía del St. Aelred. Alguien de fuera no habría podido acceder a la vitrina ni habría sabido dónde encontrar el arma.

No, lo apostaba todo a que el asesino era alguien del St. Aelred. Por lo que sabía hasta el momento, Thad era una persona difícil. ¿A quién había enfadado hasta el punto de empujarlo a cometer un asesinato?

CAPÍTULO CINCO

La primera parte del camino a casa transcurrió en silencio. Emocionalmente, estaba tan hecha polvo que casi me tambaleaba. Pasaba de la medianoche y las calles se veían bastante desiertas a esas horas; solo muy de vez en cuando se oía un petardo a lo lejos. Salvo por unos cuantos estallidos de color que había vislumbrado por encima de los tejados, me había perdido la mayor parte de la celebración de la noche de las hogueras.

«Y tropezado con otro asesinato». Ojalá Oliver se hubiera presentado en el Magpie. Esa noche no nos habríamos acercado siquiera al St. Aelred y me habría enterado de lo de Thad por las noticias. Aunque, como su tutor, el primo de Kieran se habría visto afectado de todas maneras. Y, además, se encontraba en el epicentro de nuestros problemas.

Pese al momento tierno del banco, Kieran volvía a mostrarse distante y tenía los ojos vidriosos por el cansancio. Y por el pesar, dado que conocía a Thad. De ahí que sacar a relucir dichos problemas quizá no fuera lo más acertado, al menos de momento. Sobre todo teniendo en cuenta que él no había dicho nada y que solo me guiaba por mi intuición, como una ráfaga de aire frío colándose por el resquicio de la puerta.

Magpie Lane, por fin. Aminoramos el paso a medida que nos acercábamos a la tienda de bicis.

—¿Quieres subir, Molly? —me preguntó—. Igual nos vendría bien

una copa, ¿no crees?

Aunque la familia de Kieran vivía en una mansión increíble a pocos kilómetros de allí, él se alojaba en un apartamento situado encima de la tienda. Según me había contado, le gustaba la independencia y los pocos problemas que daba encargarse de un lugar tan pequeño.

—No estaría mal —reconocí, y lo seguí hasta la puerta de la escalera, en uno de los laterales del edificio.

La abrió, encendió la luz y luego se hizo a un lado para dejarme pasar. Al subir las escaleras, te topabas con una vivienda amplia de un solo espacio, con un dormitorio y un baño al fondo a la izquierda. La casa y la tienda no eran tan antiguas como la librería, pero el apartamento tenía elementos muy bonitos, como las vigas gruesas, los suelos de madera de tablones anchos, las paredes de ladrillo visto y un balcón, en el que habíamos pasado alguna que otra noche cuando hacía mejor tiempo, cenando y bebiendo cerveza.

Me quité los zapatos de una patada y me senté en el mullido sofá mientras él se dirigía a la cocina.

—¿Cerveza o chupito? —preguntó—. Tengo *whisky* irlandés y escocés.

—Pues probaré el irlandés.

Una cerveza antes de irse a la cama era ingerir demasiado líquido.

—No es tan bueno como el de Oliver —me avisó mientras lo servía en dos vasitos—. Él entiende más de estas cosas.

La mención de su primo me daba pie a sacar el tema, pero esperé a que estuviera a mi lado, en el sofá y me tendiera la bebida. Nos instalamos cada uno en su rincón, con las piernas estiradas y los pies casi tocándose. Levanté mi vaso a modo de brindis y bebí un sorbo, agradeciendo el ardor en la garganta y el pecho.

—Kieran.

—Lo siento.

Los dos habíamos hablado al mismo tiempo. Reímos.

—Tú primero —dije aliviada.

Clavó la mirada en el vaso que sujetaba en la mano.

—Estoy preocupado por Oliver.

Me había preparado para recibir una crítica, pero eso no me lo esperaba.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Tú lo oíste igual que yo. —Apretó los labios—. Estaba muy enfadado con Thad por fastidiarle el ascenso.

O sea que a él también le inquietaba la amenaza.

—Ya, pero parece ser que había mucha gente bastante molesta con Thad. Además, Oliver solo se desahogaba.

Me miró y vi que le brillaban los ojos, esos ojos castaño oscuro.

—¿Tú crees? —Luego, sacudió la cabeza—. A veces es muy impulsivo. Y tiene mal genio. Lo echaron de varios internados, ¿sabes? Sus pobres padres temían que lo siguiente fuera la cárcel.

Comparé las imágenes que evocaban sus palabras con lo que conocía del Oliver adulto. Era bien parecido, rebosaba energía y parecía que encaraba con mucho optimismo lo de dar un cambio de rumbo a su carrera y hacerse escritor.

—Admito que lo conozco desde hace muy poco —dije—, pero esta noche ha mantenido la compostura bastante bien.

Kieran asintió.

—Sí, ¿verdad? —Tras pensarlo un momento, añadió—: Siento haberme enfadado contigo. Por sacar a relucir lo de su chaqueta, me refiero. Pensé… que igual había sido él. —Arrugó la nariz—. No puedo creer que lo haya dicho en voz alta.

Apuró su copa como si quisiera arrastrar sus palabras con el *whisky*.

—Bueno, supongamos que tienes razón.

Levantó la barbilla de inmediato, boquiabierto.

—Espera, déjame acabar. Has dicho que es impulsivo y que tiene mal genio. O que antes era así. Eso no me cuadra con el Oliver que hemos visto esta noche. ¿Tú lo viste preocupado o nervioso cuando se presentó en la puerta? No. Si fuera culpable, ¿habría identificado el arma homicida y conducido a la policía hasta la vitrina del

comedor? Una vez más, no.

Tamborileó con los dedos en la rodilla, reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Tienes razón. El antiguo Oliver habría perdido los estribos y habría salido corriendo. No le habríamos visto el pelo durante un tiempo y luego habría vuelto a rastras, avergonzado y lleno de remordimientos. Sería más probable que confesara en lugar de fingir que era inocente.

—Tú lo conoces mejor que nadie —dije—, así que quédate con eso en el caso de que la policía se centre en él.

Kieran dejó el vaso en la mesita de café y se acercó un poco más a mí.

—Ahora sé cómo te sentiste cuando consideraron sospechosa a tía Violet. —Se llevó una mano al estómago—. Dan ganas de vomitar. Es como si te hubieran puesto el mundo del revés.

—Sí, fue precioso —comenté con tono sarcástico—. Siento que tengas que pasar por esto. Además, conocías a la víctima. —Coloqué mi vaso en la mesa y le toqué la rodilla—. Lo siento.

Nuestras caras estaban cerca y, tras un momento colmado de dulzura, me besó. Para mi enorme alivio, la distancia entre los dos había desaparecido y volvíamos a estar como siempre. Es decir, enamorados y muy muy felices. Incluso con un asesino suelto.

Más tarde, cuando por fin llegué a la librería a las tantas de la noche, repasé los estantes en busca de un ejemplar de *El manuscrito maldito*, rezando para que George no hubiera comprado el último que teníamos. No lo había leído, de hecho, desconocía muchas de las primeras obras que formaban el canon de la literatura gótica, y tenía ganas de zambullirme en él. Siempre era emocionante descubrir y explotar nuevas y profundas vetas literarias.

Teníamos varias ediciones y escogí la que estaba en peor estado, la menos valiosa de todas. Luego, con Puck pegado a mis talones y un vaso de agua en la mano, subí a mi habitación. En cuanto estuve

entre los almohadones de plumón y las mantas, con Puck ronroneando a mi lado, abrí el libro, llena de emoción. Además de disfrutar de la historia, esperaba descubrir alguna pista sobre la verdadera identidad de Selwyn Scott. Todos los escritores dejaban un rastro de su personalidad, su actitud vital y su visión del mundo en su obra. Era algo inevitable y distintivo, como las huellas dactilares.

El manuscrito maldito

Me llamo Matthew Marlboro y soy librero de oficio, un humilde vendedor de libros dueño de un modesto establecimiento asentado en la ciudad de Cambridge, a pocos pasos de las puertas del Trinity College. Pese a las reducidas dimensiones de mi negocio y de las limitadas mercaderías con las que comercio, gracias a la Providencia y a mi completa entrega, tengo fama de obtener los mejores manuscritos e infolios. Libros raros y únicos, algunos impresos de manera artesanal, que versan sobre temas que van de lo esotérico a lo religioso o incluso lo mágico. Mis clientes saben que nunca hago partícipe de sus solicitudes ni de sus adquisiciones, o de sus deseos de desprenderse de algún ejemplar de su colección personal, a nadie.

Es esta discreción que me precede la que, a mi entender, me llevó a embarcarme en la empresa más ardua, compleja y peligrosa que he vivido hasta la fecha. Una aventura que casi me costó la vida, cuando no la cordura.

A finales del invierno, vino a visitarme un caballero llamado Dudley Coates, sobrino del conde de Mercia. Pese a haber tenido tres esposas, el conde continuaba sin descendencia, de modo que el señor Coates se postulaba como el presunto heredero y, si bien yo lo ignoraba por entonces, dicha herencia subyacía a la petición de que lo asistiera en la obtención del único ejemplar que existía de *Las divagaciones de un monje*, una obra escrita alrededor del año mil en un monasterio de la remota y montañosa región del Piamonte, en Italia.

Cuando le pregunté por qué creía que el manuscrito estaba disponible, el señor Coates contestó que ya había pasado por varias manos desde que el monasterio viviera tiempos difíciles; extremo del

que me encontraba al corriente, pero en ocasiones prefiero fingir ignorancia a fin de averiguar cuán profundos son los conocimientos de un cliente. En esos momentos, el dueño era un noble que vivía en Malvagio, me confió, lo cual confirmó lo que yo tenía entendido. Gracias a sus contactos, se había enterado de que el libro estaba a la venta y quería que lo acompañara hasta allí para que representara sus intereses y negociara la adquisición.

No soy de los que se aventuran lejos de su cubil, con sus pilas de libros y su olor a tinta, papel y cuero, aunque viajo anualmente a Londres y he visitado París en un par de ocasiones. No obstante, por fin había contratado a un ayudante, de modo que una ausencia prolongada no afectaría al negocio habitual.

Aunque en esos momentos no lo compartí con nadie más, sentía gran curiosidad acerca de *Las divagaciones de un monje*. Según los rumores y las conjeturas que a menudo rodean a los manuscritos raros que tratan sobre cuestiones arcanas, la obra poseía un poder peculiar, del cual se derivaba su título informal, ese que corría de boca en boca, aunque de tapadillo, en el mundo editorial: *El manuscrito maldito*.

Reconozco que traté de conseguir más información acerca de esos rumores consultando a un viejo librero, un veterano del oficio. ¿A qué se debía exactamente el título del libro?, le pregunté. ¿Era tan valioso que se había derramado sangre por ser su dueño? Solo recibí evasivas. Aseguró que ignoraba de qué manera ejercía su poder. Solo sabía que muchos habían muerto tras entrar posesión del manuscrito, a menudo muy poco tiempo después de incorporarlo a su colección.

Le planteé la cuestión al señor Coates.

—¿No le preocupan los posibles… efectos del libro?

—No es para mí —contestó—. Es un regalo para el conde. Sé que apreciará esta rara y bella adición a su extensa biblioteca. —Profirió una sonora carcajada—. Esos rumores supersticiosos únicamente contribuyen a aumentar su atractivo. ¿Cómo va un libro a matar a alguien? Salvo que le caiga en la cabeza.

En retrospectiva, el comentario del señor Coates debería haberme alertado acerca de que ocurría algo que desconocía. No obstante, por entonces, la oportunidad de contemplar el legendario manuscrito, de examinar semejante joya de ingenio literario, me tenía tan cautivado que de buena gana me avine a acompañarlo. Partiríamos al cabo de dos semanas, a contar desde ese día.

Algo me llamó la atención de inmediato: el personaje principal era un librero de Cambridge y, teniendo en cuenta que los escritores suelen inspirarse en su vida real, ¿era posible que Selwyn Scott conociera al dueño contemporáneo de Thomas Marlowe?

Era un posible punto de conexión con *El manuscrito maldito*. Pensé en el cuartito de la biblioteca, atestado de papeles. ¿Habría contratos de venta de libros? La búsqueda de cualquier tipo de información sobre la compraventa de títulos valiosos e importantes podría resultar muy útil a la hora de tasar la colección.

Solo me habían contratado para catalogarlos, pero quizá *lady* Asha me dejara husmear un poco más y comprobar si alguno procedía de mi librería o qué miembro de la familia lo había adquirido. Si Selwyn Scott tenía relación con el librero de entonces, cabía la posibilidad de que mi antepasado apareciera como un personaje. Con un nombre distinto, por descontado, pero Marlboro se parecía bastante a Marlowe.

Me incorporé y cogí una libreta y un boli. En lo alto de la página escribí «¿Quién es Selwyn Scott?» y apunté los nombres de Samuel, Frances y Agatha Scott debajo. Primer paso: «Buscar contratos de venta de libros adquiridos. ¿La relación con Thomas Marlowe podría ser relevante?». En esos momentos, solo era una teoría.

Le eché una última ojeada al móvil antes de apagar la lamparita. Oliver aún no me había enviado nada sobre el proyecto de investigación, lo cual no me sorprendía. Esa noche tenía otras cosas más urgentes en la cabeza.

El tentador aroma de las salchichas del desayuno me sacó poco a poco del sueño. Eso y Puck dándome con la patita en la nariz. ¿Qué importaba que yo solo hubiera dormido seis horas y que tuviera la cabeza embotada? Su plato estaba llamándolo.

—Para. —Abrí los ojos a regañadientes y me encontré su hocico prácticamente pegado a mi nariz—. Ya me levanto, ¿vale?

Bajó de un salto con un golpe sordo, desproporcionado para su

peso, y corrió a la puerta. Mucho más lenta, me incorporé en la cama, retiré las mantas y alargué la mano hacia la bata de cuadros. Me calcé las zapatillas de borreguillo.

Con Puck a la cabeza, descendí la escalera con pasos pesados y giré hacia la derecha para entrar en la cocina. La alargada habitación, caldeada por una antigua cocina AGA, era el lugar en el que pasábamos el rato durante las horas libres. Además de la extensa mesa de madera con espacio para ocho personas, la estancia también disponía de un par de sillones y un sofá blando que creaban una zona de descanso. La cesta de hacer punto de tía Violet indicaba cuál era su sillón y en los brazos del sofá había libros a medio terminar, míos y de mi madre.

—Buenos días —me saludó esta última, volviéndose hacia mí con una sonrisa—. El café está listo.

Una de nuestras primeras aportaciones a la cocina había sido una cafetera de émbolo. No podíamos pasar sin café.

—Genial. ¿Puedo ayudar en algo?

Me indicó que no con una mano y, mientras yo retiraba una silla para sentarme, me trajo una taza humeante.

—¿Qué tal anoche?

«Anoche». Una sucesión de imágenes pasó por mi cabeza a toda velocidad. Thad tendido en el suelo. El puñal ensangrentado. El interrogatorio de la policía. La terrible noticia de la muerte del joven.

—Claro, que no lo sabes —dije.

Ya era muy tarde cuando salí de casa de Kieran y llegué a la mía demasiado tarde como para despertar a mi madre o a tía Violet. Además, debo reconocer que también quise dejar aparcada de momento la espantosa experiencia. Sabía de primera mano lo absorbente que podía ser un caso de homicidio.

—¿Qué es lo que no sé?

Mi madre me miró mientras regresaba junto a la cocina, donde les dio la vuelta a las salchichas. Bebí un sorbo de café para hacer tiempo. La triste realidad ensombrecería esos instantes de dicha, gatos ronroneantes, café caliente y un delicioso desayuno en camino

en cuanto se lo contara.

—Molly.

Mi madre trasteó en los fogones con más energía de la necesaria. Sabía que le preocupaba que me hubiera metido en líos. Cosa que efectivamente había hecho, aunque yo había salido ilesa.

—Anoche fuimos testigos de la muerte de un chico —dije tras un par de tragos, tratando de evitar toda emoción—. Kieran y yo nos lo encontramos sin más. Íbamos con Daisy y Tim, de camino al parque. Era un estudiante del St. Aelred, donde da clases el primo de Kieran.

Mi madre se volvió en redondo con la espátula en la mano.

—¿Qué? Oh, no. —Dejó el utensilio y bajó el fuego antes de acercarse—. Lo… Yo… No sé qué decir.

Se sentó a mi lado y se acercó a mí con la frente arrugada por la preocupación. Le di vueltas a la taza; necesitaba tener las manos ocupadas.

—Sí, fue bastante horrible. —De la manera más sucinta posible, omitiendo mis sospechas sobre Oliver, le relaté lo que había sucedido la noche anterior—. Con suerte, Sean Ryan no tardará en llegar al fondo del asunto —concluí.

—Eso espero yo también. —Mi madre se levantó enseguida, incapaz de disimular tras haber oído el nombre del inspector, y volvió junto a los fogones—. ¿La familia de Kieran conoce al joven? ¿Eso cambia tus planes para hoy?

Buena pregunta. Llevaba el móvil en el bolsillo de la bata, así que le envié un mensaje a *lady* Asha expresándole mis condolencias y preguntándole si aún quería que fuera a trabajar a la biblioteca ese día. Luego, eché un vistazo a la página web del Instituto de Literatura Gótica. «La conferencia sigue en pie —anunciaban—. El programa no ha sufrido cambios».

Supuse que eso significaba que Oliver daría su charla sobre *El manuscrito maldito. Lady* Asha contestó de inmediato diciendo que decidiera yo si quería ir ese día o no. Pese a que estaba agotada, le dije que iría. Entre la charla de Oliver y la posibilidad de que asistiera más gente del instituto y del St. Aelred, parecía que Hazelhurst

House era el lugar donde se cocía todo. Si había algún avance en la investigación del asesinato de Thad, quería estar presente.

Tía Violet bajó tranquilamente a la cocina mientras mi madre servía las salchichas y los huevos revueltos.

—En el momento oportuno, como siempre —dijo con una mirada radiante—. Gracias por el desayuno, Nina.

Cuando se sentó, me fijé en que llevaba las mallas de yoga y una camiseta elástica de manga larga en lugar de la bata habitual.

—¿Qué has estado haciendo, tía Violet? —pregunté mientras pinchaba una buena porción de huevos revueltos. Puck y Clarence estaban rondando a mis pies con la esperanza de que les cayera alguna miga. Y puede que se me extraviaran una o dos, accidentalmente, por supuesto. O no tanto.

Se sirvió leche en la taza.

—Yoga para mayores. Hay vídeos en internet, ¿sabes? Me gusta la monitora, aunque a veces me resulta demasiado animada para estas horas de la mañana. —Enarcó una ceja—. Y después he visto las noticias. Anoche hubo un asesinato en el St. Aelred. ¿No es donde trabaja Oliver Scott? Un muchacho la mar de apuesto.

—Sí, sí que lo es. —Inspiré hondo, llenándome los pulmones para contarle toda la historia a mi tía abuela—. Y yo soy uno de los testigos. Otra vez.

Tía Violet me escuchó con suma atención mientras yo relataba una vez más lo que había sucedido la noche anterior.

—Tienes un buen puñado de sospechosos —comentó— entre los tres estudiantes y esa otra profesora. No ha sido Oliver. Es demasiado guapo.

—¡Tía Violet! —protesté—. Ser agraciado no es motivo para no sospechar de alguien. —Me apresuré a añadir—: Aunque estoy de acuerdo, no ha sido él. Ayudó a la policía a averiguar la procedencia del arma homicida.

—Algo que solo haría un verdadero cerebro criminal —opinó mi madre—. Y, por lo que has dicho, a Oliver se le vería venir de lejos si quisiera manipular a alguien.

—Exacto. —Leí otro mensaje, esta vez de George—. Qué bien, George se apunta a venir hoy.

Le contesté, preguntándole si quería que lo llevara. El único inconveniente era que me quedaría en Hazelhurst House todo el día. Aceptó y dijo que cogería el autobús de vuelta.

Tras meterme en la boca el último bocado de salchichas y huevos revueltos y servirme más café, fui corriendo a prepararme para ese día en la mansión de la familia de Kieran. Con suerte, haría algún progreso respecto a los dos misterios: la verdadera identidad de Selwyn Scott y el asesinato de Thad Devine.

CAPÍTULO SEIS

—Vaya, menudo casoplón. —George lanzó un silbido largo y grave cuando nos acercamos a Hazelhurst House—. Es como entrar en un libro.

Sentado junto a mí en el Cortina, George aferraba entre las manos su ejemplar de *El manuscrito maldito*. También había llevado una bandolera que contenía una libreta, bolígrafos, una cantimplora de agua y un paquete de galletas McVitie's, sus preferidas.

—No lo habría dicho mejor —convine, aunque en mi caso el libro se parecía más a *Cenicienta* que a un relato de terror gótico. Aún me pellizcaba de vez en cuando pensando «¿De verdad estoy saliendo con un miembro de la… aristocracia?». Era muy raro.

Reduje la velocidad aún más cuando cruzamos el puente del foso. La gente dejaba el coche más adelante, en una pequeña zona de grava, y eché un vistazo buscando un sitio.

Por fin encontré uno y aparqué, aunque por lo visto el Mini Cooper que venía detrás le había echado el ojo al mismo hueco y el conductor pasó por mi lado escupiendo grava en dirección a la zona congestionada que había un poco más adelante.

George sacudió la cabeza, desaprobando una conducción tan temeraria.

—Será mejor que la pintura no tenga ni un arañazo, lanzando piedras de esa manera.

—Eso espero yo también.

Cada vez que conducía aquella preciada reliquia, rezaba para devolverla sin un rasguño. El coche me sacaba más de una década.

Cuando nos bajamos, George le echó un buen vistazo al Cortina y gruñó satisfecho.

—Todo correcto.

En ese momento, vio que la conductora del Mini se acercaba a pie y quiso fulminarla con la mirada. Se trataba de Sophie Verona, quien apenas nos dedicó un vistazo antes de dirigirse hacia la mansión con paso decidido.

—Es la doctora Verona, del St. Aelred —informé a George después de aminorar el paso hasta asegurarme de que la mujer se encontraba lo bastante lejos para no oírnos—. Está a cargo del simposio, y Thad era su ayudante.

Durante el trayecto en coche, había puesto a George al día acerca del asesinato y de mi implicación involuntaria en el asunto. Era la tercera vez que soltaba ese día el mismo rollo.

George asintió en actitud reflexiva.

—Ah, ya veo. Tiene muchas cosas en la cabeza, ¿no?

—Diría que sí. —Apreté el paso—. Cambiando de tema, ¿qué tal el libro? —Señalé *El manuscrito maldito* con la cabeza—. Yo lo empecé anoche.

—De momento, bien —dijo George. Estábamos cruzando el puente y, cuando llegamos al otro lado, susurró—: Caramba.

En otra época, había servido de puente levadizo. Atravesamos un arco gigantesco y entramos en un patio. En verano, había asistido a la fiesta que se había celebrado allí mismo, con sus carpas, mesas, maceteros y un cuarteto de cuerda, pero en ese momento solo había un par de vehículos aparcados cerca de la entrada principal, frente al arco.

En los escalones, un joven le sujetaba la puerta a su acompañante femenina. Un instante después, me di cuenta de que se trataba de Josh Blake y Amy O'Donnell, ambos con vaqueros, como todo el mundo. Ella llevaba un jersey largo color lavanda que hacía resaltar su melena morena, mientras que él se había puesto un

polar verde con la cremallera subida hasta el cuello. Por lo visto, los sucesos de la noche anterior habían hecho que estuviera mucho más atenta a lo que la gente escogía para vestirse. ¿Reconocería la chaqueta del asesino si la viera?

—¡Hola! —los saludé, apretando el paso—. Molly Kimball —añadí cuando se volvieron con idénticas caras de desconcierto—. Nos conocimos anoche, en el St. Aelred.

—Ah, Molly. —El rostro de Josh se despejó—. Me sonabas, pero…

—Eh, era de noche y había poca luz. —Y todos estábamos conmocionados por la agresión de Thad—. Este es George Flowers —lo presenté—. Un gran aficionado a la literatura gótica.

—Mi campo de estudio se centra en las hermanas Brontë —dijo George, adoptando un acento tan afectado como el de cualquier académico engreído—. Aunque estoy ampliándolo para incluir a Selwyn Scott y a otros autores anteriores.

Habíamos cruzado la puerta y nos encontrábamos en el gran vestíbulo, que ofrecía el aspecto de una auténtica fortaleza medieval. Armaduras. Paredes revestidas de madera de nogal. Tapices y una chimenea lo bastante grande para asar el típico buey. Las hileras de sillas plegables colocadas en medio de la sala indicaban que era allí donde se celebraría la charla.

—Me encantan las Brontë —dijo Amy—. ¿Ha estado en Haworth?

Efectivamente, en verano. George y Amy entablaron una animada conversación sobre el pueblo natal de las Brontë mientras nos acercábamos con paso tranquilo hacia el resto de la gente.

Oliver se encontraba cerca del estrado, hablando con *lady* Asha y Sophie Verona, mientras un grupo de unos cincuenta asistentes escogía asiento o echaba un vistazo al refrigerio que habían dispuesto a un lado, entre ellos Wesley Wright, el chico del St. Aelred. Para mi sorpresa, vi a Daisy detrás de la mesa del bufé.

—Disculpa —le dije a Josh—, acabo de ver a alguien que conozco.

Se echó a reír y me siguió.

—Y yo un *scone* que lleva mi nombre.

—Tea & Crumpets, de Magpie Lane —dije—. Todo de la mejor calidad.

Daisy estaba colocando una bandeja y levantó la vista.

—Molly, no sabía que hoy estarías aquí.

—Lo mismo digo —contesté. Además de los *scones*, había tartaletas de crema de limón y mermelada, tortas de Eccles y rollitos de canela—. Qué pintaza.

Pese al contundente desayuno de horas antes, tenía que probar uno de esos rollitos que chorreaban azúcar moreno y canela.

—La empresa de *catering* canceló el servicio ayer, ya tarde. Kieran le propuso a *lady* Asha que me llamara y, por suerte, pude decirle que sí. Esta mañana he hecho el doble de lo habitual y aquí me tienes.

Daisy llevaba un pequeño negocio junto con un par de empleados a tiempo parcial. Uno de ellos debía de haberse quedado defendiendo el fuerte.

—Y yo que me alegro. —Me puse un rollito en un plato con la idea de darme una vuelta y hacerme también con una taza de té. La cola empezaba a crecer detrás de mí—. ¿Hablamos luego?

—Por supuesto.

Daisy sonrió con paciencia cuando alguien le hizo una pregunta rebuscada sobre los ingredientes.

Puse una bolsita de té en una taza, añadí agua caliente y me lo llevé todo, junto con un kit de bienvenida, a una silla del fondo, al lado del pasillo. Poder salir deprisa condicionaba la elección de asiento cuando asistía a actos o conferencias. Y no porque pensara que la charla de Oliver iba a ser un tostón, era una costumbre.

Kieran entró en la sala desde la parte de atrás y me saludó con la mano cuando me vio. Estaba impresionante con aquel jersey verde musgo, bajo el que asomaba una camisa con cuello de botones, unos vaqueros y unas botas relucientes. El típico dueño de una mansión vestido a lo informal. Delante de mí, dos chicas se dieron un ligero codazo y empezaron a cuchichear.

—Es el primo del doctor Scott —dijo la pelirroja—. Esta es su

casa.

Miraron a su alrededor, maravilladas y muertas de envidia.

—¿Está soltero? —preguntó la morena con una risita. Se encogió en el asiento—. No mires. Viene hacia aquí.

De pronto, no puede resistir la tentación de presumir de novio, solo un poquito. Me incliné hacia delante.

—Lo siento, pero no. Que no está soltero, me refiero.

Volvieron la cabeza de inmediato. La morena frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

En respuesta, levanté la mano y le indiqué a Kieran que se acercara.

—Eh, cariño, te he guardado sitio.

No lo había hecho, pero había una silla libre a mi lado, a la que me trasladé.

—¿Cariño? —musitó al sentarse. Me dio un beso fugaz—. Buenos días. ¿Cómo estás?

Las chicas prácticamente tenían las orejas pegadas a nosotros mientras fingían que no nos prestaban atención, cosa que me tentó a decir algo subido de tono sobre la noche anterior.

—Genial, gracias —contesté en cambio—, pese a la falta de sueño. —Vale. Medio subido de tono—. ¿Hablamos luego, cuando acabe esto? Estaré en la biblioteca.

Kieran descansó un brazo sobre el respaldo de mi silla.

—Hablando de la biblioteca, tenemos una pequeña sorpresa para después.

Me acerqué más a él; por suerte, las chicas parecían haber perdido el interés en nosotros y estaban a lo suyo, charlando.

—¿No puedes decírmelo?

—Vamos a exponer el manuscrito original —me anunció en voz baja—. La gente podrá pasar a verlo después de la charla.

—Genial. Les encantará.

Me había embargado una gran emoción cuando contemplé las páginas escritas por Selwyn Scott y estaba convencida de que a un grupo de aficionados a la literatura gótica les ocurriría lo mismo.

Sophie Verona subió al estrado y ajustó el micrófono.

—Buenos días. —Su voz resonó en la estancia de altos techos—. Bienvenidos al primer acto del año del Instituto de Literatura Gótica. Hoy nos hallamos aquí reunidos para aprender, disfrutar de nuestro género favorito y pasar un buen rato. —La presentación fue recibida con unos breves aplausos. Se aclaró la garganta—. Antes de dar paso al doctor Oliver Scott, quien nos hablará de una novela escrita aquí mismo, en Hazelhurst House, tengo que anunciarles una triste noticia.

El público empezó a removerse en sus asientos y a susurrar, por lo que imaginé que la mayoría de ellos ya sabían lo de Thad.

—Lamento informarles de que Thad Devine, mi ayudante y un verdadero estudioso de la literatura gótica —prosiguió Sophie—, murió anoche tras ser agredido. —Unos gritos ahogados recorrieron la sala—. El caso está en manos de la eficientísima policía de Cambridge. —Cuando la gente empezó a murmurar, levantó una mano—. Antes de empezar, me gustaría que guardáramos un minuto de silencio en memoria de Thad.

Era un bonito detalle y también una manera de atajar los cuchicheos del público.

Todo el mundo agachó la cabeza y guardó silencio hasta que este se vio interrumpido unos cincuenta segundos después por un estrépito que sobresaltó a todo el mundo.

Una de las armaduras que había junto a la pared se había desplomado y el yelmo rodaba por el suelo hasta que se detuvo cerca de los pies de Oliver, que, sin perder la compostura, lo recogió.

—¿Esto es cosa suya, *lady* Asha? —preguntó, alzándolo—. No podría haber pedido una presentación más adecuada para mi charla, «Objetos malditos en la literatura gótica».

Todo el mundo rio y, cuando Oliver subió al estrado, se dispuso a escuchar.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a George cuando se acercó a

mí tras la conclusión del acto—. Yo he aprendido un montón. Me ha gustado la manera en que ha explicado lo de los temas más habituales.

Oliver había comparado el codiciado manuscrito, *Las divagaciones de un monje*, con *La piedra lunar* de Wilkie Collins y *La pata de mono*, el relato corto de W. W. Jacobs. Los objetos ejercían una atracción irresistible, bueno, la pata de mono por su supuesto poder, apelaban a los peores instintos de los seres humanos y conllevaban el merecido castigo. También había tocado otros tópicos como la ambientación y la meteorología de la novela gótica, además de los personajes excéntricos y esa atmósfera en la que siempre amenaza el peligro.

—A mí también —dijo George, enseñándome las anotaciones que había tomado en su libreta—. Ahora leeré mucho mejor informado. —Echó un vistazo a su alrededor y se percató de que la gente estaba haciendo cola en el fondo de la sala—. ¿Vas a ir a ver el manuscrito?

—Quizá luego. Kieran me lo enseñó el otro día, así que no hace falta que entorpezca el avance.

—Qué suerte —dijo George con envidia—. ¿Violet me ha dicho que estás catalogando la biblioteca?

—Pues sí. Ay, George, te va a encantar. Tienen muchísimas primeras ediciones, adquiridas recién salidas de imprenta. —Se me ocurrió algo—. Si tienes tiempo, te haré una visita guiada.

Estaba segura de que a los Scott no les importaría. Kieran apreciaba mucho a George.

El hombre sonrió complacido.

—Me encantaría, ya lo creo. Bueno, será mejor que me ponga a la cola. Nos vemos luego.

Se dirigió hacia el grupo que esperaba para ver *El manuscrito maldito*.

Me acerqué a la mesa de los refrigerios. Daisy iba recogiendo lo que podía mientras la gente escogía entre lo que quedaba.

—¿Ya te vas?

—Sí. —Metió los platos y las servilletas que habían sobrado en una bolsa grande—. ¿Nos vemos en la ciudad?

—¿Y si nos tomamos una cerveza luego en el *pub*? —Me vendría muy bien desconectar un poco y charlar un rato con mi mejor amiga —. Tengo un montón de cosas que contarte.

Daisy echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie las oía.

—¿Sobre Thad? La policía me ha llamado antes. Quieren volver a tomarme declaración.

Asentí.

—Kieran y yo estuvimos en la universidad hablando con la policía casi hasta medianoche. Y conocimos a varios amigos de Thad. Que hoy están aquí.

—¿Alguna teoría? —preguntó Daisy—. Ya sé que aún es pronto, pero… —Apiló tres montañas de vasos desechables y los lanzó al interior de la bolsa.

—Más o menos. —Lo único que sabía hasta el momento era que Thad acosaba a Amy, pero ese no era el lugar donde comentarlo—. ¿Quieres que te eche una mano? —me ofrecí, un poco tarde. Daisy vaciló. En respuesta, rodeé la mesa y dejé mis bolsas en el suelo—. ¿Qué hago?

—Gracias, Molly. —Me tendió un recipiente de plástico—. Empieza con las pastas y deja lo que no quepa.

Entre las dos recogimos enseguida la mesa del *catering* y lo metimos todo en bolsas que apilamos en dos carretillas. La sala había quedado prácticamente vacía, aunque alguna persona la cruzaba de vez en cuando. Todo el mundo debía de estar en la biblioteca.

—Acercaré la furgoneta —dijo Daisy, haciendo tintinear las llaves —. Vuelvo enseguida.

Saqué el móvil y me senté en la silla que tenía más cerca para echar un vistazo a los mensajes. También le hice una foto a la sala y la publiqué en la cuenta de las redes sociales de la librería. «Donde empezó todo. #Elmanuscritomaldito #InstitutoLiteraturaGótica».

—¿Ya no queda nada?

Wesley Wright se había detenido delante de la mesa vacía. Iba medio despeinado, llevaba una de las puntas del cuello de la camisa vuelta hacia arriba y tenía los ojos enrojecidos. Era el ejemplo perfecto de alguien que ha pasado una mala noche, e imaginé la causa.

—Lo siento, acabamos de recoger —dije. Dejó escapar un gruñidito y me apiadé de él. Eché mano al recipiente de *scones* y abrí la tapa—. Ten.

Cogió uno con dedos torpes.

—Gracias. —Se apartó el pelo de los ojos y le dio un mordisco—. ¿Te conozco de algo? —preguntó después de tragar.

—Estaba con Oliver anoche.

Lo dejé ahí.

—Ah, claro. —Se metió el resto del *scone* en la boca—. Thad. —Hizo una mueca y parpadeó como si quisiera evitar las lágrimas—. No puedo creer que haya muerto.

—¿Vuestras habitaciones estaban cerca? —pregunté para confirmar mis deducciones.

—Justo al lado. —Tragó saliva—. Era mi primo.

Inhalé con brusquedad. Thad y él eran parientes además de amigos.

—Lo siento mucho.

—¿Wesley? —lo llamó Amy desde la entrada del fondo de la sala —. Si no te das prisa, te perderás la exhibición.

Me sonrió torciendo el gesto.

—Será mejor que espabile. Nos vemos.

Se alejó arrastrando los pies para reunirse con Amy.

Daisy no tardó mucho en volver y cada una empujó una carretilla. Fuera, cargamos la furgoneta y Daisy cerró las puertas dobles.

—Bueno, Molly, será mejor que me vaya. Envíame un mensaje luego, cuando estés libre.

—Vale. A ver si hay suerte y nos ponemos al día.

Me quedé allí un momento, al aire fresco, muy fresco, de la mañana, viendo cómo cruzaba el antiguo puente levadizo y se alejaba por el camino. El gélido sol de finales de otoño bañaba las almenas, y una pequeña bandera se agitaba al viento. Una sensación de intemporalidad, de una vasta historia que se extiende durante siglos, se instaló a mi alrededor. Todos teníamos nuestro pequeño momento y ese era el mío: una bibliotecaria de Vermont disfrutando del privilegio de organizar y conservar grandes obras literarias mientras disfruta en lugares increíbles, como el patio de Hazelhurst House. A diferencia de Thad, cuya vida se había truncado antes de tiempo y de manera tan abrupta. Qué trágico e injusto.

A mi espalda, las puertas dobles se abrieron y los asistentes al simposio empezaron a salir, charlando y riendo. El acto había terminado, lo que significaba que debía buscar a Kieran. Después de comer, me instalaría en la biblioteca y continuaría con mi trabajo.

En el gran vestíbulo, Kieran y cuatro personas más que se habían ofrecido a echar una mano estaban apilando las sillas y llevándose el estrado y las mesas.

—Según mi madre, la comida estará lista en diez minutos —me informó tras parar un momento.

Consulté la hora en el reloj de pie. Ya era casi mediodía.

—Será mejor que vaya a buscar a George. Le prometí que le enseñaría la biblioteca.

—Dile que se quede y ya lo hacéis luego —propuso Kieran—. A mi madre le cae muy bien, seguro que no le importará.

George sabía ganarse a la gente.

—Vale.

Atravesé la sala para ir en busca de mi amigo.

Tras una deliciosa comida a base de crema de guisantes elaborada con jamón del lugar, Kieran nos acompañó a la biblioteca. La habían cerrado después de que los asistentes a la charla vieran el manuscrito, y él tenía las llaves.

Esperamos en silencio mientras la buscaba entre el manojo.

—Ah, es esta. —Giró la llave de latón en la cerradura y abrió la puerta—. No tardaré mucho en volver a la ciudad, George, lo digo por si quieres que te lleve.

—Eso estaría bien —contestó este—, iba a coger el bus.

—No hace falta. Si quieres, quédate aquí con Molly y luego me paso a recogerte.

Kieran se despidió con un gesto de la cabeza y se marchó, dejándonos solos.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté en voz alta mientras avanzábamos por la alfombra. Dejé el portátil en la mesa—. Como ves, la biblioteca está dividida en secciones por temática. Estas son las obras de ficción. —Lo que le interesaba—. Los libros están más o menos en orden alfabético por autor.

George caminaba tranquilamente detrás de mí. Su cara de bonachón era incapaz de disimular su asombro.

—Esta habitación es como una cápsula del tiempo. Un testimonio del amor de una familia por los libros a lo largo de la historia.

—Eso me ha gustado. —Sin duda alguna, las elecciones de los Scott a la hora de coleccionar libros podrían tomarse como una crónica sobre los gustos y los intereses de los británicos cultos a lo largo de los siglos. Señalé una sección—. Ahí están las hermanas Brontë, por si quieres echar un vistazo.

Se acercó al estante, esta vez con más veneración que asombro, y extrajo el tomo más antiguo con sumo cuidado, un ejemplar de *Cumbres borrascosas*.

—Es una primera edición, desde luego. Publicado con el nombre de Ellis Bell.

—¿Y si enciendo el portátil? Esa podría ser la primera entrada.

El catálogo permitía la búsqueda tanto por autor como por clasificación, así que no importaba el orden en que introdujera los registros.

Volvía a la mesa cuando noté una corriente de aire frío, aunque, por mucho que miré a mi alrededor, no fui capaz de averiguar de

dónde procedía. ¿De la chimenea? Lo dudaba.

—¿Alguien se ha dejado una ventana abierta? —preguntó George —. Hay corriente.

—Puede. —Me acerqué a las que tenía más cerca, que estaban cubiertas por largos cortinajes para proteger los libros de la luz de sol—. Aunque no sé por qué iban a abrirlas con el tiempo que hace. —Cuando retiré la cortina, descubrí que estaban entornadas—. ¿A quién se le ocurre?

Las cerré.

Cuando regresé junto a mi mesa, me percaté de que había una caja de cristal encima de otra, un poco más allá, y supuse que sería donde habían expuesto *El manuscrito maldito*.

—Kieran ha guardado el manuscrito, ¿verdad? —pregunté.

George volvió la cabeza.

—Pues no lo sé.

Me fijé mejor. El cristal de la parte trasera estaba roto y la cerradura se veía en la mesa.

La ventana abierta, la caja vacía y el cristal roto conducían a una conclusión espantosa: habían robado *El manuscrito maldito*.

CAPÍTULO SIETE

La pérdida de aquella obra rara e irremplazable me cayó como un puñetazo en el estómago.

—¡George, no está!

Mi grito fue una grosera intromisión en la silenciosa sala.

—¿*El manuscrito maldito*? ¡No! —Pese a lo impactante de la revelación, George devolvió a su sitio el ejemplar que tenía en las manos con suma delicadeza antes de cruzar la alfombra hasta mí. Examinó la caja con atención mientras se mordía el labio—. Me temo que tienes razón. Alguien les ha birlado el libro.

—Pero ¿quién? ¿Cómo?

Busqué el móvil, que era la manera más rápida de encontrar a Kieran en aquella casa inmensa. Lo llamé y puse el altavoz.

—Molly, ¿qué pasa?

Por el jaleo de fondo, supuse que estaba en la cocina.

—Te necesitamos. Han robado *El manuscrito maldito*.

Ojalá la maldición se extendiera al ladrón, pensé con toda la intención.

George se acercó a mi hombro y le habló al teléfono.

—Tiene razón, amigo. Alguien ha forzado la caja.

Se hizo un breve silencio mientras Kieran asimilaba lo que acabábamos de decirle.

—Enseguida voy. No toquéis nada, ¿vale?

«La ventana».

—Creo que han salido por la ventana. Estaba abierta. La he cerrado sin darme cuenta.

—No te preocupes por eso.

Y colgó.

Me derrumbé en la silla más cercana.

—Qué horror.

A pesar de que el manuscrito no era mío, me sentía ultrajada e indignada, unas emociones que no me eran ajenas. Cuando iba a la universidad, alguien se llevó mi bicicleta y solo dejó el cuadro. No había puesto bien el candado. Naturalmente, no podía compararse a lo de esos momentos, pero se suponía que la biblioteca también estaba cerrada con llave… ¿Cómo lo habían hecho?

George se frotó la barbilla.

—Ha tenido que ser uno de los asistentes a la charla, ¿no crees?

Se acercó a la ventana con paso tranquilo y echó un vistazo detrás de las cortinas, que llegaban hasta el suelo.

—Yo no hice la visita, ¿qué tal fue?

—Avanzabas poco a poco, desfilabas por delante del manuscrito y tenías un momentito para estudiarlo a través del cristal. Después, salías por ahí.

Señaló una puerta en la que no había reparado. No era la del cuartito.

Me acerqué y giré el picaporte. Cerrada.

—¿A dónde da?

Se encogió de hombros.

—A una sala de estar. La atravesabas y volvías al vestíbulo.

—¿Había alguien vigilando mientras desfilabais por la habitación?

George frunció el ceño mientras pensaba.

—Creo que no. *Lady* Asha abrió las puertas, pero luego la llamaron y tuvo que irse. El doctor Scott estuvo junto a la caja durante un rato, pero creo que él también se fue al poco de que pasara yo. O eso supongo, porque luego lo vi en el gran vestíbulo.

—O sea que alguien debió de esconderse —deduje—. Es la única explicación. Y, como después cerraron las puertas con llave, tuvo

que salir por la ventana.

Kieran entró a toda prisa y se dirigió directo a la caja vacía. Nos reunimos con él.

—Han entrado en la casa —dijo George, señalando la cerradura y el cristal roto—. Molly ya ha resuelto el crimen.

Kieran me miró.

—Tengo una teoría que igual no va desencaminada —maticé, tratando de ganar tiempo—. Alguien se escondió aquí dentro, detrás de las cortinas lo más seguro, y forzó la caja después de que cerrarais las puertas con llave. —Me acerqué a la ventana—. Esta estaba abierta cuando George y yo hemos entrado. Solo un resquicio, por eso hemos tardado un poco en darnos cuenta.

La estudió y echó un vistazo fuera. En ese costado de la casa había un tramo de césped que bordeaba el foso y un puente que conducía a los jardines, que quedaban un poco más allá.

—Y adiós muy buenas —murmuró.

Durante unos instantes, los tres guardamos un inquieto silencio. Kieran suspiró y sacó el móvil.

—Hay que llamar a la policía.

Tras dar el aviso, fue a buscar a su madre para informarla de lo que había ocurrido. George y yo nos quedamos en la biblioteca, sentados, sin saber qué hacer hasta que llegara la policía.

—¿Podrías traerme ese ejemplar de *Cumbres borrascosas*? —dije al final—. Al menos aprovecharé para adelantar trabajo.

«O como mínimo intentarlo».

George se levantó de un salto.

—Por supuesto.

Llevó el libro a la mesa donde estaba mi portátil.

Con unos cuantos clics, abrí el programa.

—Allá vamos. Registro número uno.

Qué emoción tener en las manos un libro tan raro y bello y pensar en toda la historia que habría detrás, en la lucha de Emily y sus hermanas hasta que llegó a la imprenta. No había sido fácil, la primera obra de Charlotte, *El profesor*, no se publicó hasta 1857,

pero el trabajo de todas ellas dejó un legado duradero. Un ejemplar como ese se había vendido hacía más de una década por más de cien mil dólares.

De pronto, me asaltó una idea. ¿Sería lo único que se había llevado el ladrón? Eché una ojeada a los estantes, buscando huecos entre los libros. No vi ninguno. Quizá era mejor que los repasara *lady* Asha. Ella debía de saber dónde se encontraban los más valiosos, aunque no los hubieran catalogado aún.

Qué triste tener que hacerle aquella sugerencia. Qué situación más frustrante e injusta. *Lady* Asha había tenido la deferencia de abrir las puertas de su casa a un grupo de expertos y amantes de la literatura y alguien le había robado.

Kieran volvió acompañado de la policía y *lady* Asha. Reconocí de inmediato a la agente Jonhson, una mujer pelirroja de pelo rizado, y al agente Malago, un joven guapísimo de piel bronceada.

La agente Jonhson me saludó con la cabeza al verme.

—Señorita Kimball, ¿verdad?

—Exacto. Tengo una librería en Cambridge. Este es George Flowers, un amigo. Somos los que hemos descubierto el robo.

—¿Por qué se encontraban en la biblioteca? —Quiso saber el agente Malago.

No me ofendí. Su trabajo consistía en hacer preguntas.

—Me han contratado para que catalogue los ejemplares de la biblioteca. George y yo hemos asistido a la charla de esta mañana y se ha quedado a pasar el rato conmigo.

—Ellos no han robado el manuscrito —aseguró Kieran—. Respondo por los dos personalmente.

—Lo mismo digo —se sumó *lady* Asha.

—¿Qué charla? —preguntó la agente Jonhson.

Dejé que contestara Kieran.

—Mi primo, el doctor Oliver Scott, del St. Aelred, ha dado una pequeña conferencia sobre *El manuscrito maldito*, entre otras novelas de terror, como parte del simposio del Instituto de Literatura Gótica que se celebra esta semana.

—¿Y la charla trataba sobre el libro que han robado? —Puntualizó el agente Malago.

—Sí, por eso estaba expuesto. Creemos que ha sucedido entre la visita y el momento en que les he abierto la puerta de la biblioteca a Molly y a George, hará una media hora. —Puso al corriente a los agentes acerca de los actos de la mañana—. Después de que se fuera todo el mundo, hemos cerrado con llave las dos puertas de la habitación. Mi madre tiene el único juego.

—Pero ¿cómo…? —empezó a decir la agente Jonhson.

—Suponemos que han salido por la ventana. —Apunté—. Esa no estaba encajada del todo.

—Hemos notado corriente al entrar —añadió George.

Los agentes se acercaron y echaron un vistazo fuera, igual que habíamos hecho nosotros poco antes. Aunque no dijeron nada, sus caras parecían confirmar mi teoría. ¿Quién había robado el manuscrito?

—¿Disponen de la lista de asistentes de esta mañana? ¿O de una hoja de inscripciones?

Yo no me había apuntado en ninguna parte, pero eso no quería decir que los demás no lo hubieran hecho.

—¿Tú firmaste, George?

Negó con la cabeza.

Todo el mundo miró a Kieran y a *lady* Asha.

—Pues no lo sé. —Kieran sacó el móvil—. Le enviaré un mensaje a Oliver para preguntarle.

Los agentes examinaron la caja rota.

—¿Siempre guardaban aquí el manuscrito? —Quiso saber la agente Jonhson.

Lady Asha imitó la negativa de George.

—Por lo general, lo tenemos a buen recaudo. Solo lo hemos sacado esta mañana para el acto. —Hizo una mueca—. Gran error.

—¿Cómo ibas a saberlo, mamá? —Trató de animarla Kieran—. Quienquiera que lo haya hecho ha sido rápido. La visita no se anunció hasta el final de la charla de Oliver.

Eso era cierto. Era imposible que lo supiera de antemano, así que el ladrón había ideado el robo a la velocidad del rayo. Quizá desfiló por delante una vez y luego volvió a ponerse a la cola.

—No hay cámaras aquí dentro, ¿verdad? —preguntó el agente Malago, paseando la mirada por el techo.

Lady Asha lanzó una risita de incredulidad.

—Claro que no. Fuera sí, en las entradas. La casa no está abierta al público, por lo que no son necesarias dentro. —Se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Bueno, al menos hasta ahora.

—Y siguen sin serlo, mamá —aseguró Kieran—. Tenemos instaladas alarmas en las puertas y las ventanas de la planta baja.

—Que hemos apagado esta mañana —apuntó su madre—. Por eso han podido salir por la de la biblioteca sin que sonasen.

Estaba claro que el robo de *El manuscrito maldito* se había llevado a cabo durante un margen de tiempo muy pequeño.

En ese momento, sonó el móvil de Kieran.

—Oliver. —Contestó y se alejó un poco—. Tengo malas noticias: han robado el manuscrito. —Una pausa—. Sí, en serio. La policía está aquí. Necesitan una copia de la lista de asistentes, si es que tenéis. —Poco después se reunió de nuevo con nosotros—. Tiene la lista de asistentes que se apuntaron por internet y la de inscripción de esta mañana.

—También queremos hablar con el doctor Scott —dijo la agente Jonhson—. Ya nos las dará entonces.

Kieran les facilitó los datos de su primo. Los agentes sacaron fotos, buscaron huellas, sin éxito, e hicieron algunas preguntas más. Luego, se fueron.

Lady Asha se dejó caer en un sillón con aire derrotado y se llevó una mano a la frente.

—No puedo creerlo.

Yo tampoco, y encima tenía que plantearle otro tema delicado.

—Como sabe, acabo de empezar con el trabajo de catalogación. —Cogí *Cumbres borrascosas*—. Si esto es un ejemplo de lo que tienen aquí, entonces esta colección posee un valor incalculable.

Lamento decir esto, pero ¿sabría decirme si cree que falta algo?

—Oh, no, Molly —exclamó Kieran alarmado—. ¿Sospechas que habrían podido llevarse algo más?

Su mirada voló hacia las estanterías.

—Espero que no, pero quien fuera se ha quedado a solas durante un rato, o eso creemos.

Mis palabras dibujaron un escenario tan poco alentador que acabó deprimiendo a todo el mundo.

Lady Asha se levantó de inmediato y estiró el cuello para echar un vistazo a su alrededor.

—Creo que no falta nada…

—Yo tampoco, mamá —dijo Kieran. Se encogió de hombros con aire de impotencia—. Claro que tampoco los había memorizado todos.

Había una manera de comprobarlo, aunque no podía asegurar que fuera ni exhaustiva ni completa.

—¿Disponéis de catálogos o registros anteriores de lo que tenéis aquí?

Lady Asha pareció recuperar el ánimo.

—Puede que sí. ¿Recuerdas el diario que llevaba lord Llewellyn, Kieran? ¿Ese de mediados del siglo XIX? Mencionaba ejemplares destacados de la colección y anotaba las adquisiciones.

—No, pero me fío de ti —contestó su hijo.

—Ese diario sería de muchísima ayuda —apunté. Quizá aparecían los libros más antiguos y, cuanto más antiguos eran, más probabilidad tenían de encontrarse entre los más valiosos—. También podríamos echarle un vistazo a las facturas.

Cosa que tenía pensado hacer de todos modos para ver si los Scott les habían comprado algún ejemplar a mis antepasados, algo que, en esos momentos, me parecía una misión tonta e insignificante. Hasta que recordé que la relación con la librería quizá sirviera para arrojar luz sobre la verdadera identidad de Selwyn Scott; no se trataba de mera curiosidad.

Lady Asha se dirigió derecha al cuartito.

—Voy a buscar el diario.

Kieran le entregó el llavero y ella empezó a buscar la llave.

George se acercó y se sentó a mi lado con expresión apesadumbrada cuando volví junto a mi portátil.

—Mal asunto, ¿eh?

—Y que lo digas. —Acabé de introducir *Cumbres borrascosas* en el programa de catalogación—. Ojalá no se hayan llevado nada más. Como si no fuera suficiente con el manuscrito. Si se lo venden a un coleccionista privado, puede que no volvamos a verlo nunca.

No se trataba solo de su valor económico, también formaba parte de la familia Scott y de la historia de la literatura.

—Qué asco de gente.

A mi pesar, se me escapó la risa ante un comentario tan conciso y acertadísimo.

—Y que lo digas.

En mi opinión, los ladrones de libros, o las personas que los pintarrajeaban o les arrancaban las imágenes, deberían tener su propio círculo en el infierno.

—Tendrás que estar atenta. Igual pretenden vendérselo a Thomas Marlowe —apuntó George.

Volví a reír sin dejar de escribir.

—Que lo intenten. Conocemos su procedencia.

George no había dicho ninguna tontería, ya que nos dedicábamos a la compra y venta de libros usados y estábamos especializadas en rarezas. No obstante, como con las obras de arte, siempre investigábamos la procedencia de los ejemplares más valiosos. Los libros son objetos que uno puede llevar en cualquier sitio y, por lo tanto, fáciles de robar.

—Quizá habría que avisar a Violet —comentó George como quien no quiere la cosa.

—Adelante, llámala —lo animé, consciente de que estaba muriéndose por contárselo. Si no llevara tanto retraso con el trabajo, ya lo habría hecho yo—. Pero primero tráeme otro Brontë, ¿quieres? Gracias.

Lady Asha salió a toda prisa del cuartito con un diario encuadernado de cuero en la mano; lo dejó junto a mi ordenador con una floritura.

—El inventario de lord Llewellyn.

Lo abrió para mostrarme las páginas, en las que se habían apurado los márgenes escribiendo con una letra apretada.

A primera vista, parecía un sistema de catalogación rudimentario que solo recogía el título, el nombre del autor, el año de la edición y algún que otro dato adicional.

—Será muy útil. —Pese a la situación, fui incapaz de disimular mi entusiasmo—. Incorporaré las anotaciones de lord Llewellyn en el catálogo, así estará más completo. —Dirigí la vista hacia el cuartito —. ¿Dónde está Kieran?

Lady Asha siguió mi mirada y sonrió con afecto.

—Está revisando los papeles en busca de facturas de libros. Jamás hubiera dicho que se lo tomaría con tanto interés.

Cuando se volvió hacia mí, me quedó claro a quién adjudicaba el mérito de esa repentina fascinación de su hijo por la biblioteca.

—Genial —dije, tratando de controlar la voz, aunque por dentro estaba dando saltitos de alegría. El trabajo de catalogación, además de ser un chollazo, estaba ayudándome a afianzar mi relación con la madre de Kieran—. Cualquier ayuda es buena.

Sobre todo la suya.

Lady Asha dio unos golpecitos en la mesa.

—Te dejo que sigas trabajando. ¿Un descanso para el té de aquí a un par de horas? Vendré a avisarte.

—Me parece perfecto.

Puede que al final sí lograra avanzar algo ese día.

Se fue y, durante la siguiente hora aproximadamente, George fue trayéndome y llevando libros, mientras Kieran continuaba a lo suyo en el cuartito. Salvo por el tecleo y algún que otro murmullo emocionado procedente de la pequeña habitación, la biblioteca estaba en completo silencio. Casi pude olvidar la caja rota, que quedaba fuera de mi vista. O el asesinato de Thad Devine.

Habíamos terminado con la familia Brontë y estaba introduciendo una primera edición de *Frankenstein*, situada cerca de las obras de lord Byron, amigo de Mary Shelley, cuando *lady* Asha volvió.

Retiré mi silla y me estiré.

—¿Ya es la hora del té?

Como siempre, el tiempo volaba cuando estaba rodeada de libros. *Lady* Asha echó un vistazo al reloj de la pared.

—Diría que sí, pero no he venido por eso. —Miró a su alrededor —. ¿Kieran sigue ahí dentro? —Su hijo asomó la cabeza por la puerta del cuartito—. Quería que supierais que sir Jon está de camino.

Sir Jonathon Yeats era un antiguo agente del MI6, librero e investigador privado. Sabía que no venía en calidad de lo primero, o eso esperaba, así que ¿de cuál de las otras dos se trataría? ¿O solo era una visita normal y corriente? Sir Jon parecía conocer a todo el mundo. De hecho, había ido a la universidad con tía Violet y estaba convencida de que había algo entre los dos.

—¿Viene a tomar el té? —preguntó Kieran, imitando el acto de beber con el meñique extendido.

—No exactamente —contestó su madre—. Está investigando el robo del manuscrito. Ha dicho algo sobre un operativo especial.

Pese a que me aliviaba saber que sir Jon, con su experiencia y conocimientos, iba a ayudarnos, no pude evitar sentir curiosidad. Por valioso y raro que fuera *El manuscrito maldito*, eso no justificaba que se desplegara un operativo especial.

Allí pasaba algo más.

CAPÍTULO OCHO

Por fortuna, mi curiosidad acerca de la visita de sir Jon no tardó mucho en quedar satisfecha. El hombre se reunió con nosotros en una preciosa salita de estar.

—Debéis de estar preguntándoos qué hago aquí hoy —dijo tras el intercambio de las cortesías de rigor y de las preguntas personales que dictaba la buena educación. A continuación, inclinó la cabeza hacia *lady* Asha—. Aparte de la oportunidad de disfrutar de su compañía.

Pelo canoso, elegante y esbelto, sir Jon tenía el porte y el encanto que uno esperaría de un perfecto caballero y un espía.

—Aquí siempre es bienvenido, sir Jon —murmuró *lady* Asha. Estaba sentada con majestuosidad delante de una bandeja enorme que contenía un juego de té de plata y varios pisos de dulces y sándwiches diminutos.

Sir Jon dejó su taza y su platito antes de introducir la mano en el bolsillo del pecho, del que extrajo una pequeña tableta y un lápiz óptico.

—No es la primera vez que Scotland Yard recurre a mí en calidad de asesor, si bien en esta ocasión me encuentro verdaderamente en mi elemento. —Esbozó una sonrisa enigmática—. Libros raros.

Tras retirarse, sir Jon había abierto una librería especializada en historia militar y novelas de espionaje. También era experto en antigüedades y había ayudado a desarticular varias redes de

contrabando.

—¿Ha habido más robos? —pregunté. En Thomas Marlowe tratábamos de mantenernos al corriente sobre ese tipo de delitos, así como de cualquier detalle acerca de lo sustraído. Si alguien pretendía vendernos un libro robado, alertábamos a las autoridades de inmediato.

—Alguno que otro —reconoció—. Nada que, de momento, indique un patrón. —Torció el gesto—. No como el caso del almacén de Londres.

Todos alzamos la vista sin poder evitarlo. Unos años antes, una temeraria banda de ladrones había entrado en un centro logístico a través del techo y había robado docenas de libros raros que pertenecían a tres distribuidores. Luego, los enterraron en Rumanía, pero la policía finalmente los recuperó. Algunos habían sufrido daños, algo que le helaría la sangre a cualquier librero. Aunque los criminales habían sido juzgados, aún quedaban algunas preguntas por responder; por ejemplo, cómo conocían la localización exacta de los libros, dado que se encontraban en tránsito, de camino a una exposición en Las Vegas.

—Creemos que hay implicada gente del lugar —prosiguió sir Jon —, de ahí el interés que ha suscitado vuestro robo. Con un poco de suerte, el manuscrito nos ayudará a resolver el caso.

—Díganos en qué podemos ayudarle —le pidió *lady* Asha. Todos asentimos.

Sir Jon tocó la pantalla de la tableta.

—Gracias. ¿Y si empezamos con unas pocas preguntas? —Hizo una pausa—. ¿Quién sabía que hoy se expondría el manuscrito?

—Nadie —contestó *lady* Asha—. Fue una decisión de último momento, ¿verdad, Kieran?

Su hijo se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas entre las rodillas.

—Esta mañana, antes de que empezara la charla, mi primo, el doctor Oliver Scott, que estaba a cargo de la conferencia, dijo que era una lástima que la gente no pudiera ver el manuscrito. Su charla

trataba sobre el libro en cuestión. Así que fuimos a preguntarle a mi madre si podíamos exponerlo.

Primero, un asesinato y, ahora, un robo con el primo de Kieran justo en medio. No me gustaba nada que hubiera sido Oliver quien había propuesto enseñar el libro al público.

Lady Asha se llevó una mano a la boca.

—Pensé que no pasaría nada. Es decir, lo metimos en una caja de cristal con cerradura y la habitación estuvo cerrada con llave antes y después de la exposición.

—Ya les preguntaré más adelante sobre esos detalles —dijo sir Jon—. ¿La caja estaba vigilada?

Kieran y su madre intercambiaron una mirada.

—Si se refiere a si pusimos un guardia, no —reconoció Kieran—. Todo el mundo desfiló por delante, entraban por una puerta y salían por otra. La mayoría de los asistentes eran estudiantes, así que pensamos…

—Los estudiantes también roban —apuntó sir Jon—. Por desgracia.

Eso me recordó un caso que sucedió en Lexington, Kentucky, que tuvo bastante repercusión. Cuatro estudiantes de la Universidad de Transilvania dejaron inconsciente a una bibliotecaria y se hicieron con más de cinco millones de dólares en libros raros.

—¿Alguno de vosotros fue a la exposición? —preguntó sir Jon—. ¿Molly? ¿George?

—Yo no —respondí. Dado que ya había visto el manuscrito y podía acceder a él cuando quisiera, ni me había molestado. Aunque ahora me arrepentía.

George levantó la mano.

—Como ha dicho Kieran, cruzábamos la biblioteca y desfilábamos por delante de uno en uno. Cada persona tenía un minuto, como mucho, para echarle un vistazo.

Sir Jon asintió.

—Me daré una vuelta por la sala después del té. ¿Hubo algo que te resultara raro, George? ¿Como que alguien se demorara más de la

cuenta? ¿O qué hiciera un comentario extraño?

—Mmm… —George se quedó mirando su taza—. Para ser sinceros, solo prestaba atención a Amy y Josh, que iban delante de mí. —Agitó las manos como si quisiera ahuyentar a alguien—. Parecía que no avanzaran nunca. Tenía muchas ganas de ver el libro. —De pronto, pareció animarse—. Josh dijo algo que tuvo gracia. Cuando Amy le preguntó si no querría hojear el manuscrito, él contestó que, si lo hiciera, lo expulsarían de la universidad y que dudaba que sus padres se pusieran muy contentos.

Me eché a reír.

—Muy bueno, Josh. —Me volví hacia sir Jon—. Amy y Josh son estudiantes del St. Aelred. El doctor Scott es uno de sus profesores.

—El St. Aelred —musitó el hombre con aire reflexivo—. Donde asesinaron a un estudiante durante la celebración de las hogueras. Lo apuñalaron frente a la puerta.

Unas instantáneas de esa noche pasaron por mi mente a toda velocidad, revolviéndome el estómago. Thad tendido en el suelo. El puñal antiguo. Sangre.

No era la única que no deseaba desviarse en esa dirección.

—Una verdadera tragedia —dijo *lady* Asha—. Thad era hijo de unos buenos amigos. —La taza tintineó cuando la dejó en la mesa—. ¿Quiere que vayamos a la biblioteca?

—Mis condolencias —murmuró sir Jon. Guardó la tableta y se levantó—. Usted primero, señora.

Para cuando volví a Cambridge, después de haber introducido docenas de libros en el catálogo, estaba ansiosa por tomarme esa cerveza y charlar con mi mejor amiga. Después de aparcar el Cortina, me pasé por la librería para dejar el portátil y asearme un poco y, luego, me dirigí al *pub*. Mi madre y tía Violet habían salido, así que ya las pondría al día más tarde.

Daisy me hizo una seña desde una mesa para dos, donde me esperaba una pinta de cerveza. Las ventajas de la mensajería

instantánea. Me dejé caer en mi silla y agarré el vaso para darle un buen trago a mi amarga preferida. Daisy me miró con gesto divertido, con la suya ya por la mitad.

—Ah, es justo lo que necesitaba. —Alcé mi bebida a modo de saludo—. Gracias.

—¿Un día duro en la biblioteca? —me preguntó con una sonrisa.

Eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos oía.

—Y que lo digas. Han robado *El manuscrito maldito* original. Delante de las narices de todo el mundo.

Daisy se quedó estupefacta.

—¿Hoy? ¿Durante el acto?

—Sí. —La rabia se agitó en mi interior y rechiné los dientes—. Después de la visita. Creemos que el ladrón se escondió en la biblioteca. Después de comer, George y yo descubrimos que la caja en la que lo exhibían estaba rota y que había una ventana abierta.

Daisy le dio vueltas al vaso con gesto distraído.

—Entonces ha sido alguna de las personas que han asistido a la conferencia… ¿La exposición estaba anunciada?

—Es lo mismo que ha preguntado la policía. No, fue una idea de última hora. Lo propuso Oliver.

Un destello de sorpresa brilló en la mirada de Daisy.

—¿Lo propuso Oliver? —Sacudió la cabeza.

—Ya, ya, es el candidato obvio —reconocí—. Al menos en cuanto a la planificación del robo, porque no estaba en la biblioteca cuando sucedió.

Siempre que nuestra teoría respecto al momento en que ocurrió fuese acertada.

—¿De verdad le robaría a su propia familia? —preguntó Daisy con el ceño fruncido.

—Es difícil de creer, ¿no? —Pese a que me dolía sacarlo a colación, había otra posibilidad—. Aunque el libro recibiría bastante atención gracias al robo. Está escribiendo una novela gótica… Cuenta con conseguir un buen contrato editorial… Uf, qué poco me

gusta decir estas cosas. —Torcí el gesto—. Sir Jon trabaja en el caso. Si ha sido alguien de dentro, la cosa podría ponerse fea.

Daisy se echó a reír.

—Ya lo creo. No querría que fuera tras de mí. —Lo pensó un momento—. Bueno, a lo mejor sí, si no estuviera enamorada de Tim.

—No está nada mal, ¿verdad? Incluso a sus setenta y tantos.

No se trataba solo de lo bien que se conservaba, de su carrera o del dinero. Sir Jon transmitía un aire de persona competente que resultaba muy atractivo; con él tenías la sensación de estar en buenas manos. Lo mismo ocurría con Kieran.

—Y que lo digas. —Daisy cogió el menú—. Comamos algo. Yo voy a pedir el pastel de carne a la cerveza.

Me lo pasó.

—Tiene buena pinta. —Repasé la lista—. ¿Salchicha de jabalí? Vaya, no sabía que eso existía.

Unas salchichas con puré de patatas era el tipo de comida reconfortante que necesitaba.

Daisy se levantó.

—Iré a pedir. —Movió el dedo en círculo señalando los vasos—. Y traeré otras dos.

—Gracias, amiga.

Me recosté en la silla con mi cerveza, saboreando la idea de que me esperaba una deliciosa comida caliente.

Daisy regresó con dos pintas y me deslizó una sobre la mesa.

—Bueno, cuéntame, ¿por qué está sir Jon trabajando en el caso?

No me sorprendía que mi inteligente amiga quisiera ahondar en el tema. No se le escapaba nada.

—Lo ha llamado Scotland Yard. Se han producido unos cuantos robos recientemente y quieren averiguar si están relacionados.

—Mmm… —Daisy bebió un sorbo—. El de hoy parece más algo improvisado.

—O eso es lo que quieren que pensemos. —De nuevo, se me cayó el alma a los pies al pensar que podría haberlo organizado Oliver. Quizá la exposición fuese una idea de última hora, pero la

charla no. Debían de tenerla preparada desde hacía meses—. No puede negarse que el hecho de que lo robaran durante el acto hace recaer las sospechas en un nutrido grupo de gente.

La policía local estaría muy ocupada haciendo el seguimiento de la cincuentena de personas que habían acudido a la conferencia. Era muy probable que hubieran recibido la colaboración de Scotland Yard con alivio.

Se me ocurrió otro posible cerebro criminal.

—Hay alguien más que también pudo planearlo —dije—. La doctora Sophie Verona sabía lo de la charla. Y tal vez conocía la existencia del manuscrito.

Podría haber convencido a Oliver con discreción de que propusiera lo de la exposición.

—Ya sé quién dices, la mujer que se encargó de la presentación del acto.

No se lo había mencionado a sir Jon, por lo que tomé nota mental para hacerlo. Dada su relación con el instituto, seguro que sabía apreciar el valor del manuscrito y el lugar que este ocupaba en la historia literaria.

Recordé que Thad también había trabajado para la institución. ¿Se había enterado de que planeaban robarlo y por eso lo habían matado? No me gustaba la idea, puesto que señalaba a Oliver con firmeza.

—No sé si habrán avanzado mucho en lo del asesinato —comentó Daisy, leyéndome la mente. A la luz tenue del *pub*, parecía pálida—. Anoche casi no pude dormir, de verdad. Y, luego, el interrogatorio de la policía… —Se estremeció.

—Es verdad, que has dicho que te han llamado. ¿Qué tal ha ido?

Un camarero se acercó con dos platos en alto; Daisy no contestó hasta que los tuvimos delante de nosotras y le dijo que de momento no queríamos nada más.

Cogió el tenedor y pinchó la cubierta del pastel de carne para dejar escapar el vapor.

—Vinieron a la cafetería después de que volviera de Hazelhurst

House. No tenía tiempo para ir a comisaría y lo entendieron, por suerte.

—¿Estaba el inspector Ryan? —pregunté mientras cortaba un trozo de salchicha de jabalí, impaciente por probar esa combinación exótica.

—No, una subalterna. —Daisy comió un bocado—. Quería que confirmara lo que había visto en St. Aelred's Way. Sobre todo cómo había descubierto el puñal. Y también quería saber si conocía a Thad. —Hizo una pausa—. O a Oliver Scott.

El corazón me dio un vuelco. ¿Estaban centrándose en él?

—¿Y lo conoces? —le pregunté, tratando de acallar mis miedos.

Daisy conocía a Kieran desde que este había abierto la tienda de bicis. Mi amiga arrugó la nariz.

—Conocerlo, lo que es conocerlo, no lo conozco. Alguna vez ha estado en la cafetería. Y lo he visto con Kieran, en bici o saliendo juntos por ahí.

—El puñal procedía de la universidad, así que el asesino no es alguien cualquiera.

—Ya, es lo que dijiste.

La noche anterior, ya tarde, le había enviado un mensaje a Daisy para ponerla al día de lo que había ocurrido después de que Tim y ella se hubieran ido.

—¿Recuerdas los estudiantes que mencionaba? Hoy estaban todos en la charla.

No me había explayado, no quería escribir un libro en el móvil.

—¿Quiénes eran?

Entre bocado y bocado, le describí a Amy, Josh y Wesley.

—Wesley es primo de Thad. Me lo ha dicho hoy.

—Oooh, menudo palo. —Daisy cogió el móvil y empezó a buscar —. ¿Cómo se apellida?

Lo pensé un momento.

—Wright, creo. —También le di los apellidos de Amy y Josh—. Thad acosaba a Amy.

—Entonces, ¿podría haberlo matado su novio? —preguntó Daisy

bajando la voz.

—Los cuatro vivían en el mismo dormitorio. A veces, el roce no hace el cariño precisamente.

—Puede. —Daisy masticaba de manera ausente mientras seguía buscando—. Aquí está.

Deslizó su móvil por encima de la mesa hacia mí.

En la pantalla aparecía un artículo de un tabloide, el tipo de publicación en la que Kieran y yo aparecíamos, para mi gusto, con demasiada frecuencia. Luego, me fijé en la fecha: octubre de ese mismo año.

—Espera, ¿qué? ¿«Salvado de milagro en un pabellón de caza escocés»? —Leí en alto—: «El honorable Thad Devine escapó de la muerte por muy poco durante una cacería familiar en Escocia. "Tuve que agacharme para ponerme a cubierto por culpa de una bala perdida", ha comentado el divino Devine. El atractivo muchacho ríe recordando el incidente. "Creemos que fueron cazadores furtivos. Están convirtiéndose en un verdadero problema"».

En la foto que acompañaba el artículo aparecían Thad y Wesley vestidos con trajes de caza de *tweed* y con unas escopetas para aves al hombro. El gris e imponente pabellón de caza se alzaba detrás de ellos y el resto del grupo se repartía por el fondo. Naturalmente, siendo como soy de natural desconfiado, lo primero que pensé fue que quizá tenía poco de fortuito.

—¿Y si hubiera sido un primer intento de asesinato?

Leí por encima el resto artículo, en el que se decía que no se había podido identificar a la persona que había disparado.

—Lo mismo me pregunto yo —dijo Daisy—. Mmm… Wesley se encontraba en el lugar de los hechos las dos veces.

—Sí que parece sospechoso.

Le devolví el móvil y abrí el mío para buscar el artículo y enviárselo al inspector Ryan. Ya le había echado una mano en otros casos y pensé que no le importaría.

Después de investigar un poco, descubrí que las madres de Thad y Wesley eran hermanas. Una se había casado con un aristócrata, y

la otra era maestra de escuela en King's Lynn y estaba viuda. ¿Wesley envidiaba a su primo, más rico y privilegiado que él, o se apuntaba a aquellas cosas de buen grado? Se lo comenté a Daisy.

—Me parecería lógico que le tuviera envidia —opinó ella—, sobre todo si Thad se lo restregaba por la cara. Dijiste que no era la persona más encantadora del mundo.

—Eso es lo que tengo entendido. —Me recosté en la silla con un suspiro después de no dejar nada en el plato—. ¿Has encontrado algo interesante?

—Las redes sociales de Amy y Josh. —Volvió a tenderme su teléfono—. Parece que se lo pasan bien juntos.

Las fotos de la cuenta de Josh mostraban a dos jóvenes felices haciendo vida en Cambridge. Brindando en un *pub*. Bailando. Paseando en barca por el río. Amy tumbada debajo de un sauce llorón, con la cabeza en el regazo de Josh y los dos leyendo.

Bajé un poco más por la pantalla mientras leía las publicaciones por encima.

—No menciona nada sobre el problema que tenía con Thad por cómo trataba a Amy.

—Muy maduro —comentó Daisy con aprobación—. Odio cuando la gente empieza a pelearse y a subir veneno a las redes.

—Seguro que al St. Aelred tampoco le gustaría.

Sin poder evitarlo, me pregunté si la universidad prefería barrer debajo de la alfombra un problema como el del acoso, lo cual explicaría por qué Amy se mostraba reticente a denunciar a Thad. Si no iban a hacer nada al respecto, sacarlo a la luz solo la perjudicaría. También conjeturé sobre cuánto dinero debía de donar la familia de Thad a la universidad. Era algo que no debería influir a la hora de imponer disciplina, pero ¿a quién queremos engañar?

—Vale… —dijo Daisy pensativa—. A ver, están Wesley, Amy y Josh como posibles sospechosos. Amy y Josh tenían problemas con él, eso es innegable. Y puede que Wesley. Todos conocían el arma y tenían acceso a ella. Y todos estaban en la universidad esa noche.

Recordé un comentario casual que había hecho Josh.

—Josh y Amy se separaron cuando se incendió la tienda en lo de las hogueras, así que podría haberlo hecho cualquiera de los dos, quizá sin que lo supiera el otro.

—Entonces, ¿la persona que robó el puñal esperó a que se presentara una buena oportunidad? —especuló Daisy.

—A no ser que el asesino hubiera quedado con él frente a la puerta… —dije, pensando en alto—. El móvil de Thad no ha aparecido, así que no hay manera de comprobarlo.

—El corredor de la máscara. —Daisy se estremeció—. Tiene todos los puntos de ser el asesino y estuvimos a esto de él. —Acercó el pulgar al índice, pero sin que llegaran a tocarse.

—Es bastante probable. —Barajé otras opciones—. A no ser que el asesino huyera por el otro lado. O se metiera en la universidad.

—La cabeza me da vueltas. —Daisy la apoyó en la mano—. Hay tantas posibilidades que todo es muy confuso.

—Y que lo digas. Lo único que podemos hacer es tirar de los hilos hasta dar con el que desenrede la maraña.

Por el bien de todos, pero sobre todo por el de la familia de Thad, esperaba que el enredo no se eternizara.

Satisfecha tras la copiosa cena y la charla con mi mejor amiga, crucé la calle con paso pesado hasta la librería, agradeciendo que estuviera tan cerca. Después de lanzar teorías sobre el asesinato y el robo del libro, habíamos cambiado a temas más agradables. Al día siguiente, asistiríamos al pase de películas clásicas de terror gótico que se proyectaban en el St. Aelred. Además de disfrutar de una tarde de cine, también aprovecharíamos para fisgonear un poco. Esto… Para recabar información, me refiero.

Ya en mi dormitorio y con mi gato, me metí en la cama y abrí *El manuscrito maldito*. Me pregunté con cierto desánimo si el original volvería alguna vez a Hazelhurst House. Era una pérdida terrible… y un crimen que sacaba de quicio.

El manuscrito maldito (continuación)

El viaje a Italia estuvo plagado de malos presagios desde el principio. Cuando zarpamos del puerto de Dover en un paquebote con destino a Calais, nos encontramos de inmediato con un mar turbulento que estuvo a punto de hundir la embarcación y que procuró un grave mareo al señor Coates.

Para mi sorpresa, yo no me vi afectado por las olas que zarandeaban nuestra nave sin compasión, adelante y atrás, una y otra vez, como una cuna demente. Por el contrario, el señor Coates se aferraba a la barandilla por temor a que el barco se hundiera y él quedara atrapado debajo. Pese a sus miedos legítimos, en lo más hondo de mi ser estaba convencido de que saldríamos de esa y continuaríamos nuestro viaje. Un aire de aciaga inevitabilidad envolvía aquella aventura tras *Las divagaciones de un monje*, como si la dirigiera una fuerza más allá de nuestro control. Presentía que la rueda de la fortuna se había puesto en marcha y que ya nada podría detenerla.

Pese a la gran cantidad de horas que paso sumido en la lectura, nunca he tenido problemas para discernir la realidad de la ficción. Soy capaz de cerrar la cubierta de un libro y consignar su contenido al reino de los sueños; palabras disfrutadas y olvidadas al momento. Sin embargo, aquella sensación de que imperaban fuerzas que se hallaban más allá de nuestro control, de que era el destino el que guiaba nuestros pasos, me resultaba desconocida.

Al tiempo que una masa de tierra cada vez mayor aparecía en el horizonte y anunciaba la siguiente etapa de nuestro viaje, me pregunté si volvería a ver Cambridge alguna vez. Recordé mi tienda, el resplandor cordial de las velas en la penumbra morada, las hileras de queridos y polvorientos tomos y el olor perfumado de tinta y papel antiguo.

El gélido viento no me trajo la respuesta. En él solo flotaban los chillidos de las gaviotas, los gritos de «¡Tierra a la vista!» y los rezos fervientes y agradecidos de mi atribulado compañero.

CAPÍTULO NUEVE

«Como si la dirigiera una fuerza más allá de nuestro control». Al día siguiente, la frase estuvo incordiándome toda la mañana, mientras esperaba a que entrara algún cliente, y terminé preguntándome si no me ocurriría lo mismo, si no sería el destino el que estaba detrás de mi implicación en todos esos asesinatos. Ya era la tercera vez que yo me encontraba a lo mío, sin hacerle daño a nadie, y tropezaba con un cadáver. Resultaba muy desconcertante, como diría George, seguido de un sentido «Maldita sea».

El tiempo tampoco ayudaba a levantar el ánimo. Hacía muy mal día: el cielo estaba encapotado, la lluvia golpeaba las ventanas de vidrios romboidales y un viento feroz aullaba por los aleros de la casa. A veces, soplaba con tanta fuerza que el edificio crujía. Las luces parpadearon.

—¿En serio? —protesté—. A la próxima igual hay que sacar las lámparas de aceite.

En realidad, las linternas de pilas. No se permite nada que tenga llama en una librería.

Mi madre salió desde el fondo de la librería con dos tazas en la mano.

—¿La cosa sigue floja?

—Floja flojísima. —Acepté una de las tazas—. Gracias. Eres un regalo del cielo.

Con la suya en la mano, se acercó al escaparate. Los dos gatos se volvieron y la miraron expectantes, y ella les dedicó el mismo tiempo de palmaditas y caricias en la barbilla a cada uno.

—No hay mucha gente por la calle con la que está cayendo —comentó cuando vio pasar dos paraguas de camino a la cafetería.

—Lo entiendo perfectamente.

Esperaba que hubiera amainado por la tarde, porque Daisy y yo teníamos planeado asistir al festival de cine en el St. Aelred. En bicicleta se llegaba antes, pero era difícil manejarse con un paraguas y el manillar. Tendríamos que ir caminando y arriesgarnos a quedar caladas hasta los huesos.

Mi madre se reunió conmigo detrás del mostrador y escogió la «silla chillona», como la llamábamos. Cada vez que su ocupante cambiaba de postura, lanzaba unos quejidos espantosos.

—Deberíamos tirarla —señaló, moviéndose con cuidado.

—Lo decimos siempre y luego se nos olvida.

Subí otra foto de una gárgola de un templo del lugar, la iglesia de Nuestra Señora y de los Mártires Ingleses, para la promoción que estábamos haciendo de la novela gótica.

—Me pondré una nota —dijo mi madre.

Cogió el teléfono y empezó a escribir, hasta que frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Las fotos de las gárgolas ya habían recibido varios «me gusta». ¿Qué tenían esas cosas tan feas? A la gente le fascinaban.

—Sean me ha enviado un mensaje.

Es decir, el inspector Sean Ryan para casi todos los demás.

—¿Y?

El instituto organizaba una visita por el Cambridge gótico al final de la semana que a lo mejor me ayudaba a inspirarme para más publicaciones. A veces, fotografiaba libros en lugares relevantes y funcionaba bastante bien.

—Ha cancelado la cena. Dos investigaciones importantes. —Mi madre dejó el teléfono con un suspiro—. Lo entiendo, pero…

—Es un rollo. Ya. —Por un momento, me pregunté cuál sería esa

segunda investigación, hasta que caí en la cuenta—. Seguro que está trabajando con sir Jon en lo de los robos de libros.

En medio de todo lo que había sucedido el día anterior, había conseguido poner a mi madre y a tía Violet al corriente sobre el incidente de Hazelhurst House. Como amantes de los libros, se habían quedado atónitas.

—Probablemente. Si Scotland Yard está por medio. —Bebió un sorbo de té—. Sean es el investigador jefe de Cambridge —añadió con orgullo.

—Claro. —«Con algo de ayuda de sus amigos», pensé con descaro—. Con un poco de suerte, los casos se resolverán pronto y podréis salir.

Mi madre volvió a suspirar.

—Eso espero. —Tenía la cara vuelta hacia la ventana, mientras contemplaba la tormenta—. Esta época del año me afecta. Es todo tan gris… Y solo vienen meses de frío y mal tiempo.

—Es mejor que donde vivíamos antes —opiné—, con sus seis meses de invierno.

Aunque todavía no llevábamos un año viviendo en Inglaterra, había oído que la primavera llegaba antes que en Vermont y que las rosas florecían en marzo en lugar de junio.

—Cierto. —Dejó la taza y se estiró—. Igual deberíamos planear unas vacaciones en España. O en la Costa Azul.

Playas, sol, buena comida y bebidas afrutadas.

—Me apunto.

Había acabado de actualizar las redes sociales, el inventario estaba al día y no tenía que volver a Hazelhurst House hasta la mañana siguiente, así que ¿qué hacía ahora?

Se me ocurrió que quizá podía indagar un poco sobre Selwyn Scott. Era posible que alguna de las bibliotecas de Cambridge tuviera documentos relacionados con el autor en su colección. Comunicaciones con la editorial o correspondencia personal. Dudaba que fuera a toparme con una carta en la que dijera «¿Sabes qué? Soy Selwyn», pero por pedir…

Por suerte, la página web de la Universidad de Cambridge te permitía buscar en su centenar de bibliotecas a la vez. Además, nuestro tipo de cuenta nos daba acceso a los resultados completos, una cortesía de la universidad con una librería local que agradecíamos de todo corazón.

Introduje el nombre de la editorial, Lackington, Hughes, Harding, Mavor & Jones, la misma casa que también había publicado *Frankenstein*, y Selwyn Scott, con intención de obtener resultados que contuvieran ambas referencias.

—¡Hurra! —grité, sobresaltando a mi madre y a los gatos. En la biblioteca del St. Aelred tenían una carta que Selwyn Scott le había enviado al editor, con fecha de 1841. Volví la pantalla del portátil para enseñárselo a mi madre—. Puedo pasarme hoy por allí. Daisy y yo vamos a ir al festival de cine.

—¿Qué esperas descubrir en esa carta?

—Bueno, dudo que revele la verdadera identidad de Selwyn, porque si no a estas alturas ya no sería un misterio. Incluso Charlotte Brontë mantuvo la suya en secreto hasta que conoció a su editor en persona. —Había leído la carta que Charlotte le había enviado a una amiga, en la que le describía el encuentro con el señor Smith, en Londres, después de haber intercambiado correspondencia con él durante años utilizando el nombre de Currer Bell—. Puede que haya alguna pista. No lo sabré hasta que la vea. Por lo de no dejar ninguna piedra sin remover y esas cosas.

Además, como admiradora de la obra de Scott, me hacía ilusión encontrar una carta de verdad escrita por el autor. Doscientos años era mucho tiempo y apenas había llegado nada hasta nuestros días.

Le hice una foto al registro para luego y, a continuación, le envié un mensaje a Daisy preguntándole a qué hora podía salir. El pase empezaba a las tres y quizá pudiéramos visitar antes la biblioteca.

«Cuando quieras —contestó—. Esto está muerto y mi ayudante puede arreglárselas para cerrar». La cafetería bajaba la persiana a las dos.

Decidido. La puerta de la tienda se abrió y las campanillas

tintinearon. Al principio, lo único que vi fue un enorme paraguas negro, tras el que al momento apareció un hombre joven que estampó los pies mojados en la alfombra.

—¿Tienen un ejemplar de *El manuscrito maldito*? Acabo de leer un artículo en internet sobre él. ¿Han robado el original? —preguntó.

—Claro que tenemos.

Empujé mi silla hacia atrás y me levanté. No había nada como un crimen para aumentar el interés por un título.

Pese a que la lluvia y el viento habían cesado para cuando Daisy y yo nos encaminamos al St. Aelred, llevábamos chubasquero y el paraguas abierto. Habían dicho que volvería a llover más tarde.

Un crepúsculo temprano acentuaba el encanto y el misterio de la ciudad centenaria. El tañido de unas campanas sobresaltó a una bandada de cuervos, que abandonó el árbol desnudo y retorcido de un cementerio entre graznidos. Las luces se reflejaban en los adoquines mojados y la niebla se suspendía por encima de las agujas.

Esta vez nos dirigimos a la puerta principal del St. Aelred, donde le dimos nuestros nombres al anciano bedel y le informamos del motivo de la visita. El hombre se disculpó y nos pidió que le mostráramos una identificación.

—Es solo porque, tal como están las cosas, debemos extremar las precauciones; háganse cargo.

—Claro, lo entendemos —dije, buscando la cartera. De esa manera, si se produjera otro asesinato, sabrían quién estaba dentro en el momento en que ocurrió. El problema con el de Thad era que había sucedido fuera, al otro lado de la puerta, lo cual incrementaba el número de posibles sospechosos.

Salvo por el puñal. Un error que perseguiría al asesino. Su uso delataba premeditación y hacía que uno se preguntara por qué no habían empleado algo más común y anodino. Era algo a lo que seguía dándole vueltas.

—Ya puede recogerlo, señorita. —El bedel deslizó mi carné por el mostrador—. Que tengan una buena tarde.

—Gracias —dijimos ya con vía libre al sanctasanctórum.

Me había bajado un mapa de internet y me puse a estudiarlo para localizar la biblioteca.

—Por aquí.

Se encontraba en el otro extremo del primer patio. Unas esbeltas columnas de mármol y un dintel decorativo adornaban la entrada. En el interior, al igual que en muchos edificios universitarios, lo viejo y lo nuevo se daban la mano. Mientras que en uno de los espacios había ordenadores, catálogos de fichas y estanterías móviles, otra de las salas estaba revestida de librerías de madera labrada e iluminada con lámparas de araña.

Le presenté mi solicitud a la bibliotecaria de recepción, quien nos indicó que esperáramos en una mesa. Poco después, se acercó con una carpeta de conservación.

—Tiene suerte —dijo—. Disponemos de varias cartas de Selwyn Scott dirigidas a su editor. —Nos miró con un parpadeo—. Últimamente parece que no hago más que oír ese nombre.

Era probable que no se tratara solo de una sensación.

—Trabajo para *lady* Asha Scott —mencioné por si servían de algo las referencias. Ya había comentado que estaba allí en nombre de Thomas Marlowe, lo cual me abría las puertas de toda la ciudad—. Estoy investigando sobre el autor a petición de la familia.

La bibliotecaria me apuntó con un dedo.

—Yo diría que Selwyn era un seudónimo. He estudiado el árbol genealógico de la familia y por aquella época no hay ningún Selwyn.

—Es lo mismo que pensamos nosotros. —Alargué la mano hacia la carpeta, ansiosa por echar un vistazo a las cartas—. Si lo averiguamos, se lo haremos saber.

La mujer unió las manos.

—Me encantaría. Cuando hayan acabado, por favor, dejen la carpeta aquí.

Tamborileó con las uñas en la mesa antes de volver a recepción

con paso pesado.

Desaté el cordoncillo para abrir el archivador.

—Si no tuviera una librería, me encantaría trabajar en una de las bibliotecas universitarias.

Eso sí que sería un trabajo de ensueño.

—Antes eras bibliotecaria, ¿no?

Daisy acercó su silla a la mía.

—Sí, en Vermont. Era una biblioteca muy pequeñita, de pueblo, pero por eso mismo tenía su gracia.

No había manuscritos raros, pero sí mucha participación comunitaria. Me habían anunciado que prescindirían de mi puesto en la siguiente ronda de recortes del ayuntamiento, uno de los motivos por los que no había tenido reparos en mudarme a Cambridge. No sé qué estaría haciendo si me hubiera quedado.

Dentro de la carpeta había tres fundas transparentes y cada una contenía una hoja de papel.

La primera, escrita con letra inclinada, decía:

> Mi querido señor Lackington:
>
> Gracias por su amable crítica de *El manuscrito maldito* y por sus juiciosos comentarios en pos de su mejora. He tomado sus propuestas en consideración y le adjunto el manuscrito corregido. En el supuesto de que obtenga su aprobación, espero con gran ilusión la futura publicación de *El manuscrito maldito* con vistas al año que viene.
>
> Por último, permítame expresarle mi agradecimiento por la prontitud, la franqueza y el talante ilustrativo que han distinguido su trato conmigo.
>
> Atentamente,
>
> S. SCOTT

—A mis amigos escritores tampoco les gusta la fase de edición —comentó Daisy con tono irónico. Tenía varios clientes habituales en la cafetería que trabajaban en la prensa y el sector editorial.

Fotografié la carta lamentando no poder comparar la letra con la del manuscrito. No quería dar por sentado que estuvieran escritos por la misma mano.

Una de las otras dos cartas se congratulaba por lo bien que iban las ventas de *El manuscrito maldito*. La tercera contenía una sorpresa: Selwyn Scott estaba escribiendo otro libro, que llevaba por título provisional *Entre las ruinas*.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Daisy—. ¿Lo has leído?

—Me acabo de enterar de que existe ahora mismo.

¿Selwyn lo habría acabado? Y, si era así, ¿por qué no se había publicado? Otro misterio literario que resolver. Le saqué una foto también a esa carta y se la envié a Kieran con un mensaje.

«¿Cómo no me habías dicho nada? Guiño».

Me contestó de inmediato.

«¿Qué? Nunca había oído hablar de ese libro». Una pausa. «¿Quieres investigarlo?».

«Ya lo creo». A continuación, lo informé de dónde estaba y de los planes que tenía para esa tarde. «¿Nos vemos mañana?».

—¿Lista?

Devolví las fundas a la carpeta y la até antes de salir de la biblioteca, despidiéndome y agradeciéndole su atención a la bibliotecaria con un susurro.

—Qué emocionante —dije cuando estuvimos fuera y pude hablar con más libertad—. ¿Te imaginas que existiera ese otro manuscrito?

Fantaseé con que lo encontrábamos y con la gran acogida que tendría cuando anunciáramos su publicación a bombo y platillo. Estaba bastante segura de que despertaría muchísimo interés.

—Eso espero, porque quiero leerlo —contestó Daisy. Nos sonreímos—. Y, ahora, ¿a dónde?

Consulté el programa del simposio.

—La sala de proyección está en el mismo edificio que el comedor.

Sígueme.

Entramos por la puerta principal y nos detuvimos un momento para orientarnos. Nos acercamos al directorio que vimos colgado en una pared.

—¿Habéis venido a lo de las películas? —Josh, el amigo de Thad, había aparecido justo detrás de nosotras.

—Pues sí —dije—. ¿Tú también vas? —Crucé los dedos mentalmente. Era la oportunidad perfecta para hablar con uno de los amigos de Thad… Bueno, con uno de sus enemigos, al menos en lo concerniente a Amy. Josh también estaba en Hazelhurst House cuando robaron el manuscrito. ¿Thad habría avisado a Josh de que tal vez se expusiera el manuscrito? Aunque eso implicaría que Oliver o Sophie habían hablado de esa posibilidad.

—Sí —confirmó Josh, paseando la mirada entre la gente—. Se supone que Amy y yo habíamos quedado aquí, aunque igual ya está dentro.

Después de presentarle a Daisy, echamos a andar sin prisa por un pasillo junto a otras personas que también asistían al acto. Josh se quedó con nosotras, así que me mantuve pegada a sus tobillos con la idea de sentarnos juntos.

Amy ya estaba en la sala de proyección. Ocupaba un asiento en una hilera vacía y estaba al tanto por si veía a Josh. Cuando lo localizó, le hizo una seña para que se acercara.

—Hola —nos saludó tras percatarse de que íbamos con él—. Estabas en Hazelhurst House, ¿verdad? Y con el doctor Oliver la otra noche.

Me senté junto a Josh.

—Sí y sí. Soy Molly. Y esta es Daisy. Se encargó del *catering* de ayer. Tea & Crumpets.

—Encantada. —Amy asintió con cara de haberla reconocido—. Adoro tus *scones*.

—Gracias. Pásate por la cafetería cuando quieras —contestó Daisy, complacida por el comentario.

—Cuenta con ello.

Las luces parpadearon para anunciar que el acto estaba a punto de empezar. La gente buscó asiento o se puso cómoda en el que ya estaba.

Sophie Verana, que se encontraba en la primera fila, se levantó y avanzó hasta el pasillo central para dirigirse a la sala.

—Buenas tardes a todos. Una de mis actividades preferidas en un día frío y lluvioso es acurrucarme en el sofá y ver una película. No sé si a vosotros también os pasa. —El público contestó que sí—. La primera película que veremos hoy tiene casi un siglo, además de distinguirse también por ser la segunda adaptación cinematográfica del libro de Bram Stoker, como veréis en los créditos.

Pasó varias notas.

—Dado que *Nosferatu* fue una película tan innovadora y adelantada a su tiempo, os propongo que tratéis de reconocer elementos y temas que ahora ya forman parte del canon del cine de terror. Tras la proyección, haremos una pausa para tomar algo y luego veremos *Drácula*, el clásico de 1931 protagonizado por Bela Lugosi, que se convirtió en sinónimo del personaje. Muchos creían que era el propio Drácula. Tomad nota de las diferencias y similitudes entre las dos películas y luego, si queréis, lo debatimos en el Headless Monk.

—¿Dónde está eso? —le pregunté a Josh en un susurro.

—Es nuestro *pub* habitual —me contestó en el mismo tono—. Al final de St. Aelred's Way.

—Así que poneos cómodos, relajaos y preparaos para pasar miedo —concluyó Sophie antes de volver a su asiento.

El público aplaudió y las luces se apagaron.

—Bu. —Alguien con una máscara de Guy Fawkes asomó la cabeza en nuestra fila entre Josh y Amy. Amy lanzó un pequeño chillido.

El bromista se levantó la máscara. Wesley Wright, el primo y compañero de estudios de Thad.

—Je, je. Os he pillado.

Amy le dio un manotazo en el hombro.

—Para ya.

Aparte del susto que me había llevado al haber aparecido de repente, me quedé muy sorprendida. ¿Wesley no sabía que a su primo lo había asesinado alguien que llevaba una de esas máscaras? Mi natural desconfiado respondió por mí: puede que sí. Tal vez Wesley…

Unas imágenes parpadeantes en blanco y negro llenaron la pantalla, acompañadas de una música que fue *in crescendo*. Aparté de mi mente esas conjeturas tan preocupantes para concentrarme en la película.

Ahí estaba el primer elemento del género: las notas espeluznantes y cargadas de dramatismo de un órgano. La historia de *Nosferatu* empezaba con una pareja feliz, Thomas y Ellen Hunter, igual que Jonathan Harker y Mina Murray en el *Drácula* de Stoker, que debía despedirse poco después porque él debía emprender un viaje a una tierra lejana y misteriosa, Transilvania, al castillo del conde Drácula, o, este caso, del conde Orlok.

Aunque se trataba de una película muda, los actores y la música lograban transmitir la historia con facilidad, apoyada por algún texto ocasional que aportaba información. La sombra aterradora del conde, con sus largos dedos, era un clásico, así como los temas del esbirro servil y la damisela en peligro.

Nada de todo aquello era una novedad en la literatura, por descontado. *El manuscrito maldito* contenía muchos de esos elementos, incluidos el barco en un mar turbulento y viajes azarosos, igual que otras novelas góticas tempranas. Bram Stoker, autor de finales del siglo XVIII, había bebido de obras anteriores, como todos los escritores, de manera consciente o no.

Al final, todo el mundo aplaudió y luego empezó a moverse en sus butacas.

—¿Quieres quedarte a la siguiente? —preguntó Daisy.

—Puede. —Me estiré—. No estoy segura de que esté preparada para un maratón.

La gente se levantaba y abandonaba su asiento con aire furtivo,

impaciente por hacer un descanso.

—¿Y si lo decidimos después de tomar algo? —propuso.

—Me parece perfecto.

Abandoné la fila detrás de Josh y Amy. Daisy venía detrás de mí.

Josh imitó unas garras con las manos mientras avanzábamos en grupo por el pasillo.

—«Sangre. Tu preciosa sangre» —dijo, repitiendo una de las frases de la película al tiempo que hacía ver que se abalanzaba sobre Amy.

Ella lo esquivó entre risas y luego apretó el paso.

—Sospecho que voy a estar oyendo eso una buena temporada.

Detrás de nosotros, Wesley extendió los dos brazos y se metió en el papel.

—«El amo está aquí».

—Otra cita clásica —dije.

Cada vez que veía una de esas películas, me preguntaba cómo y por qué los «amos» grotescos atraían a tantos seguidores.

Los refrescos estaban dispuestos en otra habitación en la que se arremolinaban los estudiantes, tanto allí como en el pasillo. Hicimos cola delante del ponche de sidra y el dónut de canela que ofrecían. Wesley continuó poniéndose la máscara y desternillándose de risa cuando le daba golpecitos a la gente en el hombro y se asustaban.

—Parece que está tomando el relevo de Thad —le comentó Josh a Amy en un susurro.

Amy frunció el ceño.

—Espero que no, la verdad. —Se estremeció—. Qué pesadilla.

Josh sacudió la cabeza.

—Dímelo a mí.

Unos minutos después, ya con nuestros dónuts y nuestra sidra en la mano, estábamos charlando sobre la película cuando una silueta familiar avanzó a zancadas por el pasillo.

El inspector Sean Ryan, seguido por su subalterna, la subinspectora Adhikari. «Oh, oh». ¿Habían venido a arrestar a alguien?

Se detuvieron para hablar entre ellos un momento y luego Ryan se encaminó derecho hacia nosotros y nos enseñó su identificación.

—¿Señor Joshua Blake? Acompáñenos, por favor.

CAPÍTULO DIEZ

—¿Qué está pasando? —preguntó Josh, mirando a su alrededor—. ¿Estoy detenido?

Amy se quedó pálida y empezó a retroceder, medio escondiéndose detrás de su novio.

—Él no ha sido, estaba conmigo —protestó.

«Salvo el rato que estuvieron separados».

El rostro de Ryan adoptó una expresión paciente que empezaba a resultarme muy familiar.

—Nos gustaría hablar con usted, señor Blake. En comisaría. También tenemos una orden de registro de su habitación.

Los demás estudiantes que nos rodeaban habían dejado de hablar y prestaban atención. Si no supiera que una de las bazas de la policía era utilizar el elemento sorpresa, en esos momentos estaría resentida con Sean Ryan. Aquello tenía que ser muy humillante para Josh y Amy. Había un estudiante en un rincón que incluso había sacado el móvil y estaba grabando lo que ocurría. Salvo que Josh hubiera asesinado a Thad, me recordé, porque en ese caso se merecía mucho más que pasar un poco de vergüenza.

—Vale, vamos —dijo el joven, dejando la bebida y el dónut en la mesa que tenía más cerca.

El inspector Ryan no nos lo prohibió de manera explícita, así que Amy, Daisy y yo los seguimos mientras salían del edificio y atravesaban el campus en dirección al alojamiento de Josh.

Habíamos cruzado medio patio cuando Amy se echó a llorar.

—No me puedo creer que esto esté pasando de verdad. Josh no es un asesino.

—Deben de tener alguna prueba —dije en voz baja. Al ver lo mal que le sentaba el comentario, me apresuré a añadir—: Me refiero a que Ryan nunca actúa de manera precipitada. Puede que a veces se equivoque, pero no avasalla a la gente. Y es una persona justa.

Torció el gesto.

—¿Lo… conoces?

Me encogí de hombros.

—Más o menos. No es la primera vez que nuestros caminos se cruzan. —Obvié lo de que salía con mi madre. Nos habíamos detenido un momento y, desde donde estábamos, vimos que los agentes escoltaban a Josh mientras avanzaban por el camino, uno a cada lado—. Josh debería buscarse un buen abogado. Cuanto antes.

Amy abrió mucho los ojos.

—¿Te has metido en líos, Molly?

—No —intervino Daisy de inmediato—, ha resuelto casos. Ha dejado boquiabierta a la policía, eso es lo que ha hecho.

—¿De verdad? —La joven ladeó la cabeza y me miró pensativa—. ¿Puedes ayudar a Josh?

«Salvo que sea culpable».

—Puedo intentarlo —contesté—. Cuando sepamos qué es lo que ocurre.

Continuamos adelante, apretando el paso bajo la llovizna para dar alcance a Josh y los agentes. Había otros dos policías esperando en la entrada de los alojamientos. Ryan le mostró a Josh la orden de registro y este asintió antes de entregarle la llave y luego introducir el código en la entrada del edificio. Los agentes desaparecieron en el interior.

—Josh. —Amy se lanzó a sus brazos—. Hay que buscar un abogado.

Él le devolvió el abrazo.

—Estoy en ello. Llamaré a mi padre. —La besó en la coronilla—.

Te veo luego, cariño.

Amy empezó a llorar de nuevo cuando Josh se alejó en dirección a la puerta principal de la universidad.

—No me lo puedo creer —dijo, secándose los ojos. Arrastró los pies hacia la entrada del edificio—. ¿Queréis subir? Tengo vino.

Amy introdujo el código y luego nos sujetó la puerta para que pasáramos. Aparte de esa señal de modernidad, el edificio era histórico, todo lo que una residencia universitaria en Cambridge debería ser. Ventanas de barrotillos. Madera labrada. Alféizares amplios en los que sentarse a leer un libro.

Había dos habitaciones en cada planta y Amy vivía en la segunda.

—La de Josh es la de enfrente —dijo, buscando la llave—. Las de Thad y Wesley están arriba —añadió, señalando con el pulgar.

La puerta de la habitación de Josh estaba abierta, por lo que desde allí oíamos a la policía moviéndose dentro. Amy se acercó un paso.

—No sé qué estarán buscando.

Yo también me moría por saberlo, pero decidí detenerla al ver que seguía avanzando.

—No —le susurré. No les gustaría que la chica se inmiscuyera.

Por supuesto, no me hizo caso. Abrió un poco más la puerta y se quedó en el umbral. Naturalmente, Daisy y yo la seguimos para poder echar un vistazo también.

La habitación de Josh era bastante espaciosa. Había una zona de estar con un sofá y sillones, además de un escritorio y una cama en un rincón, debajo de la que miraba un agente mientras el otro rebuscaba en el armario. Estaban tan concentrados en su trabajo que no parecieron percatarse de nuestra presencia.

El del armario sacó una chaqueta y la sujetó por el cuello con una mano enguantada.

—¿Qué tenemos aquí? —Era negra, con motivos bordados con hilo plateado—. Ven a ver esto.

Su compañero se levantó y atravesó la alfombra. Cuando el

primer agente señaló el frente de la prenda, el segundo gruñó.

—Sí. Es sangre, desde luego.

«¿Sangre?». Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Era la que llevaba la persona que mató a Thad? ¿Josh era el asesino?

—No es suya —farfulló Amy—. Alguien la ha puesto ahí.

Los dos agentes se dieron la vuelta con una cara de sorpresa que resultó cómica.

—¿Qué hace aquí, señorita? —dijo uno.

Amy giró sobre sus talones y corrió a su habitación, abriéndose camino entre nosotras.

—Rápido, rápido, a mi habitación.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. En cuanto entramos corriendo, la rodeó, la cerró de un portazo y echó el pestillo.

—No puedo creer lo que acabamos de ver. —Amy continuaba apoyada contra la puerta, con los brazos abiertos y cara de impresión—. Josh no mató a Thad. —Sacudió la cabeza—. Ni siquiera lleva ese tipo de chaquetas.

¿La joven no quería reconocerlo o alguien había colocado esa prueba en la habitación de Josh?

—¿Estás segura? —preguntó Daisy.

La mirada que le dedicó Amy estaba cargada de indignación.

—Del todo. Paso más tiempo en su habitación que en la mía. Me sé de memoria toda la ropa que tiene.

Daisy levantó las manos.

—Disculpa, solo preguntaba.

Amy arrojó las llaves a un cestito.

—Lo sé. No me hagas caso. Es que todo esto me supera. —Nos señaló el sofá—. Sentaos, que traigo el vino.

Mientras Daisy y yo nos sentábamos en el sofá de brocado, aproveché para echar un vistazo a mi alrededor con curiosidad. La habitación de Amy tenía prácticamente la misma disposición que la de Josh y estaba decorada en un estilo que yo llamaría bohemio literario: muebles antiguos, chales de seda cubriendo respaldos de

sillones, plumas de pavo real, pilas de libros y pósteres de películas como *Jane Eyre* y *Rebecca*. Un cuadro sombrío de un castillo colgaba sobre la diminuta chimenea, que parecía que nadie había usado en mucho tiempo.

—¿Se nota que estoy obsesionada con todo lo gótico? —preguntó Amy mientras descorchaba una botella. Parecía que su acceso de ira se había evaporado—. Sobre todo me interesa el concepto de la autonomía femenina en las novelas de terror.

—No tienen mucha, ¿no? —aventuré, pensando en el tema de la mujer en peligro que caracterizaba la mayoría de los libros del género.

—Más de lo que creerías. —Amy llenó tres copas con vino tinto—. Jane Eyre es el ejemplo perfecto, con su determinación por hacer oír su voz y su negativa a someterse ante quien pretendiera avasallarla.

Trajo dos copas con cuidado y nos las tendió; luego fue a buscar la suya y se sentó delante de nosotras en un sillón.

—Ella es quien salva al señor Rochester —apuntó Daisy—. Para eso se necesita valor.

—Exacto. —Amy bebió un sorbo e hizo una mueca—. No me puedo creer lo que ha ocurrido. Estoy muy preocupada por Josh. —Su mirada recayó en mí—. ¿De verdad puedes ayudarlo?

Me removí contra el cojín con la sensación de que me ponía en un compromiso. ¿Deseaba involucrarme en todo aquello?

—Puedo intentarlo —dije al final, tragándome mis dudas con un sorbo de un merlot bastante bueno.

Amy se desplazó hasta el borde del asiento.

—Por favor, hazlo. Sé que es inocente. Sí, reconozco que Josh odiaba a Thad… Bueno, en realidad lo odiábamos todos. —Se estremeció—. Lo sé, no se habla mal de los muertos. Pero es que no era una buena persona. —La angustia asomó en sus bellas facciones —. Una vez, en la lavandería…

Me lo imaginaba.

—No hace falta que nos lo expliques, Amy. ¿Por qué no nos centramos en los hechos, en lo que ocurrió de verdad la noche que

Thad murió? Es lo que hará la policía.

Aunque los motivos para cometer un crimen eran algo fascinante y ayudaban a indicar a un posible culpable, la policía solo podía basarse en pruebas sólidas.

—¿Qué hechos? Josh y yo fuimos juntos a la celebración de las hogueras. —Apretó los labios—. Lo juro.

—Pero estuvisteis un rato separados —le recordé con delicadeza —. Os oí hablar de ello.

Amy frunció el ceño.

—¿Y? —Se inclinó hacia delante—. Puede que estuviéramos separados media hora. En ese tiempo, ¿Josh volvió aquí, se cambió de ropa, cogió un puñal, quedó con Thad y lo apuñaló? ¿Y luego volvió a cambiarse y fue a buscarme como si no hubiera pasado nada?

Dicho así, no parecía muy probable. Tal vez lo exculparan incluso con la chaqueta manchada de sangre en su contra. ¿O Amy mentía y los dos habían colaborado para matar a su enemigo mortal? Esa idea tan desazonadora me recordó que debía mantenerme neutral. No era prudente aferrarse a una teoría y defenderla a capa y espada ni ponerse unas anteojeras cuando te presentaban información contradictoria.

En ese momento me vino a la memoria lo que Josh le había dicho a Amy justo después de que alguien asesinara a Thad, mientras cruzaban el césped en dirección a su edificio. «No me ha quedado elección. Él no dejaba de acosarte. Alguien tenía que hacer algo».

—¿Y si alguien ha colocado la chaqueta en la habitación de Josh? —apuntó Daisy—. Para incriminarlo.

—Eso pienso yo —dijo Amy más animada.

—Es posible —reconocí cuando las dos se volvieron hacia mí—. ¿Quién tiene acceso al edificio? Se necesita un código para entrar, ¿no?

Amy se encogió de hombros.

—Pero no lo cambian muy a menudo. Además, Josh tiene una

llave escondida. Igual que los demás. Todos confiamos en todos en este dormitorio. —Hizo una pausa—. Bueno, al menos antes.

Me temía que eso ya era cosa del pasado.

—En esta parte solo estabais vosotros cuatro, ¿verdad? Josh, Thad, Wesley y tú. —Ella asintió—. Y entiendo que Thad era primo de Wesley. ¿Estaban unidos?

—¡Ja! —Amy me miró con expresión burlona—. No. Era más una relación de amor-odio.

Interesante.

—¿En qué sentido?

Amy se quitó los zapatos de una patada antes de acurrucarse en el sillón.

—Thad ha tratado a Wesley como a un trapo toda la vida. —Se encogió de hombros—. Disfrutaba de todos los privilegios posibles, procedía de una familia rica y aristocrática. Era un año mayor, además de más alto y más fuerte. Wesley era su lacayo, hacia todo lo que le pedía, en cualquier momento. —Hizo un gesto con los dedos imitando dos piernas moviéndose—. Oía a Wesley escalera arriba y abajo a todas horas, ya fuera para ir a buscar comida para Thad o para hacerle algún recado, etcétera, etcétera.

Un tipo de comportamiento detestable; abusivo, de hecho.

—¿Por qué Wesley lo toleraba? Supongo que, al menos, podría haber ido a otra universidad.

Amy esbozó una sonrisa irónica.

—La familia Devine disfruta de una larga tradición en el St. Aelred, han estudiado en esta universidad prácticamente desde que se fundó. Y, además, donan carretadas de dinero. Los padres de Thad ayudan a pagar los estudios de Wesley. ¿Cómo iban a decir su madre, que es maestra, y él que no a una oferta así?

Ya, tenía razón. ¿El cariño habitual entre primos se había convertido en odio? Quizá Wesley había decidido escapar del control de Thad de una vez por todas. Wesley estaba en su habitación cuando agredieron a Thad… o eso fue lo que dijo. Dado que Josh y Amy habían salido esa noche, le habría resultado sencillo matar a su

primo sin que nadie advirtiera sus movimientos. Thad no habría desconfiado de encontrarse con su primo en el callejón.

«La máscara». Esa noche llevaba una idéntica a la del asesino. Eso sí que habría sido una jugada osada. Quizá Wesley no era el ratoncillo maleable que todo el mundo creía.

—¿Qué? —musitó Daisy cuando Amy estaba girada hacia el otro lado. Me conocía tan bien que adivinaba cuándo estaba dándole vueltas a la cabeza.

—Luego —mascullé yo también, asintiendo levemente con la cabeza. No quería lanzar conjeturas sobre Wesley con Amy delante.

—¿Qué crees que ocurrirá ahora? —pregunté—. Con lo del pago de los estudios de Wesley, me refiero.

Amy bebió un poco más mientras lo pensaba.

—Yo diría… —Levantó un dedo—. Diría que los padres de Thad procurarán por Wesley incluso más que antes y que le prodigarán toda la atención que antes le dedicaban a Thad. —Hizo una mueca —. Si es que le dedicaban alguna.

—¿No se les da bien lo de hacer de padres? —aventuró Daisy.

—Por decirlo de alguna manera. —Amy frunció los labios—. Enviaron a Thad a un internado cuando tenía ocho años. Creo que fue allí donde aprendió a comportarse como un abusón. La supervivencia del más fuerte y esas cosas. Hay gente que está por evolucionar, de verdad —dijo con desdén.

—El incidente del pabellón de caza —apuntó Daisy de pronto—. ¿Fue el primer intento?

Amy la miró con desconfianza.

—¿Sabéis eso?

—Apareció en los periódicos —contesté reacia a reconocer que habíamos estado indagando en internet.

Amy apuró su vino y estiró las piernas.

—¿Alguien quiere más? Yo sí.

Cogió la botella y el líquido hizo gluglú mientras se rellenaba la copa. Cuando la levantó en nuestra dirección, las dos negamos con la cabeza.

Bebiendo mientras caminaba para impedir que el líquido rebosara, volvió a su asiento.

—¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, el incidente del pabellón de caza. Yo también estaba.

Daisy y yo intercambiamos una mirada.

—¿De verdad? ¿Fuiste de caza? —pregunté.

Amy se estremeció.

—¿Yo matando pájaros? Ni hablar. Me quedé en el pabellón, sentada junto al fuego con sus tías mayores. Haciendo punto. Bueno, ellas. Yo bebía ponche calentito. En ese sitio hacía un frío de miedo, en serio. Una de ellas, un encanto, me dijo que debería haber llevado mi pelele de lana. ¿Te lo imaginas?

Lo cierto es que sí, habida cuenta de que me había criado en Vermont.

—¿Josh también fue?

Amy asintió.

—Todavía no salíamos, así que por entonces Thad y él eran amigos. Yo estaba allí por Thad. Fue justo antes de cortar. —Se mordió el labio con inquietud—. Aunque él nunca aceptó que lo dejáramos. —Su risa fue amarga y entrecortada—. Seguramente he sido la primera persona que le ha dicho que no en toda su vida.

Y su reacción fue la de un niñato consentido. Consciente de las cosas por las que Amy habría pasado, no quise continuar indagando en el comportamiento de Thad tras la ruptura. De pronto, caí en la cuenta de algo que me aceleró el pulso: ella también había tenido un móvil y la oportunidad para matar a Thad. Además, aunque había dicho que estaba en el pabellón cuando ocurrió lo del disparo, fácilmente podría haber salido «a dar un paseo» y haber disparado a Thad. Aunque ¿habría ido tan lejos como para implicar a su novio? Ese era el problema.

Miré mi copa de reojo. La habíamos visto servir el vino. La botella era nueva. «¿No estás un pelín paranoica?». Sospechar de todo de manera sistemática era otro de los efectos secundarios desagradables de investigar asesinatos. Algo que yo nunca buscaba

de manera activa. No, mi participación siempre era cosa de la «mano del destino». Resoplé y el vino casi se me salió por la nariz.

—¿Estás bien? —preguntó Daisy.

—Sí, no pasa nada, es que he recordado algo que he leído.

Amy dejó su copa en la mesita de café.

—Esperad. Tengo una idea. —Se dirigió al cestito donde había dejado las llaves y rebuscó entre ellas—. ¿Queréis subir conmigo? A la habitación de Thad —propuso, enseñándonos una llave.

No pensaba decirle que no, aunque primero tenía que preguntarle algo.

—¿La policía ya ha dado vía libre?

No era una buena idea arrancar un precinto policial.

Amy abrió la puerta y echó un vistazo fuera.

—Eso creo. Ya han quitado la cinta. —Salió al pasillo un momento —. Los agentes que estaban en la habitación de Josh ya se han ido, el camino está libre.

Daisy se levantó del mullido sofá dándose impulso.

—¿Qué quieres buscar ahí arriba?

Amy lanzó la llave al aire y la atrapó de nuevo.

—Thad tenía algunas cosas mías y quiero recuperarlas antes de que su familia venga y se las lleve. —Hizo una mueca—. No me apetece encontrarme con sus padres.

Bebí un último sorbo de vino y me levanté también.

—Sería incómodo a juzgar por lo que has dicho.

—Ya lo creo. —Amy suspiró mientras echaba a andar—. Supongo que tendré que ir al funeral. Y enviaré flores. Hay que hacer las cosas bien.

Conforme nos acercábamos a la escalera, empezamos a oír el rumor cavernoso de una música inquietante con una letra monótona que atronaba en el piso de arriba.

Daisy se detuvo a escuchar.

—*Promise Land*. Cold Cave.

Una elección interesante, de estilo oscuro y pospunk. Verme obligada a oír música puesta a todo volumen en cualquier momento

del día no era algo que echara de menos de mi época de estudiante universitaria, eso lo tenía claro.

—A Thad le encantaba ese grupo —dijo Amy.

Parecía la banda sonora de tres mujeres que subían penosamente la escalera de camino a los aposentos de un hombre asesinado. ¿No estaríamos cometiendo un gran error?

Puede que sí. Amy se detuvo en el descansillo y se abrazó a sí misma. Yo iba detrás de ella y vi que tenía los ojos clavados en la habitación, entreabierta, de la que salía la música, cada vez más alta.

Un veloz vistazo a mi izquierda me confirmó que no procedía de la que tenía una «W» enorme en la puerta.

¿Quién estaba en la habitación de un muerto?

CAPÍTULO ONCE

Durante un momento de desconcierto me pregunté si no nos habríamos equivocado. Quizá Thad no había muerto al final y todo había sido un terrible malentendido.

Por lo que ocurrió a continuación, quedó claro que Amy había pensado lo mismo.

—¿Thad? —lo llamó, alzando la voz. Luego sacudió la cabeza con el ceño fruncido. Se puso recta, echó a caminar con decisión y acabó de abrir la puerta de un empujón.

Daisy y yo nos apretujamos detrás de ella.

No había nadie. En una mesa se veía una tableta y un altavoz, del que procedía la música. Amy cruzó la alfombra con paso decidido y apretó un par de teclas.

Bendito silencio. Dejó la tableta en la mesa y nos miró.

—Qué raro. —Puso los ojos en blanco—. Es el tipo de cosas que haría Thad. Le encantaba gastar bromas.

Una vez que el misterio de la música estuvo resuelto, por decirlo de alguna manera, eché un vistazo a mi alrededor. La habitación de Thad se parecía mucho a las demás en cuanto a tamaño y distribución, pero estaba hecha un auténtico desastre. Ropa tirada por todas partes, torres inclinadas de libros, una docena de tazas limpias alineadas en el alféizar.

—Lo único que puede hacer aquí el servicio de la limpieza es recoger y sacar la basura —dijo Amy—. Thad era un cerdo. —Abrió

un cajón del escritorio—. Y, además, nunca tiraba nada. Así que es probable que mis tarjetas aún sigan aquí.

Sacó varias tarjetas de felicitación del cajón.

El escritorio estaba lleno de cosas hasta arriba, salvo por un hueco en medio, donde seguramente iba un portátil. Debía de habérselo llevado la policía. Me paseé un poco para chafardear mientras Daisy estudiaba un tablón cubierto de recortes, fotografías y demás.

En el suelo, cerca de la papelera, había unas páginas grapadas. Me agaché para recogerlas. Sobre el título, «El justo castigo en la literatura gótica victoriana», alguien había escrito en bolígrafo rojo: «Puedes hacerlo mejor».

Amy estaba a mi lado con varios sobres en la mano.

—Déjame ver. —Tras un momento, dijo—: ¡Ja!, es el mismo tema en el que le pusieron un excelente, estoy bastante segura.

—¿Os dejan revisar los trabajos?

Me sorprendía; en la universidad a la que yo había ido, no nos daban muchas oportunidades de rehacerlos.

—Por lo general, no. Supongo que la doctora Verona tenía debilidad por Thad. —Arrojó las hojas al escritorio, donde derribó otra pila de papeles, que cayeron al suelo en cascada—. Genial.

—Ya te ayudo.

Tuve que agacharme detrás del escritorio para rescatar una página escurridiza, que resultó ser una hoja de cálculo. «Instituto de Literatura Gótica» y el año estaban impresos en el encabezado. Debajo había columnas de gastos y números, algunas envueltas en un círculo con un signo de interrogación.

Amy la cogió.

—Ah, sí. Thad realizaba tareas administrativas para el instituto. Supongo que lo querrán.

Empezó a revisar el escritorio, así que me acerqué a Daisy, que seguía junto al tablón.

—Un tipo ocupado —dijo a modo de saludo.

Lo entendí de inmediato. La mitad de los folletos que había en el

tablero correspondían a actos que se celebraran en la universidad y por la ciudad: conciertos, charlas, encuentros deportivos. El resto eran fotografías, recibos y tarjetas de visita, entre ellas una de Reginald Dubold, Fine Books, que naturalmente me llamó la atención. No conocía a Reginald, pero tía Violet tenía relación con muchas librerías y comerciantes de la zona. De hecho, de toda Inglaterra.

Amy estaba sentada en la alfombra, repasando las montañas de libros y de vez en cuando apartaba uno.

—¿Ya habéis encontrado mi dinero? —preguntó alguien desde la entrada.

Todas dimos un respingo y a Amy se le cayó el libro que tenía en la mano.

—¡Wesley! —protestó la joven, llevándose una mano al pecho—. Qué susto me has dado.

El recién llegado entró sin prisa en la habitación, con las manos en los bolsillos, mientras nos pasaba revista.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Amy se sonrojó ante la nota acusatoria de su voz. Yo me encogí y me acerqué un poco más a Daisy. Como primo de Thad, Wesley tenía más derecho a estar allí que nosotras.

Amy le mostró un libro.

—Recuperar mis cosas. Ya sabes que Thad nunca… devolvía nada que le hubieras dejado. —Le echó un vistazo a la pila—. Creo que faltan algunos de los más importantes, y es una pena, porque no son fáciles de encontrar.

¿Se los habría vendido a una librería? Le hice una foto a la tarjeta de visita de Dubold por si hubiera que seguir esa pista.

Wesley se sentó al escritorio y abrió un cajón.

—Sí. Tendría que haberte avisado. Ya podías despedirte de lo que te pidiera prestado.

—¿Qué era eso del dinero? —me atreví a preguntarle—. ¿Te debía pasta?

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Debería haber seguido mi propio consejo antes de dejarle mil libras. Nunca volví a ver ni un penique, ni siquiera después de que su mami le enviara la asignación.

Su tono destilaba rencor.

—Ay, Wesley —se lamentó Amy—. ¿Mil libras? Eso es mucho dinero.

—Prácticamente todo lo que tenía para pasar el trimestre. —El joven abrió otro cajón y lo cerró de golpe, haciendo que el contenido traqueteara—. Supongo que tendré que sacárselas a mis tíos. Aunque dudo que me crean.

—¿No dejasteis nada por escrito? —preguntó Amy con tristeza.

—Nada de nada —confirmó él. Se apoyó en el escritorio y descansó la cabeza en una mano. Quería preguntarle si había sido él quien había puesto la música, pero parecía muy desanimado. Quizá solo pretendía revivir algunos momentos pasados con su primo, poner sus canciones preferidas.

Enderezó la espalda con brusquedad.

—¿Dónde está Josh?

Amy dejó una edición bastante cara de *Jane Eyre* en su pila.

—¿No te has enterado? Están interrogándolo en comisaría. También han registrado su habitación.

Wesley se recostó en la silla.

—¿Cómo es que me lo he perdido?

—Ni idea. La policía ha llegado cuando estábamos tomando algo, después de ver *Nosferatu*, y se lo ha llevado.

Por un momento, creí que seguiría hablando, seguramente con intención de mencionar la chaqueta manchada de sangre, pero luego cerró la boca.

—¿De verdad? ¿Creen que Josh mató a Thad? —Una emoción que no supe identificar animó las facciones de Wesley, aunque hubiera dicho que se trataba de alivio.

—Él no pudo hacerlo. —Amy colocó otro libro en su pila—. Estuvimos juntos toda la noche.

—Eso no es…

Esa vez fue Wesley quien cerró la boca. Estaba con nosotros cuando Josh y Amy reconocieron que se habían separado después de que estallara el caos durante los fuegos artificiales, pero, por algún motivo, se lo había pensado dos veces antes de cuestionar las palabras de Amy. Porque nosotras estábamos allí… ¿o por otra razón?

Empezó a balancearse adelante y atrás en la silla mientras daba unos golpecitos en la mesa con las manos.

—¿Cuánto vas a tardar?

Amy alzó la vista.

—Un rato. ¿Por qué?

Wesley se encogió de hombros.

—Estaba pensando en ir al Headless Monk a ahogar mis penas. Y puede que a jugar unos billares. Aunque supongo que prefieres quedarte aquí a esperar a Josh.

Amy cogió el móvil y le echó un vistazo.

—Debería. No sé cuánto tiempo lo tendrán en comisaría. —Me miró—. ¿Tienes alguna idea?

—¿Por qué iba a saberlo ella? —preguntó Wesley, riendo.

—Molly resuelve misterios —contestó Amy—. Está familiarizada con el procedimiento de la policía.

Wesley me miró por entre su melena rizada, tamborileando con los dedos en la mesa.

—¿En serio? Nunca lo hubiera dicho.

—Lo de librera afable solo es una tapadera —dije con gesto inexpresivo—. En realidad, trabajo para los servicios secretos británicos.

—¡Venga ya! —exclamó, hasta que se dio cuenta de que bromeaba—. Muy graciosa. ¿Y cuánto dura un interrogatorio?

—Depende de lo que tengan que tratar —contesté. Y de si consideraban a la persona altamente sospechosa o no—. A veces, horas.

Si Josh había tenido algún encontronazo anterior con Thad, podía pasarse allí toda la noche mientras trataban de sonsacarle

información. La chaqueta manchada de sangre que habían encontrado en su habitación solo contribuía a inculparlo, al menos de momento. Esperaba que Josh hubiera contratado a un abogado. Y no porque el inspector Ryan no supiera hacer su trabajo correctamente, sino porque era lo más sensato, sobre todo tras la aparición de esa prenda.

Amy se levantó del suelo con un suspiro.

—Igual podríamos ir al *pub*. No me vendría mal un poco de distracción.

Daisy me miró. A mí me daba igual, aunque era una buena oportunidad para conocer mejor a Amy y a Wesley y puede que para encontrar alguna pista. Aunque, por otro lado, también me apetecía mucho volver a casa y disfrutar de otro capítulo de *El manuscrito maldito*.

—¿Vosotras venís? Invito yo. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo bien que os habéis portado conmigo esta noche —dijo Amy antes de que me diera tiempo a decidirme.

—Pero si no hemos hecho nada —protestó Daisy.

Amy le tocó el hombro.

—Me habéis hecho compañía y, créeme, lo necesitaba.

Después de entregarle a Wesley la pila de libros que había apartado y en la que había encajado sus tarjetas, nos acompañó a la salida y cerró la puerta con llave.

El Headless Monk, que se vanagloriaba de ser el tercer *pub* más antiguo de Cambridge, era tan pintoresco como su nombre, el «monje sin cabeza». El exterior era de estilo Tudor, aunque tenía un aspecto ruinoso. Las salas exteriores eran pequeñas y calentitas, y las paredes estaban revestidas de madera, con apliques. Cuando entramos, un hombre sentado a solas en un reservado de cuero rojo levantó la cabeza. Oliver.

Nos saludó con la mano y todos fuimos hacia allí.

—Doctor Scott. Qué raro encontrarlo aquí —comentó Wesley con

una sonrisita mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en un colgador.

—Es como mi segunda casa —reconoció Oliver, alzando su jarra de cerveza—. «Come, bebe y ama. Todo lo demás no importa».

—Lord Byron —adivinó Wesley—. ¿Qué les traigo, señoras? —preguntó a continuación, apuntándonos con los índices imitando unas pistolas.

A petición de Amy, nos decidimos por unos *gin-tonics* y luego nos acomodamos en el reservado. Wesley podía acercar una silla cuando volviera con las bebidas. Amy fue a ayudarlo.

—¿En qué andas? —me preguntó Oliver—. ¿Algún avance con lo del misterio de Selwyn Scott? —En contraste con su vitalidad y su carisma habituales, parecía cansado, casi deprimido—. Encantado de volver a verte —añadió, saludando a Daisy con un gesto de la cabeza.

—Puede que sí —contesté—. He encontrado varias de las cartas que le envió a su editor en la colección del St. Aelred. Aunque esa no es la verdadera noticia de la noche. —Amy y Wesley estaban ocupados en la barra, así que me apresuré a decir—: La policía se ha llevado a Josh a la comisaría para interrogarlo. También han registrado su habitación.

Y lo dejé ahí; no quería hablar de la chaqueta, ya que era probable que se tratara de una prueba clave.

Se echó hacia atrás.

—¿Qué? ¡No!

—Me temo que sí. Después de eso, le hemos hecho compañía a Amy, que estaba bastante afectada, y luego Wesley nos ha invitado a una copa. Así que aquí estamos.

Oliver clavó los ojos en su jarra, con el ceño fruncido.

—No puedo creer que Josh… Sí, desde luego tiene carácter cuando se mosquea…, pero aun así…

—¿Sabes lo del accidente del pabellón de caza de hace un par de meses? —pregunté—. A Thad casi lo alcanza una bala perdida.

Oliver parecía no dar crédito.

—No. ¿Qué pabellón de caza?

—El de su familia. Salió en los periódicos —dije, abriendo el artículo que había guardado en el móvil y enseñándoselo.

Le echó un vistazo por encima y creí ver un destello en sus ojos cuando leyó algo. No sabía muy bien cómo preguntarle acerca de su reacción, pero, al final, me lancé.

—¿Hay algo que te haya llamado la atención del accidente?

Negó con la cabeza mientras me devolvía el teléfono.

—No es nada.

—¿Qué?

Si hubiera tenido más confianza con él, lo habría agarrado por el suéter y lo habría zarandeado hasta que lo soltara.

Se pasó una mano por el pelo, un gesto que me recordó a Kieran.

—El pabellón de caza está muy cerca de Edimburgo, donde asistí a una conferencia el mismo fin de semana, en la que hablé de «La ambientación en la novela inglesa». Me ha sorprendido la coincidencia, nada más.

Amy y Wesley seguían en la barra, así que aproveché para preguntarle por el robo en Hazelhurst House.

—¿Hay alguna novedad sobre el manuscrito?

Torció el gesto.

—No, y no sabes lo mal que me siento por lo que ha pasado. Como se suele decir, el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Sophie también se siente fatal.

—¿Sophie? ¿Y por qué?

—Porque fue idea suya. Se le ocurrió la noche anterior, mientras hablábamos de los actos que había programados. —Se encogió de hombros—. Por descontado, ella no tiene la culpa de nada. La culpa la tengo yo por convencer a Kieran y a tía Asha de que lo expusieran.

Parecía incluso más abatido que antes y me arrepentí de haber sacado el tema.

En cualquier caso, lo que acababa de contarme abría nuevas

posibilidades. ¿Y si Sophie Verona estaba detrás del robo? Si fuera así, el desarrollo de los acontecimientos eliminaría a Thad de la ecuación, aunque Sophie podría haber hablado del manuscrito con él antes de su muerte.

—¿De quién fue la idea de que dieras la charla en Hazelhurst? —Quise saber, consciente de que mi pregunta rozaba la leve insinuación de que el crimen había sido premeditado.

Oliver captó de inmediato por dónde iba y entrecerró los ojos con cara de sospecha.

—No estoy seguro. —Bebió un sorbo sin dejar de mirarme—. Fue una de esas cosas que surgen así de pronto.

—Hablando de cosas más agradables —dije, cambiando rápidamente de tema—, he encontrado una mención a otro manuscrito de Selwyn Scott en una carta que este le envió al editor. ¿Cómo se titulaba, Daisy?

—*Entre las ruinas* —contestó mi amiga, dándole un énfasis dramático—. A mí me suena a otra novela gótica.

A Oliver se le iluminó la mirada.

—No sabía que hubiera un segundo libro. Qué maravilla. —Ahogó una risita—. Qué descuido por mi parte no haber leído las cartas de Selwyn. Supongo que los Scott no le hemos dado la importancia que se merece.

Yo buscaba y apreciaba profundamente toda la información que pudiera encontrar sobre mis antepasados, pero que no todo el mundo era igual.

—Aquí están.

Amy y Wesley llegaron junto a la mesa con las bebidas y Amy dejó una delante de mí antes de sentarse al lado de Oliver. Wesley le dio a Daisy la suya y buscó una silla.

—Por tiempos mejores. —La joven levantó su copa y todos brindamos con ella. A continuación, se llevó la mano al bolsillo para sacar el teléfono, que había lanzado un zumbido—. Y ya los tenemos aquí. Han soltado a Josh y ha vuelto a la universidad. No lo han detenido, pero se ha buscado un buen abogado.

—Eso sí que es una buena noticia —comenté con alivio. Al menos así disponía de más tiempo antes de que lo detuvieran de manera formal. Pese a la chaqueta, dudaba que Josh fuera culpable y parecía que la policía pensaba lo mismo.

—Tengo que irme. —Amy apuró su copa en tres tragos—. Para que después hablen de cómo se debe saborear un *gin-tonic* de calidad.

—Yo también —se sumó Wesley entre trago y trago de cerveza—. A ver qué se cuenta.

A mí también me gustaría oírlo, pero no había una manera elegante de invitarse a una misma.

—Dale recuerdos de nuestra parte —dije—. Espero que nos veamos pronto.

—Claro, no te preocupes. —Amy salió del reservado—. ¿Estáis apuntadas a la visita gótica de mañana por la noche? Soy una de las guías voluntarias.

—Mi amigo George lo mencionó. Me encantaría ir.

—Y a mí —afirmó Daisy—. Tiene pinta de estar bien.

Se fueron con prisas.

—*Entre las ruinas*, ¿eh? —dijo Oliver cuando la puerta se cerró detrás de ellos—. Ojalá lo encontráramos. Eso sí que sería un golpe maestro.

CAPÍTULO DOCE

Después de un frío paseo hasta la librería, me alegré de ver que las luces seguían encendidas. Decidí que le haría compañía un rato a quien estuviera levantada y me relajaría. Puede que me preparara un sándwich, dado que aún no había cenado.

Tía Violet estaba sentada en el sillón de la cocina, tejiendo algo color verde musgo que tenía aspecto de ser suave. Los dos gatos se aovillaban cerca de la cocina AGA, que desprendía un calorcito reconfortante.

—Hola, querida. ¿Qué tal la salida?

Mientras me desenrollaba la bufanda y me desabotonaba el abrigo, me pregunté por dónde empezar.

—¿Tienes un rato? Porque han pasado muchas cosas. Aunque había mantenido a mi tía y a mi madre al día, no habíamos tenido la oportunidad de hablar largo y tendido de verdad.

—Todo el tiempo que quieras. —Tía Violet dejó el punto y se subió las gafas—. Tengo entendido que sir Jon también se ha involucrado en el asunto. —Sonrió—. Ese bribón siempre anda metido en algo.

Puse agua a hervir.

—Ya lo creo. Y Sean Ryan.

Mi madre asomó por la puerta, vestida con la bata de estar por casa y en pantuflas.

—Me ha parecido oír voces.

—Di la verdad, mamá —bromeé—, ha sido oír «Sean Ryan» y faltarte tiempo para bajar.

—Ay, no digas bobadas. —Se acercó al armario y sacó una lata—. ¿Galletas? —Abrió la caja y me la tendió.

Le di un mordisco al mantecoso dulce, que se desmigajaba con facilidad.

—¿A quién le apetece un cacao?

Poco después, cada una sostenía una taza en la mano y la lata había circulado un par de veces. Les conté lo que había ocurrido esa noche y luego hice un resumen de todo lo que había sucedido hasta el momento, desde el asesinato hasta el incidente de caza en Escocia y el robo de *El manuscrito maldito*.

—Madre mía, sí que han pasado cosas en pocos días —comentó tía Violet abriendo mucho los ojos tras los cristales de las gafas—. Bueno, salvo lo del accidente de caza, claro. Aunque yo diría que está relacionado, ¿no creéis?

—Hay muchas posibilidades. —Cogí el teléfono y busqué la foto de la tarjeta de visita de Reginald Dubold—. ¿Lo conoces? Thad Devine tenía su tarjeta.

—Es un tipo de poco fiar —dijo tía Violet con resentimiento—. Casi me la cuela una vez, después de que muriera tu tío Tom, que era quien se encargaba de gran parte de las ventas más valiosas. Reginald quiso venderme algo de procedencia dudosa. Por suerte, sir Jon, que por entonces actuaba como mi consejero, impidió que cometiera un grave error.

—Entonces estará en la lista de sir Jon. —Quizá Reginald fuera una parada obligada en la investigación del manuscrito robado—. No sé por qué Thad tenía su tarjeta. Será que no hay distribuidores de libros respetables en Cambridge, nosotras incluidas.

—Sabe lo que se hace —aseguró tía Violet—. Además, puede que la transacción de Thad fuera totalmente legal. No todos los negocios de Reginald son sucios. Si no, estaría en la cárcel.

Pese a las galletas, me rugían las tripas. Me levanté y me preparé

un sándwich de jamón y queso con pan casero, mayonesa y mostaza y unos pepinillos de acompañamiento.

—¿Qué tal va el trabajo de catalogación? —preguntó tía Violet.

—Bastante bien —contesté entre bocados—. Ahora que por fin he empezado. Ah, por cierto, se me había olvidado comentaros un notición emocionante: Selwyn Scott escribió otro libro.

Les conté cómo había encontrado la referencia a *Entre las ruinas* y que Kieran y yo íbamos a investigarlo. Le había enviado un mensaje y parecía entusiasmado.

—Menudo hallazgo si dais con él —dijo mi madre con la mirada brillante—. Qué ganas de leerlo.

—Yo también. —Esperaba que algún día tuviéramos la oportunidad de hacerlo—. Hablando de Selwyn Scott, ¿os apetece que os lea un poco antes de ir a dormir?

Las dos asintieron, así que, después de subir corriendo a buscar el libro y resumirles lo que había ocurrido hasta el momento, empecé.

El manuscrito maldito (continuación)

Atravesar las montañas del norte de Turín pronto se convirtió en la parte más ardua de nuestro viaje en pos de la adquisición de *Las divagaciones de un monje*. Los caminos eran estrechos, pedregosos y, en algunos lugares, casi inexistentes. A un lado se alzaban laderas escarpadas; al otro, se abrían precipicios que desembocaban en valles.

En comparación, cruzar Francia en carruaje hasta Italia parecía el culmen de la confortabilidad, pese a los días interminables y las noches de escaso descanso. Para mi decepción, solo permanecimos un día en París, si bien le arranqué la promesa al señor Coates de que nos detendríamos allí en el trayecto de vuelta. Alimenté su codicia insinuando que quizá podríamos hacernos con más libros de la biblioteca del noble y venderlos en París para amortizar los gastos de nuestro periplo.

Como era de suponer, la intimidad obligada como compañeros de viaje no había mejorado mi parecer respecto al señor Coates. Era

un hombre grosero y exigente que trataba a posaderos, cocheros, criadas y mozos con absoluto desdén, como si ya fuera el conde de Mercia, aunque debo decir que, partiendo de mi experiencia, las personas de conducta verdaderamente noble se muestran deferentes con todo el mundo. Me vi obligado a mitigar su deplorable comportamiento con propinas que procedían de mis escasos recursos. El hombre no alcanzaba a comprender que dependíamos de esos a los que consideraba inferiores y que nuestras vidas se encontraban en sus manos.

Como ocurría en ese momento, por ejemplo, mientras los caballos trataban de salvar el desfiladero. Solo la pericia del cochero nos mantuvo a salvo y evitó que el carruaje abandonara el traicionero camino.

Finalmente, alcanzamos la cima y el cochero se detuvo.

—Ahí tienen su destino —anunció, señalándolo con la fusta—. Malvagio. Llegaremos al pueblo antes del anochecer.

Malvagio no era más que un grupo de casas distribuidas alrededor del campanario de la iglesia y una villa de grandes dimensiones que se situaba a las afueras, en lo alto de un promontorio. Las ruinas próximas a la villa debían corresponder al antiguo monasterio, en el que vivieron los monjes de clausura que escribieron el libro que nos había llevado hasta allí. Habíamos visto muchos pueblos similares durante nuestro viaje. Aunque remotos y alejados de cualquier vía de comunicación, eran pintorescos a su manera.

Tal vez se tratara de mi imaginación, afectado como estaba por el agotamiento y la tensión, pero me asaltó un mal presentimiento al ver nuestro destino, si bien no existía ningún motivo que, a simple vista, justificara tal inquietud. Como ya he dicho, Malvagio no se distinguía de otros tantos pueblecitos italianos.

En ese caso, ¿por qué cuando el cochero azuzó a los caballos y el carruaje comenzó a descender me invadió una abrumadora sensación de temor? Era como si algo oscuro y monstruoso acechara tras el sol y los cielos despejados, tras aquellos tejados rojos que asomaban en las verdes estribaciones.

Para cuando entramos en la plaza del pueblo, donde una fuente borboteaba y los ancianos se sentaban a charlar, me había convencido de que todo había sido fruto de una imaginación exaltada. En la plaza se respiraba un aire tranquilo y hogareño, donde las mujeres llevaban cestas con pan y otros productos o tendían la colada. Los niños gritaban y corrían, y sus voces agudas

resonaban entre las estrechas calles.

El carruaje se detuvo frente a una posada. El señor Coates esperaba que el duque nos ofreciera alojarnos en la villa, pero, por si acaso, habíamos reservado unas habitaciones en aquel establecimiento, sito en un edificio de aspecto encantador, con ventanas que daban a la plaza.

El cochero descargó nuestro equipaje mientras un hombre alto y desgarbado salía para hacerse cargo de las maletas. Se las colocó bajo los brazos y se las llevó dentro sin mediar palabra.

—Espero que volvamos a verlas —bromeó Coates. Se volvió hacia el cochero—. Gracias por su servicio. ¿Nos permite ofrecerle una cena y una habitación para pasar la noche? —Coates hablaba un italiano tosco, igual que el mío. Suficiente para entenderse.

—Será mejor que me ponga en camino —contestó el hombre, negando con la cabeza y mirando al cielo—. La oscuridad pronto caerá sobre nosotros y quiero cruzar el desfiladero.

Tras tocarse el sombrero y despedirse con una reverencia, volvió a sentarse en el pescante y poco después oímos los cascos de los caballos alejándose por el empedrado. Sin poder evitarlo, pensé que allí iba toda nuestra conexión con el mundo exterior.

Cansados, subimos los escalones de la entrada de la posada y accedimos al vestíbulo, donde un caballero bizco nos esperaba sentado tras el gran mostrador de recepción.

—Buenas tardes. ¿*Signore* Coates y *signore…* Marlboro?

—Los mismos —contestó el señor Coates. Se acercó al mostrador y nos registró. Una vez zanjado el asunto, dijo—: Querríamos asearnos y luego hacer una visita al duque. ¿Cómo nos recomienda desplazarnos hasta la villa?

Al posadero casi se le cae la pluma.

—¿El duque? ¿Qué tratos tiene con él?

El señor Coates frunció el ceño.

—Eso no es de su incumbencia, mi buen señor. —Dio un golpecito en el mostrador—. Le ruego que responda a mi pregunta.

El hombre miró a todas partes indeciso.

—Deberá ir a pie —dijo al fin—. No encontrará coche ni carruaje que lo lleve. Al menos en este pueblo.

Mi acompañante lo miró boquiabierto y debo confesar que la aseveración del posadero me dejó igual de atónito. ¿Qué motivos tendría la gente del lugar para negarse a llevarnos a la villa? Era probable que, como una suerte de señor feudal, el duque esperara cierta deferencia de los aldeanos hacia sus invitados.

—No siempre ha sido así —se apresuró a añadir el hombre como si adivinara mis pensamientos. De nuevo, miró a todas partes—. Solo de un tiempo a esta parte, tras los recientes sucesos.

—Este asunto ha tomado un cariz inesperado —comentó el señor Coates, dirigiéndose a mí—. Tal vez podamos encontrar unas monturas. —Se volvió de nuevo hacia el hombre—. ¿Hay algún establo donde alquilar unos caballos?

El posadero asintió.

—Así es. Les indicaré dónde cuando se dispongan a partir.

Pese a lo cansados y sucios que estábamos del viaje, enseguida nos pusimos en camino una vez más, tras asearnos y cambiarnos de atuendo. No nos costó encontrar el establo, donde nos proporcionaron dos buenos corceles. El señor Coates, más astuto de lo que yo creía, les dijo a los mozos de cuadra que íbamos a dar un paseo por el campo. No mencionó ni la villa ni el propósito que nos había llevado hasta allí.

—¿No le parece extraño que los aldeanos teman de esa manera a su patrón? —le pregunté mientras los caballos avanzaban por el polvoriento camino que se adentraba en la campiña.

El señor Coates se encogió de hombros.

—Tal vez sea un señor severo. Lo cual no es de nuestra incumbencia. Tengo la intención de adquirir el libro y partir por la mañana. No ganamos nada demorándonos. —Al cabo de un momento, añadió—: A menos que disponga de otros volúmenes interesantes que considerar, como usted sugirió.

—No lo sabremos hasta que le preguntemos.

Noté que mi ánimo mejoraba ante la idea de que el duque quizá poseyera más joyas procedentes de la biblioteca del monasterio. Tales órdenes religiosas a menudo atesoraban colecciones maravillosas que solían contener manuscritos iluminados antiguos y ejemplares raros y arcanos. A la luz de esa posibilidad, había ido con la idea de hacer adquisiciones. Semejantes oportunidades no se presentaban muy a menudo.

El camino, flanqueado de arbustos floridos y hierbas aromáticas de fragancias familiares, aunque imposibles de identificar para mis sentidos poco adiestrados, serpenteaba por la ladera de la montaña y ofrecía vistas del valle y de las cumbres que lo rodeaban.

El señor Coates parecía ciego a la belleza que nos envolvía, pues no apartaba la mirada de la ruta y azuzaba a su montura cada vez que la pobre bestia vacilaba.

—Menudos andurriales —comentó con tono de burla—. ¿Habrá

algo más primitivo? —Señaló el pueblo, que se apiñaba a sus pies —. ¿Ha visto cómo nos miraban todos? —Sacó pecho, ufano—. No están acostumbrados a ver personas refinadas, eso es obvio.

Me mordí la lengua, pues no deseaba revelar que el lugar me resultaba encantador, pese a su rusticidad. La gente era amable, si bien reservada, y estaba ansioso por comprobar si la cocina italiana hacía honor a su fama. Un plato sencillo preparado con amor decía mucho de un lugar.

El camino finalmente detuvo su ascenso y avanzamos hacia la villa por una alameda de alargados cipreses. La propiedad estaba rodeada de muros y se accedía a ella a través de una alta verja de hierro, que estaba abierta.

Una vez dentro, desmontamos y contemplamos la elegante mansión de varios pisos de altura, con ventanas de medio punto, puertas dobles tachonadas de clavos y una torre en un extremo. Las paredes lucían el estuco de color claro tan habitual en esa región, que contrastaba con las tejas rojas.

La gravilla del patio delantero crujió bajo nuestros pies. Todo estaba en calma y en silencio; solo se oía el rumor de una fuente cercana.

Ni Coates ni yo dijimos nada mientras ascendíamos los escalones anchos y cortos que conducían a la puerta principal. A un lado colgaba una cuerda, de la que mi acompañante tiró con fuerza, y una campanita sonó a lo lejos.

Tiró de nuevo y esta vez la campana repicó.

Ambos empezábamos a inquietarnos ante la falta de respuesta cuando, por fin, la puerta se abrió con un chirrido. Una joven de cabello largo y oscuro y ataviada con un vestido blanco vaporoso apareció en el umbral.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó en el dialecto local.

Pese a la tosquedad de la lengua que había empleado, la joven tenía algo que delataba su buena educación. No se trataba de una criada.

El señor Coates se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia.

—Hemos venido a ver al duque. Tenemos una cita. Somos el señor Coates y el señor Marlboro.

La joven se llevó una mano a la boca y abrió mucho los ojos, vidriosos de pronto.

—Lamento mucho tener que decirles esto, pero el duque, mi padre, ya no está con nosotros.

CAPÍTULO TRECE

El sol se reflejaba en las ventanas de Hazelhurst House a medida que avanzaba por el serpenteante camino de entrada. Un fuerte viento en el que se mecían y danzaban los árboles desnudos se había llevado la tormenta del día anterior.

«Menudo chollo de curro». Lo de trabajar en la biblioteca de la mansión parecía sacado de una novela. No me faltaba ni el protagonista de aire inquietante, aunque con buen corazón: Kieran. Lo imaginé como lord Byron, con su melena rizada, el pañuelo al cuello y la chaqueta entallada. «Madre mía».

Lady Asha me había comentado que podía aparcar en el patio, así que crucé el antiguo puente levadizo y dejé el coche junto al Land Rover que utilizaban para moverse por allí. Fantaseando con la idea de llevar un vestido estilo imperio de cintura alta, cogí el portátil y el bolso y me esforcé por subir los escalones con elegancia. También me habían dicho que podía entrar sin llamar, así que allí que fui, haciendo malabarismos con mis pertenencias mientras trataba de ahuyentar la sensación de estar allanando una propiedad.

El vestíbulo parecía desierto, en silencio, aunque a lo lejos se oía el rumor de una aspiradora. Menudo trabajazo mantener ese lugar en condiciones. Aunque *lady* Asha tenía empleados que se encargaban de la limpieza, el jardín y la cocina, ella también asumía gran parte de la carga.

Ya en la biblioteca, dejé mis cosas en la mesa habitual y encendí

la luz. Todo estaba como la última vez que lo había visto, salvo por la caja rota, que se la habían llevado. Me pregunté si la policía estaría examinándola en busca de alguna pista, aunque yo no había apreciado huellas en el cristal. Quien hubiese robado el manuscrito había sido lo bastante listo para ponerse guantes.

En cuanto abrí el portátil y estuve preparada para comenzar, me dirigí a las estanterías y saqué varios libros para la siguiente tanda de registro. Avanzaba de manera sistemática: de izquierda a derecha y de arriba abajo; además, usaba un sistema numérico para identificar los estantes. Mi mente metódica de bibliotecaria sufría ante aquella disposición, pero había que ser práctica. Reorganizar los libros alfabéticamente y según su clasificación sería una tarea ingente. Con mi sistema, por imperfecto que fuera, los encontrarían enseguida sin necesidad de buscar.

Trabajé las siguientes dos horas a un ritmo eficiente, pese a la tentación de detenerme y deleitarme con aquella colección. Me prometí que una vez que hubiera acabado de catalogarlos, releería mis favoritos y los disfrutaría de verdad. También decidí que haría un repaso con Kieran y su familia de las joyas que atesoraban allí. Era probable que ni siquiera supieran lo que tenían.

—Toc, toc. —*Lady* Asha apareció en la puerta—. Espero no interrumpirte.

Terminé de registrar una entrada.

—De hecho, en el momento perfecto para parar.

—¿Te apetece un té? Está recién hecho.

—Claro, me vendría muy bien.

Me levanté y me estiré. Como siempre, me sentía un poco nerviosa cuando estaba con *lady* Asha. No solo se trataba de una mujer despampanante e inteligente con un título nobiliario, además era la madre de Kieran. Quería causarle buena impresión y, al mismo tiempo, no ponerme en evidencia de ninguna manera.

Tomamos el té en la salita de estar. Junto a la tetera había un plato de *miniscones* de canela, arándano y manzana.

—Es imposible comer solo uno —comentó *lady* Asha, escogiendo

el de canela—. Este tamaño te hace sentir menos culpable.

—Están deliciosos. —Le di un mordisquito a uno de manzana, tratando de disimular mi gula.

—A Graham también le gustan esos —dijo *lady* Asha, refiriéndose a su marido.

—¿Cómo está? —pregunté con timidez. No lo había visto últimamente.

La mujer hizo una mueca.

—Tiene días de todo tipo. —Suspiró—. Le está costando adaptarse a la nueva medicación.

—Lamento oír eso. —Aunque mi padre había muerto de cáncer, no quería ahondar demasiado en el tema. No sabía cómo lo recibiría ella.

—Saldremos de esta —se apresuró a decir—. Cuéntame, ¿qué tal va lo de la biblioteca?

—De momento, muy bien. —Le expliqué por encima los fundamentos de mi sistema de catalogación y la puse al día sobre los títulos que ya estaban introducidos en la base de datos—. Tiene algunas ediciones que son auténticas joyas. Es un verdadero placer trabajar en esto para usted.

Lady Asha rellenó las tazas.

Un breve silencio se instaló entre nosotras y me devané los sesos en busca de algo que decir.

—No sé si Kieran se lo habrá dicho, pero he encontrado una referencia a un segundo libro de Selwyn Scott.

—No. —*Lady* Asha se quedó boquiabierta—. No me ha comentado nada. Aún.

Busqué la foto que le había hecho a la carta de Selwyn y se la enseñé.

—¿Ve la referencia a *Entre las ruinas*? Nunca llegó a publicarse. Al menos que yo sepa. Puede que el manuscrito siga aquí, en alguna parte.

—¡Qué emocionante! —exclamó *lady* Asha—. ¿Y si lo buscamos?

—¿Se refiere a ahora mismo? —pregunté—. Me encantaría,

desde luego, pero debería seguir trabajando en el catálogo.

—No te preocupes por eso —dijo, agitando la mano—. Además, si lo encontramos, me gustaría que Thomas Marlowe nos ayudara a publicarlo. Podríais ser nuestro editor.

Vaya, eso sí que era un incentivo. Los editores ya consolidados disfrutaban de cierta ventaja, como conocer los canales de distribución y tener contactos, pero con un título de esa importancia, la publicidad no sería un problema y la venta del libro estaba asegurada.

—Publicaríamos una edición limitada muy cuidada y luego haríamos una tirada amplia para el público en general, de manera que todo el mundo pueda permitirse un ejemplar. Además del libro electrónico —prosiguió.

—No parece algo que se le haya ocurrido de repente.

Lady Asha cogió otro *scone*.

—Había estado dándole vueltas a reimprimir *El manuscrito maldito*. Ahora ya es de dominio público, así que cualquiera puede publicarlo. Sin embargo, nuestra edición sería especial, con ilustraciones y la historia de la familia. —Sonrió—. Por eso queremos averiguar quién es Selwyn Scott.

—Magnífica idea —reconocí—. Estoy segura de que tendrá toda la atención de los medios de comunicación.

—Yo también lo creo. —Hizo una mueca—. Así tendrán algo de lo que hablar que no sea nuestra vida personal. —Mordió el *scone*—. Destinaré el dinero al mantenimiento de la casa. Es un verdadero pozo sin fondo.

Me lo imaginaba.

—Otra gran idea, encontrar una nueva fuente de ingresos para cubrir los gastos del cuidado de la mansión.

Descubrir un ejemplar de *Entre las ruinas*, aparte de fomentar el interés en *El manuscrito maldito*, también podría duplicar los posibles beneficios.

Una vez roto el hielo, charlamos de todo un poco mientras tomábamos el té. Luego, volvimos a la biblioteca y *lady* Asha abrió el

cuartito.

—Siempre encuentro algo nuevo aquí dentro —dijo—. Está muy desorganizado.

Desde que Kieran me lo había enseñado, me moría por curiosear un poco más. Para mí, los documentos antiguos eran como mensajes del pasado, pistas que hablaban de vidas anteriores. En este caso, buscábamos información sobre una persona específica: Selwyn Scott.

—Me alegro de que conservaran tantas cosas —le comenté a *lady* Asha cuando encendió la luz—. La gente suele tirarlo todo.

La mujer rio.

—Tendrías que ver el ático. Es enorme y está lleno hasta el techo.

«Me encantaría». ¿Lo había dicho en alto? Esperaba que no. Aún no conocía lo suficiente a la madre de Kieran para decir algo así.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté en cambio.

—Por aquí. —Señaló el arcón enorme que había en uno de los rincones del cuarto—. Siempre he sido un poco reacia a mirar dentro. —Fingió que se estremecía—. Tiene el tamaño perfecto para ocultar un cadáver, ¿no crees?

¿De verdad? Pero luego vi la sonrisa que intentaba tapar con la mano.

—Eso es lo mío —dije, avanzando con valentía—. Tropezarme con asesinatos.

Vi que se sobresaltaba ligeramente y disimulé mi propia sonrisa mientras me inclinaba para abrir la tapa, que no estaba cerrada con llave.

Para mi alivio, en lugar de huesos relucientes, el arcón contenía una montaña de revistas y periódicos viejos y polvorientos. *Lady* Asha se puso a mi lado, echó un vistazo y alargó la mano hacia el primero.

—¡Es un *penny dreadful*! —exclamé encantada. Esas publicaciones escabrosas e ilustradas fueron las predecesoras de los cómics. Por entonces, igual que ahora, los relatos exaltados de

aventuras, misterio y terror hacían las delicias de los lectores.

Se había publicado en 1839 y en la colorida cubierta aparecía una mujer que descendía poco a poco una escalera de piedra con una vela en la mano. Las sombras que se cernían sobre ella ilustraban los horrores que le aguardaban abajo.

—*Terror en la cripta* —leí en voz alta—. De…, no, pero sí. ¡Selwyn Scott!

Lady Asha parecía atónita y, sin duda, a mí me ocurría otro tanto teniendo en cuenta que la mandíbula me llegaba al suelo.

—No lo sabía —murmuró al tiempo que alargaba la mano hacia la publicación.

Se la entregué con cuidado, consciente del delicado estado del papel.

—Muchos autores escribían este tipo de obras menores —comenté, haciendo memoria—. Mary Elizabeth Braddon, por ejemplo, escribió *El secreto de lady Audley*. —En su día, esa novelita picante fue un éxito de ventas.

Lady Asha ya estaba absorta en el relato. En lugar de interrumpirla, me senté en el suelo, junto al arcón, y empecé a clasificar el contenido. Había gran cantidad de *penny dreadfuls* y otras publicaciones de la época, muchas de las cuales tendrían interés académico. Quizá los Scott deberían plantearse donarlo todo a una biblioteca o, al menos, digitalizado.

Los ordené primero por título y luego por fecha, dejando el más antiguo encima de todo. Mi plan era buscar otro relato de Selwyn Scott entre las revistas. Quizá podríamos reimprimirlos, bien con las novelas o en una edición aparte.

—Habría que contratar a alguien que te echara una mano —dijo *lady* Asha, que seguía leyendo *Terror en la cripta*—. Cada vez tienes más trabajo de catalogación.

—Y no solo de catalogación, puede que también valiera la pena digitalizar algunos de estos. —Le di unas palmaditas a la pila—. Seguro que serían un magnífico trabajo de carrera. Y luego podrían donarlos o conservar los originales.

—Donarlos —decidió *lady* Asha—. Salvo los de Selwyn. Discúlpame un momento.

Salió del cuarto con el *penny dreadful* en la mano.

Yo habría hecho lo mismo. El estilo de Selwyn era absorbente. Continué ordenando las publicaciones, obligándome a no detenerme a hojearlas. En cuanto a las revistas antiguas, mis secciones preferidas eran las de anuncios, que decían mucho acerca del comportamiento social de la época, y las de moda, con sus ilustraciones, y sabía que, si comenzaba a mirarlas, no saldría de allí en horas.

Cuando terminé, llevé a la biblioteca la media docena de *penny dreadfuls* que contenían un relato de Selwyn Scott y dejé los demás en pilas ordenadas. De momento, allí estaban bien. Coloqué las publicaciones en la mesa, al lado de mi portátil.

Lady Asha seguía leyendo.

—Perdona, Molly —musitó—. Ya casi he acabado.

—No pasa nada. Querría pedirle algo. —Cuando levantó la vista, proseguí—: Me gustaría repasar las facturas y los libros de cuentas para buscar cualquier transacción relacionada con Thomas Marlowe. Me gustaría ver si existe algún vínculo entre Selwyn y la librería. El personaje principal de *El manuscrito maldito* es un librero llamado Marlboro, que se parece mucho a Marlowe.

—La verdad es que sí. —Asintió—. Adelante, mira lo que te apetezca. Disculpa que me desentienda —añadió con una sonrisa contrita.

—No pasa nada —insistí—, me encanta rebuscar entre documentos antiguos.

—Iré a preparar la cena —dijo cuando regresé a la cueva—. Envíame un mensaje si necesitas algo.

Me di unas palmaditas en el bolsillo para confirmar que llevaba el móvil.

—Vale —contesté.

Los libros de cuentas estaban en su propia sección, junto con cajas que contenían recibos y facturas. Si algunas correspondían a

libros, podríamos reconstruir cuándo se sumaron dichas adquisiciones a la biblioteca de Hazelhurst House.

La mesita y la silla que había en el cuarto me hicieron sospechar que quizá en algún momento había hecho las veces de despacho. Después de encontrar los libros de cuentas correspondientes a las fechas deseadas, me senté con ellos y las cajas de recibos. Mi plan era echar un vistazo rápido a las entradas y luego cotejarlas con la documentación correspondiente si conseguía dar con ella. Los recibos, escritos con la caligrafía elaborada de la época, estaban bastante desvaídos. Dicho de otra manera, eran difíciles de descifrar.

Los libros de cuentas contenían registros relacionados con la propiedad, tanto de ingresos como de gastos. Ventas de ganado. Pago de salarios. Eran fascinantes de por sí, una instantánea del día a día de entonces.

De pronto, se me detuvo el corazón. Ahí estaba, Thomas Marlowe, y una cantidad. Alguien les había comprado un libro a mis antepasados. En lugar de pararme a buscar el recibo correspondiente, decidí hacerle una foto. Ya los buscaría cuando tuviera unos cuantos. Puede que incluso hubieran anotado un «Vendido a».

La puerta que separaba el cuarto de la biblioteca se cerró de golpe y di un respingo. ¿Una corriente de aire? Eran bastante habituales en esas casas tan antiguas.

No me gustaba que estuviera cerrada, así que me levanté a abrirla.

Giré el picaporte varias veces, pero la puerta continuó igual. Insistí y tiré con todas mis fuerzas. Nada. ¿Me había quedado encerrada? ¿Cómo era posible? Para eso se necesitaba una llave.

Molesta y desconcertada, me acerqué a la mesa y cogí el móvil. Lo miré perpleja. No había cobertura. «Lo que me faltaba».

Me paseé por el cuarto con el teléfono en alto tratando de encontrar una señal. Nada de nada. Aun así, envié un mensaje. «Encerrada en el cuarto. Necesito ayuda».

Enviando…, enviando. Frustrada, salí de la aplicación con un

gruñido. Tarde o temprano, *lady* Asha vendría a buscarme. ¿No? Con suerte, antes de que muriera de inanición.

Paseando por el rincón del fondo, de pronto atisbé otra puerta, detrás de una estantería que estaba un poco separada de la pared.

«¡Hombre!». Podía salir por allí. No necesitaba que me rescataran.

Me colé en el hueco y eché un vistazo para ver hacia qué lado se abría. Hacia fuera, lo que significaba que no tendría que mover la estantería. La siguiente prueba: ¿esa también estaría cerrada con llave?

Giré el picaporte y me vi recompensada cuando la puerta se abrió sin problemas, dejando escapar una ráfaga de aire frío y estancado. Di un cuidadoso paso hacia la oscuridad mientras encendía la linterna del móvil.

Ante mí aparecieron los peldaños de una escalera de caracol que se dirigía hacia arriba.

El corazón me dio un vuelco. Había leído muchos libros en los que aparecían mansiones misteriosas llenas de secretos y me encantaba explorar. ¿Qué encontraría al final de la escalera?

En circunstancias normales, no me pondría a fisgonear yendo yo sola, claro está, y menos sin permiso de la familia, pero en esos momentos no tenía alternativa. Bueno, aparte de esperar en el cuarto a que alguien abriera la puerta.

«Ni hablar». Crucé el umbral y eché un vistazo a los escalones. Estaban tallados en piedra y parecían hallarse en bastante buen estado. Repasé mi mapa mental de la casa y deduje que debían de conducir a una de las torres que formaban parte del primer edificio. Como muchas construcciones de la época, en sus orígenes, la casa había sido una torre del homenaje de piedra a la que, con el tiempo, habían ido añadiéndose alas.

Sujetando el teléfono delante de mí, ascendí los escalones despacio. Poco después, me topé con una sección de la pared con forma de arco que estaba tapiada y supuse que antes había sido una ventana.

Proseguí mi camino, abriéndome paso entre la oscuridad ayudada de la lucecita. Los escalones acababan en una puerta alta y estrecha de madera, arqueada igual que el hueco de la ventana. Se me aceleró el pulso. ¿Qué habría detrás?

Si estuviera en una novela gótica, se trataría de algo que helaría la sangre. O una maldición caería sobre mí en cuanto pusiera un pie dentro. Por suerte, era Molly Kimball, una librera que vivía en el siglo XXI.

Giré el picaporte.

La luz se colaba por dos ventanas e inundaba una pequeña habitación circular, amueblada con una mesa de patas labradas y una silla a juego, y una cheslón de terciopelo verde. Encima de la mesa había una escribanía dorada de metal repujado y una página manuscrita, que descansaba sobre el vade de cuero.

¿Quién había usado esa habitación, con las preciosas vistas de la campiña, como su rincón de escritura? Lo primero que pensé fue que era el sitio perfecto donde dedicarse a componer novelas.

Conteniendo la respiración, me acerqué a la mesa y cogí la página. «Entre las ruinas, Capítulo doce». A continuación, venía el texto, tachado en algunos lugares o añadido al margen.

Estaba casi segura de que Selwyn Scott había trabajado en esa habitación. ¿Contendría pistas acerca de la verdadera identidad del autor?

CAPÍTULO CATORCE

Oí que me llegaba un mensaje al móvil, una intrusión muy moderna en ese rincón tan evocador. Me senté en la cheslón para leerlo, lo que al instante levantó una nube de polvo. Uf. Me puse en pie de un respingo.

«¿Dónde estás?». Era Kieran.

«En una torre, en una habitación a la que se accede por la biblioteca».

«???».

¿Kieran no sabía nada de esa habitación? Empecé a contestarle cuando me di cuenta de que aquello era ridículo y lo llamé. —Molly, ¿a dónde has ido? Estoy en el cuarto y no te veo.

—Alguien me ha encerrado. No tenía cobertura, así que he intentado encontrar otra salida.

—Lo sé. A mi madre le llegó el mensaje.

—Ve al rincón del fondo, a la derecha, y mira detrás de la estantería.

Unos pasos y el ruido de algo siendo arrastrado me informaron de que Kieran seguía mis indicaciones.

—¿Por la escalera? —resonó su voz.

—Sí. ¿No sabías que esto existía?

—No. —Más pasos—. No nos dejaban entrar en el cuarto, por si destrozábamos algo. Tampoco es que nos apeteciera, por otro lado. Los documentos antiguos no nos decían nada.

Las pisadas se hicieron más audibles a medida que ascendía. Salí a esperarlo al descansillo y sonreí complacida mientras entornaba la puerta a mi espalda. Quería que experimentara el mismo asombro y la misma sorpresa que yo hacía unos momentos.

Apareció tras la última vuelta, con la cara alzada hacia mí.

—Ah, estás ahí.

—Aquí estoy. —No pude reprimir una risita de regocijo—. No sabía que ibas a pasarte hoy por aquí.

—Y no iba a hacerlo, pero tenía que entregar unas bicicletas en el pueblo y al final he decidido venir a verte.

—Pues me alegro. —Yo seguía delante de la puerta, que él señaló con gesto confuso—. Espera. Te va a encantar. —Me hice a un lado y la abrí—. ¡Tachán!

Kieran entró y volvió la cabeza hacia todos los lados mientras paseaba la mirada por la habitación.

—Vaya. Esto sí que es escapar al paso del tiempo.

—¿Verdad? —Me acerqué a la mesa con impaciencia—. Y adivina qué. —Cogí la página—. Del puño y letra de Selwyn Scott. Y creo que no es muy descabellado pensar que este era el cuarto donde escribía.

Se acercó.

—Es del otro libro. —Echó un vistazo en torno a él—. ¿Dónde está el resto?

—Aquí no.

La mesa no tenía cajones y no sabía en qué otro sitio podría ocultarse el manuscrito.

—Espero que no se deshicieran de él —dijo con la página aún en la mano. Señaló la chimenea—. O lo quemaran.

—Ojalá que no —contesté con voz quejosa. ¿Dónde podría estar el libro? Hazelhurst House era enorme y cabía la posibilidad de que no lo encontráramos nunca.

Kieran dejó la página en la mesa con cuidado, más o menos en el mismo sitio donde la encontré.

—Deberíamos documentarlo. Por si tenemos razón y Selwyn

utilizó esta habitación.

—Buena idea. —Empecé a hacer fotos de todo—. Por cierto, ¿quién me habrá encerrado en el cuarto?

—Ah, sí, eso. Cuando he ido a abrir la puerta, la llave no estaba echada.

Bajé el móvil.

—Venga ya. Te prometo que sí lo estaba cuando yo lo he intentado. De hecho, primero se cerró de golpe. Pensé que había sido una corriente de aire. —Se me ocurrió algo—. ¿Estaba la llave en la cerradura?

Kieran abrió mucho los ojos.

—Pues ahora que lo dices, sí. He supuesto que mi madre la había dejado puesta.

Podría ser, lo cierto era que no me había fijado.

—¿Y los encargados de la limpieza?

Tal vez habían echado la llave y luego, al darse cuenta de que yo estaba dentro, habían vuelto a abrirla.

Se encogió de hombros.

—A lo mejor. Ya se han ido; si no, les preguntaría.

Cuanto más lo pensaba, menos me cuadraba que hubieran sido ellos. Para empezar, la luz del cuarto estaba encendida, algo de lo que se habría percatado cualquiera. ¿Me había dejado arrastrar por el pánico y me había convencido a mí misma de que la llave estaba echada? Quizá la puerta soliera quedarse atrancada.

—Seguramente ha sido cosa mía —murmuré—. He estado leyendo demasiadas novelas de terror. ¿Qué debe de pensar tu madre de mí?

Kieran me dio unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes por eso. —Señaló a su alrededor—. Además, ha tenido un final feliz: hemos encontrado la guarida de Selwyn Scott. O es lo que pensamos.

—Cierto. —Me dirigí a la puerta con renovado entusiasmo—. Qué ganas de enseñarle las fotos a tu madre. Ah, ¿y sabes qué? Hemos descubierto algunos relatos de Selwyn entre los *penny dreadfuls* que

hemos rescatado del arcón.

—Genial. Tienes que enseñármelos. —Encendió la linterna del móvil y se puso delante de mí para bajar la escalera.

Mientras lo seguía, tomé una decisión: la próxima vez que estuviera trabajando a solas en el cuarto, apuntalaría la puerta con una silla para que no se cerrara. No sabía si lo había imaginado todo, pero no quería volver a experimentar esa sensación de estar atrapada e indefensa.

Tras una larga y productiva tarde dedicada a catalogar libros, llegué a la librería a la hora del té. Después de poner a mi madre y a mi tía al día sobre los nuevos hallazgos, además de la emocionante idea de *lady* Asha acerca de reimprimir la obra de Selwyn Scott, nos dispusimos a leer otro capítulo de *El manuscrito maldito*. En esta ocasión fue mi madre quien hizo los honores. Yo saboreaba mi té y escuchaba, transportada a la Italia del siglo XIX, donde los personajes principales acababan de recibir la noticia del fallecimiento del duque de Malvagio.

El manuscrito maldito (continuación)

—¿Cómo que ya no está con nosotros? ¿Quiere decir que ha fallecido? —gritó prácticamente el señor Coates, preso de la frustración, mientras apretaba los puños—. He hecho el viaje hasta aquí… No puede haber muerto.

Consternado, me percaté de que su semblante se tornaba de un tono carmesí que no auguraba nada bueno, como si estuviera a punto de sucumbir a una apoplejía.

—Señor, contrólese —le pedí, agarrándolo por el brazo para solicitarle contención—. Esta joven llora a su padre. —La saludé con una reverencia y añadí, dirigiéndome a ella—: Lo lamento profundamente, *signorina*; por favor, acepte nuestras condolencias. Hemos venido desde muy lejos para ver a su estimado padre por motivo de negocios. ¿Sería posible tratar el asunto con usted?

La joven asintió con la cabeza.

—Pasen, por favor —dijo después de mirar al señor Coates con gesto cauto—. Deben de estar agotados tras un viaje tan largo.

—Se atraen más moscas con miel que con hiel —le susurré a mi acompañante mientras seguíamos a la joven al interior de la casa.

El hombre me lanzó una mirada asesina, pero se abstuvo de discutir.

Entramos en un magnífico vestíbulo de suelos de mármol del que partían una escalera imponente y varias galerías abovedadas. Unos cuadros de marcos dorados y tapices antiguos cubrían las paredes junto con una colección de armas medievales. Nuestra anfitriona nos acompañó hasta un salón por una de dichas galerías. Varios muebles de gran elegancia se repartían por la estancia, sobre alfombras orientales de valor incalculable.

—Les traeré un refrigerio —dijo con su voz cantarina—. Por favor, pónganse cómodos.

Abandonó la habitación con paso majestuoso y nos sentamos en el borde de un sofá, cerca de la chimenea, a esperar.

El señor Coates paseó la mirada por la estancia, haciendo inventario.

—Un lugar espléndido —comentó—. El mobiliario es de un lujo y una exquisitez inauditos.

—Desde luego. —Me aclaré la garganta—. Creo que deberíamos partir en cuanto nos lo permita la buena educación. No cabe duda de que la visita ha resultado ser una verdadera decepción, pero quizá podamos resarcirnos con una breve visita a París, donde con toda seguridad encontraremos un presente que esté a la altura de su tío.

El señor Coates frunció el ceño.

—Ni hablar. ¿Quién dice que no podamos adquirir aún ese libro? —Se volvió hacia mí con mirada astuta—. Tal vez consigamos un precio más ventajoso con la joven.

Me sentí ofendido, pues me enorgullezco de conducirme con honradez en los negocios. No despreciaba las buenas oportunidades, hacerlo sería de necios, pero me negaba a participar en transacciones deshonestas.

—Debemos pagar el precio acordado. Aprovecharse de una joven durante su luto sería algo deleznable. —Viendo que no parecía muy convencido, añadí—: Además, tal comportamiento sería una vergüenza para su tío. ¿Acaso cree que le contentaría saber que ha regateado para obtener su presente?

El ceño persistió, pero comprendí que aceptaba mi

razonamiento.

—Puede que una oferta generosa aligere el trato.

—Ahora nos entendemos —aprobé con entusiasmo—. Tenga por seguro que, en lo que a mí respecta, ansío volver a casa.

Pensé en mi pequeña librería con añoranza, en los días de paseos entre las estanterías sintiéndome colmado de dicha y satisfacción. El tormento que había supuesto ese viaje al extranjero había aplacado las ansias por conocer mundo que en alguna ocasión me habían asaltado.

La joven entró de nuevo con paso majestuoso, acompañada por un criado al que indicó que colocara la bandeja que llevaba en una mesita que teníamos cerca. La bandeja soportaba el peso de dos jarras, una de agua y otra de vino.

—Primero, agua, gracias; luego, vino —dije cuando la joven me miró. El polvoriento paseo a caballo hasta allí me había dejado sediento.

El señor Coates pidió lo mismo y charlamos sobre temas banales mientras paladeábamos una de las excelentes cosechas del viñedo de la villa. La joven se llamaba Estella Vitucci, según nos informó, y era la única heredera de Octavius Vitucci, el duque de Malvagio.

Imaginé que debía de ser una vida muy solitaria para una persona tan joven y vital, sobre todo en las actuales circunstancias. El señor Coates, con su zafiedad habitual, le preguntó acerca de sus perspectivas de matrimonio y del futuro de la propiedad. Nos confesó que estaba prometida a un joven milanés al que unos asuntos lo habían retenido en otro lugar, si bien se le esperaba en cualquier momento. La leve arruga que frunció su frente me indicó que tal vez el prometido no era de su agrado.

El señor Coates también se percató del gesto y vi la codicia en su mirada. Estella no solo era hermosa e inteligente, también heredaría una fortuna. Disimulé un suspiro tras mi copa de vino, rezando para no verme obligado a evitar que cometiera un desliz social imperdonable. Tan pronto pretendía engañar a la heredera como echarle mano.

Decidí que, antes de aceptar otro encargo similar, pondría más esmero en indagar sobre la reputación de mi comprador. No había dinero que compensara el hartazgo que producía la compañía prolongada de un hombre tan desagradable como el señor Coates. Ni siquiera lo remediaba la oportunidad de contemplar una obra tan rara y única como *Las divagaciones de un monje*.

Hasta el momento, el tema del libro no había surgido en la

conversación, por lo que decidí sacarlo a colación. Cuanto antes supiéramos si disponíamos de alguna oportunidad, antes podríamos abandonar esos parajes tan remotos.

—*Signorina*, como hemos mencionado, habíamos acordado una cita con su querido padre para hablar de negocios —dije con tacto —. Queríamos adquirir uno de sus libros.

Enarcó las cejas.

—¿Un libro? Mi padre poseía una magnífica colección. Verán, esa era su pasión: localizar y hacerse con ejemplares raros.

Aquello era prometedor.

—¿Sería posible visitar la biblioteca? —pregunté, desviando la atención de un libro en concreto—. Verá, soy librero de profesión y mis clientes me han autorizado a realizar adquisiciones en su nombre. —Reí con intención de relajar el ambiente—. Todos amamos los libros y albergamos la oportunidad de atesorar ediciones raras.

—Mi padre habría disfrutado con su visita —declaró la joven, animándose—. No había nada que le gustara más que hablar sobre su colección, y no solo sobre su historia y condiciones, sino también sobre su contenido. —Enderezó la espalda con orgullo—. Era un hombre muy culto, al que muchos acudían en busca de opinión y consejos.

—Lamento no haber tenido la ocasión de conocerlo —dije con sinceridad—. Debió de ser un gran hombre.

Impaciente, el señor Coates se removió a mi lado.

—Una cosecha excelente, ¿no creen? —Me apresuré a añadir al ver que el hombre abría la boca con intención, sin duda, de urgir a Estella que nos llevara a la biblioteca—. ¿No le parece, señor Coates?

No podía permitir que echara a perder mis meticulosas negociaciones con sus comentarios irreflexivos. El hombre tenía la sutileza de un jabalí.

El señor Coates se quedó mirando su copa como si hubiera olvidado que la sujetaba entre sus dedos.

—Esto…, sí, señor Marlboro, excelente. Hacía siglos que no probaba un vino de tal calidad.

Me interesé por la gestión del viñedo y otros aspectos de la propiedad, preguntas encaminadas a lograr que nuestra anfitriona se sintiera a gusto. Luego, tras vaciar mi copa, la dejé en la mesa.

—¿Le parece un buen momento para visitar la biblioteca?

La joven se levantó de inmediato y se alisó las faldas.

—Por descontado. Por aquí, caballeros.

Cruzamos el vestíbulo y recorrimos otro pasillo hasta llegar a la biblioteca. Se trataba también de un espacio de grandes dimensiones y proporciones equilibradas, con ventanas arqueadas que daban a un jardín formal. Pese a tantos atractivos, las librerías secuestraron nuestra atención de inmediato. Empotradas en hornacinas adornadas con columnas de madera, ocupaban las tres paredes restantes, interrumpidas únicamente por la chimenea.

Mis sentidos se agudizaron de inmediato y las aletas de la nariz temblaron ante el amado y familiar perfume a tinta, papel antiguo y piel de becerro. Un rápido vistazo a los lomos bastó para confirmar que en verdad se trataba de una colección selecta y espléndida.

—Podría pasarme meses aquí dentro —comenté. Aunque me apresuré a añadir—: Cosa que no pretendo hacer.

Estella se echó a reír.

—Como ya he dicho, a mi padre le habría gustado conocerlos. —Señaló las estanterías—. Según lo que habían hablado, ¿había algún título en particular en el que estuvieran interesados? Aún no he tenido ocasión de revisar su correspondencia.

—Todo a su debido tiempo —dije, tratando de servir de consuelo —. Imagino que habrá sido muy reciente.

Asintió con la cabeza.

—Apenas hace una semana. —Una nota de aflicción crispó sus bellas facciones—. Estaba aquí, en la biblioteca, cuando sufrió el ataque. Fue tan repentino que ni siquiera tuvo tiempo de pedir auxilio.

—Qué horror. No sabe cuánto lo siento.

¿Alguna dolencia del corazón, quizá? No es algo inusual en un hombre de mediana edad.

Estella cruzó la estancia en dirección a un amplio escritorio dispuesto a un lado de la chimenea.

—Estaba aquí sentado. —Señaló la silla, que estaba ladeada—. Leyendo ese libro. Aún no he tenido el ánimo de tocar nada.

La seguimos y nos acercamos al lugar en el que había fallecido el duque. El señor Coates, que iba un poco por delante de mí, ahogó un grito.

—Señor Coates —murmuré con tono de reproche. Hasta que mi mirada recayó en el libro que el duque había estado leyendo. *Las divagaciones de un monje*, también conocido como *El manuscrito maldito*.

Los rumores que había desechado sin prestarles el menor crédito

acudieron a mi mente de inmediato. Muchos de sus dueños habían muerto tras hacerse con el libro. Y todo indicaba que el duque de Malvagio había pasado a formar parte de esa malhadada cofradía.

CAPÍTULO QUINCE

George y Daisy se presentaron sobre las seis de la tarde y nos pusimos en marcha hacia el St. Aelred para participar en la visita guiada gótica. Mientras paseábamos por las calles, les conté cómo me había ido ese día en Hazelhurst House.

—Ojalá hubiera estado contigo —dijo Daisy con melancolía—. Me encantaría encontrar una habitación secreta.

—La aventura persigue a Molly allí donde va —comentó George, ahogando una risita.

—Eso parece —reconocí a regañadientes—. Creedme, yo no lo busco.

—¿Ya habéis averiguado la verdadera identidad de Selwyn Scott? —se interesó Daisy.

—Ni de lejos —contesté con un resoplido burlón—. Lo único que tenemos son piezas sueltas que no encajan entre ellas.

—¿Quiénes son los posibles autores? —preguntó George.

—Agatha Scott y sus hijos, Samuel y Frances Scott —respondí—. Vivían en Hazelhurst House cuando se escribió el libro.

—¿Y la letra de la carta que el autor envió al editor no sirve para identificarlo? —Quiso saber Daisy.

¿Cómo no se me había ocurrido?

—Pues claro. Hemos encontrado una página de *Entre las ruinas*, puedo compararla con eso. —Sentí la tentación de detenerme allí mismo y echar un vistazo a las fotos que les había hecho con el

móvil para comprobarlo—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho —dijo Daisy—. Ahora mismo ya llegamos tarde.

Gruñí.

—Vale, ya lo haré luego. —Si no creyéramos que cabía la posibilidad de averiguar algo más sobre el asesinato de Thad, lo habría cancelado—. Esa biblioteca es un auténtico tesoro —comenté mientras seguíamos nuestro camino—. Ahora voy detrás de los contratos de venta de Thomas Marlowe para saber qué libros adquirieron en nuestra tienda. Otro proyecto paralelo de los míos.

—¿Tienen documentos de hace más de doscientos años? —George parecía maravillado—. Que me aspen, eso sí es increíble. Yo guardo los míos el tiempo que dice el gestor, pero, luego, adiós muy buenas, a la trituradora que van.

—Ya. —Me eché a reír—. Por lo visto, los Scott no son de tirar nada. Según *lady* Asha, el ático está a reventar.

—Ah, el ático… —murmuró Daisy—. Me encantaría husmear ahí arriba.

—Y a mí —confesé—, pero será mejor que me limite a la biblioteca hasta que acabe lo que me han encargado. Si no, me pasaré allí todo el invierno.

Lo cual tampoco sería una tortura, pero no quería poner a prueba la buena relación que tenía con *lady* Asha andando por en medio a todas horas.

La gente que se había apuntado a la visita guiada se había congregado en el interior del St. Aelred, junto a la puerta principal. Nos acercamos a los grupitos de dos y tres personas que esperaban a que empezara el recorrido.

Daisy me avisó con un pequeño codazo y, cuando me volví, vi que se acercaba Amy. La joven lucía un vestido largo y negro, chal y cofia. La acompañaba Josh, ataviado con un traje de estilo Victoriano. El joven llevaba un palo en cuyo extremo colgaba un farolillo.

—Me encantan los disfraces —comentó alguien.

Amy hizo una pequeña reverencia.

—Buenas tardes, señoras y caballeros. En nombre del Instituto de Literatura Gótica, permítanme darles la bienvenida al St. Aelred College, donde empezará nuestra visita guiada. —Se levantó la falda unos centímetros para enseñarnos unas botas de cordones—. Espero que lleven calzado adecuado, porque vamos a dar un buen paseo por la ciudad.

—Estamos listos —aseguró alguien—. Adelante.

—Acompáñenme —nos invitó Amy, dando media vuelta—. Nos encontramos en nuestra primera parada, el patio principal.

Nos condujo por el camino hasta el centro del césped, donde se alzaba un alto campanario. A medida que nos acercábamos, la campana empezó a sonar, tres sonoros tañidos que nos pusieron los pelos de punta.

—Qué suerte hemos tenido; hemos podido oír la campana del monje —comentó Amy una vez que el eco se acalló—. ¿O quizá no tanta? Dicen que su tañido anuncia una muerte.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La había oído justo antes de que encontráramos a Thad tendido en la calle, herido de muerte. Daisy me dio otro codazo y enarcó las cejas. Ella también lo recordaba.

—Retrocedan conmigo al siglo XVI, al priorato de St. Aelred, fundado en 1291. El rey Enrique VIII ocupa el trono y ha decidido suprimir hasta el último monasterio, orden y convento de Inglaterra. Aquel que se negara a acatar el juramento de supremacía era ejecutado, de ahí nuestro querido monje sin cabeza. —La gente rio por lo bajo, sabiendo que se refería al *pub* del lugar, el Headless Monk—. El hermano Selwyn, un monje muy apreciado, fue una de las personas que se declaró en rebeldía y halló la muerte, pese a las muchas y buenas obras que hizo en la comunidad. Dicen que la campana sonó tres veces en el momento de su muerte, lo que dio pie a la leyenda.

Me pregunté si el seudónimo de Selwyn Scott estaría inspirado en el valiente monje. Era una posibilidad, sobre todo dada la relación de la familia con la universidad.

Amy nos dejó un momento para que asimiláramos la historia y admiráramos el campanario antes de conducirnos hacia la puerta.

—Nuestra siguiente parada se encuentra en la preciosa capilla del King's College, de estilo gótico perpendicular. Por el camino, buscaremos gárgolas.

El grupo salió por la puerta entre murmullos; el farol oscilante de Josh encabezaba la marcha. Nos detuvimos unos minutos en el St. John's College para admirar las gárgolas de piedra que nos vigilaban desde lo alto.

—La palabra «gárgola» procede del francés *gargouille*, que significa «garganta» —nos informó Amy—, en clara referencia a la función que realizan, ya que alejan el agua de los edificios a través de sus bocas. Sin embargo, la historia no acaba ahí, ya que también tenemos la leyenda de Gargouille, el dragón. —Tras comprobar que todos le prestábamos atención, prosiguió—: La feroz bestia aterrorizaba a la población que vivía en las orillas del Sena, robándoles el ganado y alimentándose tanto de este como de personas. Hasta que intervino san Román, quien usó su crucifijo para someter al dragón y conducirlo hasta Ruan, donde dieron muerte a la bestia y colocaron su cabeza en la iglesia a modo de advertencia. De ahí que las gárgolas posean más de una función, pues alejan tanto la lluvia como a los malos espíritus.

—Hasta el momento es fascinante —comentó Daisy mientras avanzábamos.

—Desde luego. Amy lo hace muy bien. —Su seguridad y su estilo me tenían impresionada, así como sus profundos conocimientos.

George iba con la cabeza inclinada hacia atrás, en busca de más gárgolas.

—Mucha gente ni se molesta en mirar arriba y no saben lo que se pierden.

Con sus dos torres, multitud de agujas y profusión de vidrieras, la capilla del King's College era uno de los edificios más espectaculares del Cambridge histórico. Amy había concertado la visita para el grupo por adelantado y, cuando cruzamos las puertas

en tropel, todos guardamos silencio, mudos de asombro. Una de las bóvedas de abanico más increíbles del mundo se alzaba a casi veinticinco metros sobre nosotros, mientras doce vidrieras descomunales flanqueaban las paredes, rematadas en los extremos por ventanas incluso más grandes.

Amy nos señaló algunos elementos característicos de la arquitectura gótica y luego nos dejó pasear por el interior para que lo disfrutáramos a nuestro aire. Vi que Josh estaba solo, así que me acerqué a saludarlo.

—¿Qué tal, cómo estás? —dije. Tenía curiosidad por saber cómo había ido el interrogatorio con la policía. No lo habían detenido, lo cual resultaba revelador, sobre todo en vista de la chaqueta que encontraron en su habitación. Y también me preguntaba si Amy le habría contado que me había pedido ayuda.

—Tirando —contestó él con un suspiro—. Ir a la comisaría fue toda una experiencia, ya te digo.

Puso los ojos en blanco.

Amy se acercó y entrelazó un brazo con el de él.

—¿Y si vamos a tomar algo al Headless después de la visita? Así Josh te pone al día de todo. —Me lanzó una mirada significativa—. Molly también cree que te tendieron una trampa.

«No exactamente». Sí, cabía esa posibilidad, pero era mejor no descartar nada de momento.

—Me encantaría, aunque he venido con unos amigos —contesté en lugar de continuar con el tema—. Dejad que primero vea si tenían algún plan.

—¿Es gente maja? —preguntó Josh—. Que se vengan.

—Se lo diré, gracias.

Para tratarse de alguien sospechoso de asesinato, Josh parecía sorprendentemente relajado. ¿Señal de que tenía la conciencia tranquila o de que no sabía cómo funcionaba el mundo? En cualquier caso, no quería rechazar la invitación.

Amy le echó un vistazo al móvil que llevaba en el bolsillo de la falda.

—Hay que seguir.

Se alejó a grandes zancadas mientras daba palmadas para llamar la atención de todo el mundo.

Salimos de la capilla y regresamos a la calle.

—Siguiente parada: Little St. Mary's Lane —anunció la joven—. El lugar más embrujado de Cambridge.

—Oh, esto pinta bien —dije.

Al final, las historias relacionadas con la zona que visitamos a continuación y con las que Amy amenizaba el recorrido resultaron ser la parte interesante, entre ellas la leyenda de una deidad canina, Black Shuck, que sirvió de inspiración a sir Conan Doyle para escribir *El sabueso de los Baskerville*. Nos encontrábamos en un pasaje estrecho y diminuto, flanqueado de edificios, que desembocaba en un solar vallado lleno de árboles altos e invadido de hiedra. El viento hizo estremecer las ramas y las hojas muertas salieron volando por el callejón.

—Ahí hay alguien —dijo Daisy tras lanzar un grito ahogado y agarrarme del brazo mientras señalaba algo a unos metros de nosotros.

Debajo de un árbol había alguien encapuchado, apenas discernible entre las sombras, y la atención con que nos observaba ponía los pelos de punta.

—Es el monje sin cabeza —bromeó George, que no se asustaba con facilidad—. Atención, gente, tenemos visita.

La persona echó a correr de inmediato y cruzó el jardín a toda velocidad en dirección a una calle adyacente.

—*Así* se hace, George —dije sin poder reprimir la risa.

En la cabeza del grupo, Amy agitó los brazos para pedir atención.

—Tengo una sorpresa para vosotros: regresaremos al punto de partida de la visita en batea.

La gente se puso a parlotear y se oyeron exclamaciones de alivio al saber que no habría que hacer el camino de vuelta a pie. Seguimos a Amy una o dos manzanas más, hasta llegar al lugar donde todos subimos como pudimos a bordo de las barcazas. Daisy,

George y yo íbamos en la última, junto con Josh y su farol.

—Me ha tocado la fácil —comentó nuestro barquero mientras alejaba la embarcación del muelle ayudándose de la pértiga. Las otras bateas llevaban hasta doce pasajeros.

El hombre tenía algo que me resultaba familiar.

—¿Fergus? —dije al fin.

—El mismo. ¿Molly? —preguntó él, sorprendido—. ¿Qué se cuenta? ¿Sigue metiéndose en líos?

—Más o menos. —Había conocido a Fergus durante la resolución de mi primer caso en Cambridge.

—Veo que ha estado saliendo con Kieran Scott —dijo cuando nos llevó hasta la corriente principal. Y añadió con tono divertido—: La monada de Vermont.

Era uno de los apelativos cariñosos que me habían endiñado los tabloides. Mejor que «belleza rústica», la verdad.

Gruñí. Gracias a esos fotógrafos entrometidos, dudaba que quedara alguien que no se hubiera enterado.

—Sí, nos va bastante bien.

—Me alegra oírlo.

Fergus guardó silencio y se concentró en conducir la barcaza por el río.

De noche, los Backs eran preciosos, entre los puntitos de luz de las ventanas de los edificios junto a los que pasábamos, la luna menguante y el firmamento lleno de estrellas. Los árboles centenarios se inclinaban hacia el río como cortesanos haciendo reverencias. El agua lamía las orillas y, de vez en cuando, se oían pisadas en los senderos. Salvo por el murmullo lejano del tráfico y el resplandor de alguna pantalla de móvil en la batea que nos precedía, podríamos habernos encontrado en cualquier momento de los últimos quinientos años.

Suspiré y me recosté en el asiento, apartando a un lado mis preocupaciones durante unos minutos.

—Qué paz se respira aquí —comentó Daisy repantingada a mi lado—. Tengo que traer a Tim algún día. —Una ráfaga de aire frío

rizó la superficie del río creando olitas y poniéndonos la carne de gallina—. En primavera —matizó.

—Avíseme cuando sea —dijo Fergus—. Le daré una tarjeta.

Daisy y yo intercambiamos una sonrisa ante la oferta un tanto descarada del barquero. Yo aún la conservaba de nuestro primer encuentro, aunque no recordaba dónde la tenía. Supuse que era como un taxista con una clientela fiel.

—Ah, el amor de la juventud —suspiró George.

Al principio pensé que se refería a Daisy y a Tim, pero luego comprendí de qué estaba hablando.

Había una pareja besándose bajo una farola. Los dos eran altos, llevaban chaquetas de lana, vaqueros y la cabeza descubierta. Él era rubio y ella, morena.

Cuando se separaron, di un respingo por la sorpresa. Oliver Scott y Sophie Verana. Colegas, rivales y, por lo visto, pareja.

Miré de reojo a Josh, que los conocía muy bien. El joven tenía los ojos clavados en ellos, con las cejas enarcadas y los labios fruncidos como si fuera a silbar.

—¿No lo sabías? —le pregunté en voz baja.

—Qué va —contestó—. Pensaba que no se soportaban.

No sería la primera vez que el odio enmascaraba la atracción. Hasta que una nueva idea asaltó a la desconfiada que llevo dentro: ¿y si la antipatía era una farsa para ocultar algo más que su relación, la cual, como compañeros que eran, no debería suponer ningún problema? ¿O sí lo era en una institución tan tradicional como el St. Aelred? Aunque, si existía una política que prohibiese las relaciones entre los empleados, besarse en público no era lo más discreto del mundo. Cualquiera podría haberlos visto juntos esa noche.

La batea avanzó y dejó atrás a la pareja, en la penumbra. Qué delicia contemplar la ciudad desde allí. Al pasar junto al King's College, pudimos admirar la capilla desde un ángulo distinto. Quizá fuese una elección poco original, pero decidí que era uno de mis edificios favoritos.

Poco después, Fergus se arrimó a la orilla para que

desembarcáramos y, entre los cuatro, reunimos una generosa propina.

—Mándenme un mensaje cuando quieran —se despidió alegremente cuando ya nos íbamos.

El resto del grupo se dispersó y Amy se acercó a nosotros.

—Estoy más que lista para ir al *pub*.

Me volví hacia Daisy y George.

—¿Os apetece tomar algo en el Headless con Josh y Amy?

—Me apunto —dijo George—. Estoy seco.

—Si vosotros vais, también me apunto —contestó Daisy.

Nos pusimos en marcha. Amy y Josh iban por delante de nosotros, comentando varios aspectos de la visita guiada.

—¿Qué parte os ha gustado más? —preguntó Daisy.

—Hombre, la capilla —dije—. Y me ha fascinado la historia del hermano Selwyn.

—Está bien conocer a tus monjes decapitados favoritos —comentó George—. Pobre, habrá que beber a su salud.

Daisy y yo reímos.

—Nunca me lo había planteado de esa manera —dijo ella.

Poco después llegamos al *pub*, donde Josh nos sujetó la puerta para que entráramos. Dentro, el fuego crepitaba alegremente en la chimenea y, por el ambiente, parecía que era otra noche tranquila. Nos sentamos en el mismo reservado que la vez anterior y George invitó a la primera ronda.

—Me ha encantado la visita, Amy —dije—. He aprendido un montón de cosas.

Daisy se unió a la conversación y coincidió conmigo.

Amy parecía complacida.

—Le propuse la actividad al comité de planificación y, cómo no, me la endilgaron. Ya sabéis cómo van estas cosas.

—¿Oliver y Sophie dirigen el instituto? —pregunté con intención de averiguar algo más sobre la organización. Recordé que, según Amy, Thad llevaba la contabilidad.

—Es la niña de sus ojos —afirmó—. Este es el tercer año que

celebran el simposio y quieren celebrar el del año que viene en París. Pretenden convertirlo en un evento internacional que atraiga ponentes y público de toda Europa.

—¡¿París?! —exclamó Daisy—. Qué pasada.

—Sí que lo sería, sí —convino Amy, asintiendo con la cabeza—. Sophie ha estado buscando patrocinadores. Por lo que decía Thad, este año ha conseguido donaciones bastante cuantiosas.

George volvió de la barra con una bandeja y repartió con destreza las pintas y las cañas de Monk's Bitter, la cerveza amarga de la casa.

—Yo también estaría amargado si alguien me hubiera cortado la cabeza —comentó Josh, alzando su vaso.

Los demás lo imitamos y brindamos antes de beber el primer trago de aquella cerveza con fuerte sabor a lúpulo.

—Bueno, Josh —dije, limpiándome el bigotillo de espuma—. Ponme al día, si es que aún te apetece.

El joven bebió otro trago largo antes de alzar su vaso una vez más.

—Por una experiencia que no deseo repetir. —Dio unos pequeños golpecitos en la mesa con las manos—. Como sabes, me llevaron a comisaría para interrogarme. Y yo, venga, ¿pero de qué vais? No tuve nada que ver con la muerte de Thad. Ni siquiera estaba cerca esa noche.

—Sí, nos separamos cuando la tienda se incendió —intervino Amy, arrimándose a él hasta que sus hombros se tocaron—, pero no tuvo tiempo material para venir corriendo, matar a Thad y luego ir a buscarme al parque.

—Eso fue lo que les dije. —Josh sacudió la cabeza—. Pero… sabían lo del puñal.

Ahogué un grito, igual que Daisy. George, que estaba un poco fuera de onda, trataba de ponerse al día mientras bebía cerveza.

—¿Qué es lo que sabían del puñal? —pregunté.

Josh alzó los hombros prácticamente hasta las orejas con gesto avergonzado.

—Acepté el reto de robar el puñal sin que me pillaran.

—¿El puñal del comedor?

Empecé a reordenar lo que sabía.

—El mismo. —Josh dibujó un círculo en la mesa con un dedo mojado—. Siempre andábamos con retos estúpidos. El que perdía invitaba a cerveza a los demás.

—Vale…, te llevaste el puñal. ¿Y qué pasó luego con él?

Josh me miró a los ojos y, pese a que busqué en ellos algún atisbo de falsedad, solo encontré franqueza.

—Se lo di a Thad. La otra parte del reto era devolverlo.

—¿La otra parte? —repetí—. ¿A quién se le ocurrió?

—A Wesley —contestaron Josh y Amy al mismo tiempo.

—Hace pocas noches, estábamos cenando cuando cometí el error de comentar lo mucho que me gustaba el puñal. La verdad es que es una pieza preciosa en plata. Y, como quien no quiere la cosa, Wesley propuso que lo robara. Y que Thad lo devolviera.

—Eso es jugársela, muchacho —intervino George—. ¿No te meterías en un buen lío si te pillaban?

—Probablemente —reconoció Josh—. Thad no. Él se libraba de todo. Sí, no fui muy listo. Habría tenido que convencer al rector de que era una broma, cosa que es cierta.

Volví al punto crucial.

—Thad tenía el puñal. ¿Solía ir por ahí con él?

Tal vez lo llevaba encima cuando se topó con el asesino y este lo encontró.

Josh lanzó un bufido burlón.

—No lo creo. Si tenía que devolverlo al comedor, ¿por qué iba a sacarlo de la universidad?

Esa era la cuestión. ¿El asesino lo habría cogido de la habitación de Thad? Según Amy, todos tenían llaves de todos.

—¿Quién más lo sabía? —pregunté. Dudaba que alguien hubiera rebuscado un arma homicida en la habitación de Thad. Prácticamente era lo único de lo que estaba bastante segura.

Josh y Amy intercambiaron una mirada.

—Nosotros dos. Wesley. Ah, y puede que el doctor Scott. Amy, ¿recuerdas que estaba sentado cerca de nosotros en la biblioteca cuando hablamos del reto? No nos dimos cuenta hasta al cabo de un rato.

Amy se echó hacia atrás.

—Sí, es verdad. Pero no creerás que ha sido él, ¿no?

Josh puso cara de preocupación.

—No quiero ni pensarlo. El doctor Scott me cae muy bien. ¿Te acuerdas de lo que nos contó Thad? ¿Lo de que iba a presentar una queja contra él? —Se volvió hacia nosotros—. Intentamos quitárselo de la cabeza, pero Thad estaba decidido. Dijo que se merecía un excelente y estaba muy cabreado porque le había puesto un suficiente.

No revelé que había oído sin querer lo que Oliver opinaba de su alumno y que nos había contado a Kieran y a mí lo que ocurría. Aunque podía disipar sus sospechas compartiendo con ellos que Oliver pretendía probar suerte como escritor, era mejor no levantar la liebre. Lo último que el primo de Kieran necesitaba era que el rector se enterara antes de que se decidiera a dimitir.

—¿Llegó a presentarla? —preguntó Daisy—. ¿O solo era una amenaza para que le subieran la nota?

Yo también sentía curiosidad.

Josh y Amy se encogieron de hombros.

—No volví a saber nada más —contestó el joven. A continuación, frunció el ceño—. Hay una persona que está en medio de todo. —Se calló un momento y todos lo miramos—. Wesley. Tuvo que ser él quien me delató a la policía. Me juego algo a que dejó la chaqueta en mi habitación para darme el golpe de gracia.

—¿Crees que… Wesley mató a Thad? —preguntó Amy, quedándose pensativa—. La verdad es que cuadra. Os convenció para que robarais el puñal y, además, tiene acceso a tu habitación, así que pudo dejar la chaqueta.

Josh apretó los puños, medio levantándose del asiento.

—Casi estoy por ir a buscar a esa comadreja y sacarle la verdad

a hostias. Hay que ser un desgraciado para hacer algo así.

—A ver, a ver —dijo George levantando las manos—. Espera, muchacho. No empeores las cosas. Lo último que te conviene ahora mismo es un cargo por agresión.

Amy le tocó el hombro y lo hizo sentarse.

—Tiene razón, Josh. No te han detenido, por lo que entiendo que no están seguros de que lo hicieras tú. Lo de colocarte la chaqueta no ha funcionado.

Wesley acababa de ocupar el primer lugar de mi lista mental de sospechosos.

—¿Quién más ha estado en vuestras habitaciones? —pregunté de todos modos. Prefería no fiarme de teorías demasiado simples que luego terminaban desmoronándose—. ¿Más amigos? ¿Empleados?

El asesinato de Thad tenía pinta de responder a algo personal, así que dudaba que lo hubiera hecho uno de los bedeles o alguien del personal de limpieza. Aun así, no quería dejar cabos sueltos.

—Algún amigo —contestó Amy—. Nadie importante. —Lo pensó un poco mejor—. Y el doctor Scott. Una vez fue a hablar con Thad. Ah, y también la doctora Verona.

—¿Eso es habitual? Me refiero a que los profesores visiten a los alumnos.

—Depende —dijo Josh con una sonrisita que le valió un codazo de Amy—. ¡Ay! No insinuaba nada, solo era una broma.

—Pues no tiene gracia —protestó ella, fulminándolo con la mirada—. No olvides que Thad trabajaba para ellos. Puede que quedaran por asuntos del instituto.

O no. Qué grupito tan bien avenido.

Josh bebió un sorbo de cerveza con cara pensativa.

—¿Y para eso hay que quedar tan temprano? —aventuró luego, apartándose del codo de Amy—. Es para un amigo.

—¿Cómo de temprano? —preguntó ella con recelo.

Josh apretó los labios.

—Pueees… ¿sobre las seis? Estaba preparándome para ir a correr cuando vi bajar a la doctora Verona por la escalera. Me la encontré

al abrir la puerta.

—¿Qué dijo? —Amy parecía horrorizada.

Josh se encogió de hombros.

—Nada. Esperé a que se fuera antes de salir de mi habitación. Para darle un poco de espacio, ya me entendéis.

Lo entendíamos. La posibilidad de que Sophie Verona mantuviera una relación sentimental con Thad, un estudiante de posgrado, sin duda alguna embrollaba un poco más la situación. En mi cabeza, Sophie se desplazó al primer lugar de la lista de sospechosos, al lado de Wesley.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El manuscrito maldito (continuación)

—Qué libro más bonito.

Para mi consternación, Estella había cogido la infame obra y estaba acariciando la cubierta de cuero. Cuando tocó la piel de becerro, dio la sensación de que esta se volvía más clara, ya no parecía tan sucia y rozada. Los motivos estampados en los que no había reparado hasta ese momento, una enredadera que recorría los bordes, relumbraron.

Parpadeé para sobreponerme a ese espejismo, asaltado por un horror creciente cuando vi que la joven empezaba a abrir la tapa.

—Espere. No haga eso. —Corrí a su lado, dispuesto a arrancarle el libro de las manos.

—¿Qué hace, señor Marlboro? —preguntó el señor Coates—. Estoy seguro de que la *signorina* sabe cómo tratar un libro valioso sin requerir ayuda.

—No es eso… —No acabé la frase, incapaz de expresar el pánico repentino que se había apoderado de mí, la certidumbre de que el libro en sí suponía un peligro para quien lo tocara. ¿Acaso la idea no resultaba delirante? Quizá se debiera al largo y azaroso viaje y a la conmoción ante la noticia del fallecimiento del duque.

Estella había ocupado la silla de su padre y tenía el libro abierto ante ella. La joven lanzó una encantadora y alegre risita.

—Es maravilloso. Ahora entiendo la fascinación que mi padre sentía por él. Tuvo que recorrer largas distancias para hacerse con este ejemplar, pese a que se escribió en el monasterio del lugar. Antes de que todos los monjes murieran ese mismo año.

Lo dijo con absoluta naturalidad, como si el fallecimiento

simultáneo de los frailes no fuera motivo de curiosidad y mucho menos de preocupación.

—¿Qué les ocurrió? —pregunté.

Se encogió de hombros de manera encantadora, como todo lo que hacía.

—¿Algún tipo de viruela? Lo único que sé es que se propagó por el monasterio con suma presteza. Ya cuando era niña se nos conminaba a no curiosear entre las ruinas. Se dice que el aire está contaminado.

Intercambié una mirada con el señor Coates. Debía de tratarse de una invención para mantener a los niños alejados de sitios donde pudieran sufrir caídas o hacerse daño. Si se me presentaba la oportunidad, me gustaría visitar lo que quedara del monasterio. La exploración era una de mis aficiones, sobre todo de lugares antiguos con interés histórico.

Estella empezó a hojear el libro; las páginas susurraban y los bordes dorados lanzaban destellos bajo la luz, otro detalle en el que no había reparado hasta ese momento.

La joven dejó de leer y sonrió con un brillo en la mirada. En ese momento comprendí que tal vez no quisiera desprenderse del libro. El señor Coates tendría que encontrar otro regalo para su estimado tío.

El hombre se acercó a la joven.

—¿Me permite echarle un vistazo? Hace años que siento curiosidad por esta obra.

Como haría una criatura, Estella lo miró con el ceño fruncido y protegió el libro con las manos, apretándolo contra su pecho.

—No, no puede. Mi padre decía que le habla de manera íntima a cada lector, por lo que compartirlo con alguien solo atenuaría la experiencia.

—No insista, señor Coates —le pedí, pese a que yo también deseaba saber qué contenía—. Al fin y al cabo, somos unos extraños. —Y añadí para tranquilizar a Estella—: Aunque caballeros y, como tal, debemos retirarnos. Por favor, háganos saber antes de mañana si desea vender el libro o cualquier otra obra de su colección. No podemos demorarnos mucho en su país, por bello que sea.

Para mi sorpresa, pareció desencantada.

—¿Ya deben partir? Había organizado una cena deliciosa para ustedes. Casi nunca tenemos invitados, sobre todo desde el fallecimiento de mi padre. —Cerró el libro y lo dejó en el vade antes

de levantarse con decisión—. Por favor, paséense por las estanterías. Estoy segura de que encontrarán algo de su agrado. —Adoptó una expresión firme—. No puedo prometerles que vaya a venderles todo lo que quieran, pero estoy dispuesta a oír ofertas. Por suerte, mi padre dejó un registro con anotaciones sobre cada libro y su valor.

Mi experiencia en el trato con clientes me hizo sospechar que necesitaba el dinero. Era muy astuto por su parte hacernos saber que su padre conocía muy bien la valía de los libros. Otros comerciantes con menos integridad seguramente habrían tratado de aprovecharse de la joven. Yo me negaba a comportarme de una manera tan poco honrosa, motivo por el que gozaba de una magnífica e irreprochable reputación.

—La acompañaremos durante la cena con sumo gusto —dijo el señor Coates haciendo una reverencia—. Sé que el señor Marlboro siempre está a la busca de ediciones especiales para sus clientes y yo también tengo otros intereses. Gracias por su amable oferta, le echaremos un vistazo a la biblioteca.

El hombre me miró lleno de regocijo, apenas incapaz de reprimir el impulso de frotarse las manos. La codicia brillaba en sus ojos. Tendría que sacarlo de su error acerca de la opinión obviamente equivocada que tenía sobre nuestra anfitriona y su ingenuidad.

La idea de un libro que se adaptaba a cada lector me acompañó toda la mañana mientras actualizaba el inventario de Thomas Marlowe. Había pospuesto el trabajo de catalogación de Hazelhurst House para ponerme al día con el resto de tareas de la tienda. Kieran y yo habíamos quedado para comer en su apartamento, cosa que me apetecía mucho. Tenía la sensación de que hacía siglos que no nos veíamos.

Tim se encontraba tras el mostrador de la tienda de bicis cuando entré.

—Ya ha subido —me informó, señalando el techo.

—Gracias. —Me acerqué un poco más para preguntarle cómo estaba. A él tampoco lo había visto mucho últimamente.

—Bien, gracias —contestó Tim antes de continuar ordenando recibos—. Daisy me ha contado lo de la visita guiada del otro día.

Tendré que apuntarme a la siguiente.

—Creo que planea algo con una batea —bromeé.

Cerca de mí había un expositor de chaquetas que me llamó la atención y fui a echarles un vistazo. Como imaginaba, eran de la misma marca que la del presunto asesino, la persona que pasó corriendo por nuestro lado en St. Aelred's Way.

—Nos las quitan de las manos —dijo Tim—. Esas acaban de llegarnos. El segundo pedido de este otoño.

—¿Sabes quién compró las anteriores? —pregunté—. Me refiero a los nombres.

Levantó la cabeza.

—¿Los nombres?

—¿Recuerdas la persona que pasó corriendo por nuestro lado aquella noche? —No hacía falta que entrara en detalles. Levanté una de las chaquetas—. Llevaba esta marca. —Pasé el dedo por encima de los motivos plateados—. Me fijé en esto. Es algo bastante distintivo.

Tim negó con la cabeza.

—Ya veo dónde quieres ir a parar, pero las venden en todas partes. Y por internet, claro. Debe de haber docenas, si no cien tos, por ahí.

Retrocedí un par de pasos.

—Pero ¿se puede conseguir una lista de las personas que las compraron? Me refiero a si es algo factible.

Levantó un recibo.

—Supongo que sí. Anotamos la fecha, el nombre del cliente y lo que han comprado. Es un poco innecesario, porque el punto de venta también recoge el número de inventario, que es lo que utilizamos para controlar el *stock*. Pero como el cliente no aparece en el ordenador, les entregamos estos recibos. —Cogió un puñado de papeles amarillos—. Sería un trabajazo repasarlos todos. O emparejarlos con las entradas del sistema, pero podría hacerse.

—Ya, entiendo. —Volví a dejar la chaqueta donde estaba—. ¿Daisy te ha contado que la policía confiscó una de estas en la

habitación de un estudiante?

—Ajá, sí, me lo ha dicho. —Tim arrugó la frente—. Supongo que vais con cuidado, ¿verdad? No han detenido a nadie, así que el asesino aún anda suelto por ahí.

—No te preocupes.

Kieran estaba esperándome, así que era mejor que me pusiera en marcha. Hice el amago de dirigirme a la puerta cuando las palabras de Tim me hicieron detenerme.

—He estado pensando mucho en esa noche —dijo—. ¿Sabes las zapatillas que llevaba el tipo? Creo que sé de qué marca son.

—¿De verdad? Yo solo me quedé con la máscara espantosa esa y la chaqueta.

Ni siquiera le había mirado los pies.

—Siempre me fijo en el calzado. Antes de venir aquí, trabajé en una tienda de artículos deportivos que vendía zapatillas de marca. —Tim cogió el móvil y empezó a buscar—. Estoy bastante seguro de que eran estas.

Me acerqué hasta donde estaba para verlo mejor. Eran de un naranja llamativo y muy caras.

—¿De hombre o de mujer?

—Unisex —contestó—. Por desgracia. Eso reduciría un poco las posibilidades.

—Deberías decírselo al inspector Ryan. Estoy segura de que están desesperados por dar con cualquier pista que les ayude a acotar sospechosos.

Tim dejó el móvil en el mostrador.

—¿Y si me equivoco?

—Eso ya lo averiguarán ellos. Sé que agradecerán tu llamada. —Saqué mi móvil y le envié un mensaje—. Listo, ahí te va su teléfono, ahora ya no tienes excusa.

—Sí, señora —dijo con los ojos brillantes.

—¿He sonado muy mandona? Lo siento. —Me despedí con la mano mientras me dirigía hacia la salida—. Hablamos luego.

Cuando subí al apartamento y entré, Kieran estaba junto a los

fogones, removiendo algo en una cazuela.

—Molly, me alegro de verte.

Crucé la habitación para darle un beso.

—Lo mismo digo. —Le eché un vistazo a lo que cocinaba—. ¿Qué es? Huele de maravilla.

—Crema de puerro y patata. —Sonrió orgulloso—. La primera vez que hago la receta de mi abuela.

—Qué rico. Me apunto a cualquier cosa que lleve patata. —Me senté a la mesa, que ya estaba puesta, y me serví un vaso de agua —. ¿Qué tal tu día?

—Muy bien, gracias. —Se volvió hacia mí—. Y ahora mejor todavía.

Nos miramos durante unos segundos, hasta que dio un respingo.

—Ay. —Comprobó el fuego—. Que no se me queme. —Probó la crema con una cuchara—. Esto ya está bastante caliente.

—Ya lo creo —murmuré antes de echarme a reír, igual que él, de la cursilería que había soltado. Me gustaba que pudiéramos ponernos tiernos y bromear al mismo tiempo.

Sirvió la crema en dos boles, señaló unas rebanadas de pan recién cortadas y un plato con mantequilla que había en una tabla y nos lanzamos al ataque.

—Deliciosa —dije mientras me llevaba a la boca la última cucharada, lamentando no poder limpiar el cuenco a lametazos como cuando era pequeña. El puerro hacía que la crema de patatas supiera incluso mejor.

—Aún queda —me avisó—. Te pongo un poco más.

Rellenó los boles de ambos. Cuando nos acabamos la crema, sacó un plato con *brownies* del tamaño de un bocado e hizo café en una cafetera de émbolo. Nos acomodamos en el sofá con las tazas en la mano.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —preguntó—. ¿Alguna novedad?

—¿Por dónde empiezo?

Bebí un sorbo de café mientras organizaba mis pensamientos. Luego recordé la carta del editor y la hoja escrita a mano. Pese a la

enorme tentación de compararlas, me había obligado a esperar hasta que Kieran y yo estuviéramos juntos.

—Un momento —le pedí mientras sacaba el móvil—. Miremos a ver si es la misma letra.

Se acercó a mí y aguardó a que encontrara las dos imágenes.

Bastó con una ojeada.

—No son de la misma persona —concluí decepcionada—. ¿Ves? La letra de las cartas es redonda y espaciosa, mientras que la del manuscrito es más angulosa y está más junta.

—Sí, es muy evidente —reconoció. Parecía igual de desilusionado que yo—. ¿Y entonces? ¿Alguna idea?

—Mmm… Puede que Selwyn tuviera un ayudante y que esa persona se encargara de la correspondencia.

—En cualquier caso, aunque hubieran salido del mismo puño, seguiríamos sin saber quién era Selwyn —apuntó Kieran—. Tendríamos que compararla con algo en lo que apareciera su verdadero nombre.

—Bien visto. —Dejé el móvil a un lado con un suspiro—. En cuanto al misterio del presente…

Lo puse al día acerca de la visita guiada del día anterior, incluyendo la charla con Josh y Amy en el Headless Monk y, finalmente, la pista de las zapatillas deportivas de Tim.

—¿Crees que fue Oliver? —preguntó con voz afligida.

Repasé a toda prisa lo que le había contado. ¿Había dicho algo que acusaba a Oliver? Concluí que nada en concreto, aunque, siendo sincera, el primo de Kieran continuaba en mi lista de sospechosos. Tenía un móvil y la oportunidad, y tal vez acceso al arma. Además, según Josh y Amy, había visitado a Thad.

—¿Por qué lo dices? —respondí, esquivando la pregunta como una cobarde—. ¿Tiene unas zapatillas naranjas?

—Ni idea. —Se quedó mirando su taza—. No me malinterpretes, me cuesta imaginarlo comportándose de manera violenta. ¡Pero si es incapaz de matar una mosca! Sin embargo, esa noche… Lo de que no se presentara cuando habíamos quedado para cenar no tiene

buena pinta. No es propio de él darme plantón. Y, luego, ayer… —No acabó la frase.

—¿Qué? —insistí, viendo que no continuaba.

Kieran parecía abatido.

—Me dijo que Thad al final presentó una queja ante el doctor Cutler solicitando que se revisaran los criterios de puntuación de Oliver.

—¿Y eso qué importa ya? Thad está… —Me escuché y me interrumpí.

—Muerto. Lo sé. —Sonrió sin ganas—. Pero, aun así, tendrá que explicar la calificación que le puso. En aras de ser riguroso, según el doctor Cutler.

Me parecía muy injusto. Se me ocurrió algo más.

—Oliver no es el único profesor con el que Thad tenía problemas. Vi algunos comentarios despiadados de la doctora Verona en un trabajo suyo. Según Amy, Thad lo rehízo y obtuvo una nota más alta.

—Apuesto a que mi primo no dejó que lo presentara de nuevo —dijo Kieran—. Deberías contárselo a Oliver. Puede que juegue a su favor.

—¿Información de segunda mano? No sé. Además, seguramente ya lo sabe, teniendo en cuenta que está liado con Sophie. Los vi en la orilla del río. Anoche, mientras íbamos en la batea.

—¡¿Qué?! —exclamó Kieran—. No me ha dicho nada. Y mira que ha tenido oportunidades mientras hablábamos de…

—¿De qué? —Lo pinché, aunque me lo imaginaba. Me incliné hacia él y me apoyé en su hombro—. ¿Hablabais de mí, por casualidad?

Se sonrojó y me pareció adorable.

—Quiero que sepas que no cuento chismes sobre nosotros ni comparto nada demasiado personal.

Se me escapó una carcajada.

—Ni se me ha pasado por la cabeza. Es completamente normal hablar de tu relación con un amigo íntimo o con un pariente. —Me

acerqué más para acurrucarme junto a él—. Yo hablo con Daisy de nosotros a todas horas.

—¿De verdad? —Me besó en la nariz, sonriendo—. ¿Y qué le cuentas?

Dejé el café en la mesita antes de que se me cayera.

—Que eres increíble y que te… —«Uy, mejor no»—. Que me gustas mucho.

Su taza le hizo compañía a la mía.

—Tú también me gustas mucho.

La siguiente hora fue un maravilloso paréntesis en una fría tarde de noviembre. Decidí que Kieran y yo deberíamos quedar para comer más a menudo.

—Molly —me llamó tía Violet con tono enérgico cuando estaba a punto de devolver un libro a un estante.

Levanté los hombros con gesto acobardado, sospechando que iba a preguntarme por qué me había demorado tanto durante la comida. En ese momento recordé que tía Violet tenía que salir porque había quedado.

—Lo siento, Kieran y yo, bueno… No nos hemos dado cuenta de la hora.

Agitó la mano como restándole importancia.

—Eso da igual, lo que quería decirte es que tienes visita. —Señaló con la cabeza el sillón rojo encajado entre dos estanterías, mi rincón preferido de la tienda, desde el que me saludó Amy.

—Eh, Molly.

Tenía el portátil abierto y, para mi gran regocijo, descubrí que Puck estaba tumbado en el respaldo y que Clarence descansaba despatarrado sobre sus pies.

—Veo que ya conoces al comité de bienvenida —comenté.

—Son adorables. Qué simpático que la tienda tenga gatos. —Intentó ponerse de pie, atrapada bajo el peso de Clarence. Puck alargó una pata y la enredó en su pelo rizado—. Ay.

—Venga, chicos, dejad que se levante.

Clarence me dirigió una mirada asesina, rodó sobre sí mismo y se alejó con sigilo. En cuanto Amy abandonó el sillón, Puck se dejó resbalar hasta el asiento y empezó a asearse, como si ese hubiera sido su plan desde el principio. De verdad que eran incorregibles.

Amy cerró el portátil y lo guardó en su funda.

—Estoy buscando unas ediciones en concreto, casi todo novelas, y pensé que igual podrías ayudarme.

—Es a lo que nos dedicamos —dije, acercándome al mostrador—. Primero, miraremos en el inventario a ver si tenemos algún ejemplar.

Amy podría habérselo pedido a tía Violet o a mi madre. Que me hubiera esperado me halagaba, como si estuviéramos haciéndonos amigas.

Abrí el programa del punto de venta, que me permitía hacer búsquedas.

—Adelante, dispara. Título y autor.

Amy dejó el bolso sobre el mostrador, en el que apoyó los codos.

—¿Recuerdas cuando estuvimos en la habitación de Thad? ¿Que no encontré todos mis libros?

—Sí. —Esperé con los dedos preparados para teclear—. Aunque así de pronto no me acuerdo de ningún título en concreto.

Pensándolo bien, no había mencionado ninguno en particular. Se humedeció los labios y titubeó.

—A ver, no sé muy bien cómo decir esto.

—No hay prisa.

Intuía a dónde conducía todo aquello y me noté muerta de impaciencia, cosa que procuré disimular.

Empezó a juguetear con un expositor de tarjetas de visita.

—Será mejor que lo suelte sin más. —Hizo una pausa—. ¿Thad os vendió algo recientemente?

—Lo miro. —Estaba segura de que no porque nunca había oído hablar de Thad Devine hasta el día que conocí a Oliver, pero no se perdía nada comprobándolo—. Lo buscaré en el programa. —Pagábamos a los vendedores con cheque, de modo que, si nos había

vendido algo, debería aparecer en el sistema. Unos cuantos tecleos después, negué con la cabeza—. No le hemos comprado ningún libro a Thad.

—¿Estás segura? —Parecía aliviada y decepcionada al mismo tiempo.

—Del todo. No pagamos en efectivo. Bueno, salvo en un mercadillo, quizá.

Reservábamos una pequeña cantidad para esas compras impulsivas, que a menudo merecían la pena.

—¿Quieres que te busque algún ejemplar? —pregunté—. A lo mejor puedes reemplazarlos.

Gruñó.

—Supongo, lo que no sé es si podré pagarlos. No fueron baratos la primera vez.

Eso sí era un verdadero rollo, sobre todo si los había perdido por prestárselos a un amigo. Por eso yo casi nunca lo hacía; la mayoría de las veces no te los devolvían.

—No sé qué te parecerá esto: tú me das los títulos y toda la información que recuerdes y yo los busco por ahí, a ver qué encuentro. Luego, si quieres comprarlos, hablamos.

—Me parece estupendo. —Amy sacó su portátil—. Voy a revisar la bibliografía de uno de mis trabajos.

Me hice con una libreta y un boli, lista para anotarlos. Si los libros no habían aparecido en la habitación de Thad, ¿dónde estaban?

—Perdona por lo que voy a decir, pero ¿le has preguntado a los padres de Thad? Quizá se los llevó a casa.

—Lo dudo. No fue a casa en todo el trimestre. Solo se dejó caer por Escocia por lo de la partida de caza. Ese fin de semana estuve con él y no los tenía.

—Entonces nada. Los buscaré con sumo gusto.

Empezó a leerme la información bibliográfica para que la anotara. Tres libros, obras clásicas de Charlotte y Emily Brontë y Daphne du Maurier. También apunté su número de teléfono y así poder enviarle lo que averiguara.

—Gracias, Molly —dijo. Echó un vistazo al viejo reloj de la pared —. Será mejor que vaya tirando.

—¿Tienes clase? —pregunté más por decir algo que porque me interesara.

—No, esta tarde no, pero he quedado con la doctora Verona para repasar la contabilidad del instituto. Es mi nuevo trabajo a tiempo parcial. Antes lo hacía Thad.

—Buena suerte. Y gracias por venir.

Volvió a guardar el portátil en el bolso, que se colgó del hombro.

—¿Irás al baile de pasado mañana?

—Puede. —Ni me lo había planteado, aunque había reparado en que se celebraba en los sótanos del St. Aelred. Un marco ideal para un baile de temática gótica.

—Si vas, lleva un disfraz. Nos vemos.

De camino hacia la puerta, se detuvo para acariciar a los gatos, un gesto que aprecié, igual que ellos. Al fin y al cabo, eran los que verdaderamente mandaban.

CAPÍTULO DIECISIETE

Después de que Amy se fuera, eché un vistazo a los títulos que quería en varias páginas de distribuidores. Muchos estaban disponibles en el extranjero, lo cual implicaba unos gastos de envío desorbitados, así que restringí la búsqueda al Reino Unido.

Reginald Dubold tenía uno de los libros y, por las características, parecía coincidir con el de Amy. Dubold era el distribuidor que tía Violet consideraba de poco fiar y del que Thad tenía una tarjeta de visita.

Por descontado, até cabos y saqué mis conclusiones: Thad le había vendido el libro de Amy a Reginald. Alargué la mano hacia el teléfono de la tienda para llamarlo, pero luego lo pensé mejor. Iría en persona, me presentaría y le echaría un ojo al tal Dubold.

Miré la hora. Tía Violet aún no había vuelto y solo estábamos mi madre y yo. Sería mejor que esperara al día siguiente. La tienda no estaba muy lejos, en el otro lado del mercado, así que podía ir a pie.

—¿Te apetece un té, Molly? —me preguntó mi madre—. Voy a poner la tetera.

—Me encantaría, gracias —contesté. Necesitaba algo que me despertara un poco para pasar el resto de la tarde.

Ese día, después de cerrar, Kieran y yo pasaríamos a por una *pizza* e iríamos a Hazelhurst, donde le echaríamos un vistazo a las tumbas de la época de Selwyn Scott. Una de las entradas de la biblia de familia no estaba muy clara y queríamos ver si podíamos

averiguar algo más en el cementerio de la propiedad.

¿No era raro que tuviera ganas de ir de excursión a un cementerio? Aunque iría a cualquier sitio con Kieran. Él hacía que todo fuera divertido.

Mi madre no tardó en aparecer con una bandeja en la que, además de las tazas de té, había tenido la amabilidad de colocar un plato de galletas para salir del paso hasta que llegara la hora de la *pizza*.

La tarde estaba siendo floja, así que hacia las cuatro me acomodé en mi sillón preferido con mi ejemplar de *El manuscrito maldito*. Los dos gatos trataron de sentarse en mi regazo, algo que Clarence nunca había hecho hasta ese momento. Al final, se acurrucaron como pudieron, uno a cada lado. Básicamente, quedé encajada en el sillón.

—Vais a tener que tirar de mí —le dije muy seria a mi madre, que estaba sentada detrás del mostrador, repasando la contabilidad.

Se echó a reír.

—Ya veo.

Abrí el libro y empecé a leer en voz alta, con mi madre y los gatos de público.

El manuscrito maldito (continuación)

> Tras una larga tarde en la biblioteca, donde encontré más de dos docenas de ediciones que quería adquirir, Estella vino a decirnos que la cena no tardaría en estar lista.
>
> —Qué ocupados que han estado los dos —comentó, echando un vistazo a mi pila—. ¿Le interesan todos estos?
>
> Me apresuré a acercarme a ella y reparé en que se había cambiado de atuendo para la ocasión. Aunque seguía yendo de luto, esa vez el vestido era de escote bajo y redondo, con las mangas abullonadas, y susurraba con sus movimientos. Se había perfumado y desprendía una fragancia ligera aunque dulzona, como un jardín

de rosas en flor.

—Sí, estos son los ejemplares en los que estoy interesado —afirmé, obligándome a centrar mi atención en el que la joven sostenía en la mano—. Si desea conservar alguno, no me ofenderé.

Ella negó con la cabeza y dejó el libro en la mesa para coger el siguiente y mirarlo con atención.

—Estos textos no tienen una importancia especial para mí. Puede llevárselos sin problemas. —Paseó la vista por la biblioteca —. Incluso es posible que busque un nuevo dueño para esta casa y me mude a otro lugar. Esto es muy solitario.

No era difícil imaginarlo, teniendo en cuenta que solo había una pequeña aldea en las cercanías. Lo más habitual para una mujer de su edad y belleza era vivir en una ciudad, dedicándose a acudir a bailes y fiestas y a rechazar pretendientes.

—¿Dónde tiene pensado ir? —pregunté.

—A Milán, con mi tía, sin duda alguna —contestó, agitando una mano, como si le restara importancia—. Insiste en que fije una fecha para la boda. —Se sonrojó—. Sin embargo, el fallecimiento de mi padre sigue siendo muy reciente y no tengo ninguna prisa por desposarme.

Pese a que no me sorprendió, no puede evitar cierta decepción, como si yo, un humilde librero de Cambridge, estuviera en disposición de ofrecer a esa exquisita criatura lo que pudiera desear.

—Un propósito del todo razonable por parte de su tía —murmuré —. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente desea unirse en sagrado matrimonio.

—¿Está casado, señor Marlboro? —preguntó ella.

—No, por desgracia —contesté, negando con la cabeza—. Mi prometida sucumbió a una fiebre antes de que llegara ese feliz día.

Tras aquello, mi dolor me había llevado a adentrarme aún más en el mundo de los libros. Al menos ellos perduraban, incluso para siempre si se los trataba de la manera adecuada.

—No sabe cuánto lo lamento. —Me tocó el brazo con suavidad.

Por descontado, el señor Coates no pudo soportar sentirse excluido de la conversación.

—Yo tampoco estoy casado —intervino—. En mi caso se debe a que no he encontrado a la mujer adecuada, una esposa abnegada que esté a la altura de mi propiedad. —Se levantó y sacó pecho—. Tengo grandes expectativas de heredar, ¿sabe? Un título, así como muchas tierras.

Estella sonrió con educación.

—Me alegro por usted… y la futura señora Coates. —El reloj de la repisa de la chimenea dio la hora—. Vamos. ¿Les apetece un vino antes de la cena?

Después de lavarnos las manos y la cara, el silencioso criado nos acompañó al salón, donde nos esperaba Estella con el vino prometido. Mientras bebíamos, aguardando a que anunciaran la cena, la lluvia empezó a azotar los altos ventanales.

La joven se acercó al que tenía más cerca y echó un vistazo.

—La tormenta ya está aquí.

Nada más decirlo, el cielo relampagueó seguido del retumbo de un trueno, que sacudió incluso las gruesas paredes de aquella morada.

Me reuní con ella frente a la ventana, desde la que se veían las ruinas del monasterio y el valle. Los relámpagos iluminaban de una manera inquietante los muros caídos y el campanario, que aún aguantaba en pie. En mi imaginación febril, esas ruinas anunciaban el destino final al que se enfrentaban todos los humanos, la reducción a polvo de nuestra envoltura externa.

—No podrán regresar al pueblo esta noche —nos avisó Estella —. El camino a menudo se vuelve impracticable durante estas tormentas. A veces se desprenden rocas y, si te alcanzan, pueden arrastrarte con ellas hacia los precipicios.

Intercambié una mirada con el señor Coates. No había tenido en cuenta aquella posibilidad. Nuestro equipaje se encontraba en el hotel y habíamos alquilado los caballos.

—Creerán que nos hemos dado a la fuga con las monturas —comenté medio en broma.

—Seguro que imaginan que han quedado atrapados —repuso Estella—. Era algo habitual cuando mi padre tenía visitas. No se preocupen, me haré cargo de cualquier coste adicional que se vean obligados a pagar. Al fin y al cabo, son mis invitados.

—Muy amable de su parte, pero no será necesario —objetó el señor Coates—. Aceptaremos su hospitalidad con sumo gusto.

Me percaté de que en su expresión había algo más que el simple alivio de saber que no acabaría calado hasta los huesos o algo peor durante un descenso hasta el pueblo a todas luces peligroso. El señor Coates acariciaba con deleite la posibilidad de pasar un tiempo adicional allí, o bien para seguir echándole un vistazo a la biblioteca o para cortejar a Estella. No se me habían pasado por alto las miradas codiciosas que le dedicaba a la joven.

Otro de los motivos podía ser que contara con ver *Las*

divagaciones de un monje de nuevo. Mientras nos paseábamos por las librerías, me había confesado que seguía albergando la esperanza de convencerla para que nos lo vendiera. Pese a la excelencia del resto de la colección, solo ese ejemplar valía casi tanto como todos los demás juntos. El famoso libro era un regalo digno de un duque y, sin duda, se convertiría en la pieza central de su biblioteca personal, de la que había oído maravillas.

En cualquier caso, pese a las maquinaciones y las intrigas de mi compañero, parecía que pasaríamos la noche allí, en la villa. Cuando Estella me ofreció el brazo para que la acompañara al comedor, no pude por menos que alegrarme.

De camino a Hazelhurst House en el Land Rover de Kieran, nos detuvimos a comprar una *pizza* en nuestro establecimiento preferido.

—Huele que alimenta —gemí cuando reemprendimos la marcha. ¿Qué tenía el aroma del queso fundido y la salsa de tomate?

—Paciencia, cariño —dijo Kieran—. Ya casi hemos llegado.

—¿Y si se enfría?

Si condujera yo y fuéramos en mi coche, no en el Cortina, que estaba inmaculado, ya me habría abalanzado sobre ella sin miramientos. Los asientos de cuero del Land Rover seguían tan limpios como el día que salieron del concesionario y la idea de que pudiera mancharlos me hizo estremecer.

—La recalentaremos.

Las carreteras rurales no estaban muy transitadas y Kieran pisó el acelerador a fondo, seguramente impaciente porque comiera algo y dejara de quejarme.

Estaba tan familiarizada con el trayecto a Hazelhurst House que ya me conocía algunas casas, plantas y curvas de la carretera. Cuando nos desviamos hacia el camino de entrada, las luces parpadearon a través de las copas de los árboles. Solo había encendidas unas cuantas, ya que la factura de la luz debía de ser tremenda. Kieran cruzó el puente y aparcó en el patio. Yo llevé la *pizza* y él cogió la linterna de acampada para nuestra expedición al cementerio.

—Oliver vendrá más tarde —me informó Kieran cuando entramos en la casa—. También querrá ver el rincón de escritura de Selwyn y colaborar en la búsqueda del segundo libro.

—¿Cómo le va con el suyo? —pregunté. Si lograba publicarlo al mismo tiempo que saliera el de Selwyn, sería el acontecimiento literario del año.

—No estoy seguro, creo que últimamente tiene la cabeza en otras cosas.

¿Como el asesinato de Thad, la controversia acerca de su cualificación como profesor o su relación con Sophie? Era probable que se tratara de las tres. Fuimos hasta la enorme cocina, donde *lady* Asha estaba preparando una bandeja con comida.

—Kieran, cariño, no sabía que vendrías. Hola, Molly.

La habitación, en la que se mezclaban con gusto lo antiguo y lo nuevo, contaba con una cocina AGA en una hornacina, una mesa de madera sin tratar para veinte comensales, multitud de armarios, estantes y una isla.

Kieran saludó a su madre con un beso en la mejilla.

—Nos hemos traído la cena.

Yo también dije hola y dejé la caja en la mesa. Kieran se acercó a la AGA y encendió uno de los hornos.

—¿Cómo está papá? —preguntó mientras servía hielo del dispensador del congelador en un par de vasos.

—Bien —contestó ella una vez que cesó el tintineo de los hielos —. Un poco nervioso por la visita de mañana en Londres.

No conocía los pormenores de la enfermedad de lord Graham, pero sabía que estaban esperando los resultados que le dirían si el cáncer había remitido.

—Estoy seguro de que irá bien. —Pese a la firmeza con que lo había dicho, la duda revoloteaba en su mirada—. Por cierto, os acompañaré —añadió.

Lady Asha pareció aliviada.

—¿De verdad? Estoy segura de que tu padre lo agradecerá.

Por todos ellos, esperaba que lord Graham saliera de esa.

Aunque Kieran y yo estábamos muy unidos, apenas habíamos hablado de la dura experiencia por la que estaba pasando su padre. La famosa reserva británica. Prefería que fuera él quien decidiera el ritmo al respecto.

Lady Asha se excusó y se marchó con la bandeja mientras Kieran metía la *pizza* en el horno para que se calentara. Yo saqué los platos y los cubiertos.

Habíamos escogido una cuatro estaciones de jamón, alcachofas, champiñones y olivas, repartidos en cuatro cuadrantes al estilo italiano.

—Qué rica —murmuré devorando el segundo trozo.

Kieran cogió el tercero.

—Es mi preferida.

—¿Te apetece ir a un baile? —le pregunté—. El St. Aelred celebra uno este fin de semana organizado por el instituto.

—Un baile de temática gótica, ¿eh? ¿Es de disfraces? —Mordió un bocado y se limpió la boca con una servilleta.

—Sí, cosa que no me hace mucha gracia. Nunca sé qué llevar.

—¿Y si vamos de los personajes de *El manuscrito maldito*? —propuso Kieran—. Yo seré Matthew y tú, Estella.

—Eh, me gusta la idea. —Fruncí el ceño—. ¿Y dónde encuentro yo un disfraz?

Los vestidos de mediados del siglo XIX tenían la cintura entallada y faldas amplias.

—Hay una tienda en la ciudad que está muy bien —dijo Kieran. Sacó el móvil y buscó una página—. Mira.

Le eché un vistazo, cruzando los dedos para que tuvieran uno que valiera para la ocasión y en mi talla. Para mi alivio, encontré varias opciones que podrían estar bien.

—Tendré que pasarme mañana —decidí— antes de trabajar.

—¿Y si quedamos en la tienda? —propuso él—. Así nos ayudamos a elegir el disfraz.

—Hecho. —Le devolví el teléfono y eché un vistazo a lo que quedaba de la *pizza*—. ¿Ya estamos? —Luego recordé que también

venía su primo—. Oliver no se ha rajado, ¿no?

Kieran miró el móvil.

—Llega tarde, como siempre. Vamos tirando.

Después de enviar un mensaje, seguramente para avisarlo de lo que íbamos a hacer, se guardó el teléfono.

Poco después, salíamos pertrechados con la linterna como única fuente de luz. Los árboles se mecían con el viento y las nubes cruzaban raudas el cielo, ocultando y desvelando la luna. A nuestra espalda, los muros y las torres de Hazelhurst House se alzaban oscuros e imponentes y las almenas se recortaban contra el firmamento.

—Madre mía —murmuré mientras cruzábamos el jardín del puente—. Es como estar en una novela gótica.

—Igualito. —Se inclinó hacia mí y adoptó una voz grave y sonora —. Te llevo al cementerio, querida mía. Necesito tu «sangre, tu preciada sangre».

Reí complacida.

—Me encanta esa frase de *Nosferatu*.

—Es un clásico, desde luego.

Dejamos el puente y empezamos a cruzar el jardín; la grava crujía a cada paso. Los setos decorativos y los árboles componían formas extrañas en la oscuridad y cosas que no alcanzábamos a ver susurraban entre la maleza.

Me pregunté si Selwyn Scott habría paseado por esos caminos de noche, inspirándose en cuanto lo rodeaba. El escritor no tuvo que viajar para encontrar un paisaje misterioso y amenazador y una mansión antigua. Lo tenía todo allí mismo.

Tomamos un sendero que cruzaba entre setos tan altos como nuestras cabezas. No había estado en esa parte de los extensos terrenos. Menos mal que Kieran guiaba, si no, estaría perdida sin remedio. En esos momentos, ya ni siquiera veíamos las luces de la casa.

—Ya casi estamos —dijo—. De verdad.

—Me alegro —contesté con un estremecimiento—. Empieza a

hacer frío de verdad.

Me felicité por haber metido unos guantes en los bolsillos y por los calcetines de lana que mantenían mis pies calentitos. Me los había hecho tía Violet.

Kieran me rodeó con un brazo.

—Habrá que ir muy juntos.

Me eché a reír.

—¿Qué se le va a hacer?

El cementerio apareció donde finalizaba el seto, un mar de lápidas iluminadas por la linterna de Kieran. Las copas de unos árboles gigantescos se arqueaban por encima de nuestras cabezas, tapando el cielo.

—No se utiliza desde finales del siglo XIX —me informó Kieran mientras cruzábamos una pared de piedra. Las hojas susurraban a medida que avanzábamos—. Ya no quedaba espacio.

Había lápidas de todos los estilos y tamaños, entre las que se repartían pequeños mausoleos.

—¿Alguna idea de dónde podrían estar?

Quizá tendríamos que haber esperado a que fuera de día.

Kieran torció hacia la derecha.

—Pues sí, en uno de los mausoleos.

—¿Y hay que entrar? —Tras mi aventura estival, no me apetecía explorar espacios cerrados.

Me miró de reojo.

—Claro que no. Hay placas de bronce en la entrada.

Espiré de manera exagerada.

—Uf, me alegro.

Atravesamos el claro sorteando tumbas y esquivando los pequeños cercados erguidos por la escarcha y las lápidas enterradas en la alta hierba. El viento hacía caer las hojas de los árboles o las impulsaba en ráfagas, como si estuvieran embrujadas.

—Ojalá los sepulcros se vieran mejor —susurré. Me habría parecido raro usar un tono de voz normal allí, entre los muertos, en una noche oscura y fría—. Me gusta leer los nombres y las fechas, y

estudiar el estilo de las lápidas.

Pasear por un cementerio y pensar en los que nos habían precedido era triste a la vez que una lección de historia. Decidí que un día visitaría el del pueblecito de Hazelhurst, de donde eran mis antepasados. Nunca había visto las tumbas de mis abuelos. Mi madre no se llevaba bien con sus padres, que prácticamente la echaron de casa. Se casó con mi padre, que era estadounidense, y se fue a Vermont.

—Volveremos —me prometió Kieran.

Continuó avanzando, despacio, y enfocó con la linterna unos rectángulos metálicos fijados a un edificio de piedra blanca manchada de líquenes y herrumbre. Con el embate, literal, de los siglos, apenas eran legibles.

Eché una mano y me encargué de la fila inferior mientras él se concentraba en la superior.

—Ajá, he encontrado a Alistair —anuncié. Había muerto en 1830, a la edad de cuarenta y dos años.

Kieran desplazó la luz hacia la placa, donde también dimos con Agatha. Había vivido entre 1792 y 1862, así que había alcanzado la setentena.

—Y ahora los hijos.

Estaban en otra placa. Samuel había fallecido en 1886, con setenta y cuatro años. Ahogué un grito. Frances lo había hecho en 1842, el año en que se publicó *El manuscrito maldito*.

—¿Su muerte fue lo que motivó que *Entre las ruinas* no llegara a las imprentas? —comenté con voz reflexiva—. Esto hace que me decante por Frances como la verdadera autora del libro.

—Es una posibilidad —reconoció Kieran—, pero no descarta que también pudieran escribirlo su madre o su hermano.

Tenía razón. El hecho de que Frances muriera en 1842 solo era un dato más.

—Mira, Hay otra inscripción. —La última ofrecía otro pequeño dato. Habían tenido un tercer hijo. Se llamaba Selwyn y había fallecido con dos años, en 1816—. Selwyn Scott. Seguramente por

eso lo eligieron como seudónimo.

—Seguro que sí. —Kieran acarició las letras con los dedos—. Pobrecito. Solo tenía dos años.

—Qué triste. Por entonces, muchos niños no llegaban a adultos.

En ese momento me pareció oír un rumor de hojas y, al volverme, vi una luz que avanzaba a trompicones por el camino. Me acerqué a Kieran de manera instintiva.

—Viene alguien.

—¿Quién anda ahí? —preguntó él tras prestar atención un momento.

—Soy yo, Oliver —contestó su primo.

Exhalé con fuerza y Kieran me miró de reojo.

—¿Estabas preocupada?

—Bueno, a ver, un poco.

¿Cómo iba a confesarle que tenía miedo de que nos topáramos con un asesino? Aunque tampoco habría sabido explicarle por qué justo allí y en ese momento.

Oliver siguió adelante y lo oímos mascullar cuando tropezó con algo.

—Hola —nos saludó con alegría al llegar junto a nosotros—. ¿Robando tumbas para matar el rato?

El comentario era ridículo y los dos soltamos una carcajada, hasta que me fijé en sus pies, claramente visibles en el haz de su luz.

Llevaba unas zapatillas deportivas naranjas del mismo estilo que calzaba el corredor misterioso la noche que murió Thad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Las zapatillas —solté sin más, pensando en lo que me había contado Tim.

—Llamativas son, desde luego. —Kieran las enfocó con la linterna—. Menudo color.

¿No se acordaba? Habíamos hablado sobre la pista de las zapatillas naranjas ese mismo día.

Oliver levantó un pie y rio.

—Sí, no son muy discretas, ¿verdad? Me las compré pensando en que así los conductores me vieran de noche.

¿Su elección era una mera coincidencia? Eso esperaba.

—¿Qué tal? —le preguntó Kieran—. Molly y yo estábamos echándole un vistazo a las lápidas de la familia en tiempos de Selwyn Scott.

—Y hemos encontrado a Selwyn —apunté aún preocupada por el calzado deportivo—. Murió muy joven.

Oliver se acercó y estudió las placas de bronce con interés.

—Tendré que venir de día y hacer fotos. Para mi página de autor.

—Molly ha descubierto una habitación secreta detrás del cuarto de la biblioteca —anunció Kieran—. Tenemos la teoría de que era el cuarto donde escribía Selwyn Scott. Me refiero al escritor, no al niño.

—Y también hemos encontrado una página manuscrita en la mesa —añadí.

Al resplandor de su linterna, el atractivo rostro de Oliver casi

tenía una expresión macabra.

—Vaya, ¿y si me lo enseñáis?

—A *lady* Asha también se le ha ocurrido una idea genial —dije mientras cruzábamos el cementerio—: quiere volver a publicar *El manuscrito maldito*, además de *Entre las ruinas*, si es que damos con él.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Oliver entusiasmado—. Crearemos nuestro propio canon de obras góticas. —Dibujó un arco con el brazo y la luz destelló entre los árboles—. Las novelas Scott. Aunque no debería dar pie a que lo confundieran con sir Walter, claro. Pues la colección gótica Scott. Sí, así mejor.

—También hemos encontrado unos relatos cortos de Selwyn Scott guardados en un arcén —proseguí consciente de que estaba alimentando a la bestia—. Publicados como *penny dreadfuls*. Nueve hasta el momento.

—Suficientes para una colección. Es genial, Molly. —Apretó el paso—. No puedo esperar a leerlos.

—Los he apartado. Están en el cuarto de la biblioteca.

Oliver tomó la delantera y lo dejamos. Su luz cabeceó por el cementerio hasta que desapareció cuando llegó a los setos.

—Prefiero ir tranquilo —comentó Kieran—. Solo me faltaba torcerme un tobillo.

Nada más decirlo, tropecé con algo y estuve a punto de caerme.

—Exacto.

Di un paso con cuidado para comprobar cómo tenía el tobillo. Por suerte, no me había hecho nada.

Aunque habíamos perdido a Oliver de vista, no comenté nada sobre las zapatillas. Ya sacaría el tema en otro momento, cuando estuviera segura de que estábamos solos.

—Teniendo en cuenta todo el lío de la universidad, me alegro de que pueda concentrarse en la novela —dijo Kieran.

Por lo visto, a él no le preocupaba que su primo pudiera oírnos.

Oliver estaba en la biblioteca y tenía los *penny dreadfuls* repartidos sobre una mesa. Me alegró comprobar que no se trataba de la que yo utilizaba siempre para trabajar. Es curiosa la facilidad con la que creamos ciertos hábitos.

—Ya estáis aquí —dijo, levantándose de un respingo—. ¿Me enseñáis esa habitación secreta?

—Molly, ¿quieres hacer los honores? —me propuso Kieran con una reverencia—. Es tu descubrimiento.

—Caballeros, enciendan sus linternas —dije, encaminándome hacia el cuarto—, en esta parte no hay electricidad. Imagínense.

—A saber cuándo fue la última vez que alguien puso un pie ahí dentro —comentó Kieran mientras me tendía su linterna para que subiera la escalera sin percances—. No se ha tocado nada.

—El polvo desde luego que no —observó Oliver, dirigiendo el haz de luz a los escalones, donde nuestras pisadas quedaban estampadas. En los rincones se acumulaba una gruesa capa gris de polvo.

Continuamos subiendo. Noté que se me aceleraba el pulso, aunque más por la emoción que por el esfuerzo. La habitación oculta era un descubrimiento fabuloso, parecía sacado de un libro.

—Madre mía, no puedo creer que no supiéramos que esto estaba aquí —dijo Oliver mientras paseaba la linterna por la habitación. Caminó por todas partes, examinando el techo, las ventanas, la chimenea y, finalmente, la mesa—. Tranquilo, tranquilo. —Tocó la página que había encima—. Selwyn Scott escribió estas palabras.

—Es probable, aunque aún no puedo asegurarlo —apunté—. La letra no coincide con las cartas que se enviaron a los editores.

—¿Y por qué tendría que coincidir? —preguntó él, inclinándose para leer.

—No lo sé —reconocí—. He aprendido a no dar nada por hecho.

Oliver hizo el ademán de ir a coger la página.

—Espera —le pidió Kieran—. De momento es mejor no tocarla.

—Lo que tú digas. —Oliver sacó el móvil y le hizo una foto—. Lo primero que haré es analizar el estilo. Tienes razón, Molly. No deberíamos dar por sentado que los dos libros están escritos por la misma persona.

—Frances murió en 1842. Puede que su madre o su hermano continuaran su trabajo. —A continuación, añadí con prudencia—: Es decir, en el caso de que sea ella la autora. —Gruñí llena de frustración—. Siempre volvemos a lo mismo.

Y así seguiríamos hasta que encontráramos otra pista sobre la verdadera identidad de Selwyn.

—Todo se andará, espero —dijo Kieran.

Oliver cometió el error de sentarse en la cheslón, lo cual hizo que se levantara una nube de polvo.

—¡Caramba! —exclamó, agitando la mano como si quisiera disiparlo—. Lo siento. —Le echó un vistazo al sofá—. De todas maneras, esta cosa es dura como una piedra.

Quería preguntarle algo y aproveché la ocasión para sacar el tema.

—Ayer me apunté al recorrido gótico de Amy. Fue muy interesante.

—Me alegro.

Oliver se cepilló los pantalones.

—Cuando volvíamos en batea, os vi a Sophie y a ti en la orilla. —Solté una risita forzada—. Seguramente vosotros no nos visteis.

Por la mirada que me lanzó Kieran, adiviné que habría preferido que yo no hubiera dicho nada.

—Ah, ¿sí? —Aunque lo había dicho con un tono despreocupado, su gesto intranquilo lo delataba.

—No sabía que salíais. —Decidí ser directa en lugar de marear la perdiz. Los había visto besándose, y con bastante pasión.

—Bueno…, en realidad, no. Fue… —balbuceó. Finalmente, lanzó un suspiro y se puso derecho—. Oye, Molly, no digas nada sobre lo que viste, ¿vale? Ahora mismo las cosas están un poco… complicadas en la universidad.

Aquello era quedarse bastante corto entre la muerte de Thad, la desaparición de un manuscrito y su ascenso en la cuerda floja. Nos había contado que Sophie también optaba al puesto, así que eran competidores además de amantes. Aunque la universidad no pudiera prohibir que sus empleados confraternizaran, la relación de Oliver y Sophie complicaba la situación, sobre todo si a uno lo promocionaban a costa del otro.

—No diré ni mu —prometí—. Es solo que me sorprendió, nada más. Es decir, los dos sois muy atractivos, es la situación…

Por no mencionar las visitas de Sophie a la habitación de Thad a horas intempestivas durante las que podrían haberse dedicado a conspirar. No había descartado la participación de su socia en el robo del manuscrito. Quizá lo que Oliver sentía por ella lo hacía más susceptible a ser manipulado.

Kieran se movió tras un silencio bastante tenso.

—¿Y si bajamos ya? Aquí hace un frío que pela.

Oliver lanzó un último y nostálgico vistazo a la habitación.

—Volveré —dijo—. De día. —Tocó la página de la mesa antes de cruzar la puerta detrás de nosotros—. ¿Dónde estarán las demás?

Una vez abajo, Kieran propuso que volviéramos a la ciudad, pero su primo prefirió quedarse a leer los relatos de Selwyn.

—Kieran. Sus zapatillas —comenté tan pronto como subimos al Land Rover.

—¿Qué pasa con ellas? —Giró la llave y metió la marcha atrás.

—¿Te acuerdas del corredor que vimos esa noche? Llevaba esas zapatillas. Según Tim.

Sacó el coche marcha atrás con destreza, le dio la vuelta para encararlo hacia el puente y lo cruzamos.

—Son del mismo color, pero podrían ser de otra marca.

Lo miré con escepticismo.

—Lo dudo mucho. Tim me enseñó una foto y las de Oliver son exactamente iguales. Son inconfundibles.

Vi que fruncía el ceño en el resplandor del salpicadero y me asaltaron ciertos reparos. ¿Qué estaba haciendo? Quizá me

precipitaba insistiendo en la posible culpabilidad de su primo. Por no hablar de mi falta de tacto.

—Lo siento —me disculpé—. No creo que Oliver sea culpable, pero la coincidencia… me preocupa, nada más.

Las arrugas de la frente se disiparon.

—Ya, a mí también. Primero, la chaqueta y, ahora, las zapatillas… ¿Por qué iba a ponérselas? Si yo matara a alguien, me desharía de todo lo que llevase en ese momento.

—Es bueno saberlo —comenté para romper la tensión. En ese momento se me ocurrió algo—. ¿Y si el asesino quiere cargarle el muerto? —Luego me acordé de Josh—. Ya lo ha intentado con Josh, colocando la chaqueta en su habitación. Quizá esté tratando de incriminar a todo el mundo. —Me reí—. Qué tontería, ¿no?

—Claro, ¿por qué no enredarlo todo? —dijo Kieran. Habíamos llegado al final del camino de entrada y estábamos esperando a que pasara un vehículo—. Como suele decirse: «Miente, que algo queda».

—Qué lío —protesté con un gruñido. Luego recordé algo—. Le dije a Tim que le contara a la policía lo de las zapatillas. Solo para que lo sepas.

—Me parece bien. —Se incorporó a la carretera—. Puede que ellos averigüen algo.

—Eso espero. —Continuamos en silencio unos minutos—. Hablando de otra cosa, siento haber sacado a colación lo de Sophie. Decidí aprovechar la oportunidad.

Kieran tardó un poco en contestar.

—¿Por qué lo has mencionado?

La incomodidad aumentaba mientras trataba de encontrar una respuesta.

—Porque me preocupa —dije al final, incapaz de encontrar otro motivo más neutro. Lo último que deseaba era que Kieran se distanciara de mí por expresar mis recelos respecto a su primo—. Sophie también es sospechosa, al menos desde mi punto de vista. —Le conté que había ido a ver a Thad a su habitación, cosa que daba

mala espina, y que podría haber influido en la decisión de exhibir el manuscrito—. Ah, y otra cosa, cuando estuve con Amy en la habitación de Thad, encontramos una hoja de cálculo de la contabilidad del instituto llena de anotaciones que indicaban que ciertas cosas no le cuadraban. —Me miró con el ceño fruncido—. Ah, claro, no te he dicho que registramos su habitación, ¿no?

—No —contestó, riendo con incredulidad. Tras un momento, preguntó—: ¿Crees que pasa algo con el dinero?

—Es una posibilidad. —Si Sophie había estado metiendo mano en la caja del instituto y Thad lo había descubierto, sería un buen móvil. El escándalo resultante conllevaría que la despidieran de la universidad, sin ninguna duda—. Me gustaría saber dónde estaba cuando apuñalaron a Thad.

—Vaya, ni idea. Dudo que la policía la tenga en cuenta siquiera.

—Puede que no, con todas las otras pruebas que están apareciendo.

Pruebas que quizá estuvieran obstaculizando la investigación sobre la identidad del verdadero asesino de Thad Devine.

A la mañana siguiente, quedé temprano con Kieran delante de la librería.

—Aquí tienes —dije, tendiéndole un café para llevar—. Como a ti te gusta.

Para mi alegría como cafeinómana empedernida, había descubierto que en las tiendas de té inglesas también se servía café. Daisy usaba dos métodos distintos de preparación, mediante cafetera de émbolo o de goteo, según la preferencia del cliente.

Caminamos por Magpie Lane y el centro de la ciudad con nuestra bebida en la mano, sorteando transeúntes, ciclistas y algún vehículo de reparto. El aire era fresco y el cielo estaba despejado, tan azul que hacía daño a los ojos. Los edificios relumbraban con la luz dorada del sol.

Suspiré feliz, enamorada de mi nuevo hogar.

—Espera —le pedí cuando pasamos junto al manzano de Newton. Saqué el móvil e hice posar a Kieran delante del árbol, con las ventanas medievales del Trinity College de fondo. Más tarde, la subiría a las redes sociales y mencionaría que el manzano era un injerto del original, que se encontraba en la casa natal de Newton. También hablaría de los libros que teníamos en *stock* del ilustre científico, uno de los alumnos más aventajados de Cambridge.

—¿Y dónde están mis honorarios por hacer de modelo? —preguntó Kieran, que sabía muy bien lo que pretendía hacer con la foto.

—Los tienes en la mano. —Señalé el café con un gesto de la cabeza.

—Habrá que conformarse —dijo con un suspiro fingido.

Seguimos adelante y no tardamos en llegar a la tienda de disfraces, situada al fondo de una calle lateral.

—Ya casi estoy —dije, apurando el café—. Los líquidos y yo en un local somos una combinación peligrosa.

Él hizo lo mismo y tiramos los vasos en una papelera antes de entrar.

Apenas se podía caminar por la tienda, abarrotada como estaba de barras llenas de disfraces y de estantes repletos de sombreros, armas falsas y otros accesorios. Empezamos a echar un vistazo viendo que la joven dependienta estaba atendiendo a alguien.

Estaba mirando vestidos de la época victoriana cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro.

Cuando me volví, me topé con una de esas caretas de Guy Fawkes y lancé un chillido.

—Kieran. No tiene gracia.

Sobre todo porque Thad y su supuesto asesino la habían llevado.

—No soy yo —contestó Kieran a unas barras de mí.

La persona de la máscara la deslizó hacia arriba. Wesley Wright, del St. Aelred. El primo de Thad.

—Lo siento —se disculpó con una sonrisa—. No he podido resistirme.

Tenía suerte de que yo sí pudiera resistirme a retorcerle el pescuezo.

—No ha tenido gracia —protesté de mal humor—. Me has asustado. ¿Por qué sigues con esas cosas?

En ese momento me acordé y le eché un vistazo al calzado que llevaba: zapatillas deportivas negras y blancas con cordones verde fosforito.

—Lo siento —repitió él, pese a que distaba mucho de parecer arrepentido—. ¿Estás buscando un disfraz para el baile?

—Sí —contesté, volviéndome hacia la barra—. ¿Vas a ir?

—Ajá. —Señaló el hábito negro que llevaba colgado en el brazo —. Voy del monje decapitado. —Se lo puso y se colocó la enorme capucha—. Llevaré algo negro que me tape la parte inferior de la cara.

—Da bastante repelús —dije, imaginándome el disfraz entero.

Él rio con regocijo mientras se lo quitaba.

—Sí, lo sé. Qué ganas tengo de que llegue ya. —Sin dejar de reír para sí mismo, se dirigió al mostrador para pagar.

Kieran se reunió conmigo al cabo de unos minutos con un traje colgado de una percha, después de que Wesley se hubiera ido.

—Era el primo de Thad —le informé—. Wesley Wright.

—Lo sé —contestó nada sorprendido.

—Ah, es verdad, que tu familia conoce a la de Thad. —Había reducido mis opciones a dos vestidos, uno negro y el otro color burdeos. Ambos tenían un escote redondo, mangas abullonadas, faldas amplias y un corpiño ceñido. Se los mostré—. ¿Cuál?

Los miró con atención.

—Me gustan los dos. Una heroína muy gótica.

—De eso se trata, ¿no? —Me dirigí como pude al probador—. Te dejaré votar.

Nos decidimos por el negro, que me quedaba un poco mejor y tenía un escote no tan pronunciado. No me apetecía ir enseñándole el pechamen a todo el mundo. El traje de Kieran era bonito, muy Dickens; una levita negra a juego con unos pantalones negros y un

chaleco estampado.

Cuando salimos, me di cuenta de que el establecimiento de Dubold no quedaba muy lejos.

—¿Me haces un favor? —le pregunté a Kieran—. Tengo que ir a un recado aquí cerca. ¿Te importaría llevarte mi vestido y dejarlo en la librería?

Alargó la mano para que le diera la percha.

—Claro. —Me dio un beso fugaz—. Nos vemos luego.

—Adiós.

Mientras él se alejaba por la callejuela con nuestros disfraces, busqué la dirección de Reginald en el mapa. Se encontraba un par de manzanas más allá, siguiendo esa misma calle hasta el final y luego doblando a la derecha. También le eché un vistazo a la información que había anotado sobre los libros de Amy. Ya que estaba allí, comprobaría si tenía los otros que ella quería, porque sabía que al menos uno sí podría conseguirlo.

La zona era muy tranquila. La mayoría de los locales eran de negocios que no se sabía muy bien a lo que se dedicaban, sin escaparates, y se veían pocos edificios de apartamentos. Apenas me crucé con nadie, aunque divisé un gato naranja de rayas, sentado en un alféizar, acicalándose. Se detuvo a la mitad de un lametón para mirarme, con la pata en el aire.

Lo saludé.

—Hola, guapo.

Continuó estudiándome un poco más y luego volvió a lo suyo. Qué envida ser un gato.

La tienda de Reginald tenía un pequeño letrero en el que se leía Reginald Dubold, Libros Selectos. El escaparate de hoja curva se veía polvoriento, con unos libros medio caídos en un estante y folletos desvaídos pegados en el cristal, que anunciaban eventos caducados. Desde mi punto de vista como librera, lo encontré muy poco atractivo. Aun así, mi profesión, como casi todas, también tenía sus excéntricos, así que entré.

Sonó una campanilla cuando pisé el felpudo. El establecimiento,

pequeño y mal iluminado, estaba repleto de librerías y mesas dispuestas sin orden ni concierto. Era el tipo de tienda en la que podías encontrar una ganga… si eras capaz de desenterrarla de entre todo el revoltijo.

Lo único que se movió fue el polvo, así que al final alcé la voz.

—¿Señor Dubold?

—Enseguida estoy con usted —contestó un hombre—. Como si estuviera en su casa, guapa.

El apelativo me produjo un poco de repelús, pero me adentré un poco más en el local, con la lista abierta en la pantalla, mientras trataba de decidir por dónde empezaba a buscar. Los libros de ficción parecían agruparse a la derecha, así que fui hacia allí.

Estaba sorteando una pila que se tambaleaba cuando divisé que algo se movía al fondo. De pronto, apareció un hombre bajo y medio calvo, ataviado con vaqueros, camisa y un chaleco de punto. Y unas zapatillas deportivas color azul marino. ¿A partir de entonces iba a mirarle los pies a todo el mundo para ver si llevaban unas zapatillas naranja? Podía ser. Al menos, hasta que atraparan al asesino de Thad.

—¿Está buscando algo en concreto? —preguntó, metiéndose detrás de un mostrador sobre el que había una montaña de libros. Esbozó una sonrisa torcida—. Está visto que no hay manera de ponerse al día con el inventario.

—Lo entiendo muy bien. —Comprendiendo que debería presentarme, añadí—: Soy Molly Kimball, de Thomas Marlowe.

—No me diga. —Enarcó una ceja. Su cordialidad desapareció y adoptó una actitud de fría profesionalidad—. Encantado de conocerla, Molly. ¿Qué puedo hacer por usted?

Abrí el archivo que llevaba en el teléfono.

—Tengo un cliente que está buscando una edición en particular. En su página decía que lo tenían y he venido con la esperanza de que así fuera.

Le leí la información.

El hombre lo pensó un momento y luego encendió un ordenador

que estaba medio oculto en el mostrador.

—Déjeme ver si aún lo tengo en *stock*. Hay algunos libros que vuelan de las estanterías. Seguro que sabe a lo que me refiero.

—Ya lo creo —contesté con suma afabilidad—. Un visto y no visto. —En ocasiones, cuando la gente se mostraba distante y grosera, yo me volvía aún más simpática, como si quisiera compensar. O hacerla rabiar. Quizá las dos cosas.

Sus labios apretados delataron que había conseguido lo último. Los dedos continuaron tecleando.

—Sí, tengo el libro. Debería estar en esa sección, está ordenada alfabéticamente por autor —dijo, señalándola.

«Vaya, vaya». Cuando me visitaba un cliente con una petición especial, lo acompañaba hasta la estantería, buscaba el libro y lo depositaba en sus manos. Su trato dejaba mucho que desear.

—Gracias.

Me adentré en el laberinto esperando ser capaz de localizar el libro. Pese a su afirmación de que estaba organizado, bastaba con echar un vistazo por encima para ver que allí reinaba el caos.

Por fin encontré los libros de las Brontëen un rincón, rodeada de librerías por todas partes. Apenas había espacio para moverse sin chocar con algo. No me extrañaba que tía Violet no quisiera tener tratos con el señor Dubold, la experiencia distaba mucho del trato y la conversación agradables que era habitual entre colegas.

El libro de Charlotte Brontë coincidía con lo que se anunciaba en la página web y tenía un precio muy ajustado. El hombre lo había evaluado con precisión, eso había que reconocerlo. Aunque había intentado timar a tía Violet… Sería mejor que fuera con cuidado.

Hice fotos de la cubierta, la página de créditos y la portada, se las envié a Amy y le pregunté si quería que se lo comprara. Le dije el precio, dando por sentado que Dubold me aplicaría un descuento.

«Es mi libro».

«Bien. Rezaba para que fuera la edición que buscabas».

«¡No, me refiero a que ES MI LIBRO! Perdona que grite, pero ¿ves lo que hay escrito en lápiz en la página de créditos?».

Le eché otra ojeada y vi las anotaciones a las que se refería, un garabato que no le restaba demasiado valor.

O sea que Thad había vendido los libros de Amy.

«Buscaré los otros y te digo algo».

Contestó con una serie de emoticonos de caras enfadadas. La entendía.

Dejé el ejemplar a un lado y miré a ver si encontraba los otros títulos. Allí estaban, Emily Brontë y Daphne du Maurier, esperando tranquilamente en los estantes; las ediciones y en las condiciones exactas que me había facilitado Amy.

Le hice fotos a las páginas que servían para identificarlos y se las envié. Contestó al instante.

«También son míos. ¿Y ahora qué hago?».

Si Thad se los había vendido a Dubold sin permiso de Amy, entonces podía llamar a la policía. Esas ediciones en particular no eran tan valiosas como para que Dubold se viera obligado a preguntar por su origen o pedir una factura. Me recordé que podría tratarse de una transacción transparente. Quizá Thad había reunido unos cuantos libros para vender y había incluido los de Amy sin darse cuenta. En cualquier caso, la chica debería recuperarlos. Seguramente tenía alguna manera de demostrar que eran suyos.

«Deja que hable con el librero. Enseguida te digo algo».

Con los libros en los brazos, salí de entre las estanterías caminando de lado y me dirigí al mostrador, tras el que esperaba Reginald, hojeando un tabloide. No sería yo quien lo juzgara. Leer basura era más divertido que actualizar el inventario.

Levantó la vista cuando me acerqué.

—¿Ha encontrado algo de su agrado?

—Pues sí.

Vacilé, preguntándome cómo iba a abordar el delicado tema de que había hecho unas adquisiciones no autorizadas. Lo último que quería era provocarlo.

Dejé los libros en el mostrador, junto a un ejemplar bastante maltrecho de *El manuscrito maldito*, que me sirvió de excusa.

—Parece que Selwyn Scott está viviendo un resurgimiento. —¿Por qué no empezar ensalzando al autor y así ayudar a *lady* Asha y Oliver?—. Estoy leyéndolo ahora y no me explico cómo no es más conocido.

Me estudió un buen rato mientras me miraba con tanta intensidad que cambié de postura, inquieta. Estaba a punto de preguntarle qué problema tenía cuando estampó la mano sobre el periódico.

—No se haga la inocente conmigo, «monada de Vermont». Sé por qué está aquí.

Sus dedos separados descansaban sobre una foto en la que aparecíamos Kieran y yo sentados en un *pub*. Por lo visto, no había semana que no se publicara una foto de nosotros. Eso era lo malo de salir con alguien de la aristocracia británica. Eso y los apodos penosos.

—¿Por qué estoy…? —Desconcertada, señalé la pila de libros de Amy. Y, entonces, caí. Sabía lo del robo del manuscrito de Selwyn Scott en Hazelhurst House y creía que había ido a tantear el terreno.

«Pues a lo mejor no es tan mala idea». Aunque la aparté de mi cabeza tan pronto como se me ocurrió. Encontrar manuscritos robados no era tarea mía.

—De verdad que no sé de qué me habla —dije, haciéndome la tonta mientras me obligaba a sonreír. Toqué la pila de libros ligeramente—. Buscaba…

La puerta de la tienda se abrió de golpe y la campanilla sonó cuando sir Jon y dos agentes entraron con paso decidido. Por su expresión adusta, adiviné que no habían ido a echar un vistazo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Vi que sir Jon se quedaba de piedra al encontrarme allí. Luego, haciendo gala de un gran aplomo, logró fingir que no nos conocíamos.

—Disculpe, señorita, si no le importa… —Señaló la puerta con una leve inclinación de la cabeza, un gesto que interpreté como un claro «Vete, por favor».

Le indiqué mi pila de libros.

—He venido a comprar esto. —¿Debía compartir con sir Jon mis sospechas de que eran robados? O, como mínimo, vendidos por accidente. Me percaté de que uno de los agentes extraía una orden de registro y decidí que no era el mejor momento.

—Déjelos ahí —dijo sir Jon, lo cual confirmó mi decisión—. Por favor.

Los coloqué sobre el mostrador y me encaminé hacia la puerta de inmediato, pese a lo mucho que me habría gustado quedarme y enterarme de lo que ocurría. ¿Creían que Reginald tenía el manuscrito sustraído de Hazelhurst House? ¿O estaban investigando el robo de otros libros?

Tía Violet tenía razón al decir que Reginald operaba en los márgenes de la ley. Sir Jon no lo interrogaría ni le entregaría una orden de registro si no dispusiera de pruebas.

Cuando salí, eché un vistazo a mi alrededor, rezando para que nadie me hubiera visto allí. Lo último que quería era que me

relacionaran con Dubold y mancillar el buen nombre de Thomas Marlowe, cosa que debería haber pensado antes. A veces soy demasiado impulsiva. Aunque había encontrado los libros de Amy. Algo era algo. Sin embargo, si detenían a Reginald, no estaba segura de que pudiéramos recuperarlos. ¿Qué iba a decirle a Amy? Seguramente estaba esperando a que la pusiera al día.

Tras darle vueltas al dilema mientras volvía a la librería, al final decidí llamarla. No era una conversación que debiésemos mantener por mensajes. Saqué el móvil cuando doblé hacia Magpie Lane con la idea de sentarme a hablar en una de las sillas de las que disponíamos fuera. El sol de la mañana bañaba la calle y se reflejaba en los edificios que la flanqueaban, que absorbían su tibieza. Con el invierno a la vuelta de la esquina, me había propuesto disfrutar de hasta el último minuto de buen tiempo. Pasaba por delante de Spinning Your Wheels cuando el inspector Sean Ryan salía por la puerta.

—Inspector Ryan, ¿qué hace aquí? —Arrepintiéndome de inmediato de mi pregunta indiscreta, me apresuré a añadir—: O sea, hola. ¿Qué tal?

Se echó a reír, lo cual hizo que pareciera mucho más joven e incluso más atractivo. Entendía por qué le gustaba a mi madre, aunque su profesión me resultara intimidatoria.

—Iba a ver a Nina. ¿Está?

—Sí. —Lancé un globo sonda—. ¿Has venido por lo de las zapatillas naranjas? —Ladeé la cabeza para indicar la Spinning Your Wheels—. Me refiero a la tienda de bicis.

Esta vez no mencionaría que Oliver tenía las mismas que el supuesto asesino. Ya la había liado lo suficiente la primera vez.

Con mirada risueña, apretó los labios, reprimiendo una sonrisa.

—Quizá. Ya sabes que no puedo compartir información del caso contigo, Molly.

—¿Ni aunque sea la persona que propuso que os pasaran la información? —No contestó, así que me encogí de hombros y me di por vencida—. Entra si quieres, yo tengo que hacer una llamada.

Abrió la puerta de la librería y yo me senté en el borde de una silla. El asiento estaba tan frío que se me quedó el trasero helado. Puede que no me quedara mucho fuera.

Marqué el número de Amy, que contestó al instante.

—Molly. ¿Los tienes? ¿Has descubierto quién se los vendió?

—Espera, espera, Amy. Siento decirte esto, pero en ambos casos la respuesta es no.

—¿Qué? ¿Por qué no? Pero si estabas ahí.

—Ya lo sé. —Inspiré hondo mientras valoraba qué debía contestarle. Al final decidí que lo mejor era contarle la verdad. Al fin y al cabo, si detenían a Reginald, todo acabaría saliendo a la luz—. Estaba a punto de preguntarle al librero cuando ha llegado la policía y me han echado antes de que pudiera decir nada.

—¿La policía? ¿Qué querían? —Amy parecía confusa.

—No estoy segura. Aunque llevaban una orden de registro.

Guardó silencio un buen rato.

—Qué raro. ¿Y ahora qué?

Nunca me había encontrado en una situación similar, por lo que no tenía ni idea.

—Imagino que habrá que esperar a ver qué ocurre. Si no lo detienen, podemos ir a recuperar tus libros.

—¿Y si lo detienen?

—Supongo que en algún momento lo dejarán libre bajo fianza, aunque no sé si le permitirán seguir llevando la tienda. O si la cerrará él para no llamar mucho la atención.

—Quiero mis libros —gruñó frustrada.

—Te entiendo muy bien. —Podía poner una denuncia, pero, en ese caso, era posible que los libros quedaran confiscados hasta que se solucionara el asunto—. ¿Y si de momento esperamos a ver qué ocurre? Siempre estamos a tiempo de denunciarlo y ver si la policía puede recuperarlos.

—Supongo que sí —contestó ella con un suspiro—. Gracias por encontrarlos, de veras. —Suspiró de nuevo—. Ha sido un día de pesadilla. Me he metido a fondo con la contabilidad del instituto y,

guau, menudo jaleo.

—¿Thad no lo hizo bien? —aventuré.

—No, no es eso. —Guardó silencio un momento—. Los números no cuadran. O sea, que puede que falte dinero. —Ahogó una risita—. Vaya. Olvida lo que te he dicho, ¿vale?

—Tranquila, no es asunto mío —dije, pese a que tomé buena nota. ¿Oliver lo sabía?—. Que te sea leve. Y, oye, seguiré atenta a lo de Reginald Dubold.

—¡¿Reginald Dubold?!

—Sí, es el librero del que te hablaba. —¿No había mencionado su nombre? Repasé mentalmente los mensajes que le había enviado y la conversación que estábamos manteniendo y llegué a la conclusión de que quizá no—. ¿Lo conoces?

—Tengo que irme —respondió con un gruñido.

Me quedé mirando mi teléfono, que se había quedado mudo de pronto. Me había colgado. Qué raro. ¿Por qué había reaccionado de esa manera tan visceral al oír su nombre? Me encantaría saberlo, pero algo me decía que no iba a contestarme si volvía a llamarla. Se lo preguntaría la próxima vez que nos viéramos.

Me levanté y me estiré. Tenía mi pobre trasero congelado. Clarence abrió un ojo para mirarme con desdén, ovillado en la ventana a pleno sol. «A mí no me pillas ahí fuera», parecía decir.

Gato listo. Apreté el paso y agradecí la ráfaga de aire caliente que me envolvió al entrar rápidamente en la tienda. Puck vino corriendo a restregarse contra mis piernas mientras maullaba.

—¿Té? —preguntó mi madre. Estaba sentada detrás del mostrador, sobre el que se apoyaba Sean Ryan con una taza en la mano. Tía Violet paseaba entre las estanterías.

—No te digo que no —contesté mientras me desabrochaba el abrigo—. Gracias.

Llenó una taza con té humeante y me la tendió.

—Me gusta tu disfraz —dijo mientas volvía la cabeza para indicar el traje, que estaba colgado detrás del mostrador.

Sonreí al verlo, imaginándome a Kieran y a mí en la fiesta.

—Vamos de los personajes de *El manuscrito maldito*.

¿Eran imaginaciones mías o Sean Ryan se había puesto tenso al mencionar el libro? Sopesé si comentar la visita a la tienda de Reginald Dubold y al final me dije: «¿Por qué no?». Al fin y al cabo, era muy probable que sir Jon sacara el tema.

—De vuelta de comprar el disfraz, me he pasado por la librería de Reginald Dubold.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral.

Mi madre parecía confusa. Sean arrugó la frente. Tía Violet asomó la cabeza por detrás de una estantería con el ceño fruncido.

—¿Por qué demonios lo has hecho, Molly? Ese hombre es un estafador. O algo peor, seguro.

—Según su página web, tenía cierto libro que quiere una cliente. Y, sí, lo tenía. —Hice una pausa para darle un poco de efecto dramático—. Exactamente el mismo que un día tuvo la clienta. Alguien se lo vendió a Reginald sin que ella lo supiera. —Los tres exclamaron consternados y levanté una mano—. Un momento, que me explico.

Les resumí la situación, empezando por el día que Amy entró en la habitación de Thad para recuperar sus libros. Que hubiéramos estado en la habitación de la víctima de asesinato sorprendió a Sean, pero no me detuve a pedirle su opinión. Les expliqué que Amy quería comprar los que le faltaban y que yo había encontrado uno en la página de Reginald. Y que, una vez allí, había encontrado los tres libros que ella quería y que Amy afirmaba que eran los suyos.

—Un ejemplo más de la falta de honradez de Reginald —dijo tía Violet—. ¿Quién se los había vendido?

—Bueno, siendo justos, he de decir que no eran tan valiosos como para solicitar una demostración de su procedencia. Estaba a punto de preguntárselo a Dubold cuando ha llegado sir Jon. Junto con dos agentes. —Después de que asimilaran la información, añadí —: A lo mejor iban tras la pista de *El manuscrito maldito* original. El que robaron en Hazelhurst House.

Bastó con que mirara a Sean para saber que sí, que el inspector

estaba al tanto del robo y de la investigación que llevaba a cabo sir Jon.

—¿Puedes ayudar a Amy? —le pregunté—. La chica querría recuperar esos libros. Me temo que los confiscarán junto con todo lo demás.

—Veré qué puedo hacer —dijo Sean al final—. Pídele que me envíe la información que demuestra que es la dueña de esos ejemplares.

—Claro —contesté aliviada—. Tengo las fotos que les hice en la tienda y estoy segura de que ella conserva los recibos.

Ansiosa por compartir ese avance con Amy, saqué el móvil y le envié un mensaje en el que adjuntaba las fotos que les había sacado a los libros.

«Reúne toda la información acreditativa que tengas y envíasela por correo electrónico al inspector Ryan o llévasela a la comisaría. Él se asegurará de que se ocupen del asunto».

Pese a ese gran esfuerzo por mi parte, Amy no me contestó, ni siquiera para darme las gracias. Eso me mosqueó. Pues vaya. Ahora la pelota estaba en su tejado.

Mi madre y Sean estaban charlando sobre cosas que habían ocurrido en Cambridge, así que los dejé a lo suyo y fui a la cocina a preparar la comida. Tenía que ir a Hazelhurst House y continuar con el inventario de la biblioteca. *Lady* Asha había tenido la amabilidad de invitarme a comer todos los días, pero esa tarde debían ir a Londres para la visita médica y me tocaba apañármelas.

Un empleado me abrió la puerta. Hazelhurst House parecía triste y vacío sin *lady* Asha. Kieran había acompañado a sus padres a Londres, así que tampoco podía pedirle que viniera a verme.

Lo único bueno de trabajar sola y sin interrupciones fue que adelanté mucho. Alguna que otra vez sentí la tentación de dedicarle algo más de tiempo a un par de libros y entretenerme admirando su singularidad, antigüedad y belleza, pero logré resistirme. Ya les

dedicaría la atención que merecían más adelante, cuando hubiera acabado.

Al mediodía, llevé el bolso a la cocina y comí allí mientras leía otro capítulo de *El manuscrito maldito*. Resultaba emocionante saber que se había escrito en esa casa, pese a que aún no estábamos muy seguros de quién era su verdadero autor. Lo cual me recordó que tenía que buscar correspondencia de los Scott que habían vivido allí en aquella época; es decir, de Agatha, Frances y Samuel. Teniendo en cuenta que habían escrito las cartas, quizá podría localizarlas en las colecciones privadas de los destinatarios.

El manuscrito maldito (continuación)

Tras una cena suntuosa, nos condujeron a nuestras habitaciones, unos amplios dormitorios situados en la primera planta. El mío disponía de un pequeño balcón con vistas a las ruinas. Si el tiempo hubiera acompañado, habría salido de inmediato a explorar los alrededores, pero la tormenta seguía rugiendo.

El señor Coates y yo nos separamos, deseándonos buenas noches y un buen descanso. Pese a que la cama era magnífica, amplia y firme, temía no lograr conciliar el sueño. Además de los truenos que retumbaban en las colinas, de noche, la villa ofrecía una visión fantasmagórica llena de sombras y ruidos misteriosos. Pasos, portazos. Arañazos ocasionales en las ventanas. Sin embargo, éramos los únicos ocupantes de esa ala. ¿Quién o qué originaba esos ruidos? En varias ocasiones me asomé al pasillo y escudriñé en la oscuridad, pero no vi a nadie y la puerta del dormitorio del señor Coates continuaba cerrada a cal y canto.

Finalmente, incapaz de calmar mis nervios, decidí leer el libro que había escogido en la biblioteca. Junto a la mesa del rincón, con una lámpara al alcance de la mano, había un sillón de aspecto cómodo desde el que se divisaba la ventana y podía seguir el avance de la tormenta.

Pronto quedé absorto en el libro, un ejemplar exquisito de *El castillo de Otranto*, quizá una elección poco sensata a tenor de las circunstancias. Eran tantos los detalles que remitían a la situación en la que me encontraba que empecé a tener problemas para distinguir

entre la realidad y mi imaginación. ¿Acaso las sombras parpadeantes, la penumbra que me envolvía, el ruido de las pisadas eran reales? ¿O me había dormido y estaba soñando?

Me desperté sobresaltado con el repique metálico de una campana resonando en mis oídos. Era medianoche, según el reloj de la repisa de la chimenea. Tenía el libro abierto en mi regazo y la lámpara aún seguía encendida.

Me di cuenta de que la tormenta había cesado y había dejado tras de sí un profundo silencio. Aparté el libro y me levanté del sillón, un tanto entumecido, para dirigirme a la puerta del balcón. Se respiraba un aire tranquilo, teñido aún de humedad, y las colinas contemplaban serenas el ciclo tachonado de estrellas.

Las ruinas del monasterio se alzaban como una mole imponente de formas enigmáticas. De pronto, divisé una luz. Al principio pensé que se trataría de alguien que había salido a pasear, pese a los peligros obvios que comportaba tal empresa, pero la luz no se movía. Permanecía inmóvil.

Una persona merodeaba entre las ruinas. No pude evitar preguntarme quién… y por qué.

Viendo que la luz continuaba encendida, decidí saciar mi curiosidad y desvelar la identidad del intruso. ¿Y si se trataba de un merodeador de intenciones deshonestas? Ahuyentarlo convencería a Estella de mi valía.

La idea me obligó a reconocer que yo también la tenía en gran estima. La conversación que habíamos mantenido durante la cena había demostrado que se trataba de una mujer culta, inteligente y cordial, por no mencionar hermosa. Nunca había conocido un modelo tan perfecto de feminidad, ni tampoco uno tan fuera del alcance de personas como yo, un humilde librero de una ciudad universitaria. No, Estella estaba destinada a casarse con un príncipe u otro noble junto con el que gobernar ese rincón de Italia como benefactora y mecenas de todo virtuosismo.

El hecho de que solo hubiera hallado dicha en el así llamado manuscrito maldito no hacía más que reafirmar mis conclusiones. En sus dulces manos, la maldición no tenía efecto.

¿Acaso era posible…? De pronto tuve un leve presentimiento.

La luz parpadeó en las ruinas, como si deseara recordarme su presencia, y deseché mis especulaciones. Si quería ir, debía ser entonces.

Me puse las botas y el abrigo y cogí la lámpara, reacio a emprender el viaje en medio de la oscuridad. El único riesgo era que

la persona de las ruinas me viera acercarme, pero no tenía alternativa; el entorno y los muros eran demasiado peligrosos como para recorrerlos de otro modo.

Llamé a la puerta del señor Coates con la idea de llevar compañía. No respondió y, tras unos momentos de espera, probé a abrirla. No estaba cerrada con llave. Cuando la empujé, descubrí que la habitación estaba vacía y que las cortinas se hinchaban con la brisa. ¿Habría salido al balcón? Me acerqué para comprobarlo y vi que allí tampoco había nadie.

La biblioteca. El muy canalla seguramente estaba leyendo el manuscrito, tal vez incluso hubiera planeado robarlo y partir. Pocas veces había conocido a un hombre tan obcecado en un libro, algo que no me era ajeno. Los coleccionistas podían obsesionarse, incluso convertirse en fanáticos, cuando se trataba de la edición de sus anhelos.

¿Su herencia dependía del regalo? No se me ocurría ningún otro motivo por el que estuviera dispuesto a soportar las miserias y el dispendio a los que obligaba el viaje hasta ese remoto lugar. Una vez más me di de bruces contra la verdad, aunque la aparté a un lado atendiendo a mi deseo de partir cuanto antes. Después de haberme aventurado en una misión que requeriría tiempo y esfuerzo, añoraba mi cama. Cuán perverso es el ser humano.

El señor Coates no se hallaba en la biblioteca como yo esperaba, así que proseguí mi camino en dirección a las ruinas. Salí por las puertas del jardín y crucé lo que con toda probabilidad sería un rincón encantador a la luz del día. Las fuentes borbotaban. Los setos floridos liberaban aromas seductores. La grava de los senderos crujía bajo mis pies.

La verja del muro del jardín daba paso a campos abandonados, cubiertos de hierbas húmedas y altas hasta las rodillas. Pese a la incomodidad que suponía, continué adelante, ansioso por llegar a las ruinas, que parecían alejarse a cada paso, obligándome a seguir.

Cuando tropecé con una piedra oculta entre la maleza, supe que por fin había alcanzado el monasterio derruido. Consideré que lo más prudente era detenerme un momento para inspeccionar el camino que tenía por delante y sostuve el farol en alto. Entre los muros desmoronados, divisé los restos de un patio. La luz vacilante se encontraba en el otro lado, en lo que parecía ser una parte intacta del edificio.

Inspiré hondo, con resolución, y proseguí. Quien aguardara en el interior de la antigua morada estaba a punto de recibir una visita.

Decidí posponer el momento del encuentro para más tarde, así que cerré el libro y, en ese momento, se me ocurrió una idea tentadora. ¿Y si antes de continuar con el inventario iba a echarle otro vistazo al rincón de escritura?

No había dejado de pensar en la página suelta que habíamos encontrado. ¿Qué hacía sobre la mesa? ¿Se les había caído y quedó allí? En ese caso, ¿dónde estaba el resto del manuscrito y por qué no la habían incorporado luego? Esperaba que no lo hubieran quemado. Sería una tragedia.

Lo recogí todo, me aseguré de dejar la cocina impoluta y volví a la biblioteca. Recelosa de la puerta que se había cerrado sola, o quizá no tan sola, apuntalé una silla contra ella y pegué una nota con cinta adhesiva que decía: «Estoy en el cuarto, ¡no cierre la puerta, por favor!».

Comprobé que llevaba el móvil y subí la escalera de la torre con el corazón desbocado en previsión de lo que me esperaba. Tanto si encontraba el libro perdido como si no, era emocionante entrar y explorar una habitación que había permanecido intacta durante siglos.

Una vez más, la recorrí con calma y contemplé las vistas desde todas las ventanas, que tenían alféizares lo bastante anchos para sentarse en ellos. Si mirabas hacia un lado, se veían las torres de Cambridge y, hacia el otro, el río serpenteando entre los campos; un mosaico cercado por paredes de piedra. Haciendo caso omiso de las pocas señales que delataban la época en la que vivíamos, aquel era el paisaje que Selwyn Scott había visto. El viento envolvió la torre en un susurro, un sonido evocador y melancólico. Fuera de los cuadrados soleados, dibujados por la luz que se colaba por las ventanas, hacía verdadero frío. Cuánto agradecía mi jersey grueso y mis calcetines calentitos.

Estudié la cheslón con detenimiento. Era un mueble precioso, con el respaldo curvo y acolchado y sus molduras de madera labrada. Lástima que varias tachuelas de la parte frontal estuvieran medio sueltas, junto con el ribete dorado y deshilachado.

Me agaché para echarle un vistazo, preguntándome si sería fácil repararlo. Si fuera mío, lo bajaría y lo usaría. Aunque quizá era demasiado valioso.

Apoyé la mano en el asiento para levantarme, pero este no cedió como debería; daba la impresión de que el relleno se hubiera endurecido. Oliver había dicho lo mismo. Hundí la mano a lo largo de todo el asiento para comprobar si ocurría en todas partes. Y resultó que no. Había zonas que, si bien no estaban blandas, cedían bajo mi palma.

La firmeza del asiento. Una parte de la tapicería suelta.

Me dejé caer en el suelo sin prestar atención al golpetazo que me llevé en el trasero y deslicé los dedos con cuidado bajo la tela.

Toqué papel. Contuve la respiración, sin atreverme a hacerme ilusiones, y encontré los bordes, los agarré y tiré. Con suavidad.

Una pila de páginas cayeron sobre mi regazo y me envolvieron en una nube de polvo.

Había encontrado *Entre las ruinas*.

CAPÍTULO VEINTE

Me quedé mirando durante largo rato el manuscrito perdido hacía tanto tiempo, regodeándome en silencio. Bueno, en silencio entre un estornudo y otro. El polvo centenario hacía estragos en mis senos nasales.

Hojeé la pila para ver si estaban todas las páginas, lo que en este caso significaba echar un vistazo a la última. «Fin». Pues sí, con la posible añadidura de la que había en la mesa, teníamos el libro completo.

La tentación de empezar a leerlo era casi irresistible, pero logré contenerme. Primero tenían que verlo los Scott.

Como si mis pensamientos los hubieran invocado, oí unos pasos suaves en la escalera. ¿Kieran ya había vuelto de Londres? Era imposible. Oliver apareció en la puerta.

—Molly, estás aquí. —Desde el suelo, su figura imponía—. ¿Qué es eso?

Los ojos se me fueron a las zapatillas naranjas, que también llevaba ese día. ¿Eran una señal de su inocencia o de su culpabilidad?

—Acabo de encontrar *Entre las ruinas*. —Le di unas palmaditas al cheslón—. Alguien lo había metido debajo del tapizado.

Quién, cuándo y por qué eran preguntas para las que aún no tenía una respuesta.

Cruzó la habitación con pasos prudentes, como si se acercara a

una especie de grial. Quizá lo fuera para él. Alargó una mano.

—¿Puedo verlo?

Apreté las páginas contra el pecho.

—Enseguida. Primero quiero decírselo a tu primo y tu tía. —Le hice un par de fotos y se las envié a Kieran, salpicando el mensaje con emoticonos emocionados. Oliver continuó de pie junto a mí, observando—. ¿Puedes apartarte un poco, por favor? Estás demasiado encima. —Se me ocurrió algo—. ¿Por qué no estás en el St. Aelred?

¿Cuándo daba clases ese hombre? Últimamente daba la impresión de que no saliera de aquella casa.

Retrocedió un par de pasos.

—El doctor Cutler me ha puesto de vuelta y media esta mañana. He salido un rato para despejarme.

—Ay, no. —Mensaje enviado. Lo miré—. Lo siento. Es muy injusto.

Oliver se cruzó de brazos.

—Desde luego. No cedí al chantaje de Thad y esta es mi recompensa. Amonestado por escrito y examinado con lupa. Cutler me ha dicho que quiere ver todos los trabajos que he corregido este trimestre. Y que luego hablaremos de cómo los he calificado.

La mención al chantaje quiso recordarme algo, pero lo dejé correr al ser incapaz de precisar qué era.

—Es absurdo. ¿Cómo vas a necesitar supervisión a estas alturas de tu carrera? —Me parecía adecuado para estudiantes de magisterio, por ejemplo—. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué no ha hecho caso omiso de la queja de Thad? Al fin y al cabo, está…

«Muerto». Me detuve antes de decirlo.

—Porque los padres de Thad donan mucho dinero a la universidad y el doctor Cutler quiere ganarse su favor. Y si para ello necesita arrojarme a los leones en sacrificio, lo hará. —Lo había dicho con acritud—. Sabe que apenas tengo alternativas.

—Salvo que dimitas y escribas ese superventas.

—¿Por qué crees que estoy obsesionado con Selwyn Scott y mi

libro? Es lo único que me mantiene cuerdo.

—Lo entiendo. —Me apoyé en el asiento para levantarme—. ¿Y si bajamos, que se está más cómodo? Puedes leer mientras yo sigo con el inventario.

Mientras no sacara el manuscrito de la biblioteca, estaba segura de que no pasaba nada por dejar que le echara un vistazo. Tampoco era que yo tuviese ninguna autoridad en el asunto más allá de ser la guardiana virtual de la biblioteca en ausencia de Kieran y sus padres.

Recogí la página suelta que había en la mesa y bajé la escalera.

—De vuelta al trabajo —dije cuando estuvimos en la biblioteca, donde hacía calor en comparación con la torre—. ¿Aquí te parece bien?

Dejé la pila de hojas en una mesa distinta de la mía.

—Perfecto.

Oliver retiró una silla, se sentó y se quedó absorto en la lectura en cuestión de segundos.

Habría que fotocopiarlo para que la gente no lo estropeara manoseándolo, aunque me había fijado en que el papel era mucho más grueso que el que se utiliza en la actualidad. Estaba pensado para que durara.

Me puse manos a la obra, aunque de vez en cuando echaba un vistazo al móvil para ver si me había contestado Kieran. Seguramente se encontraba en un lugar sin cobertura. U ocupado con las visitas de su padre.

—Toc, toc.

Levantamos la cabeza y vimos a Sophie Verona en la entrada, vestida de manera informal pero elegante con una chaqueta negra de cuero, vaqueros ceñidos y botines. Llevaba el pelo suelto y le llegaba a los hombros; una melena oscura y brillante.

Oliver retiró la silla.

—Sophie, no sabía cuándo vendrías.

Ella hizo una mueca.

—Yo tampoco, pero se ha cancelado mi último seminario, así que aquí estoy. —Se paseó por la sala, sin perderse ni un detalle—.

Podría pasarme años en esta biblioteca.

—Yo también —reconocí—. Y puede que lo haga, teniendo en cuenta lo lento que va este inventario.

Ahora que había cogido carrerilla, la interrupción de Sophie me contrarió un poco.

—Vamos a ir a comer a Hazelhurst —comentó Oliver, como si tuviera que mantenerme informada—. Kieran sabe que habíamos quedado aquí.

Agité una mano como diciendo que no era asunto mío, como efectivamente ocurría. Continué introduciendo libros en el programa de la biblioteca, fingiendo que no les prestaba atención, aunque no pude evitarlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sophie, sentándose junto a él. Acercó la silla hasta que casi se tocaron, muslo contra muslo.

—Otro manuscrito de mi antepasado, Selwyn Scott —contestó Oliver—. Un hallazgo extraordinario.

—Tengo una noticia un poco preocupante —anunció Sophie después de echarle un vistazo.

—¿Qué pasa? —preguntó él alarmado—. ¿Han averiguado quién…?

Ella negó con un gesto breve.

—No, no. Ya sabes que le he pedido a Amy que se ocupe de la contabilidad. Del instituto. —Hizo una pausa a la espera de que asintiera—. Ha encontrado algunas irregularidades.

Por el rabillo del ojo, vi que Oliver se echaba hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Irregularidades? ¿Como qué?

—Como que falta dinero. Esa comadreja nos estaba robando —contestó ella con voz destemplada.

—No, ¿en serio? No puedo creerlo… ¿Por qué? —Oliver parecía sinceramente desconcertado—. Pero si su familia está podrida de pasta.

Sophie se encogió de hombros.

—Igual para él era un pasatiempo, ya sabes, ver hasta dónde

podía llegar sin temor a las consecuencias. De todas maneras, es lo que hay. —Suspiró hondo—. ¿Te apetece ir a alguna parte? Me vendría bien una copa.

Oliver miró la hora en el móvil.

—Claro. Pero primero tengo que hacer una llamada, he de hablar con uno de mis alumnos. Espera.

Salió de la biblioteca sin apartar la vista del teléfono y, unos segundos después, oímos el rumor de su voz en la otra habitación.

Sophie volvió la cabeza hacia mí y me sorprendió mirándola.

—Molly, ¿qué tal? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Bien —contesté, tratando de mantener la calma a pesar de que tenía el corazón desbocado. Era la primera vez que se me presentaba la oportunidad de hablar con Sophie a solas. ¿Qué debía hacer? ¿Me lanzaba de cabeza y sacaba a relucir el tema de Thad?

Al final, ganó la prudencia.

—He asistido a algunos actos del instituto —dije—. Y ha estado genial. Fui a la visita guiada de Amy, por ejemplo.

«Y te vi besándote con Oliver».

Se le iluminó el rostro.

—Cuánto me alegro. Organizar algo así requiere mucho esfuerzo y siempre me preocupa que no acabe de funcionar.

Puse los ojos en blanco.

—No sabes cómo te entiendo. Me pasa lo mismo cada vez que se celebra una charla en la librería. —«Buena sintonía establecida»—. Amy me comentó que el año que viene queréis celebrarlo en París.

Bajó la vista.

—Ah. Sí. Bueno. A lo mejor. Si logramos reunir el dinero.

«Amy dijo que habíais conseguido unos buenos patrocinadores». Eludí un poco la cuestión y señalé el manuscrito con la cabeza.

—Igual podríais presentar allí *Entre las ruinas*. Eso atraería a mucha gente. Con un poco de suerte, puede que sea tan bueno como *El manuscrito maldito*.

«Salvo que alguien lo robe también». Quizá no debería haberlo hecho notar.

—¿Has leído *El manuscrito maldito*? —Sophie tenía una expresión extraña, casi burlona—. Lo trabajamos en clase.

—Estoy en ello —dije—. Me tiene totalmente cautivada.

—La premisa principal del libro suscita un gran debate entre mis alumnos. Algunos, Thad entre ellos, creen que el concepto de la imposición del justo castigo mediante una mano invisible es pura fantasía. —Debí de parecer desconcertada, porque añadió—: Y no digo nada más. No quiero destripártelo.

La expresión «justo castigo» me sonaba. La había visto hacía poco en alguna parte. Pero ¿dónde?

Oliver regresó a la habitación silbando.

—¿Lista?

En respuesta, Sophie se levantó y se colgó el bolso del hombro.

—Dile a Kieran que luego lo llamo —me pidió Oliver mientras se llevaba a Sophie, colocándole la punta de los dedos en la parte inferior de la espalda.

—Descuida. Que os lo paséis bien.

Ese día había averiguado algo más: las acciones turbias de Thad no se limitaban a vender los libros de otras personas; por lo que parecía, había malversado fondos del instituto.

¿O quizá no? Qué conveniente que no pudiera defenderse…

Eché un vistazo por la ventana y vi que empezaba a oscurecer. Unos pocos libros más y me iría a casa. Si volvía a la mañana siguiente y trabajaba todo el día, lo llevaría bastante adelantado. Eso, junto con el descubrimiento de *Entre las ruinas*, mejorarían bastante el balance final de la semana. Antes de irme, guardaría el manuscrito en el cuarto, escondería la llave y le diría a Kieran dónde estaba.

Hablando de Kieran, seguía sin escribirme, algo muy poco propio de él. Por lo general, contestaba de inmediato.

«Espero que todo vaya bien». Apartando un mal presentimiento de mi mente, me volví hacia el siguiente libro de la pila.

La librería estaba cerrada cuando llegué a casa, así que dejé las bolsas en el suelo y me dirigí directa a la cocina, donde se respiraba un ambiente alegre y cálido. Tía Violet se encontraba delante de los fogones, mi madre servía vino en tres copas y sir Jon estaba sentado a la mesa mientras los dos gatos competían por acaparar su atención.

—Sir Jon, me alegra verlo —lo saludé mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero, temiendo que estuviera allí para regañarme por entrometerme en su investigación, por mucho que tuviera un motivo legítimo para encontrarme en la tienda de Dubold.

—Yo también me alegro de verte, Molly. —Sir Jon le rascó la barbilla a Clarence y el viejo gato ronroneó tan alto que nos hizo reír a todos.

—Tienes buena mano con los gatos —comentó tía Violet, limpiándose las suyas en el delantal. Estaba sonrojada por el calor que desprendían los fogones… ¿y puede que también por la presencia de sir Jon?—. Las patatas ya casi están.

—¿Qué hay de cena? —Saqué una cerveza tostada de la nevera y la abrí—. Huele que alimenta.

Algo delicioso se asaba en el horno.

—Pastel de carne al estilo Kilmarnock —contestó tía Violet—. Ternera en su salsa. —Pinchó las patatas con un tenedor y apagó el horno—. Judías verdes y puré de patata.

Ya estaba salivando. Tía Violet hacía unos purés de patata deliciosos con mucha leche, mantequilla, sal y pimienta. Una de mis comidas reconfortantes preferidas.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

Mi madre, que estaba poniendo la mesa, negó con la cabeza, así que fui a sentarme con sir Jon y los gatos. Y a beber cerveza.

—Me sorprendió verte esta mañana —comentó sir Jon con cierta sequedad—. ¿Qué hacías en la tienda de Reginald Dubold?

Miré a tía Violet de reojo. Me preocupaba que la mención del

librero deshonesto volviera a disgustarla, pero la mujer continuó aplastando patatas como si nada, así que seguí adelante y le conté a sir Jon lo de los libros de Amy.

—Sean Ryan ha estado aquí esta mañana y ha prometido que hará lo que pueda para que los recupere —concluí—. Me hago una idea bastante buena de quién se los vendió a Dubold. —Pareció que le interesaba, así que proseguí—: Thad Devine. Amy se los había prestado.

—¿El estudiante al que asesinaron? —Sir Jon se frotó la barbilla —. Mmm… No dice mucho en su favor, ¿verdad? Vender los libros de un amigo.

—No mucho —convino tía Violet—. Qué feo por su parte.

Se puso las manoplas y abrió el horno, donde cuatro pequeños pasteles de hojaldre se tostaban en una bandeja. Mi madre se acercó y la ayudó a servir la cena y a llevar los platos a la mesa.

Cuando todos tuvimos la cena delante, sir Jon dio las gracias por la comida y nos pusimos manos a la obra.

—¿Nos puede contar algo de la redada de hoy? —pregunté después de engullir unos cuantos bocados de patata y carne tierna bañadas en salsa.

—¿Redada? —repitió tía Violet, hasta que cayó en la cuenta—. Finalmente Reginald tendrá que responder por sus delitos, ¿eh?

—No se te escapa nada, querida —susurró sir Jon. Nos miró a todas de manera significativa antes de añadir—: Esto no puede salir de aquí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —murmuramos.

—Reginald Dubold está en nuestra lista desde hace tiempo. Nos llegó el soplo de que había empezado a hacer tratos bajo mano una vez más y hemos ido a hacerle una visita.

—¿Han encontrado *El manuscrito maldito*? —pregunté, sintiendo que el corazón me daba un brinco ante la posibilidad de que así fuera. Puede que también supieran quién se lo había vendido a Reginald. Es decir, quién se lo había llevado de Hazelhurst House delante de nuestros ojos. Pese a la relación con los libros de Amy, no

había podido ser Thad, dado que ya había muerto cuando se produjo el robo.

Sir Jon negó con la cabeza.

—Lamento decir que no, pero sí han aparecido otras obras tras las que andábamos detrás. El señor Dubold no venderá libros en una temporada.

Me hundí en la silla, decepcionada.

—¿No? ¿Dónde puede estar?

—Puede que aún lo tenga el ladrón —apuntó sir Jon—. Le preguntaré a Reginald la próxima vez que lo interroguemos para averiguar si se han puesto en contacto con él.

—Espero que no se lo hayan vendido a otra persona. Aunque no sé a quién. —¿Dónde encontraba un estudiante universitario un coleccionista al que no le importara que la mercancía procediera del mercado negro?—. Lo veía tan claro… Pero sigue habiendo una relación entre Reginald y los estudiantes del St. Aelred. Thad tenía su tarjeta de visita y, como he dicho, los libros de Amy acabaron allí.

—Lo averiguaremos, Molly —aseguró sir Jon—. Tarde o temprano.

Al menos teníamos el nuevo manuscrito, que, de momento, seguía guardado en el cuarto de Hazelhurst House. Preocupada ante la ausencia de noticias de Kieran, le eché un vistazo al teléfono.

Por fin, un mensaje en la bandeja de entrada.

«Perdona que no haya estado disponible. Han ingresado a mi padre. Tenía la tensión muy baja. Han resultado ser los electrolitos. Se quedará esta noche».

«Uf. Me alegro de que no sea nada grave. Espero que estés sentado. Si no, hazlo».

«¿Qué?». Me envió un emoticono de una cara aterrorizada.

«Son buenas noticias. Muy muy buenas noticias».

«Vale, suéltalo ya».

«He encontrado *Entre las ruinas*. Estaba encajado en el asiento de la cheslón de la torre».

«Ah. He visto las fotos, pero no lo entendía. Tenía la cabeza en

otras cosas».

Añadió una divertida serie de exclamaciones que me hicieron reír.

—¿Qué es eso tan gracioso? —preguntó mi madre de manera significativa.

—Disculpad. Kieran me ha puesto al día sobre el estado de su padre y luego le he contado la gran noticia. Está bastante emocionado. —Noté que se me dibujaba una gran sonrisa—. Ay, que tampoco os lo he contado a vosotros, ¿verdad?

—No —dijo tía Violet con un resoplido—. No sabemos nada de nada.

—He encontrado la segunda novela de Selwyn Scott. Se titula *Entre las ruinas* y nunca se publicó. *Lady* Asha quería hacerlo y, ahora que por fin hemos dado con él, podrá.

—No sabía que había un segundo libro —comentó tía Violet—. ¿Cómo se me ha podido pasar?

—Nadie lo sabía. Descubrí una mención en una carta que recibió el editor de Selwyn Scott. Por algún motivo, nunca llegó a publicarse. Pero ahora ya no hay ningún impedimento.

—Pero qué maravilla, menudo hallazgo —se alegró mi madre—. Eres una auténtica detective de libros.

Me acabé el último bocado de patata y salsa.

—Me gusta cómo suena eso.

Era probable que buscar libros resultara bastante más seguro que las investigaciones de asesinato en las que acababa involucrada.

Después de cenar, tía Violet y sir Jon fueron al Magpie a escuchar música celta. Mi madre y yo nos quedamos para seguir leyendo *El manuscrito maldito*.

El manuscrito maldito (continuación)

Casi había alcanzado la ventana iluminada cuando oí que Estella me llamaba.

—*Signore* Marlboro. Espéreme.

¿Qué hacía allí fuera, sola y en medio de la oscuridad? Cuando

llegó junto a mí, le transmití mi preocupación.

—Cuando divisé la luz, salí al balcón para verla mejor —se explicó— y, unos minutos después, vi que abandonaba la casa. —Se llevó una mano al pecho, tratando de recuperar el aliento—. Tengo tanta curiosidad como usted por averiguar de quién se trata.

—¿Nunca ha visto a nadie aquí, en el monasterio?

Ella negó con la cabeza.

—Hace mucho que no. Años. Mi padre insistía en que me mantuviera alejada de las ruinas. Decía que eran peligrosas.

—Y tenía razón. No se aleje de mí, así velaremos el uno por el otro.

Me puse al frente y nos conduje a través de las altas hierbas y las piedras desmoronadas.

Poco después llegamos junto a la ventana, pero descubrimos que la altura del alféizar nos impedía echar un vistazo al interior. ¿Qué podíamos hacer? Examiné las paredes tratando de encontrar la manera de entrar.

—Súbame para que pueda mirar por la ventana —propuso Estella.

Sopesé la idea, calculando la distancia y su altura. Quizá funcionase.

—De acuerdo, probémoslo. Procure que no la vean. No diga nada.

Me miró con gesto divertido.

—No se preocupe.

Me agaché un poco y entrelacé las manos para que ella pudiera usarlas a modo de escalón. Colocó su pie diminuto en mis palmas y la alcé.

Estella se agarró al saliente de la ventana mientras trataba de ver algo por encima del borde. Entonces, noté que se tambaleaba y se inclinó hacia atrás, lo cual me obligó a rodearla con mis brazos para frenar su caída. Aun así, ambos nos precipitamos al suelo.

—¿Por qué ha hecho eso? —susurré, frotándome el codo y la rodilla.

En lugar de contestar, alzó la mirada hacia la ventana, boquiabierta. Dirigí los ojos hacia allí y al momento comprendí su asombro.

Había un monje encapuchado.

—Pueden usar la puerta —nos advirtió con voz grave—. Será más fácil.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Me despertó un mensaje de Kieran.

«Malas noticias».

Se me aceleró el corazón.

«¿Tu padre?».

Conteniendo la respiración, esperé la respuesta.

—Vaya mierda, Puck —dije. El gato, tumbado en la almohada que no utilizaba, alargó una pata para tocarme el brazo.

«Perdona, no quería preocuparte. Puede que esta noche llegue tarde al baile».

«¿El baile? Eso me da igual. Me alegro de que tu padre esté bien. Porque lo está, ¿no?».

«Sí, sí. Mucho mejor. Hoy tenemos otra visita con los médicos». «Uf. Dile que Puck le envía muchos ánimos».

«Ja, ja. Vale. X».

Mmm… «X». Algunos británicos cerraban los mensajes y todo lo que publicaban con una equis, lo cual transmitía una intimidad cordial. Kieran no.

Lo pensé un momento y subí la apuesta con un abrazo.

«O».

Me envió un emoticono sonriente como respuesta.

Vale. Ya que estaba despierta, quizá era mejor que me pusiera en marcha en lugar de intentar dormir un poco más. Descorrí las cortinas para echar un vistazo a la calle, un ritual matutino. Ese día,

la escarcha cubría los adoquines, los cubos de basura y los tejados, que desprendían vapor con la salida del sol. Había luz en el Tea & Crumpets, así que decidí ir a desayunar al local de Daisy.

—Hoy va a hacer un frío que pela, Puck —dije, abriendo un cajón en busca de un jersey de lana—. Un día de suéter.

Una ducha rápida después, estaba cruzando la calle para entrar en la cafetería. Daisy limpiaba una mesa y colocaba tazas y platos en una bandeja alta de plástico. Levantó la cabeza cuando las campanillas tintinearon.

—Buenos días, Molly. ¡Esa puerta!

La cerré como pude, peleándome con el viento.

—Ahí fuera te hielas.

La cafetería estaba tranquila, lo que significaba que Daisy tendría tiempo para charlar un rato. Solo había unas pocas mesas ocupadas, en las que se sentaba gente que tecleaba en sus portátiles o miraba el móvil. Se oía música clásica por los altavoces, lo bastante baja para poder mantener una conversación íntima.

Daisy pasó la bayeta por la mesa que acababa de recoger antes de volver al mostrador.

—¿Qué te pongo?

—El café de siempre y algo para desayunar. —Le eché un vistazo al expositor de la bollería—. ¿Bollitos rellenos de salchicha? Perfecto. Dos, por favor.

—¿Calientes? —Daisy los colocó en un plato.

—Sí, gracias. Son para comer aquí. —Me apoyé en el mostrador y miré mientras ella los metía en el microondas y encendía el hervidor —. Tengo un montón de noticias. Ah, y esta noche hay un baile en el St. Aelred.

—Estoy apuntada. —Daisy sacó el plato del microondas—. Tim y yo vamos a conjunto. Seremos los protas de *Nosferatu*.

Me reí.

—Genial. Kieran y yo nos hemos inspirado en *El manuscrito maldito*. Espero que le dé tiempo de volver de Londres.

—¿Londres?

Daisy colocó en mi bandeja unos cubiertos envueltos en una servilleta antes de verter el agua hirviendo en el cono de café con destreza.

—Su padre tenía que ir al médico. —Esperé a que terminara de echar el agua—. ¿Tienes un minuto?

Miró la calle desierta por los ventanales.

—Claro, hasta que entre alguien.

Cogió una taza de té y se sentó conmigo en la mesa de la esquina.

—Tengo la sensación de que hace siglos que no nos vemos —comenté después de darle un bocado a los sabrosos bollitos de salchicha y beber un delicioso e intenso trago de café—. La última vez fue en la visita guiada, ¿no?

Daisy sopló su té para que se enfriara un poco.

—Es como si hiciera meses.

—Y que lo digas. —Le di otro bocado a mis bollitos mientras pensaba por dónde empezar. ¿Quizá por la mejor noticia de todas? —. He encontrado *Entre las ruinas*.

Se le escapó tal chillido que atrajo la atención de los demás clientes. Tras alguna que otra mirada curiosa, todo el mundo se concentró de nuevo en sus dispositivos.

—Eso es fabuloso, Molly. ¿Dónde estaba?

Le conté la excursión a la torre.

—Es muy guay hacer un descubrimiento literario revolucionario —concluí.

—¿Algún avance en cuanto a la verdadera identidad de Selwyn?

—Nada definitivo.

Le enseñé las muestras escritas a mano mientras le relataba el viaje al cementerio, lo cual me condujo a una pequeña deliberación sobre las zapatillas naranjas de Oliver, y de ahí pasé a hablar de mi visita a la tienda de Reginald Dubold y la redada de sir Jon y su equipo.

Daisy escuchaba haciendo algún que otro apunte o dejando escapar una exclamación.

—No has estado perdiendo el tiempo, ¿eh? Madre mía. —Un sorbo de té—. Y aún no saben quién mató a Thad, ¿verdad?

—Todavía no han detenido a nadie.

—¿Han encontrado su teléfono? —preguntó Daisy.

Empecé el segundo bollito, que estaba tan bueno como el primero.

—Que yo sepa, no. Una lástima, porque a lo mejor Thad quedó con alguien en la puerta. Eso le pondría un bonito cierre al caso, ¿no?

—Pues sí —contestó Daisy con la mirada perdida—. Bueno, ¿en qué punto nos encontramos?

Me gustaba que siempre se apuntara a acompañarme en los enredos en los que me metía.

—Aún no está claro lo de Selwyn, pero tiene que ser Agatha, Frances o Samuel. —Se me ocurrió algo—. O dos de ellos. Quizá eran coautores. —Me guardé la idea para analizarla más adelante—. Cambiando de tema, el caso de Thad parece que está encallado. Igual que el asunto del manuscrito robado.

—¿Crees que fue alguien del St. Aelred?

—No sé si del St. Aelred, pero alguien que asistió a la charla de Oliver, seguro —aclaré—. Desde entonces, he averiguado que Thad conocía a Reginald Dubold, que está metido en una buena por vender libros de manera ilícita. Lo más probable es que los de Amy acabaran allí por esa vía, aunque no se sabe si a propósito o no. Partiendo de ahí, no es tan descabellado que alguien del grupo de amigos también viera la oportunidad de vender el manuscrito ilegalmente.

—Has dicho que no lo han encontrado en la librería. ¿Lo que significa…?

—Pues no lo sé, la verdad. Quizá Reginald haya mentido y ya lo haya vendido. O que aún falte cerrar el trato. A lo mejor estaba buscando un comprador.

Lanzaba teorías al tuntún.

—Lo último que has dicho, que quizá aún lo tenga el ladrón… —A

Daisy le brillaron los ojos—. Se me ha ocurrido una idea. Igual es un poco loca, y seguramente venga de que anoche estuve viendo un programa de detectives…

—Esas son las mejores —afirmé, asintiendo para animarla a que continuara hablando—. Sigue.

—Envía un mensaje a las personas de las que sospechas haciéndote pasar por Reginald y di que tienes un comprador.

—Daisy… ¿En serio? Verían mi número.

—Compra un teléfono de prepago —repuso emocionada—. Me juego lo que quieras a que él también utiliza uno de esos para sus negocios.

—Vale —dije despacio—. ¿Y si contesta alguien? No serviría como prueba.

Me encogí pensando en la probable reacción de Sean Ryan y sir Jon. Uf.

—Puede que no, pero sabrás dónde está el manuscrito y luego ya se te ocurriría algo.

Me encantaría saber dónde estaba… y recuperar el valioso documento antes de que lo destruyeran o se perdiera para siempre. Y, entonces, caí en una objeción definitiva.

—No tengo sus números.

—Claro que sí —repuso Daisy—. Mira en el kit de bienvenida que repartieron en la charla de Oliver. Había una lista de asistentes a la conferencia, con sus números de móvil y la dirección de correo electrónico. —Debí de poner cara de incredulidad porque añadió—: Recogí más de uno cuando terminó. La gente los dejó por ahí tirados.

Recordé que yo aún llevaba el mío en el bolso. Ni se me había ocurrido mirar dentro de la carpeta.

—¿De verdad crees que debería hacerlo? —¿Y si averiguaban que había sido yo quien había enviado el mensaje? Aunque, ¿cómo, si uso un teléfono de prepago?—. Me lo pensaré. ¿Quedamos luego? Podríamos ir caminando al baile.

—Hecho. —Daisy se levantó de la mesa—. ¿Te lo relleno para

llevar?

Ese día, a las siete, estaba vestida para el baile, pero Kieran aún no había regresado de Londres y yo tenía un teléfono de prepago encima de la cama mirándome de manera acusadora.

Era la primera vez que compraba uno de esos chismes. Aunque eran totalmente legales, tenía la sensación de estar haciendo algo ilícito, quizá porque era lo que solían usar los delincuentes, al menos según las novelas que había leído. Además, había sido muy barato.

Justo al lado estaba la hoja que acompañaba el kit de bienvenida, que no había tirado. Daisy tenía razón, la mayoría de los asistentes habían adjuntado sus direcciones de correo y sus números de teléfono. Había visto ese tipo de listas antes, en conferencias de biblioteconomía. Aunque sospechaba que el objetivo de los organizadores era ayudar a la gente a establecer contactos, no a tender una trampa.

—¿Molly? —Oí que Daisy me llamaba desde el piso de abajo antes de empezar a subir la escalera. Puck saltó de la Cama y fue a saludarla. Cuando entró en la habitación, ya lo llevaba en brazos—. Qué gatito tan mono —dijo, acariciándole la cabeza—. Las veces que te vi merodeando en la calle y ahora tienes un nuevo hogar.

Se lo habría quedado ella, pero no se permitían gatos, ni su pelo, en las cafeterías por motivos sanitarios.

—Estoy lista. —Me miré una vez más en el espejo. Tía Violet había encontrado un chal negro de encaje con el que me cubriría la cabeza, a modo de mantilla. Le daba el toque perfecto a mi traje.

—Estás guapísima. —Daisy dejó a Puck en el suelo y dibujó un círculo en el aire con un dedo—. Date la vuelta.

Giré como me había pedido.

—Tú también estás muy guapa.

Llevaba un vestido de tafetán muy similar al mío, un chal de lana sobre los hombros, sujetado con un camafeo, y el pelo le pendía en tirabuzones.

Daisy se lo atusó.

—No está mal. Pero ¿te imaginas este jaleo todos los días?

—No, en eso tenemos suerte, ¿verdad? —Miré a mi alrededor buscando el bolsito de mano con el que acompañaría mi conjunto esa noche—. Ni siquiera tenemos que llevar ropa interior si no queremos.

Rio.

—Cierto. —En ese momento, reparó en el móvil que había en la cama—. Has comprado uno. —Lo cogió y lo examinó por todas partes—. ¿Le has enviado un mensaje a alguien?

—Aún no. —Encontré el bolso, metí mi teléfono personal y, a continuación, las llaves, un monedero diminuto con dinero y mi carné de identidad.

Daisy se sentó en la cama.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Venga.

Me quedé quieta, con el bolso en la mano, y volví a dejarlo en el tocador.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Si son inocentes, no le harán ni caso. Y seguramente te bloquearán. No pasa nada. —Daisy ya estaba repasando la lista—. Hay unos cuantos nombres, ¿eh?

Me senté a su lado.

—Sí, lo sé, ese es justamente el problema. No todos asistieron a la charla.

—Puede que Oliver tenga la lista de los que acudieron —apuntó Daisy.

—Es posible. —Vacilé—. Supongo que podría pedírsela, pero tendría que explicarle para qué la quiero.

Cuantas menos personas supieran qué nos traíamos entre manos, mejor. Si fracasábamos, nada saldría de esa habitación y todo quedaría entre Daisy, Puck y yo.

—¿Por qué no empezamos entonces por los protagonistas principales? —Daisy volvió a echarle un vistazo a la lista—. Apuesto a que la mitad de la gente que fue ni siquiera sabe quién es Selwyn

Scott. Los alumnos de Oliver sí, seguro.

Me eché a reír.

—Sí, estoy convencida de que aprovecha para mencionar el parentesco. —Me acerqué un poco para mirar por encima de su hombro—. Entonces, Amy, Josh y Wesley. Les enviaremos un mensaje a ellos. Ah, y a Sophie Verona.

No me decidía a incluir a Oliver. Si Kieran descubría…

Daisy no me presionó.

—Vale. ¿Y qué decimos?

—Algo no muy rebuscado. —Lo pensé un momento—. ¿Qué te parece: «Tengo comprador. Envíame un mensaje si quieres que proceda»?

—Me gusta. Corto y simple, no revela nada. Primero, a Josh.

Daisy introdujo su número y empezó a escribir en la casilla de texto.

—¿Sabes?, Amy tuvo una reacción muy rara cuando supo que estaban investigando a Reginald Dubold.

Mientras Daisy acababa el mensaje, le conté que se había sorprendido mucho cuando mencioné el nombre del librero.

—Entonces a lo mejor no contesta —dijo Daisy—. Puede que crea que se lo envía la policía.

—Cierto.

Y llegaríamos a otro callejón sin salida. En cualquier caso, no se perdía nada, salvo unos minutos por nuestra parte. Y unas cuantas libras. Tal vez pudiera revender el teléfono y recuperar algo.

Daisy envió el mensaje a los tres estudiantes y luego me pasó el teléfono.

—Llévatelo por si alguno de ellos contesta.

—Espera. ¿Y por qué no le escribimos también a Sophie?

Pasé las páginas de la lista hasta el principio. Sophie, Oliver y Thad aparecían como los contactos de la conferencia.

«Thad». Pensé en el móvil desaparecido. El asesino podría haberlo tirado en algún sitio, en una papelera o al río, aunque esperaba que no. O pasarle por encima con un coche. Pero ¿y si se

lo había quedado? Llevada por un impulso, le envié el mismo mensaje al número de Thad. Y a Sophie.

—Ya está, hecho.

Con suerte, alguien contestaría.

Sin poder evitarlo, pensé en *El manuscrito maldito* y en la manera en que la codicia había llevado a tantos problemas. Thad no estaba satisfecho con lo que tenía, pese a que, según decía todo el mundo, era bastante más que suficiente. Quien hubiera robado el manuscrito había caído en la tentación de hacer dinero cometiendo un delito. Y lo peor de todo era que la codicia de Thad, sus ansias de dinero, de acaparar la atención de Amy y, sin duda, de más cosas que desconocíamos aún, había conducido a su muerte. O eso era lo que yo creía.

El manuscrito maldito (continuación)

El monje nos indicó una puerta en la que no había reparado y aguardó allí por nosotros con su lámpara, mostrando una gran consideración por su parte. Debo reconocer que su bienvenida me sorprendió, pues era lógico considerar que solo un ermitaño rondaría un monasterio abandonado.

—Tuve mucho trato con su padre —declaró, dirigiéndose a Estella mientras avanzábamos por un pasillo medio en ruinas—. Mis condolencias.

La joven inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—¿De qué lo conocía?

—Coincidimos en varias ocasiones a lo largo de los años —fue la críptica respuesta—. En cierto modo, era un hombre dispuesto a defender con vehemencia aquello en lo que creía y manteníamos largos debates. Ya saben lo que se dice: hierro con hierro se lima.

Levantó la lámpara un poco más para iluminar la habitación a la que nos había acompañado.

Además de una mesa y una silla, la pequeña estancia contenía un camastro y un par de bolsas de viaje.

—Mi burro está en el establo —nos explicó mientras dejaba la lámpara en la mesa—. Peregrino de un sitio a otro, dejándome

llevar.

Lo imaginé recorriendo Italia, de ruina en ruina. Aunque lo más probable era que se detuviera en monasterios que seguían habitados.

—¿Qué lo ha traído aquí? —Tuve la osadía de preguntarle. Pese a la belleza y el esplendor del lugar, poca comodidad habría de encontrar en un sitio semejante. ¿Por qué no había solicitado asilo en la mansión? No sería el primer hombre santo que lo hiciera.

Estella pensó lo mismo.

—¿Por qué no ha acudido a mí? Le habríamos prestado cobijo con sumo gusto.

El monje negó con la cabeza.

—Un ofrecimiento muy amable, *signorina*. Sin embargo, necesito estar a solas cuando escribo. —Nos indicó la mesa, en la que había un tintero y unas páginas sueltas. Inspiró hondo, paseando la mirada por las paredes de piedra de la habitación—. Fue aquí, en esta misma sala, donde se escribió *Las divagaciones de un monje*, obra fundamental en la que me inspiro, pese a que mis logros palidecen en comparación.

Esperaba que fuera así, dado el malhadado efecto que el libro original poseía fama de producir en sus dueños.

—Mi padre tenía ese libro —dijo Estella—. Ahora es mío. —Suspiró—. Ya he recibido ofertas para su adquisición. Entre otras, la del acompañante del señor Marlboro.

Los ojos del monje relumbraron en las profundidades de la capucha.

—¿Acaso ese hombre sabe que no se trata solo de un bonito ejemplar que admirar en un estante? Posee un enigmático poder que puede ser peligroso.

—Qué cosas dice. —Estella se echó a reír—. A mí me resulta una lectura de lo más amena.

—¿Lo ha leído? —La figura del monje pareció crecer cuando se cernió sobre la menuda joven—. ¿Lo ha abierto y ha mirado las páginas?

Estella retrocedió desconcertada.

—Por supuesto. ¿Cómo si no pretende leer un libro? —repuso, imitando los gestos propios de alguien dedicado a la lectura.

Tal vez consciente de que resultaba intimidante, el hombre se echó hacia atrás y se quedó mirando al vacío, como si estuviera absorto en sus pensamientos. Luego, murmurando para sí mismo, empezó a caminar por la estancia con las manos entrelazadas a la

espalda.

Estella y yo intercambiamos una mirada. Se estremeció, mal abrigada con un chal que a duras penas la protegía del frío que imperaba en la habitación, y le ofrecí mi chaqueta igual que haría un caballero. Me sonrió agradecida mientras se la echaba por los hombros.

—Yo nunca lo he leído —dijo el monje al fin—. No me he atrevido.

—No lo entiendo. —Estella ladeó la cabeza.

—Por descontado, bella dama. Obviamente es una joven inocente de corazón puro. —Clavó sus ojos en ella largo rato, como si escudriñara su alma—. No sé si revelarle lo demás, en vista de la muerte de su padre.

—¿Por qué? —exclamó Estella—. No comprendo. El libro me pertenece y debo conocer cuanto le ataña.

Tuve un presentimiento, solo era una teoría, pero, en lugar de expresarla en voz alta, esperé a que el monje arrojara luz sobre el asunto. ¿Cómo no iban a considerar loco al autor? ¿Quién creería semejante delirio? La gente decía que las muertes eran pura coincidencia, que ese era el modo en que el objeto se ganaba la reputación de estar encantado… o maldito.

El monje cerró los ojos e inspiró hondo. Tuve la impresión de que se preparaba para revelar lo que sabía. Como si, una vez pronunciadas, las palabras y sus consecuencias no pudieran borrarse.

—Adelante, amigo —lo apremié, tal vez sin el respeto que se le debe a un clérigo—. Según entiendo, se trata de una cuestión de vida o muerte.

Y todo parecía indicar que realmente era así.

Tomó aire con brusquedad y enderezó la espalda.

—Muy bien. Se lo diré. Después de que me prometan que se abstendrán de tacharme de mentiroso ni de atacarme a mí o a mi reputación de ningún modo.

—Se lo prometo —dijo Estella—. Pese a que es un gran descargo de responsabilidad.

—Enseguida entenderá por qué.

El hombre vaciló de nuevo y sentí la tentación de estrangularlo para que hablara de una vez, un comportamiento totalmente impropio para con un hombre que vestía las órdenes sagradas y que podría dar con mis huesos en la cárcel.

La tensión se palpaba en el ambiente. Nadie se atrevía a

respirar. Por fin, el monje habló.

—El libro posee un poder raro y misterioso. Cada lector descubre un relato distinto.

—¿Se refiere a que lo interpreta de manera diferente, según su manera de pensar? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Se trata de historias distintas por completo. El libro refleja el alma de su lector, por ese motivo muchos han muerto durante su estudio: se ven asaltados por el flagrante e inevitable retrato de sus pecados ocultos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cuando bajamos, me alegré de ver a George sentado a la mesa de la cocina tomando un té con mi madre y tía Violet.

—Hola, forastero —lo saludé, acercándome para darle un abrazo. No lo había visto desde la visita guiada.

El hombre ahogó una risita y se sonrojó.

—Menudo regalo para la vista, muchachas. ¿Es lo último que se lleva para ir a la discoteca?

Estallamos en carcajadas.

—Ni de cerca —contesté y giré sobre mí misma para que pudieran admirar el vestido en todo su esplendor. Daisy me imitó—. Vamos al baile gótico del St. Aelred.

Viendo que aún teníamos unos minutos antes de reunirnos con Tim, decidí poner a George al día. Le conté lo que había ocurrido con Reginald Dubold y los libros de Amy, que Sophie se había enterado de que alguien estaba amañando las cuentas del instituto y lo de las zapatillas naranjas de Oliver. Mencioné que había encontrado *Entre las ruinas*, pero no que Daisy y yo le habíamos tendido una trampa al ladrón. Aún no estaba preparada para reconocerlo.

George asimiló la información mientras asentía con la cabeza e intercalaba alguna interjección.

—Todo gira en torno a Thad, ¿eh? Tenía la tarjeta de visita del librero y llevaba las cuentas de la asociación.

—Supongo que no le sorprende a nadie —dije—. Parece que siempre iba corto de dinero. Incluso le pidió prestada una buena cantidad a su primo, que dispone de muchos menos recursos.

—¿Así que alguien siguió su ejemplo y robó el manuscrito? —aventuró George—. En ese caso, lo más probable es que Thad conociera al ladrón.

Daisy y yo intercambiamos una mirada. Esa también era nuestra teoría. Pensé con incomodidad en la reacción de Amy cuando pronuncié el nombre de Reginald. No quería que ella fuera culpable, cosa que demostraba mi parcialidad.

—¿Creéis que el asesinato de Thad tiene un móvil económico? —preguntó mi madre.

—Podría ser —contesté—. También acosaba a Amy, que era su exnovia, un asunto que fastidiaba bastante al chico con el que Amy sale ahora, que también era amigo de Thad. O sea, a Josh, el chico al que interrogó la policía. Aparte de que encontraron una chaqueta manchada de sangre en su habitación.

—¿Y no lo han detenido? —preguntó George—. Pues si no lo han detenido es que no tienen suficientes pruebas, ni siquiera con la chaqueta.

—Es probable que las pruebas forenses no apunten a Josh —intervino tía Violet, fingiendo mirarnos tras una lupa invisible—. Mejor para él.

Recordé el día de caza de Escocia.

—Y puede que hubiera un primer intento de asesinato.

Les expliqué que Thad estaba cazando urogallos y que casi lo alcanza una bala perdida.

—¿Quiénes estaban allí? —preguntó George—. ¿Alguno de nuestros protagonistas?

—Josh y Wesley fueron con él. Y Amy, aunque ella se quedó junto al fuego con las tías de Thad, ya mayores, según me contó.

George bebió un sorbo de té con aire ausente.

—Es todo un enigma, desde luego.

—Y que lo digas. Seguramente por eso el caso está estancado.

Suspiré, viendo que mis esperanzas de que George lo resolviera todo con uno de sus concisos, expresivos y perspicaces comentarios se iba al garete.

—¿Has visto el correo de hace un rato? —preguntó—. No sé cómo he acabado en la lista de distribución del St. Aelred y han enviado un comunicado por correo electrónico: han ascendido a la doctora Sophie Verona y ahora es profesora titular.

—Pues vaya —gruñí—. Oliver también aspiraba a ese puesto. Debe de haberse llevado un buen chasco. —Me pregunté si dejaría la enseñanza, como había dicho—. Otra vez Thad. Es evidente que su queja ha conseguido impedir el avance del primo de Kieran.

Aunque no dudaba de George, busqué el anuncio en la página web del St. Aelred.

Ahí estaba. Verlo en la pantalla me afectó casi tanto como si Oliver fuese mi primo. Leyendo la noticia por encima, vi que Sophie había recibido elogios por sus artículos académicos sobre novelistas ingleses y que uno que trataba sobre el justo castigo, centrado en *El manuscrito maldito*, había recibido un premio.

Otra vez esa expresión. Justo castigo.

—Siento que lo asesinaran, pero debo decir que Thad no parece un tipo muy simpático —comentó George.

—No, no lo era. —Trataba sin miramientos a sus conocidos hasta que se hartaban de él. Le eché un vistazo al reloj—. Será mejor que espabilemos. Es hora de ir a buscar a Tim y dirigirnos al baile.

Acompañadas por un coro de «Que os divirtáis» e «Id con cuidado», Daisy y yo nos pusimos los abrigos, los gorros y los guantes y salimos a la fría tarde.

Llegamos a la tienda de bicis justo cuando Tim asomaba por la puerta luciendo un traje Victoriano, un bombín y un bastón de empuñadura plateada.

—A esto lo llamo yo estar sincronizados —comentó Daisy, y le dio un beso fugaz—. Qué elegante.

—Estaba esperándoos —dijo él, haciendo girar el bastón—. ¿Me permiten acompañarlas al baile, bellas damas?

—Por supuesto, amable caballero —contesté con una leve reverencia—. Lord Scott ruega que lo disculpe.

En realidad, el título nobiliario correspondía al hermano de Kieran por ser el primogénito, pero Daisy y Tim se echaron a reír sabiendo que bromeaba.

—Tengo entendido que lord Scott se halla preso en las oscuras entrañas de la capital —prosiguió Tim siguiéndome la corriente—. Quiera Dios que salga ileso.

—Ya puede usted decirlo. Aguardo su ansiado regreso al remoto condado de Cambridge con el corazón en un puño.

Agité la mano como si me embargara una profunda emoción.

Daisy me agarró por el brazo.

—Le suplico que no se deje desfallecer, señora. Los adoquines no son un lecho digno de tan bella figura.

En la misma línea, entrelazamos los brazos y fuimos caminando hasta Trinity Street, donde nuestra vestimenta inusual atrajo bastantes miradas. Tim, completamente metido en su papel, se tocaba el sombrero para saludar a los transeúntes y les deseaba una buena tarde.

—Qué divertido —dijo Daisy cuando alguien nos silbó—. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—Hasta podríamos sacarnos un dinerillo extra —comentó Tim.

Se soltó de nosotras, se puso a cantar y a bailar una giga y sostuvo el sombrero delante de él, aunque volvió a encasquetárselo cuando vio que un hombre se metía la mano en el bolsillo.

—Tiene suerte, esta noche el espectáculo es gratis.

El hombre se alejó con sus acompañantes mientras sacudía la cabeza.

—De todo tiene que haber en la vida —oímos que decía.

—Es una ciudad universitaria, ¿qué esperas? —comentó uno de sus amigos.

Volvimos a cogernos del brazo y proseguimos nuestro camino

dando saltitos, sin parar de reír. Parecíamos Dorothy, el león y el hombre de hojalata en busca del mago.

Ya en la puerta principal, firmamos el registro y anotamos que nos dirigíamos al baile. El anciano bedel sonrió mientras repasaba los disfraces con la mirada.

—No había visto cosa igual desde que era niño —bromeó el hombre.

—No me diga que lleva aquí tanto tiempo —comentó Daisy en el mismo tono, agitando los rizos.

—A veces lo parece. —Nos tendió un mapa del campus—. Diríjanse al comedor y sigan las indicaciones. El baile se celebra en el sótano.

—Espeluznante y muy apropiado —dije—. Gracias por su ayuda.

—De nada. Que lo pasen bien.

Se volvió hacia la siguiente visita.

Entramos en el patio principal.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó Tim.

—Olvidaba que tú no has estado aquí. —Daisy le tiró de la manga—. Sígueme.

Otras personas disfrazadas se unieron a nosotros por el camino al edificio. Fantasmas. Mujeres vestidas de blanco. Condes, y condesas, Drácula. El ambiente era alegre y festivo, la gente estaba de ánimo juguetón y se perseguían unos a otros, riendo y gritando. Imaginé que muchos habrían pasado antes por el *pub*, a lo que se añadía la sensación de libertad que conllevaba hacerse pasar por otra persona.

Entramos en el edificio a través de las puertas y, como nos había prometido el bedel, encontramos las indicaciones que conducían al sótano, al que se llegaba por unas escaleras junto a las que había dos alumnos vendiendo tiques para el guardarropa, sentados a una mesa. Me fijé en el que lucía un abrigo negro entallado y un sombrero con pluma de la década de 1930 y vi que se trataba de Amy, debajo de una gruesa capa de maquillaje.

—Rebeca, supongo —dije—. El disfraz es genial.

Amy levantó la vista, sorprendida, y una sonrisa afloró a sus labios cuando me reconoció.

—Lo has adivinado. —Se tocó el pelo, que se había ondulado—. Un poco más recargado de lo que estoy acostumbrada, pero a Josh le gusta. Él va vestido de Max. —De Winter. Me repasó con la mirada —. El tuyo también está genial. Muy gótico.

—Gracias. Voy de Estella, de *El manuscrito maldito*. —¿Eran imaginaciones mías o había apretado los labios ante la mención del libro?—. Mi novio, Kieran, iba a ser Matthew Marlboro, pero, por desgracia, aún no ha vuelto de Londres.

Mientras charlábamos, Tim le había comprado tres tiques al otro estudiante y me tendió uno.

—Ah, gracias. —Eché un vistazo a mi espalda—. Lo siento, estoy formando cola. —Cogí el tique y me moví a un lado—. Nos vemos luego, Amy —me despedí mientras ya estaba atendiendo a la siguiente persona.

—Dejamos los abrigos y vamos un momento al lavabo, ¿vale? —propuso Daisy—. Tim, ¿nos esperas en la escalera?

Tim dijo que sí y nos pusimos a la cola para entrar al cuarto de baño, que avanzaba poco a poco. Abrí el bolso y le eché un vistazo al teléfono de prepago con curiosidad por saber si había respondido alguien.

—¿Hay suerte? —preguntó Daisy.

—Nada de nada. —Abrí la aplicación de mensajería para comprobarlo y vi que había un par de mensajes que seguían en la bandeja de salida—. Ay, no, no se han enviado.

—Pues hazlo ahora —dijo Daisy—. Sospecho que en el sótano no habrá cobertura.

Bajo tierra y envueltos por paredes de piedra, me temía que no. Lo que significaba que tendría que salir de vez en cuando para mirar si había llegado algo, pues supuse que en el sótano no recibiría mensajes. Los envié de nuevo, aunque esta vez esperé a oír el sonidito que anunciaba que ya estaban en camino antes de guardar el móvil.

Una cosa menos, ahora ya podía dedicarme a contemplar a la gente mientras seguíamos en la lenta cola. Los disfraces eran muy divertidos y demostraban mucha creatividad. Un monje con una máscara negra que hacía desaparecer su rostro dentro de la capucha se abrió paso a través de las puertas de la entrada.

—Ese es Wesley —avisé a Daisy—. Dijo que vendría de monje.

Luego, le eché un vistazo al calzado que llevaba.

«Zapatillas naranjas». Debí de dar un respingo porque Daisy se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa?

—No sabía que tenía unas zapatillas naranjas.

Daisy frunció el ceño confusa.

—A lo mejor no es Wesley. Tim dice que se llevan mucho.

Apenas la oí, ocupada en dar rienda suelta a mi imaginación. Vi a Wesley matando a su primo, pasando por nuestro lado a la carrera, oculto bajo su disfraz, y entrando en la universidad por una puerta distinta. Luego, habría subido a su habitación, donde se habría quitado la chaqueta, las zapatillas y la máscara a toda prisa. Le habría dado tiempo. El St. Aelred no era una universidad tan grande.

Pero ¿por qué se pondría de nuevo esas zapatillas? ¿Por qué no deshacerse de ellas como había hecho con la chaqueta?

Entonces, caí en la cuenta: para poder colocárselas a alguien, esa persona y él debían usar la misma talla, por eso se las había quedado y las llevaba a todas partes, casi como si las exhibiera delante de todo el mundo.

Daisy me dio un fuerte codazo e interrumpió mi descenso a la madriguera del conejo.

—Vuelve. Cuando salgamos del lavabo, seguiremos a ese monje y descubriremos quién es.

—Qué bien me conoces —dije con tristeza, pensando que entonces tenía que tratarse de Oliver. Le envié un mensaje.

«¿Vas al baile? Busca a Estella, de *El manuscrito maldito*. Kieran no puede venir. Nos vemos».

Cuando guardé el móvil, me quedé helada unos instantes. ¿Qué

teléfono había usado? Uf. El mío. Qué lío con tanto móvil. ¿Cómo lo hacían los delincuentes? Imaginé a un camello enviándole a su madre información de dónde había dejado el material. A ver cómo se lo explicaba luego.

Por fin llegamos a la puerta del baño cuando mi teléfono sonó. Oliver estaba en el baile y nos buscaría.

«Qué guay el disfraz. Yo voy del monje del libro».

A lo mejor llevaba las zapatillas naranjas.

—Disculpa que te hayamos hecho esperar tanto rato —le dijo Daisy a Tim cuando nos reunimos con él en la escalera—. La cola no avanzaba ni para atrás.

—No te preocupes. Me lo he pasado bien mirando a la gente. —Nos dejó pasar primero y luego nos siguió—. ¿Para qué usarían los sótanos? —preguntó. Su voz rebotó contra las paredes mientras descendíamos los escalones de piedra.

—¿Como bodega para el vino? ¿O como mazmorra para los alumnos que no se portaban bien? —contesté. Las risas retumbaron junto con el eco de nuestros pasos.

La música *rock* se escuchaba más fuerte cuanto más descendíamos. Cuando llegamos abajo, nos topamos con una gruesa puerta de madera que, por fortuna, se abrió con facilidad y entramos. La fiesta se celebraba en una sala gigantesca y cavernosa con contrafuertes arqueados. En uno de los extremos, un grupo estaba dándolo todo mientras que en el otro había dispuestas mesas con comida y bebida. Nos dirigimos allí primero.

—¿Ponche o cerveza? —gritó Tim para hacerse oír por encima del ruido.

Había un tanque enorme de ponche rojo y supuse que contendría alcohol. También vi un par de barriles y a un hombre disfrazado de esqueleto al lado, sirviendo de ellos. En un cartel se leía: Cerveza Monk's Head.

—Cerveza —me decidí—. ¿Me pones una? —le pedí al esqueleto.

Me miró.

—Era para mí, pero claro.

Me sirvió una y luego otras dos para Daisy y Tim. Le dimos las gracias antes de que él también se alejara con una en cada mano.

—Salud —dijo Tim, chocando su vaso de plástico con los nuestros—. Ya estamos aquí.

Después del primer trago revitalizante, echamos un vistazo a lo que había para comer, y era delirante. Bolas de queso envueltas en jamón con forma de cara. Huevos rellenos que recordaban a ojos. Gambas en gelatina que parecían cerebros. Lombrices de gominola. Divertidos… aunque nada apetitosos. Una opinión minoritaria, a juzgar por cómo los devoraban a nuestro alrededor.

Cogí una galletita salada con un trocito de queso.

—Oliver dice que está aquí y que va de monje.

—El disfraz del día por lo que parece. —Tim señaló a otro más que teníamos cerca.

—No me extraña —apuntó Daisy—. Es sencillo y cómodo y puedes llevarlo encima de la ropa normal. —Le dio un tirón a su corpiño—. No como esta cosa, que está reforzada con ballenas.

—Para lucir hay que sufrir —dije, poniendo los ojos en blanco. ¿Cómo lo habían soportado las mujeres durante tanto tiempo? Daba gracias por la ropa interior ligera y la ropa elástica.

Otro monje más se abrió paso entre la multitud y vino hacia nosotros. Cuando estuvo a pocos pasos, se retiró la capucha y la máscara negra, que dejaron a la vista una mata de rizos pelirrojos. Wesley. Sonriendo de oreja a oreja.

Le miré los pies de inmediato. Zapatillas negras, no naranjas. Adiós a mi teoría.

—Eh, me alegro de que al final hayas venido —dijo, levantando la cerveza para chocarla con la mía. Sacudió la cabeza al ritmo de la música y miró a su alrededor—. Parece que ha tenido éxito.

—Pues sí. —Bebí un sorbo, alegrándome de verlo de tan buen humor. Por lo general, había estado taciturno o comportándose como un niño travieso, como cuando quiso asustarme en la tienda—. ¿Ha venido Josh? He visto a Amy vendiendo tiques.

Wesley señaló la abarrotada pista de baile con un gesto de la

cabeza y, al cabo de un momento, vi a Josh agitando su sombrero de copa mientras bailaba. Él también parecía mucho más contento que la última vez que lo había visto. Puede que ya hubiera empezado a borrarse el recuerdo de que se lo había llevado la policía.

Daisy y Tim fueron a la pista y prácticamente los perdí de vista al instante.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Wesley.

—La verdad es que ahora no me apetece —contesté—. Puede que luego. Gracias, de todos modos.

En lugar de buscar otra pareja, Wesley se quedó a mi lado, sin hablar apenas. No dejaba de mirar el teléfono, que llevaba en el bolsillo del hábito. La tercera vez que lo hizo, me sorprendió mirándolo.

—Estoy esperando un mensaje.

—Ya, siempre pasa; cuanto más lo miras, menos llaman.

Sonrió mientras se lo guardaba.

—Es verdad. Mejor lo dejo.

Su actitud alerta hizo que me entraran ganas de echarle un vistazo a mis dos teléfonos, pero no me sentía cómoda haciéndolo allí, delante de él.

—A lo mejor no tienes cobertura aquí abajo —apunté—. Voy a subir a comprobar si yo también tengo mensajes. Estoy esperando que mi novio me diga algo. —«Y el ladrón del manuscrito». Señalé la salida—. Disculpa.

Tuve que abrirme paso a través de una sala atestada de gente para llegar a la escalera. ¿Qué aforo tendría el sótano? Porque todo parecía indicar que ya se había alcanzado.

El pasillo de arriba estaba desierto y no vi ni a Amy ni a su compañero por ninguna parte. Tampoco había cola en el lavabo, así que entré en el cuarto de baño imaginando que allí tendría intimidad. Ya dentro del cubículo, abrí el bolso y saqué el móvil. Sin noticias de Kieran. Le envié un mensaje.

«Estoy en el baile y te echo de menos. Espero que todo vaya

bien».

Contestó de inmediato: «De camino a casa. Buenas noticias. Intentaré llegar al baile antes de medianoche. No subas a la calabaza hasta que esté ahí».

«Buenas noticias» debía de significar que todo había ido como debía con su padre. Qué alivio.

«Perfecto a todo. Busca mi zapato, príncipe, y me encontrarás».

Para asegurarme, le hice una foto a mi bota y se la envié. Recibí un pulgar hacia arriba.

Después le tocó al de prepago. Noté que se me aceleraba el pulso cuando encendí la pantalla. Al darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración, tomé aire.

Tenía un mensaje. ¿De qué número? Sentí que el corazón me aporreaba el pecho cuando reconocí los últimos cuatro dígitos del de Thad. Lo sabía. Alguien se había llevado su móvil. ¿El asesino? ¿El asesino y el ladrón eran la misma persona?

«Tranquilízate y abre el mensaje».

Decía: «Me alegro. ¿Qué precio han aceptado?».

Oh, oh. No tenía ni idea de lo que habían convenido Dubold y el ladrón. ¿Qué le decía? Finalmente me decidí por algo impreciso.

«Más de lo que habíamos acordado. Están impacientes».

«Genial. ¿Cuándo podemos hablar? Me gustaría saber más, en persona».

¿Y ahora qué? Podía hacerme pasar por Reginald Dubold en un mensaje, pero no en la vida real.

Lo que sí podía hacer era montar guardia y ver quién acudía a ese encuentro imaginario.

Finalmente, ideé un plan.

«¿Frente a la Master's Lodge Gate del St. Aelred en quince minutos?».

«Hecho».

Tenía un cuarto de hora para informar a Daisy y Tim de lo que ocurría antes de ir a la puerta. Lo pensé un momento. ¿Y si le remitía los mensajes a Sean Ryan? Como mínimo debería saber que

alguien estaba usando el teléfono de Thad. Sopesé si hacer lo mismo con sir Jon, dado que estaba investigando el robo de manuscritos.

Sin embargo, un par de cosas me convencieron de lo contrario, además de que quizá no le hiciera gracia que me inmiscuyera en su investigación. No podía asegurar que lo que Dubold pretendía vender era el manuscrito. O que Dubold hubiera sido el contacto. Solo eran suposiciones. Lo único indudable era que alguien había usado el teléfono de Thad, todo lo demás era fruto de mi mente calenturienta.

En cualquier caso, sí se los pasé a Sean, con un comentario.

«Por casualidad, he descubierto que alguien está usando el teléfono de Thad. He pensado que deberías saberlo. No te preocupes, no voy a encararme con nadie en persona».

Ahora que el móvil de Thad estaba encendido, quizá podían triangular la señal y localizarlo con esa magia tecnológica que usaban para encontrarlos.

En lugar de esperar una respuesta, que seguramente me pondría de vuelta y media, guardé los teléfonos y cerré el bolso. Tenía que ir a buscar a Daisy y a Tim. Lo más probable era que estuvieran preguntándose qué me había ocurrido.

Seguían en la pista y, en cuanto ella me vio, se acercó a mí sin dejar de bailar.

—Vamos, Molly. —Me tendió las manos.

—Después. —Me incliné hacia ella para hablarle al oído—. Han contestado al mensaje. Es de Thad.

—¿Qué?

Se colocó una mano alrededor de la oreja.

Le di unas palmaditas al bolso.

—El teléfono de Thad —repetí, dándole unas palmaditas al bolso, y vi que Daisy asentía—. Voy a espiarlo sin que me vea. Master's Gate.

Se apartó y arrugó la frente.

Junté el índice y el pulgar de cada mano para formar dos círculos

y me los puse sobre los ojos. A continuación, deslicé un dedo sobre los labios, como si los cerrara.

Daisy dejó de bailar y puso los brazos en jarras.

—Te acompaño.

Negué con la cabeza. Me acerqué de nuevo a su oreja.

—Nos descubrirá. —Ya nos veía a los tres, a Daisy, a Tim y a mí, intentando escondernos detrás de un árbol—. No voy a decirle nada, lo prometo.

Daisy me agarró con fuerza por el brazo.

—Ten cuidado —dijo—. Si no has vuelto en diez minutos…

Me aparté y asentí. Me miró durante unos segundos antes de zambullirse de nuevo en la pista.

Cuando me pasé por el guardarropa para recoger mi abrigo, aún me quedaban cinco minutos. La Master's Lodge Gate estaba en el siguiente patio, así que crucé el césped en diagonal para dirigirme hacia allí, por lo que pasé junto al campanario.

Encontré un seto detrás del que esconderme, desde donde veía la puerta con claridad y a cualquiera que se acercara. El viento sacudía los arbustos y las nubes se deslizaban poco a poco sobre la luna, oscureciendo aún más el sombrío y escasamente iluminado patio. El ambiente no podía ser más gótico y, cuando vi que una persona alta y con un hábito de monje avanzaba por el camino, resultó tan espeluznante que contuve un escalofrío.

Instantes después, se impuso la triste realidad y tuve que reprimir un gruñido: quien fuera llevaba la capucha puesta, de modo que no podía verle la cara. ¿Y ahora qué? Abrí un huequito entre los arbustos para ver si lograba atisbar la nariz, la boca, lo que fuera.

El hábito se mecía al paso del monje, que continuó su camino. Ya casi había llegado a la puerta. Dos minutos más y la habría cruzado.

No me quedaba otra alternativa. Pese a que le había prometido a Daisy que no lo haría, tendría que salir de mi escondite y hablar con el monje.

La figura encapuchada se dispuso a abrir la puerta, que quedaba a unos tres metros de mí, y corrí al camino, como si no hubiera

salido de entre los arbustos.

—¡Un momento! —le pedí—. Espera, ¿vas a salir?

Mi plan consistía en hacer ver que no sabía si la puerta estaba cerrada por dentro. Las visitas tenían que entrar y salir por la principal, donde se encontraba el bedel.

El monje se dio la vuelta y la capucha le cayó hacia atrás. Unos rizos pelirrojos brillaron a la tenue luz de una farola.

Wesley.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El manuscrito maldito (continuación)

El primer pensamiento que me asaltó tras la extraordinaria revelación del monje fue que jamás leería *Las divagaciones de un monje*. Pese a que procuraba hacer lo correcto, era desazonadoramente consciente de mis imperfecciones y lo último que deseaba era verlas expuestas sobre el papel, por así decirlo.

También comprendí el motivo por el que Estella había leído el libro sin sufrir menoscabo: era un alma inocente, inclinada a pensar lo mejor de los demás.

—¿Qué hizo mi padre? —preguntó con expresión atribulada. Empezó a temblar—. Debió de ser horroroso si el hecho de enfrentarse a sus pecados lo llevó a la muerte.

—No nos corresponde a nosotros juzgarlo —contestó el monje, a mi entender, con suma prudencia. Esa vía, tratar de conocer lo incognoscible, solo le procuraría dolor a Estella. Su padre había fallecido y ya no había nada que pudiera hacerse.

—Su padre está en manos de Dios.

La joven se tapó la boca.

—Eso espero. En lugar de… la alternativa.

El monje le tocó un hombro.

—Rece por su alma, querida niña. Es lo único que nos queda.

Desde mi rebeldía ocasional, sentí que sus palabras apelaban a mi espíritu de contradicción.

—Seguro que no es más que un cuento. ¿Cómo puede ostentar semejante poder un simple libro?

Me lanzó una mirada furibunda por respuesta.

—¿Acaso desea probar suerte? ¿Por qué ha muerto tanta gente

tras entrar en posesión de ese volumen maldito?

—Quizá murieron de miedo, sabedores de su fama —repuse—. Sus expectativas hicieron recaer sobre ellos su propia desgracia.

El hombre sacudió la cabeza con tristeza.

—Un pobre desgraciado vivió lo suficiente para escribir una carta en la que relató su experiencia. La belleza del libro lo fascinó hasta que se adentró en él. Dijo que vio las felonías que había cometido escritas con claridad ante sus ojos, con detalles que solo él podía conocer. Falleció poco después, suplicándole el perdón a su familia.

En mi opinión, aquello no eran más que delirios producto de un estado de ánimo exaltado. En lugar de discutir, decidí dejar al monje en su solitario e incómodo refugio y regresar a la villa.

—Le deseamos buenas noches —dije, cogiendo mi lámpara—. Espero que duerma bien.

Nos siguió con la mirada mientras nos dirigíamos a la puerta.

—Su escepticismo es comprensible, pero le ruego que, en esta ocasión, no trate de demostrar que me equivoco. Si pudiera, impediría que ese libro se cobrara más vidas. Sin embargo, en tanto que la codicia del hombre no tiene fin, me temo que eso nunca ocurrirá.

Al principio, estuve a punto de replicar con la intención de aclarar que la codicia no tenía nada que ver con mi interés en el libro. Luego, me vi obligado a reconsiderar sobre esa conclusión precipitada. ¿Acaso no había viajado tan lejos en compañía del señor Coates por la comisión que me había prometido? Aunque el raro y afamado ejemplar ejercía una gran fascinación sobre mí, no habría recorrido tan largo camino de no haber existido una compensación.

Si no fuera por los honorarios acordados, en esos momentos estaría sano y salvo en casa, en Cambridge, metido en mi cama y profundamente dormido. Cuánto deseé que así fuera. Salvo… Estella me cogió del brazo cuando atravesamos el oscuro pasillo.

—¿Está preocupado por el señor Coates? —preguntó—. Yo sí.

Para mi vergüenza, no había vuelto a pensar en él durante la aventura que acabábamos de vivir. Tras comprobar que no se encontraba en su dormitorio, me había dirigido a las ruinas y lo había olvidado por completo.

—¿Por qué dice eso, *signorina*?

—Estella. —Apretó la mano sobre mi brazo—. Después de lo que hemos pasado juntos, lo considero mi amigo.

—Matthew —respondí con un nudo en la garganta. Me honraba

su aceptación y esperaba demostrar que era digno de ella, pese a que, como comprendí con pesar, mi nula preocupación ante el bienestar del señor Coates debía de resultar decepcionante.

La ayudé a abandonar las ruinas usando las piedras caídas a modo de escalones. A continuación, emprendimos la vuelta a través del campo abandonado, plagado de trampas para los incautos. Aunque el viento era frío y húmedo, resultaba tan vivificante como las estrellas que tapizaban el firmamento sobre nuestras cabezas.

Nos detuvimos a descansar a mitad de camino del jardín de la villa.

—Debería salir de noche más a menudo —dije, echando la cabeza hacia atrás—. Aunque en la ciudad es distinto; las luces y el humo suelen ocultar el cielo. Allí, la bruma del río arrastra un frío húmedo que cala hasta los huesos.

Estella se estremeció.

—Creo que yo tampoco saldría. Qué horror.

—Oh, Inglaterra también tiene sus cosas buenas. Así como Cambridge.

Le describí las aulas donde se impartía el saber, las calles pintorescas y los mercados repletos de productos excelentes, y comprendí que deseaba impresionarla con el atractivo de mi ciudad.

—Eso ya no suena tan horrible —reconoció ella, ciñéndose más el chal alrededor de los hombros—. ¿Seguimos? Está refrescando.

Cuando nos acercamos a la villa, me percaté de que las luces de la biblioteca estaban encendidas y supe de inmediato que encontraríamos al señor Coates allí. Las librerías repletas de libros raros y selectos eran un canto de sirena para aquellos susceptibles de sentirse atraídos por ellos. Unas horas antes, había tenido dificultades para apartarme de ellos, convencido de que había más tesoros esperando a ser descubiertos.

—Pasaré por la biblioteca antes de retirarme a mi habitación. Creo que el señor Coates está allí —apunté cuando entramos en la casa.

—Te acompaño —dijo ella—. Tal vez necesite sustento. —Me lanzó una mirada—. Puedo preparar una bebida caliente o algo de comer si te apetece.

Pese a que estaba helado y un ponche caliente no me habría venido mal, rechacé su oferta. No deseaba importunarla y la hora del desayuno no estaba lejos.

Habían encendido más lámparas, de manera que ya no necesité la mía para encontrar el camino a la biblioteca.

Estella ahogó un grito cuando entramos. Me volví hacia donde dirigía su mirada y vi al señor Coates recostado en una silla, con un libro abierto en el regazo.

Me asaltó una terrible certeza: el hombre había encontrado el manuscrito maldito y había cometido el error de leerlo.

Corrimos a su lado.

—Coja el libro, Estella.

Aparté la vista por temor a salir lastimado por una simple mirada. O, quizá, a que se me aplicara la condena que tanto merecía. La joven se hizo con el libro y lo cerró de golpe mientras yo me inclinaba sobre mi benefactor.

El señor Coates tenía la barbilla apoyada en el pecho y los ojos cerrados, por lo que traté de buscarle el pulso en el cuello. Lo encontré, débil y deslavazado.

—Está vivo. —Lo agarré por el hombro y lo sacudí con suavidad —. Señor Coates. ¿Señor Coates? ¿Me oye? —Me volví hacia Estella—. Llame al médico.

—Habrá que ir al pueblo, pero yo me ocupo.

Salió corriendo de la habitación, sin duda para despertar a uno de los criados.

—¿Señor Marlboro? Apenas lo veo. Todo está oscuro…, muy oscuro.

—Guarde la calma, amigo. Descanse. El médico llegará enseguida.

Con los ojos cerrados de nuevo, se humedeció los labios.

—No hay médico que pueda salvarme, es mi alma la que está enferma. —Esbozó una sonrisa torcida e irónica—. He caído en la trampa que quería tender.

Supe de inmediato a qué se refería.

—Pretendía eliminar a su tío con el libro para heredar.

De pronto todo cobró sentido. El señor Coates había buscado un regalo que halagara al viejo gruñón por su rareza y valor, sabiendo que, con un simple vistazo, el codicioso conde obtendría lo que se merecía. Pese a que vivía bastante aislado, rodeado de libros, había oído hablar de él. El conde representaba lo peor de Inglaterra, una mancha para quienes se jactaban de proceder de «noble cuna». No había nada noble ni honorable en él.

Sin embargo, el señor Coates había caído en su propia trampa. No había sido capaz de resistirse a la tentación de hojear el libro. Tras la experiencia de Estella, tal vez creyó que los rumores eran exagerados y que las muertes respondían a meras coincidencias.

El hombre alargó la mano y me agarró por la manga.

—Señor Marlboro. Se lo ruego. —Hizo una pausa, tratando de respirar—. No le entregue ese libro a mi tío. Ni a nadie. He cometido un grave error que me costará la vida.

—Claro que no —repuse, rezando para que se repusiera de algún modo. Quizá no congeniara con él, pero no deseaba que le sobreviniera una muerte prematura.

No volvió a hablar. Continuó sentado, con la barbilla apoyada en el pecho y la respiración cada vez más dificultosa. El reloj de la chimenea marcaba los minutos mientras esperábamos la llegada de la ayuda.

Apenas le quedaba aliento. Caminé por la alfombra atenazado por la urgencia. El viaje de ida y vuelta al pueblo no resultaría fácil en la oscuridad. ¿Y tras una tormenta? Podría haber rocas u otros obstáculos que impidieran el paso.

Nunca me había sentido tan impotente como durante la espera de ayuda en aquella ilustre biblioteca. Al otro lado de los altos ventanales, el cielo clareaba con el amanecer y, poco a poco, el pálido gris del horizonte empezó a teñirse de rosa.

El señor Coates seguía en la silla, inmóvil; ya apenas respiraba. La horrible imagen de un reloj que se quedaba sin cuerda asaltó mi mente, ese movimiento de las manecillas, cada vez más lento, hasta que finalmente se detenían por completo.

Así también nuestros años y nuestras horas se ralentizan y se interrumpen, ajenos nosotros a su fin inevitable. Mientras velaba al señor Coates, no pude por menos que reflexionar sobre mi propia vida, sobre si estaría satisfecho si muriera en ese instante.

Durante el tiempo que me quedara, debía esforzarme por hacer lo correcto, enmendar mis errores en tanto pudiera y tratar de obtener el perdón cuando no fuese posible. Tal vez, pensé entre desvaríos, exhausto y sin apenas sostenerme en pie, el libro podía usarse como una advertencia: si temes lo que puedas leer en él, reflexiona. Mira en tu corazón y arrepiéntete.

El sol bañaba el horizonte de oro cuando oí unos pasos en el pasillo. Las puertas se abrieron de golpe y entró un hombre con un maletín, seguido por Estella y el criado.

Mientras el médico atendía a su paciente, la joven se acercó a mí.

—Siento haberte abandonado. He considerado que debía ir al pueblo yo misma, en compañía del criado. Temía que no se supiera transmitir la urgencia de la situación.

El médico quizá habría rechazado la petición de un criado, pero ¿la de la dueña de la villa? No, no desearía perder su auspicio.

—Ayúdenme a trasladarlo —ordenó el médico, indicando un sofá cercano.

Entre el criado y yo colocamos al señor Coates bocarriba, mientras Estella revoloteaba a nuestro alrededor, preguntando de qué modo podía servir de ayuda.

—Me temo que no hay nada que hacer —anunció el médico—. Solo busco que esté cómodo en sus últimos momentos. Su corazón ha sufrido una gran conmoción. Este hombre no llegará al mediodía.

Estella ahogó un grito.

—Lamento oír eso. Por favor, haga cuanto sea posible para que no sufra.

El médico frunció el ceño.

—Tal vez debiera llamar a un sacerdote para que le diese la extremaunción.

El manuscrito maldito se había cobrado una nueva víctima. Decidí que sería la última.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Wesley se quedó boquiabierto cuando me reconoció.

—Molly. ¿Qué haces aquí? —Luego, como si se diera cuenta de cómo había sonado, trató de arreglarlo—. Creía que estabas pasándotelo bien en el baile.

—Sí, sí. —Me devané los sesos tratando de decidir qué le decía—. Esto…, es que he quedado con alguien. En el *pub*. Y luego volveré dentro.

Aunque la excusa era mala donde las hubiera, no lo puso en duda. Al fin y al cabo, el Headless Monk quedaba más cerca de esa puerta que de la principal. Tras un momento, la abrió.

—Pues hasta luego.

¿Y ahora qué? Me moría de ganas de preguntarle por el móvil de Thad. Cómo podía tenerlo. De dónde lo había sacado. Por no hablar del paradero de *El manuscrito maldito*. Me había fijado en que no llevaba zapatillas naranjas. ¿Eso quería decir que no había matado a su primo? ¿O lo de las zapatillas solo había sido una cortina de humo que yo me había empeñado en convertir en una pista? Una cortina de humo naranja. Ya no sabía ni lo que me decía.

La puerta se cerró a nuestra espalda. Wesley le echó un vistazo al callejón al tiempo que me lanzaba miraditas. Tuve la clara sensación de que quería que me fuera.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté. No era asunto mío ni tampoco muy sensato seguir alborotando el avispero.

—¿Por qué? —dijo con tono cortante—. ¿Y qué si espero a alguien?

—Por nada —contesté, pensando que Wesley estaba claramente a la defensiva. Era él, casi seguro que era él—. Nos vemos.

Eché a andar y lo dejé allí solo, debajo de la farola. ¿El *pub* estaba en esa dirección? «Sí». Uf.

Me había alejado un poco cuando me detuve, saqué el móvil, actuando como si hubiera recibido algo, y aproveché para enviar un mensaje al número de Thad.

«Me retraso. Llegaré lo antes posible».

Oí con claridad el sonido de notificación del móvil de Wesley, que empezó a escribir en la pantalla con furia.

Esta vez fue mi teléfono el que sonó.

«Cinco minutos máximo».

Bien por Wesley. No iba a dejar que el librero, por inventado que fuera, lo mangoneara.

Por desgracia, él también había oído mi móvil; bueno, el de prepago. Notaba su mirada acusadora desde donde estaba.

La adrenalina corría por mi cuerpo, pero era incapaz de moverme. Sentía las piernas pesadas y pegadas al suelo, como suele ocurrir en las pesadillas.

Wesley se acercó a mí a grandes zancadas.

—¿A qué juegas, Molly?

Me cuadré y cerré las manos en puños.

—No, ¿a qué juegas tú? —La mejor defensa era un buen ataque, ¿no? De modo que disparé mi única bala—. El inspector Ryan tiene tus mensajes. Así que ándate con cuidado. Con mucho cuidado.

Se detuvo a medio paso.

—¿Qué…? ¿El inspector…? ¿Has…? —Luego, puso el pie en el suelo y levantó las manos—. Yo no lo maté. Lo juro.

—¿Y por qué debería creerte? O sea, no yo, el inspector. Tienes el teléfono de Thad. Lo has tenido desde el principio. ¿Por qué no se lo has dado a la policía si eres inocente?

Bajó la barbilla.

—Creí que podría ayudar —balbuceó—. Me refiero a averiguar quién lo hizo.

La excusa era tan absurda que solo podía ser cierta. Me acerqué unos pasos.

—¿Se lo quitaste al…? ¿A él?

Eso sería truculento… e indicaría que no había llamado pidiendo ayuda tras la agresión. Fuimos nosotros quienes dimos el aviso y en ese momento el teléfono ya no estaba.

Negó con la cabeza.

—Sí, hombre. ¿De verdad crees que…? Se lo dejó en la habitación. Cargando. Lo vi allí y lo cogí antes de que llegara la policía y la registrara. Pensé que encontraría alguna pista. Que descubriría con quién había quedado. Quién lo había matado.

—¿Había dicho que había quedado con alguien?

Si Wesley sabía todo eso y no se lo había contado a nadie… No quería ser él cuando se enterara el inspector. Aunque Ryan tampoco iba a estar muy contento conmigo. Decidí que ya pensaría en aquello más tarde.

Wesley se cruzó de brazos.

—A mí no me contó nada. Dijo que iba a ir al parque a celebrar lo de las hogueras. —Inclinó la cabeza hacia atrás lo justo para que la luz de la farola le iluminara la cara—. Me preguntó si quería acompañarlo y le dije que no. —Empezó a parpadear rápidamente. ¿Estaba llorando?—. Si hubiera… —Tenía la voz ronca, casi rota—. Puede que…

Sentí mucha lástima por él. Conocía muy bien esa sensación de desamparo que lo invadía a uno cuando perdía a alguien.

—Ay, Wesley.

Se aclaró la garganta.

—Da igual. Sí, tengo su teléfono.

—¿Sabes quién pudo matarlo? —pregunté. Tal vez ese estudiante desgarbado hubiera hecho algún progreso, a diferencia de la policía y de mí.

—Todo empezó en la cacería —contestó—. Alguien ya lo intentó

entonces.

—¡Eso mismo pienso yo! —dije animada—. No fue un disparo accidental.

—Josh estuvo conmigo todo el rato, así que no fue él. Thad se había alejado y estaba solo, pero a la misma altura que los demás. Sabía muy bien que no hay que adelantarse y ponerse en la línea de tiro. —Señaló a su derecha, como si imaginara la escena—. El disparo vino del este. Si hubiera sido alguien de la partida de caza, habría venido de la dirección opuesta.

—¿Le contaste todo eso a alguien? ¿A sus padres? ¿A la policía?

Wesley encorvó la espalda.

—Lo intenté, pero todo el mundo estaba empeñado en que había sido un accidente y le parecían monsergas. —Tocó los adoquines con la punta de las zapatillas—. A veces no hace gracia tener razón.

—Te entiendo —dije—. ¿Cómo se lo tomó Thad?

Lo pensó un momento.

—Le afectó bastante. Nos arrastró a un hotel de Edimburgo donde bebimos hasta la inconsciencia antes de tomar el tren de vuelta.

—Yo habría hecho lo mismo.

Edimburgo. ¿Dónde lo había oído mencionar antes? Daba igual. No era el momento ni el lugar de ponerme a pensar en eso.

Wesley levantó la cabeza.

—Así que le has enviado mis mensajes a la policía. ¿Y por qué motivo exactamente?

Sabía que llegaríamos a esa pregunta tarde o temprano. Traté de decírselo con mucho tacto.

—Reginald Dubold no va a venir. No hay comprador para el manuscrito.

Y la policía y yo sabíamos que él estaba involucrado en el robo. Eso me lo guardé, pero se sobreentendía.

Wesley se quedó pasmado. Luego, giró sobre sus talones, abrió la puerta y echó a correr.

Sí que era rápido cuando quería.

—¡Espera! —exclamé—. ¡Wesley!

Me abalancé hacia la puerta y la agarré antes de que se cerrara. Ojalá me hubiera mordido la lengua. Con fuerza. ¿Iba a deshacerse del manuscrito? ¿O incluso a destruirlo? Abatida y maldiciéndome por ser una bocazas, me levanté las faldas y salí corriendo tras él.

Por suerte, no se dirigió a los dormitorios, donde yo suponía que guardaba el libro robado, sino que continuó adelante, en dirección al patio principal. ¿Volvía al baile?

Lo perdí antes de llegar a la entrada arqueada que conducía a dicho patio, pero vi que era el único camino que Wesley podía haber tomado, así que crucé la galería.

Cuando salí por el otro lado, vi a un monje alejándose a grandes zancadas. Ahí estaba. Aunque sabía que era un pecado, atajé por el césped para acortar la distancia.

Él continuó sin detenerse y, cuando pasó bajo una luz, reparé en las zapatillas. Vaya. Naranjas. ¿Ahora resultaba que estaba siguiendo a Oliver? Aquello era un disparate, había gente disfrazada de monje por todas partes. Los imaginé recorriendo los patios con las manos metidas en las mangas. Como seguramente hacían siglos atrás.

Exasperada con mi propia e incorregible imaginación, vi que aquel se acercaba al campanario. Unos arcos recorrían la parte inferior del edificio, sobre los que se alzaba la torre que alojaba la campana. Conforme me acercaba, vi entrar al monje de las zapatillas naranjas. Otra persona surgió de las sombras. Wesley.

—Se acabó lo que se daba —dijo.

El otro monje se echó a reír y adiviné que se trataba de una mujer.

—¿De qué hablas?

Wesley le indicó que se acercara señalando el móvil y el otro monje se retiró la capucha con un gesto impaciente. «Sophie Verona». Cuando llegó junto al joven, me percaté de que tenían una altura y una constitución muy similares. Y de que llevaba zapatillas naranjas. Según Tim, habían vendido un montón de ese tipo. Tanto de hombre como de mujer.

¿Sophie era el corredor enmascarado sospechoso de asesinato? Thad y ella trabajaban juntos en el instituto, en cuya contabilidad, según Amy, pasaba algo raro. Sophie había dejado que Thad rehiciera el trabajo para obtener una nota más alta.

Y seguramente también se encontraba en Edimburgo, en la conferencia de Oliver, el día que dispararon a Thad mientras este cazaba.

—De que he recibido un mensaje de Reginald diciendo que tenía un comprador —dijo Wesley.

—¿De verdad? Eso es magnífico. ¿Ha mencionado la cantidad?

Sophie y Wesley se habían conchabado para robar el manuscrito y estaba segura de que Wesley se había encargado del trabajo sucio. Era el estilo que le pegaba a Sophie.

Wesley bajó el móvil.

—Déjame acabar. —Tras una pausa, prosiguió—: Los mensajes no eran de él, alguien ha usado un teléfono de prepago.

Me llamó la atención que no mencionara mi nombre. ¿Quería mantenerme alejada de la línea de fuego? Qué detalle por su parte.

—¿Se trataba de una broma? —preguntó Sophie con aspereza—. Aunque, si te ha enviado ese mensaje, es que está al tanto del asunto.

—Exacto —dijo Wesley—. Sabe que robamos *El manuscrito maldito*, pero eso no es lo peor. La policía tiene los mensajes.

—¡¿La policía?! —chilló Sophie antes de empezar a insultarlo y a darle manotazos en la cabeza y los hombros.

—¡Eh! —exclamó Wesley mientras se apartaba tratando de esquivarla—. ¡Para!

Llamé a la policía para informar entre susurros de una agresión, con los gritos y las protestas de fondo. Contaba con que Sophie confesara el asesinato de Thad cuando la interrogaran sobre ese altercado.

Wesley consiguió alejarse de los brazos que seguían atacándolo y salió corriendo del campanario con el hábito agitándose tras él. Yo continuaba con el teléfono en la oreja. ¿Sophie también huiría?

No, se quedó allí, caminando arriba y abajo. Decidí que la vigilaría para facilitarle el trabajo a la policía.

Acababa de colgar después de que me hubieran asegurado que unos agentes se dirigían hacia allí cuando oí unos pasos en el camino. Imaginé que se trataría de Wesley, que volvía para tener la última palabra, por eso no me sorprendí al ver un disfraz de monje.

Hasta que se retiró la capucha. Oliver.

—¿Sophie? —La llamó—. He estado buscándote. —Entró en el campanario y se acercó a ella—. ¿Qué ocurre?

Sophie le dio la espalda.

—Nada. He discutido con alguien, nada más. Dame un momentito.

—¿Y si volvemos al baile? Vamos a tomar algo y a celebrar tu ascenso.

—Eres de lo que no hay —dijo ella con voz admirada—. Creía que estarías resentido y enfadado.

—Y lo estoy —reconoció él entre risas—, pero no contigo. Con el doctor Cutler ya es otra cosa.

Mientras la pareja decidía qué hacer, vi que aquella era mi oportunidad para aclarar algunos temas. Puse el teléfono a grabar y me acerqué al campanario.

—Eh, Oliver —lo saludé—. Estás ahí. —Se volvieron hacia mí. Los dos iban vestidos idénticos, incluidas las zapatillas naranjas. Me eché a reír—. ¿Os habéis fijado en que los dos lleváis las mismas zapatillas?

Oliver levantó un pie y miró los de Sophie.

—Pues sí. Son mis favoritas.

—Las mías también —aseguró ella—. Las mentes brillantes… — Se arrimó un poco más a él y lo tomó del brazo.

—Enhorabuena, doctora Verona —la felicité—. Ya me he enterado de lo de su ascenso.

Sophie inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—Debo decir que, esta semana, el instituto ha elevado mi interés por la literatura gótica —proseguí—. Y *El manuscrito maldito* me está

gustando mucho. Me encantaría leer su artículo, doctora Verona. El que habla del justo castigo. —Me volví hacia Oliver, haciéndome la ingenua—. Hablaste sobre ese tema en la conferencia de Edimburgo, ¿verdad?

—Era una ponencia conjunta —contestó Oliver. Le dio un ligero codazo—. Y menos mal, porque tuve que empezar sin ti.

Ella suspiró.

—Y eso que siempre presumo de ser puntual.

—¿Dónde estaba? —pregunté, tratando de contenerme. Aunque al final cedí a la tentación—. ¿Cazando un poco, quizá?

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—Ha sido una corazonada —dije—. Decidiste disparar al azar contra Thad, usando la conferencia como tapadera. ¿O lo planeaste cuando descubriste que el pabellón de caza estaba muy cerca de la ciudad? En cualquier caso, como no funcionó, lo intentaste de nuevo. Qué lista, Sophie, desviando la atención hacia alumnos que tenían motivos para guardarle rencor.

—Molly, ¿de qué hablas? —preguntó Oliver con gesto desconcertado.

Sophie hizo el ademán de echar a correr, aunque para eso tendría que abrirse paso entre nosotros.

—Huye si quieres, pero no servirá de nada —le advertí—. La policía viene de camino.

Como si me hubieran oído, unas luces azules y blancas lanzaron destellos más allá de la puerta principal, reflejándose en los edificios.

Aun así, lo intentó, por supuesto, y nos apartó de un empujón. Oliver se me quedó mirando.

—¿Qué está pasando?

—Ella mató a Thad. Y participó en el robo de *El manuscrito maldito*. —Distinguí unos movimientos en la puerta que comunicaba con el patio y me acerqué a la cuerda de la campana—. Tápate las orejas.

Tiré de la cuerda y la campana sonó una, dos, tres veces. Eso

atraería su atención. Thad Devine obtendría justicia. Y, con un poco de suerte, pronto devolveríamos el original de *El manuscrito maldito* a la biblioteca de Hazelhurst House.

CAPÍTULO VEINTICINCO

DOS SEMANAS DESPUÉS

—Listo —anuncié en una voz tan alta que sobresaltó la quietud que imperaba en la biblioteca. Con un suspiro satisfecho, me recosté en el asiento, separándome del portátil, y flexioné los dedos. Los mil doscientos tres libros ya estaban introducidos en el catálogo. Incluidos los manuscritos originales de *El manuscrito maldito* y *Entre las ruinas*.

Wesley lo había devuelto con la esperanza de que le rebajaran la condena por robo. Por lo menos, había sido lo bastante listo para no entregarle la preciada obra a Dubold antes de que la venta estuviera cerrada.

En cambio, Sophie se llevaba la peor parte. Había planeado el robo y convencido a Wesley para que lo llevara a cabo. Por un lado, el chico ignoraba que Sophie había matado a su primo y, por el otro, había sido idea suya usar el móvil de Thad para ponerse en contacto con Dubold, sin que Sophie lo supiera, suponiendo que era más prudente que usar el suyo propio.

En ambos casos, el móvil había sido el dinero. Wesley siempre tenía problemas para llegar a fin de mes, empeorados por los préstamos que le hacía a su primo, y Sophie tenía que cubrir de alguna manera los desfalcos del instituto. Sí, era ella quien había

malversado los fondos, algo que tanto Thad como Amy habían averiguado.

El pobre Oliver no había sido consciente de nada: ni de las maquinaciones para cometer el robo ni de la verdadera personalidad de Sophie, que se había revelado como una asesina manipuladora. Sophie había confesado que se había llevado el puñal de la habitación de Thad, a quien había esperado cerca de la puerta con la máscara de Guy Fawkes. Fuera, lo había apuñalado y lo había dado por muerto.

¿Por qué motivo? Porque Thad iba a delatarla y a entregarla por malversación de fondos, pese al chantaje al que ya la había sometido, obligándola a escribir sus trabajos, entre ellos el del justo castigo. Durante la confesión, Sophie había mencionado que Thad, una persona totalmente carente de remordimientos, se había burlado de la idea de que algún día tuviera que enfrentarse a un justo castigo por su mala acción y ella había decidido darle una lección al tiempo que se deshacía de una carga para siempre, sobre todo con el tema del ascenso en la cuerda floja. También había trabajado de tapadillo para poner al doctor Cutler en contra de Oliver.

Hablando de Oliver, se encontraba en el Headless Monk durante el asesinato de Thad tras haber recibido un mensaje urgente de Sophie. Enamorado como estaba, se había visto obligado a cancelar la cena con nosotros. Sophie lo había enviado allí para apartarlo de en medio.

En cuanto a la música misteriosa de la habitación de Thad y la persona encapuchada que nos había estado observando durante la visita guiada, en ambos casos se trataba de Wesley, que esperaba averiguar algo más asustando a Amy y Josh, de quienes sospechaba que habían asesinado a su primo. Sophie había colocado la chaqueta ensangrentada en la habitación de Josh para enredar las cosas. Sabía muy bien que Thad tenía conflictos con todos y por eso trató de matarlo de un disparo cuando estaba con su amigo en el pabellón de caza.

Oliver por fin había obtenido el ascenso y ya era profesor titular. Después de que la verdad saliera a la luz y se descubriera que Sophie hacía los trabajos de Thad, la queja del alumno se había desestimado. El doctor Cutler se había visto obligado a dar marcha atrás y a concederle a Oliver lo que se merecía. Aunque dudaba que eso compensara enterarse de que su novia era una asesina.

Por mi parte, por fin pude preguntarle a Amy sobre su extraña reacción al oír el nombre de Dubold. Dijo que había prevenido a Thad contra Dubold después de haber oído que varios alumnos que le habían vendido libros se habían quejado de que no habían obtenido un trato justo. Le molestó que Thad le vendiera sus queridos ejemplares al librero tramposo y se lo tomó como un insulto. Por cierto, Amy recuperó todos sus libros.

Lady Asha asomó la cabeza por la puerta.

—¿Lista para un descanso?

—Más para una celebración —dije, poniéndome en pie—. He acabado.

La mujer unió las manos.

—Cuánto me alegro. —Paseó la mirada por las estanterías—. Menudo trabajo, ¿eh?

—Desde luego —reconocí—. Y lo he disfrutado desde el minuto uno. Tienen una colección espectacular. El catálogo les ayudará a gestionarlo durante varias generaciones.

—Esa es la idea. —Esperó junto a la puerta hasta que llegué a su lado—. Kieran también se apunta, y Graham.

—¿Qué tal está hoy?

Echamos a andar por el pasillo.

—Mucho mejor. La noticia de que el cáncer está remitiendo parece que lo ha animado un poco.

—Me lo imagino.

Pese al susto que se habían llevado cuando vieron que tenía los electrolitos bajos, causado por la medicación, el diagnóstico de los médicos de Londres había sido bueno. Lord Graham estaba recuperándose.

Como era habitual, el té se servía en la salita de estar. Cuando entramos, lord Graham y Kieran, que estaban esperándonos, se levantaron.

—Molly tiene una buena noticia —anunció *lady* Asha mientras se dirigía a su asiento, junto a la bandeja del té. Levantó la tetera y empezó a servir—. Ha acabado el inventario.

—Felicidades —dijo Kieran.

—Enhorabuena —añadió lord Graham.

Hice una pequeña reverencia para agradecer sus elogios antes de ir a sentarme junto a Kieran. Mientras *lady* Asha repartía las tazas de té y nos pasábamos un plato de pastelitos de crema de limón, pensé en el correo electrónico que había recibido hacía un rato y que me había reservado para cuando estuviéramos todos.

—Por fin sabemos algo más respecto a la verdadera identidad de Selwyn Scott.

Terca como era, me había negado a darme por vencida y había probado otras vías, que finalmente habían dado su fruto.

Se volvieron hacia mí con cara de sorpresa.

—No sabía que aún siguieras con eso —comentó Kieran.

—No he dicho nada por si se trataba de otro callejón sin salida —me expliqué, encogiéndome de hombros. Les conté que había encontrado la correspondencia que habían intercambiado Agatha Scott y su hermana, *lady* Amelia Birtwistle, en una colección de la Universidad de Oxford—. Una amabilísima bibliotecaria las ha digitalizado para que podamos comparar la letra con la del manuscrito y las cartas enviadas al editor. —Cogí el móvil—. También dice que la que lleva por fecha enero de 1843 es de sumo interés.

Aún no había abierto el adjunto, así que estaba tan emocionada y tenía tanta curiosidad como mi audiencia.

Lo hice y empecé a leer en alto, agradeciendo que la letra fuera legible.

Queridísima Amelia:

Espero que hayas pasado unas felices Navidades. Las nuestras, lamento decir, han resultado bastante tristes sin nuestra querida Frances. La echamos mucho de menos.

No obstante, no todo son malas noticias. Aunque Samuel canceló la boda cuando murió su hermana, esta se celebrará en primavera. Espero que Hazelhurst House no tarde en volver a llenarse de voces y risas risueñas.

Respecto a la otra cuestión, he decidido abandonar la escritura. Sin la inspiración y la ayuda que me procuraba Frances, no me veo con ánimos de seguir adelante con el segundo libro.

Decidí detenerme en ese punto.

—Creo que hemos resuelto el misterio: Frances y Agatha debían de trabajar juntas, eso explica la letra distinta.

Vi que la de esa carta coincidía con las del editor, lo que significaba que Frances era la autora de los manuscritos.

—*El manuscrito maldito*. —*Lady* Asha movió la mano en el aire como si estuviera presentándolo—. De Agatha y Frances Scott. Originalmente publicado con el nombre de Selwyn Scott. —Alzó su taza—. A tu salud, Molly. Lo has conseguido.

—Con muchísima ayuda. —Me volví hacia Kieran y le di unas palmaditas en la rodilla—. Sobre todo tuya.

—Hacemos un buen equipo, ¿verdad? —dijo él—. Mamá, atribuiremos la autoría de *Entre las ruinas* de la misma manera, ¿no?

—Por supuesto —contestó *lady* Asha—. ¿Os he enseñado las pruebas de las cubiertas? —Se levantó y se acercó al escritorio del rincón. Tras rebuscar entre varios papeles, volvió con las cartulinas en la mano—. Habrá que cambiar el nombre del autor.

Las cubiertas transmitían ese aire inquietante y misterioso que

era el sello distintivo de ambas novelas. Imaginé a las dos autoras, solas la mayor parte del tiempo en esa bella pero aislada mansión. Habían aprovechado la inspiración que ofrecía su entorno, con un toque fantástico y exótico. Me pregunté si alguna vez habrían viajado a Italia. *Entre las ruinas* transcurría en Inglaterra, en Yorkshire.

Cuando le pasé las cubiertas a Kieran, pensé que a ellas les habrían encantado.

«Esto es por vosotras, Agatha y Frances. Que vuestro trabajo perdure para siempre».

El manuscrito maldito (conclusión)

El señor Coates fue enterrado en el cementerio de la villa, pues no había motivo que justificase enviar su cuerpo a casa. Tras notificar el deceso a su tío, su único pariente, llegó una generosa donación que debía destinarse a procurarle una lápida apropiada y al cuidado de esta. No fue preciso nada más para que el conde se redimiera en cierto modo ante mis ojos, aunque no me correspondía a mí decidir si también habría de hacerlo ante los del Cielo.

Tras largas deliberaciones del mismo estilo, Estella y yo decidimos destruir el manuscrito maldito. No reclamaría más vidas, ni de manera accidental ni como consecuencia de una nefaria maquinación como la que había urdido el señor Coates.

Asistidos por los criados de Estella, encendimos una gran hoguera en el campo. Con gran ceremonia, ella y yo colocamos el libro en el centro, en un lugar del que no pudiera moverse ni ser arrancado.

—Por favor, querido Matthew, haz los honores —dijo ella, indicando al criado que me entregara la antorcha.

Por un momento fugaz, vacilé junto a la pila de leña, consciente de la irreversibilidad de lo que estaba a punto de hacer. Una vez que el libro ardiera, se perdería para siempre. *Las divagaciones del monje* se acallarían por fin.

Luego, pensé en el padre de Estella y en el señor Coates, quienes, si bien distaban mucho de ser perfectos, aún seguirían con nosotros de no ser por ese manuscrito infernal.

Con determinación y la conciencia aligerada, me incliné y acerqué la antorcha a la leña. Cuando el fuego prendió y las llamas se deslizaron por los palos quebradizos y lamieron los troncos, vi una figura a lo lejos, observando.

Era el monje de las ruinas. Tras largo rato, asintió con la cabeza, dio media vuelta y se alejó. No volvimos a verlo nunca más.

Estella y yo permanecimos despiertos hasta que el fuego se extinguió. Durante esas dulces horas, le pedí que se convirtiera en mi esposa y, para mi dicha, aceptó. Decidimos que viviríamos allí, donde continuaría coleccionando y vendiendo libros, y desde donde tendría la oportunidad de recorrer Europa y parajes incluso más lejanos en busca de los ejemplares más raros y selectos. Buscaría un socio para la librería de Cambridge y Estella y yo iríamos de visita, con nuestros hijos, de modo que pudiera compartir mi Inglaterra con ellos.

O eso soñamos durante esa larga noche bajo las estrellas, mientras la fogata crepitaba y las llamas danzaban, cada vez más bajas, hasta que finalmente solo quedaron las cenizas.

Y de esas cenizas nacieron nuestras vidas.





ELIZABETH PENNEY. Es autora de más de una veintena de cozy mysteries, incluida la serie Apron Shop. El primer título de la serie Una librería en Cambridge, *Final de capítulo*, estuvo nominado al Premio Mary Higgins Clark 2022. Elizabeth creció en Inglaterra y Francia, y ahora reside en las Montañas Blancas de New Hampshire, donde escribe novelas y trata de cultivar cosas.